

PAUL CHRISTOPHER

LA LEGIÓN TEMPLARIA

UN TESORO SÓLO AL ALCANCE DE QUIENES RESUELVAN
UN ENIGMA DEL PASADO...
Y SOBREVIVAN AL DESCUBRIMIENTO

de

Lectulandia

El teniente coronel retirado John «Doc» Holliday se ve arrastrado a una enigmática y peligrosa aventura.

Un amigo arqueólogo acaba de realizar un sorprendente hallazgo en Etiopía: la tumba de Julián de la Roche-Guillaume, un templario que tuvo acceso durante las cruzadas a manuscritos de la biblioteca perdida de Alejandría.

En una zona donde la situación política es muy inestable, Holliday se da cuenta de que está tras la pista de un tesoro legendario... que solo pueden encontrar aquellos que resuelvan un enigma del pasado y sobrevivan al descubrimiento.

Paul Christopher

La legión templaria

John Holliday - 5

ePub r1.0

Titivillus 21-02-2020

Título original: *The Templar Legion*
Paul Christopher, 2011
Traducción: Alejandro Pareja Rodríguez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



*Para mi buen amigo,
Edimburgo Vladimir Cabrera Alfonso,
con gran afecto.*

*—¿Quién me ayudará a moler el trigo?
—dijo la gallinita roja.*

De un cuento popular inglés

*Nunca creas que la guerra no es un crimen,
por muy necesaria o justificada que esté.*

ERNEST HEMINGWAY

*La verdad es que preferiría que el gobierno dejara el
asunto de la guerra en manos de las empresas privadas.*

JOSEPH HELLER, *Trampa 22*

Ten cuidado con lo que deseas; podrías recibirlo.

H. L. MENCKEN

PRÓLOGO

Año 1039 d. C.
Río Nilo, en Karnak
A cien leguas de Alejandría

Se llamaba Ragnar Hiendecráneos, y su barco se llamaba Kraka, el nombre de la que fue hija de una valquiria y de un jefe vikingo. La nave de Ragnar lucía como mascarón de proa la figura de Kraka tallada en madera, con los ojos cerrados en actitud de ensueño, con el cuerpo desnudo cubierto por su larga cabellera. Según la leyenda, Kraka, como su madre, había tenido el don de interpretar los sueños y de ver el porvenir. Ragnar deseaba fervientemente que así fuera y que Kraka lo guiara una vez más con sus profecías, pues llevaba diez días remontando un río que, al parecer, no tenía fin; y durante los últimos cinco días había viajado por lo que ya sabía que, a pesar del calor ardiente del sol implacable, era ni más ni menos que el Niflhim, el País de los Muertos, oscuro y siempre helado.

Ragnar era primo de Harald Sigurdsson, jefe de la guardia varega del emperador de Miklagard, la Gran Ciudad Amurallada, cuyos habitantes llamaban Constantinopla. Ragnar era el más grande de los guerreros de Harald, y antes de emprender el viaje desde aquella ciudad maravillosa que estaba en el cuello del mundo, había prometido a su primo que no regresaría hasta que hubiera descubierto las minas secretas de aquel rey de la antigüedad, y se hubiera apoderado de sus grandes riquezas en nombre de Harald.

Si fracasaba, no sería por falta de un buen barco ni de una buena tripulación. Ragnar contempló el Kraka desde su puesto elevado, en la plataforma del timonel, elevada sobre la popa.

La nave medía veinticuatro metros desde el mascarón de proa cuya figura le daba nombre hasta la línea elevada y de curva elegante del codaste de popa. Tenía cinco metros y medio de manga, y menos de dos metros de puntal desde lo alto de las bordas hasta la sobrequilla que transcurría de proa a popa. Era de la sólida madera de los robles que crecían en las suaves laderas del fiordo de Flensburg, y las tablas solapadas de su casco a tingladillo estaban fijadas a las pesadas cuadernas con más de cinco mil remaches de hierro, y calafateadas con estopa en todas las juntas. Las tablas eran tanto más delgadas cuanto más se acercaban a las bordas, con lo que la embarcación era ligera, fuerte y flexible. Tenía menos de un metro de calado, y podía llevarse a remo hasta el borde mismo del agua de una playa.

En alta mar, con la vela mayor desplegada, el Kraka podía hacer fácilmente diez nudos, y era capaz de singlar más de cincuenta leguas en una jornada. Pero allí, en aquel río negro como la noche, de aguas pobladas de monstruos acuáticos de variedad inconcebible, apenas podía navegar a dos nudos y cubrir seis o siete leguas hasta que los treinta y dos remeros ya no eran capaces de levantar los pesados remos de seis metros y medio.

Desde la plataforma del timonel, Ragnar contempló con afecto a sus hombres. Iban descubiertos de cintura para arriba, como el propio Ragnar, y el sudor les hacía relucir los músculos de los hombros y de las espaldas mientras impulsaban el barco por aquellas aguas de mal agüero. También a semejanza de Ragnar, llevaban las cabezas cubiertas con los tocados de lino sujetos con cintas de tela que la población local llamaba *nemes*.

En la proa, sobre una plataforma semejante a la del timonel pero menor, estaba de pie el extraño esclavo de la corte, un *negerén* de alta categoría que le había obligado a aceptar Harald, y el compañero del esclavo, más extraño todavía, un eunuco gigante que se llamaba Barakah y que atendía al servicio personal del *negerén*, además de llevar un registro del recorrido a base de mapas, esquemas y dibujos increíblemente detallados que realizaba siguiendo las instrucciones de su amo. El negro se llamaba Abdul Al-Rahman, y había sido él quien había recomendado a Ragnar y a sus hombres que se cubrieran las cabezas con el *nemes* del país, después de que dos de los guerreros se desmayaran al remo, atontados y gravemente enfermos por el sol.

Justo por debajo de la plataforma del timonel, Aki, el espalder de estribor, marcaba el compás de la boga con un viejo cántico de *kenningar*:

Casi todos los hombres saben
que el capitán Gunnbjorn
yace en este túmulo desde antiguo;
y que no se recuerda que hubiera
un viajero más valiente
por el poderoso dominio de Endil,
y su historia se cantará con honra
en los versos de los escaldos
hasta que Njörðr, dios de los mares,
termine por inundar la tierra.

Ragnar se volvió hacia su timonel, un hombre fuerte y taciturno llamado Hurlu que ya era timonel del Kraka años antes de que Ragnar fuera capitán del navío.

—¿Cuánto tiempo llevan remando los hombres?

—Desde la hora del alba —dijo Hurlu, mirando con los ojos entrecerrados el sol, que estaba casi sobre sus cabezas—. Seis horas, por lo menos. Demasiado tiempo.

Ragnar asintió. Él también había sido remero muchas veces y sabía lo que pesaba la ancha pala que hendía el agua. Le dolían los hombros solo de recordarlo.

—Debemos tomar tierra —dijo Ragnar—. Que descansen los hombres.

—Estoy de acuerdo —dijo Hurlu, asintiendo con la cabeza.

Ragnar lo dejó pasar. Aquella respuesta habría sido una muestra de insubordinación en boca de un hombre más joven; pero Hurlu era tan viejo como las tablas de la sentina del Kraka, y ya pilotaba barcos cuando Ragnar todavía jugaba con ovillos de lana en el regazo de su madre.

—Nos hará falta sombra —dijo Ragnar. Tendió la vista por el paisaje árido y desolado que se extendía a ambos lados del río. Solo se veían rocas peladas y altos riscos de piedra arenisca que se recalentaban bajo el sol implacable.

Hurlu soltó una breve interjección de repugnancia y escupió sobre el codaste. Señaló la proa con un gesto de la cabeza.

—Pregúntale a ese mono amaestrado que tienes allí arriba; quizá él sepa dónde podemos encontrarla.

Hurlu miraba al negro con una desconfianza supersticiosa, y no se lo ocultaba a nadie, ni siquiera a Ragnar.

Ragnar emitió un silbido agudo, y cuando Al-Rahman volvió la vista hacia él, Ragnar lo llamó a la popa con un gesto. Al-Rahman habló brevemente a Barakah, quien asintió con la cabeza, y bajó de la pequeña plataforma a las tablas de la estrecha pasarela de crujía que transcurría a lo largo de la nave. La recorrió haciendo ondular con elegancia los faldones de su larga túnica blanca, que le lamían los tobillos.

Aunque Al-Rahman tenía elegancia de bailarina, no era ningún *rassragr* pusilánime. Ragnar lo había constatado cuando estaban cargando provisiones en Alejandría. La elegancia de bailarín se había transformado en agilidad de guerrero y en furia brutal cuando una banda de matasietes había salido al paso de Al-Rahman en una callejuela y le había exigido el pago de un peaje, dejándole bien claro que una negativa le costaría caro. A Al-Rahman le había aparecido en la mano, como por arte de magia, una cimitarra corta y curva salida de debajo de aquella misma túnica ondeante, con la que había hecho trizas a los cuatro desharrapados en cuestión de segundos.

—*Aasalaamu Aleikum*, Ragnar; ¿querías hablar conmigo?

—*Wa-Aleikum Aasalam*, Abdul —dijo Ragnar, devolviendo el saludo con la fórmula que le había enseñado el propio Al-Rahman. Hurlu, a su lado, hizo una mueca y volvió a escupir al agua, tal como había esperado Ragnar, que sonrió: le divertía chincar al viejo siempre que surgía la ocasión. Al-Rahman también esbozó una sonrisa en su rostro cubierto de tatuajes artísticos; adivinaba la intención del danés alto y rubio. Hacían una pareja extraña: Ragnar era ancho como un roble y Al-Rahman, delgado como un sauce; pero ambos eran igualmente fuertes, cada uno a su manera. Eran tan distintos que no podían llegar a ser verdaderos amigos, pero con el tiempo habían desarrollado cierta confianza y respeto mutuos.

—Necesitamos sombra y agua dulce, y pronto, Abdul; mis hombres se están marchitando como flores. ¿Qué posibilidades tenemos de encontrarlos en este horno?

—Flores —gruñó Hurlu—. Buh.

Al-Rahman se volvió y señaló con el dedo.

—Cuando dejemos atrás ese risco, la Gran Serpiente hará un giro brusco. En sus sinuosidades encontrarás un *waha* que los antiguos griegos llamaban Chenoboskion.

—¿Qué es un *waha*? —preguntó Ragnar.

—Un lugar con agua en el desierto, un refugio —le explicó Al-Rahman.

—¿Cuánto falta?

—¿A esta velocidad? Puede que una hora —dijo Al-Rahman, encogiéndose de hombros.

Ragnar se volvió hacia Hurlu.

—¿Has oído, timonel? Parece que todavía no estamos muertos.

—No —repuso Hurlu—; no somos más que cadáveres secos como los que echan a la lumbre para guisar en esa pocilga de ciudad, allí atrás.

Señaló río abajo con un gesto de la cabeza.

—Al-Qahira —dijo Ragnar, que recordaba el nombre de aquella población sórdida, y su significado paradójico: «la Victoriosa».

—Ese sitio digo —dijo Hurlu—. ¡Atizaban la lumbre con los cadáveres de sus antepasados! ¡Puag!

—Y bien, Hurlu, ¿tendrán fuerzas para llegar hasta allí nuestras florecillas marchitas?

El hombre canoso escupió sobre la borda una vez más.

—¿Que si tendrán fuerzas? —dijo.

Se volvió y levantó la voz para dirigirse al remero espalder, cuyo banco estaba a sus pies.

—¡Aki! ¡Un canto guerrero en homenaje a nuestro amo y señor aquí presente! ¡Boga de combate!

El Kraka aceleró de un salto.

Tuvieron a la vista su meta en menos de la mitad del plazo que había previsto Al-Rahman. La popa del Kraka levantaba espuma blanca entre el río oscuro mientras los remos hendían limpiamente el agua. El *waha*, como lo había llamado Al-Rahman, eran unas pocas chozas de barro y cañas apiñadas al abrigo de un bosquecillo de palmeras datileras cuyas palmas, altas y anchas, relucían de verde vivo a la luz cegadora del sol. Los ventanucos oscuros de las chozas tenían ese aspecto ciego e inexpresivo que indica un largo abandono.

Ragnar oteó la orilla protegiéndose los ojos del sol con la mano. Quizá hubieran vivido allí algunos pescadores en otros tiempos, pero de aquello hacía mucho ya, como pasaba con todo lo demás en aquel país desolado. En las chozas ya no se albergarían más que escorpiones y arañas que buscaban la sombra, como la buscaba la tripulación del Kraka. Ragnar apreciaba también un riachuelo que bajaba por la suave orilla del río y que provendría de algún manantial oculto entre el bosquecillo. En su país natal, en las orillas del fiordo de

Flensburg, aquel manantial, poco más que un hilo de agua, habría pasado desapercibido. Pero aquí era un torrente que les daba la vida.

Los hombres obedecieron de buena gana la orden de dirigirse hacia la orilla. Hurlu, gruñendo un poco con el esfuerzo, hizo girar la larga espadilla contra la corriente. Según decía Al-Rahman, aquella era la estación en que el río estaba en plena crecida, y el nivel del agua estaba alto. A los pocos momentos, el Kraka varó suavemente en el fango de la orilla. Los dos remeros proeles levantaron el ancla de madera que pesaba como una piedra y la largaron por la borda para que sujetara al Kraka contra la corriente. El desembarco se hizo en silencio y con soltura; aquellos hombres habían varado su barco mil veces en mil orillas distintas, y la operación se realizaba con un orden casi mecánico. A pesar de ello, los hombres no se movieron de sus bancos, dando muestras de una disciplina rígida, hasta que Hurlu dio la orden. Tenían las gargantas secas y los labios agrietados por la sed, pero el barco era lo primero, como siempre.

—¡Desarmad remos! —vociferó Hurlu. Los remos traquetearon por los toletes con estobos de cuero mientras los hombres los subían a bordo, hasta que los treinta y dos se alzaron como un bosque por encima de las regalas.

—¡Fijad remos!

Sucesivamente, de proa a popa, los hombres fueron bajando los remos hacia el interior de la embarcación y los dejaron caer en los soportes donde ya reposaban el mástil desmontable, las velas plegadas y la verga, así como un juego completo de remos de repuesto. Cuando hacía mal tiempo, los soportes con los remos servían a veces para montar sobre ellos una especie de tienda de campaña para proteger del agua las provisiones.

—¡A tierra, muchachos!

Los hombres, profiriendo gritos débiles y roncacos de aprobación, se adelantaron a la proa y saltaron a la orilla de fango y guijarros. Lo habitual era que, si el agua no era muy honda, cada hombre saltara sin más por la borda junto a su banco; pero allí no estaban dispuestos a hacer tal cosa.

Todos habían visto a las criaturas gigantes, cubiertas de escamas y con largas mandíbulas que vivían en las aguas sombrías de la Gran Serpiente, y habían presenciado, horrorizados, cómo un par de ellas abatían a un novillo que abrevaba tranquilamente en la orilla, a las afueras de la ciudad que, según decía Al-Rahman, se llamaba Al-Qahira. Las dos criaturas, en una acción concertada, casi habían partido al animal en dos a dentelladas antes de arrastrarlo a aguas

más profundas, mientras este seguía mugiendo lastimeramente hasta que su voz se perdió bajo las aguas.

Cuando el Kraka quedó vacío y los hombres marchaban con pasos inseguros entre los árboles en busca del manantial oculto, Hurlu se dirigió a Ragnar.

—¿Bastará?

—Bastará —asintió Ragnar.

Hurlu bajó de la plataforma de un salto, recorrió con pasos firmes la larga pasarela, se subió a la borda a pulso y se dejó caer al otro lado. Por último, bajaron a tierra los propios Ragnar y Al-Rahman, seguidos por Barakah, el eunuco silencioso.

Resultó que el arroyuelo procedía de un estanque grande de agua dulce, de frescura casi increíble, que relucía entre el bosquecillo de palmeras. Algunos de los hombres se tumbaron con el vientre en la tierra y la cabeza en el agua; otros se despojaron de las túnicas y las botas y se echaron al agua desnudos, sin más.

Ragnar y Al-Rahman, después de haber saciado la sed de manera un poco más decorosa, contemplaron a la tripulación.

—«El hombre tiene necesidades; Odín provee» —dijo Ragnar con humor, recordando un viejo dicho que le había enseñado su madre cuando lo sentaba en sus rodillas.

Al-Rahman sonrió.

—No ha sido Odín ni ningún otro dios —dijo—. Este estanque es un don del tiempo.

—Pensaba que creías en tu dios, en Alá —dijo Ragnar.

—Creo en las enseñanzas de su gran profeta Mahoma, la paz sea con él; pero ningún hombre puede conocer a Alá ni jactarse de entenderlo. Los hebreos ni siquiera pronuncian el nombre de su dios, por el mismo motivo.

—¿Y nosotros, los *kuffār*, los infieles? —dijo Ragnar con una sonrisa, recordando la palabra que le había enseñado Al-Rahman.

Este devolvió la sonrisa al recio danés.

—Mahoma, la paz sea con él, nos ordena que os tengamos lástima y os enseñemos el Camino verdadero.

Los dos hombres se apartaron del estanque para pasearse entre las palmeras. Había hierba alta, y brotaban más tallos verdes allí donde habían caído los dátiles podridos. Ragnar cayó en la cuenta de que era la primera vez que se tomaba un descanso desde hacía varios días. En el borde del bosquecillo, cuando ya no tenían delante más que las arenas desnudas del desierto, descubrieron una

gran losa de piedra que asomaba del suelo. Era negra, su superficie estaba pulida y lisa como si fuera de vidrio, y tenía grabadas con líneas profundas diversas figuras e imágenes. Algunas de las figuras eran claramente seres humanos, pero otras imágenes representaban animales extraños y fantásticos: toros de cuernos enormes, una especie de gacelas de cuello tan largo que dominaban a todas las demás figuras, y otras criaturas menores: un felino de colmillos enormes, y un ser de orejas gigantes, patas que parecían troncos de árboles y dos cuernos que le brotaban de entre los labios. Se habían grabado líneas más ligeras que representaban praderas, y por debajo de todo ello había una gruesa serpiente negra que no podía ser otra cosa que el gran río que tenían a sus espaldas.

—¿Serán las visiones de un hombre con fiebre, hace mucho tiempo? —dijo Ragnar, pasando los dedos por las líneas.

—O un recuerdo —dijo Al-Rahman—. Puede que este lugar fuera en otros tiempos un paraíso de pastos verdes y de presas de caza. Es posible que el estanque en el que se bañan ahora tus hombres no sea más que lluvia que cayó hace diez mil años y que mana ahora aquí y allá para recordarnos el pasado.

—¿Cómo puede convertirse un paraíso en un desierto? —preguntó Ragnar.

—¿Cómo puede haber desaparecido la civilización que construyó las grandes pirámides y los templos antiguos? —repuso Al-Rahman—. Nada es imposible; todo se desvanece.

Ragnar se volvió y contempló el río entre los grupos de árboles.

—¿Y nuestra empresa es posible? ¿Llegaremos a encontrar las minas de Salomón?

—Los romanos creían en su existencia —dijo Al-Rahman, encogiéndose de hombros—. Y se cuentan otras historias —hizo una pausa—. Hubo una vez un gran rey llamado Sogolon Djata, al que bien se pudo confundir con el Salomón del que habla Harald. Sus hijos se hicieron muy ricos, y se dice que hasta sus mismas casas eran de oro. También se cuentan historias que hablan de la gran ciudad que tenían en el desierto y que se llamaba Tombuctú, sede de grandes riquezas y depósito de conocimientos todavía mayores.

—¿Es posible que exista tal lugar? —dijo Ragnar.

Al-Rahman se rio a carcajadas y dio una palmada a Ragnar en el hombro.

—Creo que tú y yo descubriremos si existe o no, Ragnar Hiendecráneos, y quizás, incluso, volvamos para contarlo.

CAPÍTULO 1

—África no me llama mucho, la verdad, a excepción de ese viaje desventurado que hicimos a Libia para rescatar a la prima Peggy —dijo el coronel John «Doc» Holliday—. Yo soy más tipo caballero de armadura reluciente o Imperio romano.

—Esto es distinto —dijo Rafi Wanounou.

Los dos estaban sentados en el cuarto de estar del piso amplio y luminoso que tenía el arqueólogo en la calle Ramban, del barrio de Rehavia, en Jerusalén. A Holliday le llegaban desde la cocina los efluvios del pollo con champiñones y almendras, el *kung pao* de ternera y el pato a la soja: Peggy estaba sirviendo en platos la cena de comida china *kosher* para llevar. Peggy opinaba que el arte culinario era importante, pero más importante era el arte de saber a qué restaurante encargar comida a domicilio, y practicaba esta filosofía desde que era estudiante de secundaria.

—De acuerdo —dijo Doc—. Contraataco. ¿Por qué voy a renunciar a seis meses de mi vida para andar rondando con Peggy y contigo por Etiopía, por los desiertos de Sudán y por las selvas del Congo, cuando tengo una oferta de trabajo estupenda de la Academia Militar de Alabama, y la oportunidad de escribir mi libro sobre la guerra de Secesión?

—Porque Mobile es una sauna en verano —dijo Peggy en voz alta desde la cocina.

—Y al mundo no le hace falta ningún libro más sobre la guerra de Secesión —añadió Rafi con una sonrisita.

—Vale, y ¿qué me puedes ofrecer, aparte de la malaria, serpientes venenosas de cincuenta especies distintas y hordas de rebeldes sedientos de sangre?

—Se llamaba Julian de la Roche-Guillaume —dijo Rafi—. Era monje cisterciense, y templario.

—No he oído hablar de él nunca —dijo Holliday.

—No me extraña; fue bastante poco conocido —dijo Rafi, antes de echarse a la boca un *dumpling* chino. Lo masticó unos momentos con expresión pensativa—. Lo llaman *el Templario Perdido*, cuando lo llaman, que es pocas veces. La historia casi se ha olvidado de él, y las raras veces que se le cita de pasada se le recuerda como a un cobarde que abandonó a sus santos hermanos.

—Da la impresión de que sería tipo Indiana Jones, ¿verdad? —dijo Peggy.

—¿Por qué tienes tanta afición a Indiana Jones? —replicó Rafi—. Sus técnicas de campo no son, ni mucho menos, las propias de un arqueólogo que se precie.

—No lo entiendes —repuso Peggy, risueña—. A quien tengo «afición» no es a Indiana Jones, sino a Harrison Ford.

—Háblame más de ese tal Templario Perdido —dijo Holliday.

—Siempre tuvo más de erudito que de caballero templario propiamente dicho —dijo Rafi—. Cuando Saladino encomendó a los templarios la custodia de los códices de la biblioteca de Alejandría y otras, tras la caída de Jerusalén, Roche-Guillaume fue uno de los que acudieron a evaluarlos. Al parecer, era un hombre cultísimo que hablaba y escribía más de una docena de lenguas.

—Parece un tipo interesante —dijo Holliday—. ¿Qué tiene que ver esto con Etiopía?

—Que allí fue donde lo encontré —dijo Rafi—. Descubrí su tumba cuando hacía excavaciones en el lago Tana, el año pasado, cuando mi querida esposa y tú andabais zascandileando por Washington y metiéndoos en líos de todas clases.

—No estábamos zascandileando —dijo Peggy, que llegó con los platos y los puso sobre la mesa, al fondo de la habitación—. Estábamos corriendo para salvar la vida, que es muy distinto.

Peggy consultó su reloj, se volvió y encendió con una cerilla de madera las dos velas rituales del sábado que estaban dispuestas sobre el antiguo bufete victoriano. Cuando estuvieron encendidas, agitó suavemente las manos sobre las llamas, se cubrió los ojos y pronunció la bendición.

—*Barukh ata Adonai Eloheinu Melekh ha-olam, asher kid'shanu b'mitzvotav v'tzivanu l'hadlik ner shel Shabbat.*

—¿Has oído? —dijo Rafi con orgullo, mientras Holliday y él se levantaban para dirigirse a la mesa—. Es mejor judía que yo mismo. Hace la *licht tsinden* y

la bendición como una profesional.

—Y eso que mi abuelito era predicador baptista —dijo Peggy, sentándose a la mesa—. ¿Quién lo hubiera dicho?

—El año 1324 es más de diez años después de la supresión de los templarios por el rey Felipe —observó Holliday—. ¿Cómo consiguió escapar?

—No regresó a Francia —le explicó Rafi—. Roche-Guillaume no tenía nada de tonto. Cuando volvió a caer Jerusalén, él estaba en Chipre, y supo ver lo que se venía encima. Los templarios tenían demasiado dinero, demasiado poder, y hacían gala de ello ante el rey de Francia y ante el papa. Eso no era ni sano ni prudente. Estaban condenados a caer políticamente. Roche-Guillaume, antes de hundirse con el barco, por así decirlo, huyó a Egipto. Más concretamente, a Alejandría. Allí fue tutor de los hijos de los sultanes mamelucos.

—Alejandría está muy lejos de Etiopía —observó Holliday.

—Tú no tienes ni un pelo de romántico, ¿verdad, Doc? —dijo Peggy en son de burla mientras pinchaba un trozo de pato con el palillo—. ¡Es un cuento!

—Lo siento —dijo Holliday.

—Roche-Guillaume era historiador, como tú, Doc, y también tenía algo de arqueólogo. Hasta podría decirse que se parecía también un poco a Peggy, pues documentaba todos sus trabajos con dibujos. Centenares de dibujos, sobre pergamino en su mayoría. Sí, Roche-Guillaume era un romántico, en efecto. Con el tiempo, se fue convenciendo de que era cierto que la reina de Saba había tenido relaciones con Salomón, y de que había sido ella quien había enseñado a este el lugar donde estuvieron las verdaderas minas del rey Salomón. También compartía la opinión, no muy popular, de que la reina de Saba era negra. Negra como el carbón, para más señas.

—Debes de estar de broma —dijo Holliday, riéndose—. *Las minas del rey Salomón* es una ficción. Una novela que escribió Rider Haggard en el siglo XIX. Las minas son un mito.

—Salomón existió; es un hecho histórico, y también lo es que existió Saba. Algunos creen que Saba estaba en Arabia y que quizá fuera el actual Yemen. Pero yo, en vista de lo que he descubierto, apostarí por que estaba en Etiopía. O, al menos, allí estuvieron sus inicios.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Holliday mientras escogía un bocado.

—Por Marco Antonio.

—¿El de «vengo a enterrar a César, no a alabarlo»? ¿El de Marco Antonio y Cleopatra?

—El mismo —asintió Rafi.

—¿Está implicado?

—Es un cooperador necesario. Corría el año 37 antes de Cristo, y a Marco Antonio se le acaba el dinero. Cleopatra le había financiado sus guerras hasta entonces, pero el cajón ya estaba vacío y los enemigos se le venían encima.

—Marco Vipsanio Agripa y sus amigos. Conozco la historia, Rafi. Pasé años enseñándola en West Point.

—Marco Antonio está arruinado. Tiene que dar de comer a su ejército, pero, como he dicho, el cajón está vacío y su amante refunfuña. ¿Qué hace él entonces?

—No me tengas sobre ascuas —dijo Holliday.

—Envía a una legión a que remonte el Nilo en busca del tesoro del país de Saba y de las minas del rey Salomón.

—¿De qué legión estamos hablando?

—De la *Legio Nona Hispana* —dijo Rafi. Tomó con el tenedor una hoja de *bok choy* al vapor y se la comió—. La Novena.

—¿La «legión perdida»? —dijo Holliday, riendo. Aquello se volvía más bizantino por momentos—. ¡Si desaparecieron en la zona de la muralla de Adriano! Los aniquilaron.

—Esa es una de las teorías —dijo Rafi—. La otra es que sufrieron muchas bajas y cambiaron de nombre cuando los enviaron a África con Marco Antonio. Entonces pasaron a llamarse XVIII Legión Líbica, a las órdenes de Marco Antonio y de un general que era poco de fiar, Lucio Gelio Publícola, dispuesto a traicionar a uno o a otro según soplara el viento.

—¿En qué fuente histórica te basas?

—En Julian de la Roche-Guillaume, el templario convertido en tutor de niños ricos —respondió Rafi—. Cuando estaba en Alejandría descubrió los registros de la legión, en los que se describían sus órdenes, sus materiales, sus provisiones... todo tipo de cosas. Los romanos de tiempos del Imperio eran meticulosos como los alemanes de ahora y guardaban registros detallados. Pero no aparece ninguna mención de su vuelta. Remontaron el Nilo y desaparecieron, sin más.

—En busca de las minas del rey Salomón.

—Eso parece.

—Me parece que te has metido en una madriguera muy honda, Alicia —dijo Holliday. Mojó un rollito de primavera en un recipiente pequeño de salsa de soja y le dio un bocado—. ¿Quién va a aparecer ahora? ¿El Sombrero Loco?

—Mejor —dijo Peggy, sonriente. En el exterior, una leve brisa agitaba con suavidad las hojas de los olivos del patio. Se oía a lo lejos el chirrido penoso del viejo molino de viento de piedra que en tiempos había servido para generar electricidad para el barrio.

—¿Mejor? —repitió Holliday.

—Harald Sigurdsson —dijo Rafi.

—¿Un vikingo? ¿El que después se llamó Harald Hardrada, Harald *el Duro*? Esto ya empieza a ser una tontería, chicos.

—Harald Sigurdsson fue, entre otras cosas, jefe de la guardia varega del emperador de Oriente, en Constantinopla. También fue caudillo de los varegos en campañas de pillaje en el norte de África, Siria, Palestina y Sicilia. Cuando estaba en Alejandría, violando y saqueando, le llegaron rumores acerca de la legión prohibida, y mandó a uno de sus mejores hombres, Ragnar Hiendecráneos, a remontar el Nilo con una tripulación, para buscarlos.

—¿Cuándo fue eso?

—En el año 1039. Unos trescientos años antes del tiempo de Roche-Guillaume.

—Y ¿qué fue de Ragnar Hiendecráneos? ¿O está de más preguntarlo?

—Desapareció, ni más ni menos que la legión perdida.

—Y ¿dónde va a parar esta historia, exactamente?

—Ragnar Hiendecráneos llevó consigo a un erudito semejante a Roche-Guillaume, para que hiciera la crónica del viaje. El erudito se llamaba Abdul Al-Rahman, esclavo de alto nivel de Constantinopla y aficionado a los viajes y a las aventuras. También servía de intérprete. Y este, a su vez, se hizo acompañar de un artista que llevaba un registro gráfico de lo que veía, un eunuco de la corte llamado Barakah. Una versión del siglo XI de Peg, aquí presente.

Peggy dio una fuerte palmada a su marido en el brazo.

—Yo no tengo nada de *eunuca*, monín.

—E iban en busca de las minas del rey Salomón, ¿verdad? —preguntó Holliday.

—No solo las buscaron, sino que las encontraron. Ragnar murió de fiebre de las aguas negras durante el viaje de vuelta; pero Abdul Al-Rahman sobrevivió y

llegó hasta Etiopía. Cuando Roche-Guillaume estuvo en el lago Tana, encontró en una isla insignificante del lago la crónica del viaje que había redactado Al-Rahman. Copió los pergaminos, que habían enterrado con él.

Holliday se encogió de hombros.

—Y ¿quién nos dice que Roche-Guillaume no se inventó todo aquello, como una ficción entretenida? Un relato épico homérico. ¿Donde están las pruebas?

Rafi se levantó de la mesa y se dirigió al antiguo bufete victoriano donde ardían las velas del sábado. Extrajo una caja antigua de madera con tallas profundas y la depositó con suavidad en el centro de la mesa. Las tallas de la caja parecían runas vikingas.

—Ábrela —dijo Rafi.

Holliday levantó la tapa sencilla de la caja de madera oscura. En el interior de esta había un trozo de cuarzo del tamaño de una pelota de golf y que venía a tener forma de corazón. Una veta gruesa, de formas blandas, rodeaba uno de los extremos de la piedra. Parecía ser de oro.

—Esto estaba en la tumba de Roche-Guillaume —dijo Rafi—. Si los esbirros del Departamento Central Revolucionario de Investigación de Adís Abeba se llegan a enterar de que lo estaba sacando del país, seguramente me habrían detenido.

—¿Por un poco de oro en una mena de cuarzo? —dijo Holliday.

—No es cuarzo —repuso Rafi—. Es un diamante sin defectos de seiscientos sesenta y cuatro quilates. VVSI^[1], creo que lo llaman. Consulté a un amigo que entiende de estas cosas. Según me dijo, es el décimo diamante más grande del mundo. Su precio justo en el mercado actual sería de unos veinte millones de dólares. Su valor histórico es incalculable.

—¿Y se supone que esto procede de las minas del rey Salomón? —dijo Holliday, contemplando la inmensa piedra.

—Según la crónica de Al-Rahman que copió Roche-Guillaume, hay una montaña de piedras como esta. Toneladas.

—¿Dónde, exactamente?

—Ese es el problema —dijo Rafi—. Según lo entiendo, las minas están situadas en el actual distrito de Kukuanaland, en la República Centroafricana.

—Huy —dijo Holliday—. El general Salomón Kolingba.

—Kolingba el caníbal —añadió Peggy, que se estaba comiendo el último trozo de pollo al limón—. El único dictador africano que tiene su propio juego

de cuchillos Ginsu para trinchar a sus enemigos.

CAPÍTULO 2

El doctor Oliver Gash iba a 110 kilómetros por hora por la pista polvorienta que venía de Bangui, en su camioneta Land Rover a rayas negras y amarillas, con el aire acondicionado a plena potencia y Little Richard cantando *Rip it up* a voz en cuello por los ocho altavoces del equipo de sonido Bose. El doctor Gash no había visto ningún otro vehículo por el camino desde que había pasado la frontera de lo que antes era el distrito de Kukuanaland de la República Centroafricana, pero ahora era la República Democrática Independiente de Kukuanaland. Todas las aldeas por las que pasaba parecían desiertas; todos los puestos de venta al borde de la carretera estaban a oscuras y con los cierres echados.

Aquello no sorprendía al joven negro que iba al volante. La desolación aparente lo hacía sonreír, más bien. Era muestra de miedo, y él sabía bien que el miedo es poder. El Land Rover a rayas de avispa llevaba en las portezuelas el escudo real de los Kolingba, y en el nuevo país de Kukuanaland se difundían rápidamente todas las noticias que tuvieran que ver con algo o alguien relacionado con el general Salomón Bokassa Sesesse Kolingba.

El doctor Gash era ministro del Interior de la República Democrática Independiente de Kukuanaland, además de ministro de Hacienda, secretario de Estado y director de Asuntos Exteriores de la joven nación. El hombre al volante no había nacido con el nombre de Oliver Gash, ni tampoco ostentaba ningún doctorado. Gash se había llamado Olivier Hakizimana Gashabi, natural de Ruanda, país del que había huido con su hermana mayor, Eliane, durante el genocidio de 1994. Tras atravesar la República Democrática del Congo, se habían instalado por fin en Bangui, capital de la República Centroafricana.

Tres años después de su llegada a Bangui, un estadounidense que se llamaba Arthur Andrew Hartman y vivía en Baltimore había elegido a la hermana de Olivier en un catálogo de novias por encargo. Eliane, que tenía diecinueve años, había accedido a casarse con él con la condición de que Hartman adoptara formalmente como hijo a su hermano de once años.

Hartman no estaba en condiciones de rechazar la propuesta de Eliane. Arthur Andrew Hartman, de rostro marcado por el acné, introvertido, con problemas sexuales, que en tiempos había causado baja en el ejército de los Estados Unidos por el artículo 8, en virtud de un «trastorno» que no se especificaba, y que por entonces era exfuncionario de Correos con incapacidad permanente por motivos psicológicos, tenía pocas ocasiones o ninguna de mantener contactos significativos con los miembros del sexo opuesto, y tampoco podía pagarse con dinero el alivio a su soledad, por su temor paranoico a las enfermedades de transmisión sexual.

Tres años más tarde, habían encontrado a Arthur Andrew Hartman en un callejón tras un centro comercial del barrio de Gardenville, en Baltimore. Tenía los pantalones bajados hasta los tobillos, los genitales mutilados, y estaba degollado. Se sospechó durante algún tiempo que el asesino de Hartman había sido su hijo adoptivo de quince años, pero no había pruebas, y el ministerio fiscal de Baltimore no quiso llevar adelante el caso. El asesinato afortunado de su padre adoptivo y odiado había sido la primera incursión de Olivier Gashabi en el mundo del crimen. No sería la última.

Con lo que tocó a Eliane del seguro de vida postal de Hartman y del dinero de la venta rápida de su casa en la avenida Asbury, Eliane adquirió la mitad de la propiedad de un salón de manicura y pedicura. Olivier Gashabi, que se cambió oficialmente el nombre para llamarse Oliver Gash, invirtió lo que le había pagado su hermana por asesinar a Hartman en la compra de dos kilos de cocaína. Aquello sucedía en el 2001. Diez años más tarde, Eliane Gashabi era propietaria única de cuatro salones de manicura y pedicura, y su hermano había multiplicado por cien su primera inversión. También se había ganado unos cuantos enemigos importantes, tanto en el ministerio fiscal y en el Departamento de Policía de Baltimore, como entre la amplia red de delincuencia que se extendía entre Washington D. C., Baltimore y Nueva York. De pronto, al empresario del crimen le sobrevino el impulso apasionado de recuperar sus raíces y, viajando con su pasaporte estadounidense perfectamente válido, regresó a la República Centroafricana.

En Bangui, el negocio del crimen ya estaba controlado por diversas bandas de estructura tribal que se hacían valer machete en mano. Por ello, Gashabi-Gash optó por viajar hasta su propio corazón de las tinieblas y se adentró en el país, navegando por el río Kottu en un vapor, hasta llegar a la población de Fourandao, en Kukuanaland.

Fourandao había sido en tiempos un asentamiento colonial francés conocido por sus plantaciones de cacao y de tabaco. Ambos cultivos estaban controlados por la antigua familia portuguesa cuyo apellido daba nombre a la población. Esta estaba compuesta de edificios de adobe de uno o dos pisos con tejados de chapa ondulada, que se extendían sin orden a lo largo de ambas orillas del Kottu en una extensión de unos ochocientos metros y se adentraban irregularmente en la selva circundante, hacia los lejanos montes Bakouma por donde transcurrían las fronteras con Sudán y con Chad.

Oliver Gash llegó a los muelles fluviales de Fourandao una mañana temprano y se encontró con que la pequeña ciudad estaba en plena revolución. A primera hora de la tarde ya había visto por dónde soplaba el viento y se había afiliado a las fuerzas de la ANRK, la Alianza Nacional Revolucionaria de Kukuanaland, cuya cabeza visible era un ambicioso teniente de las FACA, las *Forces Armées Centrafricaines*, que se llamaba Salomón Kolingba. El gobernador oficial de aquel territorio, un médico llamado Amobe Limbani, que pertenecía a la minoría étnica yakima, había huido a la selva y no se había vuelto a saber nada de él.

Al caer el día, Oliver Gash había recibido el nombramiento de coronel de manos del flamante general Kolingba, y a medianoche Gash y Kolingba celebraban el nacimiento de la nación de Kukuanaland con una botella de champán de la Viuda de Clicquot liberada del bar del Hotel Trianon, en la plaza central de la ciudad, que había sido bautizada con el nombre grandilocuente de Plaza de la Revolución del General Kolingba.

Al día siguiente, Gash y Kolingba se pusieron a trabajar. A causa de las diversas guerras, agitaciones políticas y reordenaciones de las estructuras criminales del mundo, ya no estaban disponibles las rutas comerciales normales de la heroína pura ni de sus materias primas. Oliver Gash, recurriendo a sus contactos en los Estados Unidos, propuso a Kolingba que Kukuanaland se convirtiera en una nueva Marsella que sirviera de centro de refinado y distribución de narcóticos de alto grado, para ampliar más tarde sus actividades al tráfico de armas ligeras, el terrorismo mercenario, la comercialización de

diamantes de sangre, el blanqueo de capitales a gran escala, y otras actividades diversas, desagradables pero rentables, gracias a las cuales la ciudad abierta de Fourandao podía llegar a ser la nueva sede de Crimen S. A. Un «Chicago, años 30» para el siglo XXI. El sueño americano en plena selva ecuatorial africana.

El plan dio unos resultados que superaron con creces lo que había soñado Olivier Gashabi. Fourandao y su comarca habían prosperado. Se había ampliado el aeropuerto con pistas largas para los *jets* privados, y el ejército desharrapado había recibido uniformes a estrenar y armas nuevecitas, donado todo ello por el Departamento General de Armamento del Gobierno chino. Los chinos estaban instalando también una buena depuradora de aguas para Fourandao, y asfaltando las carreteras próximas. Oliver Gash había manifestado un talento inesperado para la política y la diplomacia. Resultó que ambas tenían mucho que ver con la delincuencia. En África, la corrupción y la avaricia estaban a la orden del día en la política, como en todo el mundo. La única diferencia era que en África se aceptaban y se daban por supuestas.

El Land Rover con colores de avispa llegó por fin al puerto destartado de la población. Varias barcasas estaban cargando fruta y fardos de caucho para emprender el largo viaje río abajo; pero en realidad no eran más que tapaderas que encubrían las cargas de drogas, de armas y de otras mercancías ilícitas que se distribuían a partir de aquel duro país selvático. Por delante de las barcasas estaba fondeado el único barco de las fuerzas navales de Kukuanaland, un bote patrulla fluvial de once metros de eslora que les había cedido la armada de Yibuti, dotado de un motor Evinrude de cincuenta caballos y de una cabina que hacía agua. Su único armamento era una ametralladora pesada Kord, recuerdo de una delegación rusa que había conseguido colocársela a Kolingba en la primera época de su régimen. Cuando el general tenía ganas de hacer deporte, salía a pescar en la lancha con Gash y con un cuarteto de guardaespaldas, y cazaba cocodrilos con la ametralladora.

Lo único que preocupaba a Gash mientras recorría el puerto en su vehículo era una reunión que había mantenido en Bangui hacía poco tiempo con uno de los banqueros más corruptos de la ciudad. Este había preguntado a Gash qué planes tendría si ya no hubiera que contar con Kolingba. Estaba claro lo que quería decir aquello: si suprimimos a Kolingba, ¿estaría dispuesto Gash a ocupar su lugar? En la reunión, Gash no se había querido comprometer (la propuesta del banquero bien podía ser una trampa trazada por el propio Kolingba para ponerlo

a prueba); pero la pregunta no había dejado de inquietarlo a otro nivel. Si Gash había sobrevivido hasta entonces era porque no tenía nada de tonto; sabía perfectamente que los dictadores africanos tenían la esperanza de vida de una mosca de la fruta, y podía haberle llegado el momento de prepararse una vía de escape por si las cosas se ponían mal. Ya había sobornado y tenía a sueldo a todos los sobornables, con lo que tenía a su disposición una red compleja de escuchas dentro del círculo más íntimo de Kolingba; pero quizá debiera hacer algo más.

Gash giró la camioneta para tomar la calle que conducía al centro de la población y fue pasando ante chabolas con techo de chapa y tiendas que exponían en plena calle sus artículos, desde bicicletas hasta bolsos de imitación, pasando por largas camisetas de los Chicago Bulls.

Llegó por fin a la plaza, y se dirigió a la residencia que había pertenecido en tiempos a la familia Fourandao y que era ahora el complejo presidencial. Kolingba había querido llamarlo Palacio Real; pero Gash lo había convencido de que, aunque era rey, también era presidente, y de que el mundo exterior se lo tomaría más en serio con este último título.

El complejo era, en esencia, un fuerte rodeado de altos muros de cemento y paja revestidos de estuco amarillento, con un parapeto de madera y dos gruesas puertas de roble. En el interior, a un lado estaba la residencia presidencial, al otro lado un cuartel y, al fondo, un comedor de tropa, el depósito de armas y los calabozos. Ante la entrada estaban dos guardias armados con pequeños subfusiles cortos Chang Feng. Gash sabía que los cargadores de los subfusiles estaban vacíos, como lo estaban todas las demás armas del interior del complejo; solo estaban cargadas las que llevaban el propio Kolingba y sus dos guardaespaldas personales, que eran ambos hermanos menores suyos.

Cuando los dos guardias vieron que el Land Rover entraba en la plaza, se pusieron firmes, y cuando se acercó el vehículo, las puertas se abrieron como por arte de magia. Les habrían dado aviso de su llegada por teléfono desde alguno de los almacenes del puerto, y ya estarían dispuestos y esperándolo. Una vez, un guardia no había abierto la puerta a tiempo, y lo habían hecho subir al patíbulo de madera con un garrote vil que había ocupado en el centro de la plaza el lugar de la estatua de bronce de Ambrosio Fourandao. Tras convocar a la fuerza a todos los habitantes, habían pasado una soga por los orificios del garrote vil y la habían retorcido con una barra de hierro en la parte posterior, estrangulando al hombre para darle una muerte lenta y dolorosa.

Kolingba había contemplado desde el parapeto del complejo la ejecución, que el verdugo había prolongado más de una hora, ahogando al reo y dejándolo respirar alternativamente hasta que, a una señal de Kolingba, había puesto fin a sus sufrimientos. Aquellas cosas ponían los pelos de punta a Oliver Gash, pero, con el dinero que estaba ganando, no podía quejarse. Un año más, y ya tendría lo suficiente para huir de las garras de aquel loco y perderse de vista para siempre. No había vuelta de hoja: el rey de Kukuanaland estaba más loco que una cabra, y podía revolverse contra él en cualquier momento, como el animal salvaje que era. Tratar con aquel hombre era como andar por la cuerda floja sobre las cataratas del Niágara. Pero estaba ganando mucho dinero, eso sí.

Gash dejó el Land Rover ante la residencia presidencial y subió los tres amplios escalones que daban al porche cubierto. Este tenía un claro sabor colonial, con sus sillones de mimbre donde se sentarían los propietarios de la plantación a tomar el fresco del anochecer y a beber combinados de ginebra mientras se quejaban del calor y de la falta de actividades civilizadas.

Los dos guardias que estaban ante la puerta principal se pusieron firmes, con ojos desorbitados de terror, al paso de Gash. Este subió la escalera hasta el segundo piso del edificio y llegó al despacho de Kolingba, desde el que se dominaba el complejo.

Kolingba estaba sentado tras su escritorio inmenso, como de costumbre, y leía reflexivamente un documento sobre el que apoyaba la mano también inmensa. Llevaba su uniforme completo: pantalones de montar azul oscuros con una franja roja por el borde exterior, camisa azul clara con hombreras negras y doradas, y el pecho lleno de medallas. En la parte delantera del escritorio estaba puesto de pie un ejemplar enorme del Antiguo Testamento con cubiertas de acero, entre dos sujetalibros inmensos de hierro forjado que representaban cabezas de leones. En una esquina de la mesa había un casco cromado de comandante de carros de combate, y al alcance de su mano derecha una pistola automática Colt del .45 de lujo, bañada en plata y con hermosos grabados. Gash sabía que la pareja del arma estaba en la pistolera que llevaba Kolingba a la cadera. En una pared había una librería estrecha que contenía principalmente libros que trataban del general George S. Patton. Hasta había en la pared un retrato del actor George C. Scott caracterizado como el célebre general. Kolingba alzó la gran cabeza cuando Gash entró en la sala. Entrecerró los ojos.

—«El peso del oro que Salomón tenía de renta cada año, era seiscientos sesenta y seis talentos de oro; sin lo de los mercaderes, y lo de la contratación de

especias, y lo de todos los reyes de Arabia, y de los principales de la tierra, que traían oro y plata a Salomón».

—¡Qué gran verdad, majestad! —murmuró Gash. No tenía ni la más remota idea de qué estaba diciendo Kolingba, pero supuso que el hombretón estaba citando un pasaje de la Biblia.

—La Biblia habla con gran respeto de mi antecesor —dijo Kolingba con voz retumbante que sonaba como el gruñido gutural, apenas contenido, de una fiera inmensa.

—Naturalmente, majestad —asintió Gash.

—Debemos actuar rápidamente, Gash, antes de que sea demasiado tarde.

—Naturalmente, majestad.

No cabía la menor duda: Salomón Kolingba no estaba en su sano juicio.

CAPÍTULO 3

—Heródoto dijo que Egipto era un país ganado y un don del Nilo —dijo Holliday, contemplando el paisaje árido de la meseta etiópica desde el asiento trasero del Toyota Land Cruiser viejo y destartalado.

—Hero... ¿qué? —dijo Peggy, que iba sentada junto a Rafi, que conducía el vehículo.

—¿Cómo es posible que un buen arqueólogo judío como tú se haya casado con una filisteo ignorante como esta? —dijo Holliday mientras daba a su prima un pescozón inocente.

—Es pariente tuya —dijo Rafi con humor.

—Es tu mujer —repuso Holliday.

—¿Por qué no respondéis a mi pregunta uno de los dos? —preguntó Peggy.

—Heródoto era un griego antiguo —explicó Holliday—. A veces lo llaman «el padre de la Historia». Viajó por todo el mundo antiguo, recogiendo relatos sobre todos los países que visitaba.

—También lo llamaron «padre de las mentiras» —añadió Rafi—. Recopiló tantas fábulas y leyendas como datos reales.

—¿Como la de las minas del rey Salomón? —preguntó Peggy.

—Heródoto no habló de Salomón —dijo Holliday.

—Pero sí que tocó el tema de cerca —dijo Rafi—. Cuenta muchas historias sobre el misterioso país de Punt.

—¿Punt?

—Sí; punto, set y partido —bromeó Holliday—. Nadie ha llegado a averiguar dónde estaba ese país.

—¿Y esos vehículos blindados de transporte de personal rusos? —preguntó Peggy, señalando con un gesto de la cabeza un nuevo BTR-60 quemado cuyos

restos se oxidaban junto a la carretera. Habían visto muchos como aquel desde que salieron de Adís Abeba.

—Son restos de la guerra civil de Etiopía —dijo Holliday—. Fueron casi veinte años de matanzas y desórdenes que no condujeron absolutamente a nada. Dos grupos marxistas que se disputaban el poder, engordando a los traficantes de armas. Cuando hubieron terminado no quedó más que corrupción y pobreza a gran escala. Eso fue en 1991. Desde entonces, las cosas han cambiado poco.

Dejaron atrás un letrero que decía: BAHIR DAR 20 KM. Casi habían llegado a su destino, al lago Tana, la fuente del Nilo.

Archibald Ives, más conocido por «Archie», se secó el sudor de la cara con una camiseta que le servía de toalla y preparó el único cartucho de explosivo potente, ajustando cuidadosamente los cables del detonador en el extremo abierto del tubo de dieciocho centímetros, cuyo interior tenía consistencia de masilla. Treinta metros más abajo, al pie de la suave ladera, transcurría entre la vegetación de la selva el modesto arroyo que más adelante se convertía en el río Kotto.

Ives había llegado a Kukuanaland clandestinamente, en helicóptero desde Chad. Ya llevaba casi una semana en aquel país pequeño e infernal, dedicado a explorar ubicaciones probables que habían seleccionado previamente a partir del archivo de fotos aéreas que había encargado la empresa más de un año atrás. Aquel era su último día; al día siguiente estaría de vuelta en el punto de recogida, y doce horas más tarde se estaría tomando una cerveza en el café Khartoum, del hotel Burj Al-Fatah.

Se pasó una mano por la mandíbula curtida por el sol y sintió la barba incipiente y mugrienta, rubia y entrecana. A sus sesenta y tres años empezaba a no tener edad para andar correteando por las selvas de esa manera. Por otra parte, en estos tiempos sale cara una buena jubilación, y por eso había negociado esta vez con la empresa una cláusula de reparto de beneficios. Estaba harto de enriquecer a peces gordos como Sir James Matheson mientras él trabajaba por cuatro cuartos.

Ives dejó caer el explosivo en el orificio perforado previamente; lo cubrió a presión con la tierra arcillosa que lo rodeaba y tendió los cables del detonador hasta su puesto, en lo alto de la colina. Se sentó en el suelo con las piernas

cruzadas y unió los cables a un pequeño aparato USB que conectó, a su vez, a su ordenador portátil. Introdujo los parámetros, puso en marcha el equipo de registro y echó una última ojeada cuesta abajo. No había nada por tierra ni aviones en el cielo; aunque Kukuanaland tampoco disponía de unas fuerzas aéreas notables: un único y viejo helicóptero de combate soviético Mil Mi-24 de los años setenta, para el que no tenían ningún piloto. Kolingba, el líder loco del país, tenía un Cessna 170 monomotor más viejo todavía que pilotaba a veces él mismo; pero, al parecer, rara vez despejaba, pues tenía un miedo atroz a que lo derribaran desde alguno de los países vecinos con misiles tierra-aire.

Con el ordenador en equilibrio sobre sus rodillas, Ives pulsó «enter». Hubo una pausa de una fracción de segundo, una detonación sorda y apagada, y la tierra tembló brevemente. Otra pausa, y empezaron a aparecer los datos en la pantalla.

—Rediez —dijo el geólogo entre dientes. Volvió a activar los datos para cerciorarse de que no había ningún error y, acto seguido, dejó a un lado el equipo de registro y se puso de pie. Caminó ladera abajo hasta llegar al arroyo y se puso en cuclillas, sumido en sus reflexiones. Se echó agua a la cara, con gran cuidado de no tragar nada; era bien consciente de los parásitos que podían vivir en el agua, desde la esquistosomiasis hasta el cólera, pasando por el tifus y otra docena de horrores. Se secó las manos y la cara con la camiseta-toalla, y sacó un cigarrillo y lo encendió. Tosió una vez, escupió una flema, y dio una calada larga y satisfactoria.

Había esperado ver en la pantalla, como mucho, unas cuantas formas circulares pequeñas de las «tuberías» aluviales bien conocidas, indicios de la presencia de un depósito de algún tipo. Lo que no se había esperado era lo que había visto: tantas manchas circulares que se fusionaban para formar una sola tubería gigante, lo que le indicaba que la colina sobre la que estaba no era, en realidad, tal colina; era un único depósito enorme de kimberlita, mayor que ninguno que hubiera visto él hasta entonces. Era tan grande, como mínimo, como el de la mina Venetia, descubierta en 1992, y podía ser incluso mayor. Además, parecía que la kimberlita estaba rodeada de una barrera de metal precioso que, por su densidad, podía ser oro, o incluso platino. Cuando vio la serie de datos siguiente, enarcó las cejas. Aquello era mejor que todo lo anterior junto; o peor, según cómo se mirara.

Ives se quedó parado un momento, debatiendo consigo mismo. Podía contar a sus jefes lo que había descubierto; podía callárselo, o podía encomendarse a

Dios y decírselo a Kolingba, ya que, al fin y al cabo, estaba en sus tierras. El debate fue breve. Si se lo contaba a sus jefes, podía sacar algo en limpio del hallazgo; si se lo callaba, no podría explotar aquel yacimiento de ninguna manera sin una inversión cuantiosísima; y si se lo desvelaba a Kolingba, el loco le prometería grandes riquezas y le cortaría el cuello en cuanto le hubiera desvelado la ubicación de aquel lugar. Se grabó esta en la memoria, aunque los satélites lo habrían hecho mejor. Tres colinas; esta era la más alta; con el río a su espalda y el rumor de la triple catarata de Kazaba a cosa de un kilómetro y medio aguas arriba. Mil años atrás, aquel lugar habría sido un paraíso para la tribu yakima nativa, con abundancia inigualable de agua y alimentos. Pero como no contenía recursos naturales conocidos y no había motivos evidentes para urbanizar la zona, esta había languidecido, desierta e inexplorada desde tiempos remotos, asociada a antiguas leyendas y tabúes. En el idioma sango criollo lo llamaban *Guda Kwa Zo*, el País de los Muertos.

Ives soltó un leve suspiro y se descolgó del cinturón el teléfono vía satélite. La llamada que se disponía a hacer acarrearía la destrucción de hasta los últimos restos de aquel paraíso lejano. Marcó un número de teléfono privado en Londres y oyó las vibraciones etéreas y el zumbido que anunciaba que se estaba estableciendo la conexión. Respondieron al segundo timbrado.

—Cuadrante gardenia. Prímula siete con magnolia cuatro.

Empleaban el mismo código que había usado la Royal Navy para indicar las posiciones de los submarinos alemanes en la Segunda Guerra Mundial. A Ives aquello le parecían tonterías propias de James Bond.

—¿Sí?

—Westminster —dijo Ives. Se produjo una larga pausa.

—¿De qué clase?

—Cámara de los Lores, como mínimo —dijo Ives—. Y Cámara de los Comunes también.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—Cielo santo.

—Y tanto —dijo Ives.

—Informaré a Su Majestad.

El teléfono quedó en silencio.

—Más te vale —dijo Ives. Ascendió fatigosamente hasta lo alto de la colina para recoger su equipo y largarse de Kukuanaland con viento fresco. Casi

paladeaba ya la primera cerveza.

Michael Pierce Harris, que había sido director adjunto de operaciones de la CIA hasta que le habían dado a elegir entre presentar la dimisión o pasarse una larga temporada en la cárcel, estaba sentado en uno de los cómodos sillones de piel del despacho del director de proyectos especiales de Industrias y Recursos Matheson. Tomaba *whisky* de malta de un grueso vaso de cristal y fumaba un puro cubano añejo Gran Corona El Rey Del Mundo. Los altos ventanales que tenía a la derecha dominaban Park Place hasta el alto edificio de ladrillos del club Saint James, al otro lado de aquella calle estrecha y poco transitada.

Allen Faulkener, que había sido coronel del regimiento de fusileros, ya retirado, colgó el teléfono que estaba sobre la superficie forrada de piel de su escritorio del siglo XVII. Como director de proyectos especiales de la IRM que era, le correspondía la tarea de aliviar algunas actividades de la enorme multinacional minera que podían llegar a ser «socialmente desagradables», mucho antes de que llegara a extraerse la primera tonelada de mineral de un yacimiento.

La IRM era la segunda empresa minera más grande del mundo, después de la inmensa Barrick Gold. Al igual que la Barrick, la IRM tenía su sede oficial en una de las torres de oficinas, negras y anónimas, de la Bay Street de Toronto; pero prácticamente no realizaba allí ninguna actividad, y se limitaba a aprovechar las leyes canadienses, tan liberales y tolerantes para las actividades mineras.

La IRM dirigía sus actividades, en realidad, desde Londres, y la empresa operaba, por entonces, en Papúa Nueva Guinea, los Estados Unidos, Canadá, República Dominicana, Australia, Perú, Chile, Rusia, Sudáfrica, Pakistán, Colombia, Argentina y Tanzania. Llevaban algún tiempo estudiando las posibilidades geológicas de emprender operaciones en el interior de Kukuaneland.

—Y bien —dijo Harris, depositando el vaso en un posavasos de plata que estaba permanentemente sobre la mesita auxiliar lacada china de los años veinte—. ¿Qué pasa?

—Parece ser que Su Majestad nos ha dado luz verde —dijo Faulkener, levantando la vista con aire pensativo hacia la acuarela más bien sangrienta que

decoraba la pared de su despacho. Se titulaba *El desastre de Isandhula*, y representaba la última defensa de un regimiento británico de infantería, con sus casacas rojas, que sucumbía ante una fuerza superior de guerreros zulúes enardecidos.

África no había sido nunca el campo de batalla favorito de Faulkener; pero en aquellos tiempos era donde se encontraba el mejor material.

—Ha llegado el momento de que nos demuestre lo que vale, Harris. Estas son las cosas que se les daban tan bien a los de la CIA.

—Cuénteme.

—Me temo que se trata de África esta vez. Un paiscillo miserable que se llama Kukuanaland.

—Salomón Kolingba —dijo Harris, asintiendo con la cabeza—. Majareta perdido.

—Tiene algo que queremos nosotros —dijo Faulkener—. Tenemos que encontrar la manera de conseguirlo.

—Bebamos por ello —dijo Harris, tomando el pesado vaso.

—Para usted cualquier excusa es buena para beber —dijo Faulkener. Se levantó, se acercó al aparador y se sirvió un vaso del mismo *whisky* de malta que estaba tomando Harris. Se quedó allí plantado un momento, volviendo la mirada una vez más a la acuarela que representaba la matanza de Isandhula.

—Hay otra cosa —murmuró—. Un simple cabo suelto, nada más.

—¿Ah, sí? —dijo Harris.

—¿Ha estado alguna vez en Jartum, señor Harris?

CAPÍTULO 4

La embarcación de pesca, del tamaño de una barca de remos, surcaba la inmensa superficie cristalina del lago Tana, impulsada por el motor fueraborda más antiguo y más pequeño que había visto Holliday en su vida. Según Rafi, era un Evinrude modelo mate de 1939, de un caballo y medio. El motor había ido a parar de alguna manera a Etiopía y a manos de la familia Halebo, que lo había cuidado amorosamente desde entonces. Halebo Iskinder, su propietario actual y cabeza de dicha familia, había alquilado a Rafi la barca y el motor, pero solo después de ponerlo a prueba rigurosamente para cerciorarse de que sabía manejar aquel aparato delicado y maravilloso. Hacía un ruido como si estuvieran agitando un bote de hojalata lleno de canicas; pero daba una velocidad bastante notable.

—Me extraña que te permitieran hacer excavaciones aquí —dijo Holliday, alzando la voz para hacerse oír entre el estrépito del motor. La embarcación iba dejando un rastro de nubes blancas y azuladas de los gases del escape—. Entre tantos comunistas, cristianos ortodoxos y musulmanes, siempre pensé que Etiopía era bastante antisemita.

—Israel les ha servido siempre de comodín —dijo Rafi, que iba sentado manejando la caña del timón—. En los años ochenta, los Estados Unidos temían que Etiopía fuera a parar o bien a los comunistas o al islam radical. Estaba rodeada por tierra por Somalia, Eritrea y Sudán, y al otro lado del mar Rojo estaba Yemen. Había «observadores» cubanos por todas partes. Era un punto caliente que había que enfriar; por eso, proporcionamos siempre a los cristianos demócratas las armas y todo lo demás que necesitaban. Después, les quitamos de encima a quince mil judíos Beta Israel, con la operación Salomón. Es como un

matrimonio de conveniencia: no hay verdadero amor, pero beneficia a todas las partes. En todo caso, no me permitieron hacer excavaciones aquí.

—¿Excavaste sin licencia del gobierno? —dijo Holliday—. Tú no sueles hacer cosas así.

—Bueno, es que tampoco estuve excavando, propiamente hablando —repuso el arqueólogo—. Lo que hice, más bien, fue, digamos... husmear.

—Un término científico, ya veo —dijo Peggy en son de burla.

Cuando se acercaron a la isla, Peggy empezó a tomar fotos desde la proa con su cámara digital Nikon.

—La isla grande que está a vuestra derecha es Tana Kirkos; la pequeña de la izquierda, que es donde vamos, se llama Daset T'qit, que en amhárico significa eso mismo: «isla pequeña». Se cuenta que el Arca de la Alianza estuvo depositada en Tana Kirkos durante algún tiempo —añadió, señalando la isla más grande.

—Basta de arcas, por favor —dijo Holliday. Ya había tenido suficiente en sus tratos con la difunta hermana Meg y la madre viperina de esta.

—¿Hay serpientes o insectos venenosos? —preguntó Peggy.

—A docenas —dijo Rafi—; por eso os he hecho poner os pantalones largos metidos en botas altas. Hay de todo, desde cobras escupidoras hasta mambas verdes, escorpiones, ciempiés y algún que otro cocodrilo nilótico. También hay algunas plantas venenosas; no comáis bayas ni nada de eso.

—Dita sea, Rafi, ¿por qué siempre me cuentas estas cosas cuando ya no me puedo echar atrás? —protestó Peggy.

—Para que no te echas atrás —le explicó Rafi con una amplia sonrisa.

Llegaron a la pequeña isla y Rafi bajó gases al motor. Avanzaron despacio, deslizándose por las aguas plácidas y oscuras. La isla estaba completamente cubierta de follaje denso que llegaba hasta el borde mismo del agua. Había arbustos, plantas trepadoras, árboles, y selva pura y simple. El único indicio de civilización eran las ruinas de una especie de embarcadero de piedras labradas, y, tras él, lo que parecía ser una atalaya.

—Parece el decorado de una película de Indiana Jones —dijo Peggy—. Me da la impresión de que voy a ver en cualquier momento a Harrison Ford que agita el sombrero y hace restallar el látigo.

—En Daset T'qit no ha vivido nadie desde hace mucho tiempo, o nunca —dijo Rafi, mientras apagaba el pequeño motor y dejaba que la lancha se deslizara hacia el embarcadero por su impulso.

—¿Por qué elegiste este lugar? —le preguntó Holliday.

—No lo elegí —dijo Rafi, moviendo la caña del timón para dirigir la vieja embarcación entre los brazos de piedra del embarcadero. Holliday advirtió que había tallados en la piedra unos escalones desgastados que se adentraban en el agua misma—. Estaba haciendo investigaciones sobre los judíos Beta Israel de Etiopía y sus primeros asentamientos en Tana Kirkos, que es la isla mayor. Pregunté por Daset T'quit de pasada, y uno de mis intérpretes se aterrorizó, se puso blanco como el papel. Me dijo que este lugar era tabú y que lo llamaban Maqabr Aswad Muslim, es decir, la tumba del musulmán negro.

—Esto nos lo relaciona con Ragnar Hiendecráneos y su amigo árabe, ¿verdad? —preguntó Holliday.

—Así es —dijo Rafi—. Con Abdul Al-Rahman.

—Pero yo creía que habías dicho que esta era la tumba de Roche-Guillaume —dijo Holliday.

—Lo es —respondió Rafi con una sonrisa.

Peggy rodeó con la amarra de proa un noray de piedra que aparentaba mil años de antigüedad. Bajó de la barca a los escalones y subió a paso vivo hasta la superficie del embarcadero. Holliday y Rafi la siguieron hasta lo alto del estrecho muelle de piedra donde terminaba la escalera.

—¡Qué bonito! —dijo Peggy—. Es como un cuadro de ese pintor francés... el que era funcionario de aduanas.

—Rousseau —dijo Holliday. Peggy tenía razón: la vegetación cerrada que tenían delante era tan exótica y rica en detalles como las imágenes extrañas y maravillosas de la selva que creaba el célebre pintor. Había verdes de todos los matices, desde umbrío y verdinegro hasta glauco vivo, verdecedón y esmeralda, rosados y rojos y amarillos vivos. Hojas enteras y dentadas, grandes y pequeñas; lianas que subían, retorcidas, por el tronco de árboles mayores y grandes raíces nudosas que asomaban del fértil suelo negro como los dedos tanteantes de gigantes enterrados. Lo único que faltaba en la imagen eran los leones de mirada curiosa y las mujeres desnudas. Holliday oía, muy por encima de ellos, el parloteo de los monos y los chillidos de aves malhumoradas.

Allí había también algo de siniestro, tan tangible que Holliday echó de menos tener a mano un arma de alguna clase. Ya había estado en unos cuantos lugares peligrosos en su vida, desde que había llegado a Vietnam con apenas dieciocho años y seis meses de edad, y pasando por sus misiones en Afganistán y en Somalia; pero aquello era distinto. Sabía, de alguna manera, que entrar en

aquella selva sería como asomarse al borde del mundo, y que cuando se hubiera adentrado en ella, quizá no volviera a encontrar la salida. Holliday recordó de pronto un pasaje de *El corazón de las tinieblas* que había aprendido de memoria en el bachillerato pero que no había llegado a entender hasta entonces: «Y este ha sido también uno de los lugares oscuros de la tierra».

Ya había estado más de una vez en lugares donde había percibido el pasado y el presente y casi había llegado a sentir que ambos ocupaban un mismo tiempo y espacio. La Rue de Rivoli en París, donde casi se oía el ruido de las botas de los miembros de la SS que pasaban desfilando a mediodía, a diario, durante la ocupación. Los campos de muerte de Antietam, en Maryland, donde se oían todavía los alaridos de los veintidós mil hombres que cayeron allí y se captaba en el aire el sabor dulzón de la pólvora. O un bosquecillo tranquilo en Picardía, en el norte de Francia, que se llamaba Bosque de Belleau, cuyo suelo oscuro y fértil estaba regado con la sangre de diez mil marines de los Estados Unidos y de un número incontable de sus enemigos alemanes.

Holliday tuvo entonces aquella impresión con más fuerza que nunca. Supo, sin ningún género de duda, que aquel lugar los llevaría a todos, de alguna manera, a un mundo de locura, al corazón verdadero y profundo de las tinieblas, que palpitaba como un tambor monstruoso. A pesar del calor sofocante, se estremeció. Intentó sobreponerse y quitarse de encima aquella sensación, pero le seguía perdurando en el recuerdo. Todos los nervios del cuerpo le gritaban: *¡huye!*

—Cuidado con los monos —les advirtió Rafi—. Tienen la costumbre de arrojarte las heces.

—Qué encantador —dijo Peggy—. Serpientes venenosas y monos que tiran caca.

Se adentraron en el bosque.

A los pocos pasos advirtieron claramente que iban por una senda bien trillada. Alguien había despejado el camino cortando lianas y ramas, y al parecer no hacía mucho tiempo de ello. El camino también estaba salpicado de trozos de corteza a medio masticar y de frutos mordidos y podridos.

—Veo que los monos comen de todo —dijo Peggy.

—¿Quién te hace de jardinero? —preguntó Holliday a Rafi—. Esta senda está hecha por el hombre.

Le venían imágenes desagradables de las sendas por la selva del Vietcong, en las proximidades de Bu Prang.

—Puede que sea el fantasma del Templario Perdido —dijo Peggy, riendo.

—No es nada tan lúgubre —dijo Rafi, que iba en cabeza—. Halebo Iskinder viene a despejar el camino cada varias semanas.

—¿No decían que había fantasmas? —dijo Peggy.

—El dinero que pago a Iskinder bien lo merece —dijo Rafi—. Además, a Iskinder le gusta saber un secreto que no conocen otros barqueros del lago.

—¿Qué secreto? —preguntó Peggy.

—Este —dijo Rafi, saliendo a un pequeño claro natural de la selva.

Protegido por las amplias ramas de un único baobab había un edificio de piedra, sin ventanas, que parecía una capilla pequeña o un mausoleo funerario grande. La construcción era del mismo basalto pardo de los monasterios e iglesias coptas que se levantaban a orillas del lago Tana. La puerta, en forma de arco, era de madera negra con anchos herrajes. Sobre la puerta había un escudo heráldico, desgastado por el tiempo pero todavía bien visible: sobre siete fajas, un león rampante vuelto a diestra.

Peggy empuñó la cámara al momento y tomó media docena de imágenes.

—Indiana Jones y la tumba del Templario Perdido.

—¿No llega a hacésete pesada? —preguntó Holliday a Rafi, enarcando una ceja—. Con todo eso de Indiana Jones.

—Estoy acostumbrado —dijo Rafi—. La cosa ya me resbala. Al menos, no me hace llevar un sombrero fedora ni un látigo. Peggy es así, y ya está.

Se acercaron al edificio.

—Cuando llegué, la puerta estaba sellada con pez —les explicó Rafi, señalando los restos de aquella sustancia negra, densa y pegajosa, en los bordes de la puerta en forma de arco.

—¿Estaba sellada? —dijo Holliday, pasando las manos por la superficie de madera. Era de alguna madera de las llamadas palo de hierro, durísima y muy antigua.

—Herméticamente —respondió Rafi.

—¿Cómo es posible? —preguntó Holliday—. La puerta es sólida; pero tenía que pasar algo de aire entre las piedras o por el suelo.

—Te lo enseñaré —dijo Rafi. Se apoyó con fuerza en la puerta y la empujó. Esta no se movió. Holliday aplicó también el hombro a la puerta, que se abrió penosamente. Un largo haz de luz solar hendió dramáticamente la estancia e iluminó el objeto que estaba en su centro.

Era un sarcófago de piedra de dos metros y medio de largo y un metro veinte

de ancho, hecho de losas enormes de basalto negro pulido. En los costados del sarcófago estaban talladas escenas extraordinarias: un barco que debía de ser vikingo atacado por cocodrilos; una formación de hombres con túnicas romanas que marchaban con el estandarte en lo alto; y unos esclavos encadenados entre sí por las piernas, que trabajaban con la espalda hundida bajo cestos pesados. La parte superior del sarcófago era un poco más convencional; presentaba la efigie de piedra de un caballero con cota de malla que sostenía su espada con las dos manos. Había una serpiente enroscada en la hoja de la espada, y a los pies del caballero dormía un babuino acurrucado en posición fetal. El caballero sostenía con el brazo libre un escudo de piedra que llevaba incrustada la conocida cruz templaria, hecha de un basalto más oscuro. El sarcófago se alzaba a lomos de seis leones tendidos, hechos de la misma piedra negra de la cruz.

—La tumba de Julian de la Roche-Guillaume, supongo —dijo Holliday, al que de pronto se le había apagado un poco la voz. Se acercó al sarcófago y recorrió con los dedos toda la espada del antiguo guerrero, una espada de piedra no muy distinta de la de acero de Damasco que había encontrado escondida en la casa de su tío en Fredonia, en el estado de Nueva York, y que le había hecho emprender su larga aventura templaria; un mundo dentro de otro mundo y tramas dentro de otras tramas que se extendían a lo largo de los siglos hasta la actualidad.

—Hay algo más —dijo Rafi. Se apartó del enorme ataúd de piedra y se dirigió a la pared del fondo. Holliday advirtió por primera vez que las paredes estaban cubiertas de lonas colgadas de cuerdas y anillas, como cortinas de ducha. Sin molestarse en hacer una pausa para aumentar el efecto dramático, Rafi descorrió la tela de color verde apagado.

Peggy abrió mucho los ojos.

—La leche —susurró, atónita.

CAPÍTULO 5

Era una visión del paraíso.

—El jardín del Edén —dijo Peggy, olvidándose de tomar la cámara.

Cuando Rafi retiró las cortinas que cubrían las cuatro paredes, había dejado al descubierto una imagen panorámica enorme cuyo centro estaba ocupado por el sarcófago. El artista había captado con todo detalle, desde algún punto de observación elevado, la jungla, las grandes cataratas y las colinas próximas. Cada árbol, cada rama, cada hoja, cada peñasco y farallón rocoso, estaba recogido con ricos verdes y ocres, azules y blancos y amarillos vivos, todo un magnífico arco iris, con la imagen del agua que se despeñaba en la garganta espumante tan perfecta como si fuera una fotografía.

Holliday inspeccionó el mural más de cerca y vio que la selva estaba llena de vida, poblada de aves, fieras y reptiles, de serpientes que colgaban de los árboles, un leopardo perfectamente proporcionado y semioculto entre las sombras moteadas, y en la colina central una hilera serpenteante de figuras humanas minúsculas que descendían por la ladera con cestos de mimbre en equilibrio sobre las cabezas y los hombros y que echaban su carga en canoas de extraña forma que los esperaban en el río. Era una obra maestra, y un paisaje onírico perfecto para el caballero que dormía en el centro de la tumba, que podría disfrutar de su belleza durante toda la eternidad.

—Es magnífico —dijo Holliday—. Quisiera saber quién lo pintó.

—Debió de pintarlo Roche-Guillaume, casi con toda seguridad —dijo Rafi—. Tiene un estilo muy semejante al de los esbozos que hizo en sus otros viajes.

—Pintó el interior de su propio mausoleo —comentó Peggy, frunciendo el ceño—. Eso es un poco macabro, ¿no os parece?

—Por lo que he visto, debió de vivir aquí mismo —dijo Rafi—. El mausoleo es del mismo estilo de los monasterios coptos de los alrededores del lago; es de suponer que contrataría a albañiles y canteros locales para que lo levantaran siguiendo su diseño. Podemos decir lo mismo del sarcófago; es una tradición europea reservada a los emperadores. La mayoría de los enterramientos de por aquí son mucho más sencillos: el cuerpo momificado se guarda con otros más, docenas o centenares, en la cripta de una iglesia o en una cueva. Está claro que Roche-Guillaume diseñó el sarcófago, y hasta pudo dirigir su construcción.

—¿Y el entierro? —preguntó Holliday.

—Lo dejaría encargado y pagado. Probablemente, se lo encargaría a un sacerdote del monasterio de Tana Kirkos, la isla más grande que os señalé por el camino.

—Qué macabro, repito —dijo Peggy—. Prestar tanta atención a tu propia muerte. Es un poquito obsesivo compulsivo, ¿no creéis?

—No sé —dijo Holliday, contemplando el mural—. Él visualizaba el paraíso, y se aseguró de pasarse toda la eternidad dentro mismo de él.

—El mural no es ninguna visión —dijo Rafi—. Se trata de un lugar real. Más concretamente, a diez grados, veintiocho minutos y treinta y seis segundos de latitud norte y veintitrés grados, diecisiete minutos y cuarenta y ocho segundos de longitud este. La situación exacta de las minas del rey Salomón.

—¿Has estado allí? —le preguntó Holliday con escepticismo—. Puede que Roche-Guillaume fuera a buscarlas, pero esto no se ha pintado del natural —añadió—. Es un sueño, Rafi. Había fumado demasiada hierba local; tengo entendido que la de Etiopía tiene fama. Es como la Balada del Antiguo Marinero de Coleridge: una fantasía provocada por las drogas.

—¿Cómo explicas lo del diamante, entonces?

—Se lo compraría a alguien que no conocía su valor. Era un *souvenir*, como esos banderines que dicen «Visite Cleveland».

—Mira esto —dijo Rafi, haciendo un gesto a Holliday y acercándose a la pared. Se sacó del bolsillo la navaja suiza y desplegó la hoja más grande. Empezó a excavar con la navaja en el yeso de la pared, en un punto de unión entre una pared lateral y la frontal del pequeño mausoleo. Tardó algún tiempo, pues el yeso tenía casi dos centímetros de grosor; pero Rafi terminó por retirar un cuadrado de cinco por cinco centímetros. Se apartó para dejar que la débil luz solar iluminara la superficie que había quedado al descubierto.

Relucía.

—¿Qué demonios...? —exclamó Holliday, acercándose. En vez de la piedra parda de basalto que había esperado encontrar en la pequeña zona desnuda, esta tenía un rico color amarillo de mantequilla. Extendió la mano y la tocó con la punta del dedo índice.

—Esto es una locura —susurró.

—No —repuso Rafi—. Es oro. Con un noventa y nueve por ciento de pureza. Tomé unas virutas y las hice analizar en Jerusalén. Las cuatro paredes, el suelo y el techo. Todo este lugar está revestido de oro macizo de más de dos centímetros de grosor.

—¿Dónde diablos lo fundieron? —preguntó Holliday—. No se lo traería por la selva en hojas.

—Son paneles de cinco por veinte, soldados entre sí al calor. Encontré una losa de basalto que les servía de molde para fundir los paneles. Estaba enterrada en la selva, un poco más allá del claro.

—¿E hizo todo esto en secreto?

—Eso parece.

—Es un hallazgo increíble, Rafi. ¿Por qué no has dicho ni publicado nada?

—Este país lleva años al borde de una nueva guerra civil. Si digo que es inestable, me quedo corto. El Gobierno etíope no es muy dado a proteger su legado cultural, y es tan corrupto como la mayoría de las burocracias. Si corre la voz, este lugar quedaría invadido y destrozado en cuestión de días, o incluso de horas. Como mínimo, lo convertirían en una trampa para turistas. Se echaría a perder como yacimiento arqueológico serio. No puedo decir nada, al menos de momento.

Hizo una pausa, y añadió:

—Y hay algo más.

—¿Más? —repitió Holliday, pasmado.

—¿Qué tal llevas el latín?

—Todavía me manejo —respondió Holliday.

—Lee la inscripción del sarcófago.

—¿Qué inscripción?

—Por debajo del reborde de la tapa —dijo Rafi. Holliday advirtió por primera vez que había una línea de texto escrito que rodeaba el inmenso ataúd de piedra. Caminó alrededor del sarcófago traduciendo el texto en voz alta.

—«Mi pasado es mi escudo, mi...», esto, *crux*, «mi cruz es mi futuro. Aquí yacen, en el lugar de sus dioses, los restos del caballero Guillaume y del...»,

servus, qué diantres es *servus*?

—Esclavo, creo —dijo Rafi.

—«... del Esclavo y Gran Descubridor, Abdul Al-Rahman. *Requiescant in pace in aeterno*. Descansen en paz eternamente».

—¿Los huesos de Al-Rahman están enterrados en el mismo ataúd?

—O es eso, o el mausoleo se construyó sobre el lugar donde estaba ya la tumba de Al-Rahman.

—«Mi pasado es mi escudo, mi cruz es mi futuro...». ¿Qué se supone que quiere decir eso? —preguntó Holliday.

—Yo tampoco lo entendía al principio —dijo Rafi.

—¿Qué era lo que no entendías? —dijo Holliday.

—Presiona con fuerza la cruz del escudo —le indicó Rafi.

Holliday se inclinó sobre la efigie de piedra del caballero y apretó con fuerza en el centro de la cruz de basalto negro que estaba incrustada en el escudo de este. No sucedió nada.

—Un poco más fuerte —dijo Rafi.

Holliday obedeció. Se oyó un chirrido, y Rafi tiró de una lengua de piedra que había asomado por el borde del sarcófago. Era un cajón de piedra que había salido impulsado por algún mecanismo que estaría dentro del enorme ataúd. El cajón contenía lo que parecía ser un libro encuadernado en piel. Con delicadeza de arqueólogo, Rafi sacó el tomo y lo depositó sobre la imagen de piedra. Despacio y con sumo cuidado, retiró una tira de cuero que pasaba por la cubierta y que resultó ser una correa que mantenía bien cerrado el volumen.

Desplegó con cuidado una serie de gruesas páginas de papiro que estaban plegadas a modo de acordeón, y las extendió sobre la superficie del sarcófago. Holliday se inclinó sobre ellas. Las páginas estaban cubiertas de líneas y más líneas de texto, escrito con letras apenas legibles de puro pequeñas. El texto tenía intercalados varios dibujos a tinta sin colorear.

—Está en latín y en francés a la vez —observó Holliday—. ¿Qué es?

—Yo lo llamo «el Códice Templario» —dijo Rafi—. Según lo entiendo, Roche-Guillaume tradujo la descripción que escribió Al-Rahman del descubrimiento de las minas y del posterior viaje de vuelta hacia la civilización.

El arqueólogo señaló una ilustración minúscula. A pesar de su tamaño reducido, se reconocía fácilmente la imagen de un barco vikingo en llamas, que no contenía más que una pira funeraria y un cadáver.

—Yo diría a primera vista que esto se refiere a la muerte de nuestro amigo

Ragnar Hiendecráneos —dijo Rafi, e hizo una pausa, claramente conmovido mientras inspeccionaba el manuscrito de setecientos años de antigüedad—. Como he dicho, Roche-Guillaume era historiador. Quiso dejar constancia no solo de su propia historia, sino de la de Al-Rahman, y así lo hizo.

—Esto valdría millones, ¿verdad? —dijo Peggy.

—Seguramente —asintió Rafi—. El manuscrito tiene un valor incalculable, y mucho más lo tiene lo que desvela.

Holliday levantó la vista de las páginas y sacudió la cabeza.

—No; mucho más. La gente mataría por tener este libro.

—El lugar que le corresponde es un museo —dijo Rafi—. La cuestión es cómo puedo hacerlo llegar hasta allí.

—¿Cómo están las fronteras?

—Variables. En Kenia, los guardias están todos drogados con *qat* y las cosas pueden ir bien o mal. En Eritrea hay tipos con fusiles. En Sudán, unas veces te encuentras un rebaño de cabras y otras un puesto militar en toda regla. En Somalia... ni lo pienses.

—Entonces, es demasiado arriesgado intentar sacarlo clandestinamente.

—¿Qué hacemos, pues? —preguntó Peggy.

—Al menos, quiero llevarme un registro fotográfico del libro.

—Eso es fácil —dijo Peggy, levantando la gran cámara Nikon—. Pero ¿qué haremos después?

—De momento, dejarlo donde lo encontramos —dijo Rafi—. Enseñaremos las fotos a varios museos y veremos si alguno de ellos nos puede financiar una expedición como es debido.

—¿Dónde está el puesto fronterizo más próximo para pasar a Sudán?

—En Metemma —dijo Rafi—. De ahí se va a Jartum pasando por Al Qadarif.

—Pues vamos por allí —dijo Holliday—. Fotografía el códice y todo lo demás, pasa las fotos a un pendrive y cambia el chip de tu cámara. Así, si algún curioso quiere ver las fotos de tus vacaciones le enseñaremos un montón de imágenes de cabras y de chicos sonrientes. El pendrive y el chip los llevo yo; Peggy hace el papel de fotógrafa, y Rafi sigue siendo inocente como un corderito.

—Cosa rara en él —dijo Peggy con sarcasmo—. Teniendo en cuenta quién nos ha metido en este lío.

—Lo siento —dijo Rafi—. No lo pensé a fondo; solo quería que vierais los

dos este lugar y el código.

—Ya es tarde para lamentaciones —dijo Holliday con energía—. Vamos a hacer las fotos y a largarnos de aquí a escape.

A Holliday le pareció ver de reojo un movimiento entre la selva, al borde del claro. Se volvió bruscamente y se asomó por la puerta abierta del mausoleo. Clavó los ojos en el borde del claro y esperó. No percibió ningún movimiento.

—¿Qué pasa? —preguntó Peggy a su primo, observándolo con atención. Conocía aquella mirada suya. Era su estado de máxima alerta.

—Nada —dijo Holliday despacio—. Supongo que estoy un poco sobresaltado.

CAPÍTULO 6

Archibald Ives, más conocido por «Archie», era veterano de África, donde había trabajado buena parte de su vida de adulto. Hijo de un minero de carbón galés, con una licenciatura poco lucida en una universidad de tercera categoría, Ives había tenido que aceptar trabajos de prospector y de ensayador de metales preciosos en la Columbia Británica y en Nevada; pero el primer trabajo que le había salido en Sierra Leona al servicio de una empresa canadiense dedicada a la exploración clandestina de campos diamantíferos le había venido a la medida. Aunque no había encontrado ningún diamante, le parecía que había descubierto su verdadera vocación.

A partir de entonces había pasado treinta y cinco años rondando por África, trabajando unas veces por cuenta propia y otras para empresas grandes y pequeñas. Había pasado de la pobreza a la riqueza relativa media docena de veces; pero lo que le gustaba hacer de verdad era rondar por el desierto o por la selva en busca del próximo hallazgo grande y sin que le importara gran cosa si lo encontraba o no. La búsqueda era su vida. Llevaba una docena de años sin volver a Inglaterra, y no tenía planes de ir allá. El último trabajo, al servicio de la Matheson, le había llegado a través de la oficina de esta empresa en Bamako, la capital de Mali.

Ives no había trabajado hasta entonces para la Matheson, pero ya había oído hablar de las tácticas empresariales discutibles de esta multinacional. Pero los rumores no eran más que rumores, y el dinero que le ofrecían era real. De hecho, era *demasiado* real y *demasiado* dinero, cosa que a Ives le disparaba todas las alarmas mentales. Pero él no les hacía caso. El que pide no escoge, y cuando había recibido la propuesta se encontraba reducido a pedigüeño; de hecho, tenía menos de cien francos de Mali en el bolsillo y una larga factura pendiente en

concepto de alojamiento y de bar en el Kempiski El Farouk. Había aceptado el dinero, había llevado a cabo el trabajo, y, según Allen Faulkener, coronel que fue de regimiento de fusileros, retirado, se había ganado, además, una gratificación que lo dejaría bien situado para el resto de su vida. Tenía que reunirse con Faulkener en Jartum, firmar un compromiso de confidencialidad, entregarle su documentación y recoger la gratificación. Todo muy fácil.

Solo que Archie Ives no se creía ni una palabra.

Marchaba con el Land Rover por la larga carretera de al Qadarif a Jartum, llana y sin accidentes geográficos, con el aire acondicionado a toda potencia. No había más que desierto a ambos lados y la carretera negra al frente. Llevaba dos horas sin ver otro vehículo. El sol caía a plomo como un martillo pilón candente. Lo único que se movía era el Land Rover. Cualquier cosa que estuviera expuesta al calor de aquel desierto tenía muchas probabilidades de acabar muerta.

Ives encendió un cigarrillo. El yacimiento que había descubierto en la región selvática de Kukuanaland valía miles de millones. La existencia misma del yacimiento era, de suyo, un dato valiosísimo, claro está, y peligroso al mismo tiempo. ¿Le daría Faulkener su gratificación para dejarlo marchar sin más? Era dudoso. Según se decía, Faulkener no había sido del regimiento de fusileros más que el propio Archie. Más bien habría sido de la SAS, o incluso del MI6. En el ambiente enrarecido donde hacía sus negocios la gente como aquella, los Archie Ives del mundo no eran más que cabos sueltos, una anotación en un fichero, con su foto en la que habían estampado un sello que decía «eliminado». Archie era como una mancha de salsa en una corbata con los colores del club: una molestia que había que limpiarse para olvidarse de ella después.

Lo más prudente sería dejar atrás Jartum y seguir por la Panafricana hasta el Cairo. Pero él no podía guiarse por la prudencia. Era prospector, y aquel era el único trabajo que conocía. La maldita África era lo único que conocía. Podría esconderse una temporada, pero el dinero se le acabaría tarde o temprano, y entonces tendría que buscar trabajo. Cuando se presentara en las oficinas de una empresa minera, en cualquier punto del continente, sonarían las alarmas y Faulkener y los suyos lo tendrían rodeado como la mierda seca del culo de un camello.

Ives dio una calada al cigarrillo. Estaba en un aprieto, y lo sabía. Necesitaba la gratificación de Faulkener, pero ir a recogerla sería, probablemente, una sentencia de muerte. Aplastó el cigarrillo en el cenicero y lanzó una bocanada de

humo al parabrisas. Pasó ante un cartel indicador. A Jartum, 200 kilómetros. Todavía tenía tiempo para pensar algo. Algo que le salvara la vida.

El paso fronterizo de Gallabat era del tipo rebaño de cabras. Ante la mirada de Holliday, en una choza redonda con tejado de paja, un guardia fronterizo sudanés aburrido les revisó los papeles y les extendió la mano para recibir un soborno como si fuera lo más natural del mundo mientras miraba con codicia el Rolex de Rafi. Rafi evitó cuidadosamente su mirada y entregó al hombre cien birr etíopes (poco más de diez dólares), que pareció bastar. El guardia fronterizo iba armado con un fusil de asalto Type 56, la copia china del AK-47 ruso. A Holliday le pareció que aquel trasto era un poco exagerado para un paso fronterizo donde había más cabras que personas; pero también era cierto que en un país que había estado en guerra de una manera u otra desde que Muhammad Ahmad bin Abd Allah había salido del desierto en 1881 anunciando que él era el Mahdi, la Segunda Venida, llevar armas debía de ser cosa instintiva en Sudán.

El guardia fronterizo salió de la choza tras ellos, con el arma cruzada al pecho, sin dejar de mirar fijamente el Rolex. Holliday no dejó de vigilar el dedo del gatillo del hombre hasta que estuvieron bastante lejos.

—Qué divertido —dijo Rafi.

—Te está bien empleado por llevar puesto eso en público —dijo Peggy—. Yo no sabía si te iba a pegar un tiro o a pedirte que te casaras con él.

Viajaron una hora más hacia el oeste hasta que por fin, tras recorrer varias pistas de tierra irregulares, encontraron la superficie asfaltada de dos carriles de la carretera Panafricana. No había a la vista nada más que el desierto, tostado por el sol cegador.

Subieron a la carretera y se encaminaron hacia el norte.

—Empiezo a preguntarme si todo esto es buena idea —dijo Holliday.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rafi.

—Ya estamos ocultando cosas al Gobierno de Etiopía, que no es el más estable del mundo; y para entrar por la puerta trasera de Kolingba tendremos que pasar por Sudán o por Chad, que tampoco son modelos de estabilidad.

—Tampoco es que quiera robar nada —adujo Rafi—. Esto no es una caza del tesoro; es una búsqueda de conocimientos.

—Cuéntaselo a Kolingba —dijo Holliday haciendo una mueca—. Que yo recuerde, su discurso va de que los colonialistas blancos y judíos saquean todo el

continente africano, en general, y su país en particular. Es la misma línea oficial que seguía Amin en Uganda, y todos sabemos cómo acabó aquello.

—Entonces, ¿lo vamos a dejar, sin más? —dijo Rafi con amargura—. ¿El mayor hallazgo arqueológico desde la tumba de Tutankamón, y lo vamos a dejar sin más?

—Lo pensaremos —dijo Holliday—. Vamos a pensarnos lo que hay en juego.

Siguieron adelante en silencio, sumidos cada uno en sus pensamientos.

—A veces me pregunto por qué existen países como este —dijo Peggy por fin, mirando por la ventanilla.

Holliday tenía la vista al frente. Ya se veía tráfico a lo lejos, clara señal de que se acercaban a Jartum.

—No siempre ha sido así —dijo Rafi—. Toda esta región fue en tiempos como Kansas, o como las sabanas de Kenia. Había lluvia suficiente para la agricultura y para que pudieran pastar animales tan grandes como los elefantes; hasta había zonas de bosque.

—Cuesta creerlo —dijo Holliday. Por delante de ellos, reducía la velocidad un Land Rover de color tostado, destartalado, que parecía salido de una película de la Segunda Guerra Mundial.

—Algunos geólogos conciben el Sahara como un ser vivo que se desplaza poco a poco de occidente a oriente y de norte a sur. Existe la tesis de que el Sahara sigue un ciclo de expansión y reducción, expansión y reducción, que dura millones de años.

A cien metros por delante, el Land Rover dio un bandazo repentino seguido de un giro brusco y chocó con el pretil bajo de un puente que salvaba el lecho seco de un curso de agua.

—¡La leche! —exclamó Peggy.

El Land Rover se subió al pretil, se ladeó y cayó del puente por fin. Rafi, tras echar una rápida mirada por el retrovisor, frenó. Se habían adentrado unos metros en el puente.

—¿Un pinchazo? —dijo Rafi.

—Puede ser —respondió Holliday. Miró a su alrededor. En el desierto no había más accidentes geográficos que un risco pedregoso bajo, lejos de ellos, a la derecha.

—¿Qué hacemos? —dijo Peggy.

—Vamos a ver si ha sobrevivido alguien —dijo Holliday.

Abrió la portezuela y salió a la carretera. El calor lo azotó como una bofetada.

—Trae algo de cuerda —dijo, volviendo la cabeza hacia Rafi. Cerró la portezuela de un portazo y corrió por la carretera desierta hasta el pretil del puente.

Holliday se asomó al cauce poco profundo. El viejo Land Rover estaba tendido de espaldas como una tortuga, y le salía humo y vapor por la parte trasera. Holliday midió rápidamente a ojo la distancia que había desde la parte superior del puente al fondo de tierra dura del antiguo curso de agua; el Land Rover había caído de nueve a doce metros, como mínimo. En aquella región del mundo, la probabilidad de que estuviera dotado de cinturones de seguridad era nula, lo que significaba que el conductor y sus posibles acompañantes se habrían zarandeado como dados en un cubilete. Era difícil que hubiera sobrevivido nadie.

Rafi apareció con un rollo de cuerda.

—¿Cuánto hay aquí? —le preguntó Holliday.

—Veinticinco metros.

—Bastará.

Holliday encordó rápidamente el cabo en uno de los tubos del puente con un nudo de doble ocho, lo tensó y emprendió el descenso. Los lados del cauce eran de una mezcla de rocas, barro seco y arena inestable. Habría sido imposible bajar hasta el Land Rover volcado sin una cuerda. Llegó al fondo, dio un paso atrás y miró hacia arriba.

Rafi ya bajaba por la cuerda con el botiquín del Land Cruiser en bandolera. Holliday no lo esperó. Avanzó por la superficie de barro reseco del fondo del cauce y se aproximó al Land Rover volcado. La portezuela del conductor estaba abierta, doblada y deformada. Salía humo y vapor del compartimento abollado del motor.

Llegó a la portezuela y se puso en cuclillas. El parabrisas estaba destrozado, y el conductor estaba cubierto de un velo de cristales relucientes. El hombre tenía los ojos cerrados y le manaba sangre de la boca y de la nariz. También tenía una gran mancha de sangre en la pechera de la camisa caqui. La mancha le arrancaba del costado izquierdo del pecho y le bajaba por la camisa hasta el cinturón de los pantalones cortos.

El hombre respiraba aún, aunque a duras penas. Holliday lo sacó del vehículo con suavidad y lo tendió en la arena. Fue entonces cuando Holliday

advirtió el agujero desigual en el respaldo del asiento y el orificio de entrada correspondiente en la espalda del hombre.

—Tenemos problemas —dijo a Rafi cuando este llegó a su lado—. No sé quién es, pero le han pegado un tiro. Un proyectil de gran calibre ha atravesado el respaldo del asiento y le ha llegado a los pulmones.

—¿Bandidos? —preguntó Rafi. Palideció y levantó la vista hacia la parte superior del cauce—. ¡Peggy!

—No son bandidos —dijo Holliday—. Los bandidos no tienen tanta puntería. Esto ha sido un asesinato. Por ahí hay un profesional.

—Tenemos que llevarlo a un hospital o cosa parecida.

—Si lo mueves, se muere —dijo Holliday, con tono de cierto distanciamiento frío. Había visto cosas así con demasiada frecuencia como para andarse con rodeos. La bala debía de haber machacado los órganos internos del hombre como una cortacésped.

—¿Por qué a este tipo? —se preguntó Rafi, impresionado. Miraba fijamente al hombre y escuchaba su respiración irregular y a borbotones.

—Sácale la cartera; vamos a ver quién es.

Holliday volvió a introducirse en el interior de la camioneta. Cuando había extraído el cuerpo, había observado dos cosas interesantes: un maletín de piel muy gastado, y la forma familiar de una funda de rifle de lona. Tras arrojar el maletín al exterior por la puerta abierta, se adentró más en el interior de la camioneta y asió la funda de rifle. Retrocedió, serpenteando y tirando de la funda de rifle, y se asomó al exterior. Rafi estaba inclinado sobre el herido y lo escuchaba con atención. Cuando Holliday abrió la solapa trasera de la funda, oyó un grito que sonó en lo alto y volvió devuelto por el eco.

—¿Qué pasa allí abajo?

Holliday alzó la mirada y vio a Peggy, que estaba asomada sobre la barandilla del puente con la cámara colgada del cuello.

—¡Baja! —le gritó Holliday.

—¡Peggy! —gritó Rafi, inclinado aún sobre el hombre moribundo.

Se oyó un ruido metálico y el zumbido de una bala que había rebotado en uno de los soportes del puente, a menos de medio metro de donde estaba Peggy. El eco del disparo llegó una fracción de segundo más tarde. Peggy soltó un grito y se apartó bruscamente.

—¡Escóndete tras la camioneta! —gritó Holliday. A Peggy no hubo que decírselo dos veces. Se perdió de vista. Holliday sacó el arma de la funda. Era un

Winchester 76 a la antigua, provisto de una mira telescópica Swift 687M moderna y de una correa de lona. Holliday rebuscó en la funda y sacó un puñado de munición. El calibre original del arma era el 45.40, pero aquellos cartuchos parecían del .357 magnum. Tardó un largo minuto frenético en meter los cartuchos por la portilla de recarga.

—Está muerto —dijo Rafi, contemplando el cadáver del hombre del Land Rover.

Holliday se colgó del hombro el rifle cargado.

—Nosotros no —dijo. Se dirigió a la cuerda y empezó a trepar.

—¡Hijo de perra! —exclamó Mike Harris, que observaba desde lo alto la carretera con unos grandes prismáticos Steiner. Estaba tendido sobre el vientre en lo alto del risco, desde el que se dominaba el puente. Cuando había visto bajarse del Land Cruiser a Holliday, había sido como una pesadilla hecha realidad.

—¿Qué pasa? —dijo el hombre que estaba tendido a su lado con el rifle. Se llamaba Pieter Jonker, antiguo asesino a sueldo del Proyecto Barnacle, proporcionado por Faulkener—. He acertado al *krimpie*, ¿no?

—¡No le has dado a la mujer, idiota!

—No me contrataron para que matara a la mujer *dom doos*, ¿verdad, camarada? —dijo Jonker—. Si aparece un buen samaritano, no puedo hacer nada.

Harris no despegaba los ojos de los prismáticos. Vio que Holliday subía a la parte superior del cauce, con algo colgado a la espalda.

—¿Quieres que lo mate también? —preguntó Jonkers, mirando por el visor del rifle.

—¡Dispara! —vociferó Harris.

Jonker apretó el gatillo del rifle CMS Truvelo. A pocos centímetros de la cabeza de Holliday saltó una nubecilla de arena.

—*Mutterficker!* —maldijo Jonker.

La detonación del rifle martilleó dolorosamente el oído de Harris. Este hizo una mueca de dolor. Cuando volvió a abrir los ojos, Holliday se había perdido de vista.

—¡Maldita sea! ¡Has vuelto a fallar! —chilló Harris.

—*Loop naai, pommie* —dijo Jonker, frunciendo los labios.

De pronto, hubo una explosión en lo alto del risco arenoso, a dos dedos de Harris y de su compañero. Una esquirra de piedra abrió una brecha a Harris en la mejilla. Una fracción de segundo más tarde les llegó el sonido de cuatro o cinco disparos rápidos. Al cabo de un instante, Jonker reptaba hacia atrás por la ladera posterior del risco.

—¡Vuelve aquí!

—Me han contratado para disparar, no para que me disparen —dijo Jonker, que huía hacia atrás sin llevarse el arma pesada—. Yo he hecho mi trabajo. El *krimpie* ha muerto.

—¡Necesito su maletín!

—No es problema mío.

Un disparo procedente de más abajo acertó en los prismáticos, que saltaron en fragmentos afilados de vidrio y plástico duro. Una esquirra de vidrio estuvo a punto de dejar a Harris sin un ojo. Este siguió a Jonker ladera abajo.

Holliday iba al volante y Rafi en el asiento a su lado, con el maletín del muerto en las rodillas. Peggy vigilaba la carretera a su espalda. Habían pasado casi una hora esperando, hasta que Holliday había quedado convencido de que el tirador se había marchado. Diez minutos después de los primeros disparos habían oído un motor lejano; después, silencio. Antes de marcharse del puente, Holliday había recogido los casquillos y había limpiado el rifle. Hecho aquello, había vuelto a arrojar el arma al cauce seco. No le convenía en absoluto que una patrulla del ejército sudanés lo encontrara con un arma sin licencia en su poder.

—Según su carnet de conducir, se llamaba Archibald Arthur Ives —dijo Rafi, que inspeccionaba la cartera del muerto—. Por los papeles que llevaba en el maletín, parece que es un geólogo autónomo que trabajaba para una empresa llamada Industrias y Recursos Matheson. Hay algunos mapas, pero tendré que inspeccionarlos con más cuidado cuando lleguemos a Jartum.

—¿Algo más?

—Un teléfono vía satélite.

—Podemos ver el registro de llamadas, supongo —dijo Holliday.

—No parece muy animado, Doc. ¿Es que no vamos a dar parte de esto? —le preguntó Peggy, que no dejaba de vigilar la carretera que dejaban atrás.

—Creo que no podemos —respondió Holliday—. No sin meternos en un lío de los gordos. Y ¿de qué serviría? —Se encogió de hombros—. Estábamos en el

lugar equivocado, en el momento equivocado, nada más. Alguien quería ver muerto a ese tal Ives, y yo, por mi parte, no tengo ni la más remota idea de por qué.

—Dijo algo antes de morir —contó Rafi—. No sé qué quiere decir.

—¿Qué dijo? —le preguntó Holliday.

—«Limbani. Díganselo a Amobe Limbani».

CAPÍTULO 7

—Entonces, ¿quién es, exactamente?

Peggy levantó la vista del ordenador portátil. Llevaba gran parte de la tarde explorando la red, conectada a la wifi de la *suite* que habían tomado en el Grand Holiday Villa Hotel & Suites de Jartum. Para ser un hotel construido en 1880, era bastante moderno. Y también era bastante caro.

—Doctor Amobe Barthélemy Limbani, de sesenta y tres años de edad cuando se produjo el golpe de Estado. Doctor en Medicina por la Universidad de París, especializado en enfermedades tropicales e infecciosas. Su padre también había sido médico y también fue gobernador de la prefectura de Vakaga, perteneciente a la antigua África Ecuatorial Francesa. Limbani era miembro de la minoría étnica yakima. Cuando su padre murió en circunstancias misteriosas, él se presentó al cargo de gobernador y lo obtuvo.

—¿Cuál es la mayoría? —preguntó Rafi.

—Las etnias baya y banda. Constituyen el sesenta y cinco por ciento de la población. En Vakaga son más bien un ochenta y cinco por ciento. Los yakima son menos de un diez por ciento.

—Si están en mayoría, ¿cómo obtuvo Limbani los votos suficientes para ser gobernador? —preguntó Rafi.

—Los banda y los baya son aldeanos del medio rural y de costumbres tribales, que no conocen ni se interesan gran cosa por el mundo exterior. La tasa de alfabetización es mucho más elevada entre los yakima, que son principalmente tenderos y comerciantes, o al menos lo eran.

—Es de suponer que Kolingba es de la etnia banda o de la baya —dijo Holliday.

—De la banda. Es de los «afortunados» a los que enviaron a una escuela de misioneros. Se escapó, se alistó en el ejército, y el resto es historia. Se cuenta que una de las primeras cosas que hizo después del golpe de Estado fue volver a la escuela de misioneros y matar a las monjas a machetazos.

—¿Y Limbani? —preguntó Rafi.

—No se sabe si murió en la cárcel, en las afueras de Fourandao, o si escapó y se refugió en la selva. Corren todo tipo de historias de que Limbani ha organizado un ejército rebelde, al estilo de Fidel Castro, pero no hay pruebas tangibles de que esté en marcha ninguna rebelión. De hecho, las cosas han ido a peor si cabe. Durante los dos últimos años, Kolingba ha extendido su poder hasta Bamingui-Bangoran y Haute-Kotto, las dos prefecturas vecinas de Vakaga. Constituye en conjunto casi la tercera parte de la República Centroafricana. Las fronteras con Sudán y Chad están abiertas de par en par. Eso es un salvaje oeste donde proliferan los bandidos de todas las calañas: traficantes de armas y de drogas, terroristas, traficantes de esclavos y de minerales de sangre... lo que se te ocurra.

—Y ¿qué hay de los mapas? —preguntó Holliday, dirigiéndose a Rafi. El arqueólogo había extendido el contenido del maletín de Ives sobre la mesa de café de la *suite*. Por el ventanal se veía el Nilo Blanco, que iba a reunirse con su hermano menor, el Nilo Azul.

—El río Kotto sale del macizo de Sudán. Los mapas los dibujó él mismo. No saco nada en limpio de las referencias de la cuadrícula del mapa, pero coincide exactamente con las imágenes de Google Earth que descargué basándome en la geografía de la imagen de la tumba. Tres colinas y una catarata triple. Según los mapas de Ives, encontró lo que buscaba en la mayor de las tres colinas.

—No me lo digas —dijo Peggy—. Oro y diamantes. Las minas del rey Salomón.

—Encontró oro y diamantes, en efecto —dijo Rafi—; pero, según estos documentos, lo que buscaba no era eso.

—Cuenta —dijo Peggy.

—Estaba buscando, y encontró, un depósito gigantesco de algo que se llama neodimio, en una concentración de casi siete mil partes por millón, y lo mismo de otra cosa que se llama tantalio.

—¿Qué diantres significa eso? —preguntó Peggy, perpleja.

—Significa que Kolingba tiene bajo sus pies algo mucho más valioso que una mina de oro, o incluso que una mina de diamantes —le respondió Holliday.

—Supongo que llevo demasiado tiempo sin ponerme al día —dijo Peggy—. No lo entiendo.

—Yo sí —dijo Rafi—. El tantalio se extrae principalmente en Australia, pero resulta mucho más barato comprárselo a los señores de la guerra del Congo. El neodimio solo se extrae en China, y los chinos han ido restringiendo el mercado paulatinamente durante los últimos años.

—¿Y qué? —dijo Peggy, encogiéndose de hombros.

—Sin ellos no se pueden construir los teléfonos móviles, los discos duros de ordenador, los reactores nucleares ni la mayoría de los aparatos electrónicos. El tantalio se emplea en los motores a reacción. Si Kolingba se llega a enterar de que tiene en su poder un montón de estas sustancias, Kukuanaland se convertiría en el país con mayor importancia estratégica del mundo.

—El polvo de hadas del siglo veintiuno —dijo Peggy.

—Steve Jobs debía de creerlo así. Seguramente también lo cree Bill Gates.

—¿Y si Limbani se entera antes? —dijo Rafi, pensativo.

—Lo más probable es que Kolingba lo hiciera matar hace años —dijo Peggy, indicando el ordenador portátil con un gesto de la cabeza—. Parece que la mayoría de la gente opina que así fue.

—Ives no —dijo Rafi.

—Rafi tiene razón —dijo Holliday—. Una persona que está diciendo sus últimas palabras no se pone a hablar de fantasías. Está claro que había estado por ahí, en la selva. Puede que supiera con certeza que Limbani sigue vivo. Puede que lo viera en persona, o que conociera a alguien que lo hubiera visto.

—¿Y se supone que debemos darle aviso? —dijo Peggy.

—Algo así —asintió Rafi—. Si Kolingba se entera de la existencia de los depósitos, el mundo entero sufrirá las consecuencias. Pero si el que los controlara fuera Limbani...

—Entonces, ¿quién lo mató? —dijo Holliday tras una pausa—. No eran bandidos sudaneses con mosquetones de chispa. El que mató a Ives nos estuvo disparando con un rifle de francotirador de alta potencia y mira telescópica. Tenemos suerte de no ser pasto de los buitres ahora mismo.

—Tienen que estar detrás de ello de alguna manera las Industrias y Recursos Matheson —dijo Peggy—. Estaba trabajando para ellos; y según las fuentes que me está proporcionando Google ahora mismo, una cosa así no tendría nada de particular dados los antecedentes de Matheson. En los años setenta se compró un par de bombarderos viejos de la Segunda Guerra Mundial y arrojó napalm a los

indios yavaros para que se retiraran de un campo petrolífero que quería explotar él en sus tierras; todo ello en nombre del progreso. También han pasado unas cuantas cosas raras entre los rusos y él.

Holliday contempló por la ventana el río majestuoso que transcurría ante ellos. ¿Sería verdad que los vikingos lo habían remontado hasta allí, y más arriba, hacía mil años? ¿Les había seguido los pasos un caballero templario, como ellos seguían a su vez los del caballero? Tuvo por un instante aquella sensación extraña de que el futuro y el pasado se unían, del mismo modo que confluían el Nilo Blanco y el Nilo Azul a cosa de dos kilómetros aguas abajo. Había tenido la misma sensación en la islita del lago Tana. Era como estar a bordo de un barco sacudido por un oleaje fuerte, y sentir al mismo tiempo ese escalofrío que se dice que siente uno cuando alguien pisa su futura tumba. También esta vez intentó quitarse de encima la sensación.

—Demasiadas coincidencias —dijo por fin. Se arrepintió de haber dejado de fumar, por primera vez en mucho tiempo—. Acepto que estuviésemos en la misma carretera de Sudán (estábamos buscando lo mismo), pero ¿qué hacía Ives, para empezar, en aquella zona de selva concreta? Kukuanaland no es un destino turístico, precisamente. Tiene que ser algo más que una coincidencia que Rafi encontrara la tumba y Matheson enviara a un geólogo al mismo territorio. Tiene que haber alguna relación.

—Yo soy arqueólogo; Matheson busca recursos minerales y petróleo. No hay ninguna relación —dijo Rafi, negando con la cabeza.

—¿Contaste lo de la tumba a alguien?

—Ni siquiera me lo contó a mí, que soy su querida esposa y compañera de fatigas —dijo Peggy.

—No se lo conté a nadie; lo juro —dijo Rafi—. En Etiopía no esperaba encontrar nada más que algún dato anecdótico sobre los judíos Beta Israel, o algunos registros viejos de alguna iglesia en el mejor de los casos. Todo esto apareció por sorpresa. La verdad es que, cuando encontré la tumba, me quedé un poco alucinado. No sabía qué hacer. Todavía no lo sé.

—¿Cómo descubriste que el mural de la tumba representa ese lugar del río Kotto?

—Hice una lista de los elementos más destacados; la selva, las tres colinas principales y la catarata triple, y lo introdujimos en un modelo informático regional de África basado en Google Earth. Yo era tan escéptico como tú, Doc. La verdad es que no esperábamos encontrar un resultado coincidente.

—¿No *esperabais*... quiénes?

—Lo hice con un amigo mío del departamento de Geología. Un geomorfólogo que se llama Yadin Isaacs. Él manejó los ordenadores.

—¿Le dijiste por qué querías activar el modelo?

—Hice una broma sobre las minas del rey Salomón y la reina de Saba. A él le hizo gracia.

—¿Tiene ese tipo alguna relación con Matheson?

—No, que yo sepa —dijo Rafi, encogiéndose de hombros.

Peggy escribió en el teclado unos momentos; acto seguido, se recostó en el asiento sacudiendo la cabeza.

—Aquí lo dice, en su currículum. «Ganador de la Beca Sir James Matheson por logros destacados en el terreno de la Geología», tres años seguidos.

—Bingo —dijo Holliday—. La gente como Matheson tiene tentáculos en todas partes. Tu amiguito no quiere morder la mano que le da de comer, de modo que le pasa una información que puede ser interesante, sin darle mayor importancia. —Holliday hizo una pausa—. ¿Cuánto tiempo hace de aquello? —preguntó por fin a Rafi.

—Siete meses.

—Tiempo de sobra para que Ives llegara a trabajar sobre el terreno —dijo Holliday—. No hubo ninguna coincidencia —sacudió la cabeza—. Parece que tenemos competencia. Una competencia mortal.

Sir James Matheson, noveno conde de Emsworth, a quien llamaban Lord Emsworth de Huntington en los informes anuales de las Industrias y Recursos Matheson, de pie en su despacho privado, observaba los mapas topográficos a gran escala que estaban extendidos sobre la mesa de conferencias de granito. Matheson tenía poco más de sesenta años, la frente despejada, cabello gris algo ralo y peinado hacia atrás, y la tez coriácea con capilares rotos del que ha sido fumador y bebedor durante muchos años. En el habla de Matheson se percibía un leve deje de su origen en el oeste de Inglaterra; pero esto era lo único que delataba sus inicios menos que aristocráticos. A su lado estaba el comandante Allen Faulkener, director de proyectos especiales de la Matheson.

—¿Qué opciones de transporte hay? —preguntó Matheson—. El material no vale nada en plena selva.

—Solo el río, de momento —dijo Faulkener, señalando un punto en uno de

los mapas—. Podrían llevarse barcazas de mineral por el río Kotto hasta el Ubangi, y de allí bajarlas a Mbandaka y al río Congo.

—Donde tendrían que estar custodiadas hasta Brazzaville y el ferrocarril, que probablemente tendremos que renovar para esos sinvergüenzas.

—Sí, señor.

—¿Y si tuviésemos refinería y fundición propias?

—Podríamos construir fácilmente una pista de aterrizaje y enviar desde allí el producto terminado.

—Pero no sin que se enterara ese loco de Kolingba.

—No, señor, ni sin que se enterara su *dos a eme*.

—Yo no llegué a estar en el ejército, Faulkener, de modo que los términos del tipo *dos a eme* no me impresionan.

—Sí, señor.

—Se refiere a su segundo al mando, a ese tal Gash. El americano.

—Procede de Ruanda, señor. Es cierto que ha vivido en los Estados Unidos.

—¿Podemos hacer tratos con él?

—Más adelante, quizá —propuso Faulkener—. Ahora mismo es leal a Kolingba. Es su negocio, por así decirlo.

—¿Lo han abordado?

—Solo de manera indirecta. Hace unos días tuvo una reunión con uno de sus banqueros en Bangui, la capital de la República Centroafricana. Ese banquero trabaja para nosotros a veces. Preguntó a Gash su opinión sobre la posibilidad de que un cambio de liderazgo fuera más fructífero; es decir, mayor negocio.

—¿Y?

—Gash recordó el refrán que dice que más vale pájaro en mano que ciento volando. Nuestro hombre no insistió.

—¿Podemos tratar con Kolingba a algún nivel?

—Lo dudo, señor. Practica el *bwiti*.

—¿El *bwiti*?

—Es una religión, señor. Él se considera su sumo sacerdote. Toma grandes dosis de una droga que se extrae de una planta llamada *Tabernanthe iboga*. Le produce visiones, en las que se inspira después para su política interior. Una vez tuvo una visión inspirada por la *iboga* en la que hacía cocer vivo a un traidor, que para más señas era primo suyo.

—¿Y lo llevó a la práctica?

—Al día siguiente, señor, y a la esposa del hombre también. En un barril

metálico, según tengo entendido.

—Entonces, está loco —dijo Matheson.

—Como una cabra, señor —asintió Faulkener.

—Pues bien, supongo que habrá que quitarlo de en medio —dijo Matheson—. No nos queda otra opción. —Volvió a mirar los mapas—. Por cierto, ¿qué hay de Harris?

—Se ocupó de Ives; pero, como dicen los americanos, ha dejado caer la pelota. Hubo testigos de los que habrá que ocuparse. De hecho, se trata del arqueólogo israelí que fue el primero que nos puso sobre la pista de todo esto.

—¿Ya no se encarga del asunto, entonces?

—Eso me temo, Sir James, a menos que tenga un gran golpe de suerte de pronto.

—Pues búsqieme a otro que se ocupe de Kolingba —dijo Matheson en voz baja—. Y que sea rápido. Ya hay demasiada gente que está enterada de todo esto.

—Sí, señor.

CAPÍTULO 8

Oliver Gash, que fue sucesivamente refugiado ruandés, traficante de drogas en Baltimore y secretario de Estado y de Asuntos Exteriores de un rey africano loco, no habría llegado tan alto si hubiera sido tonto. Ya sabía lo que valía la buena información cuando era un mero camello de calle que servía a las bandas de McElderry Park. En vista de que los polis pagaban a informadores, él hacía lo mismo; solo que él pagaba mejor. Cuando ya movía cantidades importantes de mercancía por el corredor de la interestatal 95, empleaba teléfonos vía satélite con encriptación, GPS y redes sociales, y tenía espías y chivatos a sueldo en todas partes, desde la oficina del fiscal del Estado hasta el parque móvil de la policía. Si iba a pasar algo, él quería enterarse *antes* de que pasara. Y en calidad de segundo al mando de Salomón Kolingba, cuando alguien *pensaba* siquiera en hacer algo, él quería ser el primero en enterarse.

Todo el asunto de Limbani le había causado problemas desde el primer momento. Kolingba decía siempre en público que Limbani había muerto tres años atrás en un calabozo de la cárcel de Ouanda Djallé. Nadie estaba dispuesto a desmentir a Kolingba; pero casi desde el primer momento habían circulado rumores de que el doctor había sobrevivido. Gash lo había atribuido al principio a ilusiones y a la forja de un mito; pero ya no estaba tan seguro. Hacía pocos momentos que uno de sus «puestos de escucha», un hombre que se llamaba Aristides Lundi y tenía un tenderete de cerveza de banana y vino de palma en el pueblo de Bangara, había informado de que habían salido de la jungla media docena de hombres con ropa militar de camuflaje. Dos de los hombres se habían emborrachado y habían dicho a Lundi que eran miembros del ELCA, el Ejército de Liberación Centroafricano que lideraba Amobe Limbani. Lo que querían, por supuesto, era que Lundi les regalara la cerveza por miedo; pero Lundi también

había contado que los seis hombres eran, sin duda alguna, miembros de la minoría yakima, y que hablaban el dialecto dendi que era propio de esa etnia.

Bangara estaba a ciento cincuenta kilómetros de Fourandao, pero también estaba a orillas del río Kotto; demasiado cerca para que Gash pudiera sentirse tranquilo. Era la quinta vez que oía hablar de aquel Ejército de Liberación Centrafricano desde hacía diez meses; pero aquella era la primera ocasión en que oía el nombre de Limbani asociado al mismo.

Oyó los ronquidos que procedían del despacho de Kolingba, en la habitación contigua. Se estaba echando «la cabezada», la larga siesta de la tarde que le permitía estar despierto hasta altas horas de la noche, perorando sobre todo tipo de cosas, desde los graves errores de matemáticas que había cometido Galileo hasta la mejor manera de guisar la carne de hiena. Las veladas con el rey Kolingba solían ser tan agotadoras como aburridas, pero era preciso soportarlas. Gash se puso de pie, se ciñó la pistolera con la automática del .45 que complementaba su uniforme de coronel, y cruzó la plaza para ir al hotel. Le hacía falta beber algo fuerte y contar con unos momentos de sosiego para pensar en el doctor Limbani y en su ejército de liberación.

Konrad Lanz se apeó del taxi ante la dirección que le habían facilitado, pagó al taxista y lo estuvo observando hasta que el vehículo se alejó. Era una casa particular en Cheyne Walk; entre los arbustos ornamentales había focos orientados hacia arriba que iluminaban los cinco pisos. Estaba claro que su posible cliente tenía mucho dinero; aquello siempre era buena señal. Lanz empujó la cancela de hierro forjado, subió tres escalones e hizo sonar el timbre. Percibió vagamente que en el interior sonaba música de cámara. El trío con piano en do menor, opus 101, de Brahms. Buena opción para recibir a un mercenario alemán. Un mayordomo de librea abrió la puerta, y la música sonó con más fuerza. Lanz advirtió que era música tocada en directo. Un piano, un violín y un violonchelo. Había oído de niño una grabación en la que interpretaba la pieza su abuelo. El viejo, por desgracia, había sido primer violín de la Berliner Philharmoniker cuando la dirigía el nazi Wilhelm Furtwängler. Había muerto en un bombardeo, en marzo de 1944.

—¿Sí? —dijo el mayordomo.

—El comandante Faulkener me invitó a venir —dijo Lanz en inglés libre de acento extranjero—. Me llamo Lanz.

—Por supuesto, señor. El coronel está en el estudio. Haga el favor de seguirme.

Lanz pasó a un vestíbulo con suelo de mármol. Oyó entre la música de Brahms el sonido de conversaciones y los tintineos de vasos que daban a entender que se celebraba un cóctel, al fondo de un pasillo, a su izquierda. El mayordomo se dirigió a la derecha, rodeando una escalera central, y se detuvo ante una puerta cerrada. El mayordomo llamó a la puerta, la abrió y se apartó. Lanz pasó al estudio.

Era una sala grande, de decoración masculina. El techo tenía artesonado de roble oscuro, y la habitación estaba rodeada de librerías empotradas que llegaban a media altura, interrumpidas por un par de ventanas altas en un extremo y, en el otro, una chimenea ornamentada donde ardía un fuego de leña. A la izquierda de la chimenea había un escritorio de cajones de época georgiana acompañado de un secreter a juego que hacía de mueble bar. Casi todo el suelo estaba cubierto por una alfombra oriental gigantesca. El resto del mobiliario era de cuero verde oscuro, y los cuadros con marcos dorados que estaban por encima de las librerías eran todos óleos. Lanz reconoció varias pinturas de tema militar, entre ellas un retrato de Lawrence de Arabia pintado por Augustus John. Allí se combinaba el dinero con el buen gusto, cosa rara en pleno siglo XXI. Un hombre de traje oscuro, con una buena cabellera plateada y bigote bien recortado estaba sentado en una de las butacas de cuero, fumándose un puro que Lanz supuso que sería caro. En una mesita auxiliar lacada había un vaso de cristal de roca que contenía un líquido de color ámbar. Era de suponer que aquel sería el misterioso comandante Faulkener, el hombre que le había enviado diez mil euros para animarlo a salir de su granja en la Toscana.

—Usted debe de ser Lanz —dijo el hombre.

—Así es.

—Faulkener. ¿Una copa?

—No, gracias.

—Tome asiento.

Lanz se sentó frente al hombre de cabellos plateados.

El comandante Allen Faulkener evaluó brevemente al hombre que se acababa de sentar ante él. Konrad Lanz iba vestido de granjero toscano, que era la imagen con la que se identificaba. Llevaba una camisa de lino algo gastada pero bastante cara, corbata estrecha de ante y una cazadora de cuero de aviador,

de color chocolate y arrugada, que parecía tener unos cuantos años. Los zapatos eran caros, pero de suela gruesa y prácticos.

Lanz aparentaba poco más de cincuenta años y tenía el aspecto rudo y curtido del hombre que pasa mucho tiempo al aire libre; también en este sentido daba la imagen de granjero toscano. Solo que aquellos pliegues y arrugas de la piel y aquel bronceado permanente no eran los que da una vida bajo el benévolo sol de Italia. El curtido del rostro de aquel hombre era duro y ecuatorial; las arrugas de pergamino que rodeaban los ojos azules, fríos como el hielo, eran de apuntar con un fusil. Aunque el hombre estaba en su sexta década de vida, el vientre todavía le parecía plano y duro, y los músculos del cuello eran semejantes a gruesas sogas. Sus manos nervudas y cubiertas de cicatrices parecían capaces de quebrar nueces o de romper dientes. Según el historial que había recopilado Faulkener, Konrad Lanz había participado como mercenario en todas las guerras de África desde los motines de Kisangani a finales de los sesenta. Había empezado con dieciocho años, cuando era un bisoño en busca de aventuras. Y las había encontrado.

—¿Qué tal en la Toscana? —preguntó Faulkener amablemente.

—Hace calor —respondió Lanz.

—¿Ha vivido allí mucho tiempo?

—Sí.

Irrumpió entonces en la sala la figura enérgica y envejecida de Sir James Matheson. Tenía en el rostro el matiz rojizo que da la hipertensión arterial, y bolsas oscuras bajo los ojos. Matheson cerró la puerta tras de sí e hizo girar el pestillo. Lanz se puso de pie, y Faulkener hizo otro tanto.

—Señor Lanz, le presento al señor, este... Smith.

Lanz se volvió hacia Faulkener con gesto de irritación impaciente.

—De hecho, soy teniente coronel, comandante Faulkener, y no me he pasado ocho horas viajando en coche hasta Milán y en avión hasta aquí para que me traten como a un idiota. —Se volvió de nuevo hacia Matheson—. Usted es Sir James Matheson, noveno conde de Emsworth, accionista mayoritario de Industrias y Recursos Matheson. Me bastó para saberlo con su dirección y un directorio inverso informático. Los diez mil euros, a su vez, me bastan para saber que tiene usted un problema grave para el que necesita una solución militar. —Hizo una pausa—. ¿Voy bien, Lord Emsworth?

—¡Bravo, caballero! —dijo Matheson. Se dirigió al mueble bar, se sirvió un vaso de *whisky* de malta Talisker puro y se sentó tras el escritorio. Lanz y

Faulkener tomaron asiento de nuevo. Lanz seguía percibiendo levemente la música de cámara. El trío había dejado paso al Triple Concierto en do mayor, opus 56, de Beethoven. Otro compositor alemán. Lanz se preguntó si Matheson habría elegido la música a propósito. Viendo a aquel hombre, más bien lo dudaba; el industrial, de alguna manera, no tenía aspecto de estar dotado de tal sutileza.

—Habría oído hablar de Salomón Kolingba, sin duda —dijo Matheson.

—El dictador separatista de la República Centroafricana —asintió Lanz.

—En efecto —dijo Matheson—. ¿Qué opinión tiene usted de la estabilidad de su régimen?

—¿Estabilidad política, o militar?

—En los dos sentidos.

—No tengo idea —dijo Lanz, encogiéndose de hombros—. Me aventuraría a decir que será como la mayoría de los dictadores advenedizos de África. Tendrá su momento de gloria, pero en vista de que no tiene ni siquiera un barniz de cordura, acabarán por deponerlo. Es inevitable.

—¿Por deponerlo desde dentro? —preguntó Matheson, y tomó un trago de Talisker.

—¿Qué otra opción hay? —preguntó Lanz, aunque ya se hacía idea de dónde iba a parar aquello.

—Un golpe de Estado promovido por unas fuerzas externas —dijo Faulkener sin rodeos.

—¿Por unas fuerzas mercenarias? —preguntó Lanz.

—Por eso ha venido usted aquí, coronel Lanz —dijo Faulkener con tono tajante. Lanz advertía que el hombre de cabellos plateados estaba deseando llamarlo *Obersleutnant*, o, mejor todavía, *Obersturmbannführer*.

—No tengo idea del poderío militar de Kolingba.

—Todo eso se lo podremos facilitar —dijo Faulkener—. Pero bastaría con matar a Kolingba y tomar la guarnición para que el golpe fuera un hecho consumado. El ejército regular es una farsa; como mucho, está compuesto de pequeños caudillos locales.

—¿Cuentan con alguien para sustituir a Kolingba?

—Hay varios candidatos —respondió Faulkener—. El más probable es su segundo al mando.

—¿No es leal a Kolingba? —preguntó Lanz.

—Es un hombre muy codicioso —dijo Matheson—. Solo es leal a sí mismo.

—En mi opinión, en cuanto se quite de en medio a Kolingba, todo lo demás saldrá solo —dijo Faulkener.

—Pero, si yo me encargo de esto, lo que contará no será su opinión, comandante Faulkener, sino la mía.

A Faulkener se le enrojeció el rostro, pero guardó silencio.

—¿Cuál es el primer paso? —preguntó Matheson.

—Una visita de reconocimiento —dijo Lanz.

—¿A la capital, Fourandao? —propuso Faulkener.

—Desde luego —asintió Lanz.

—Ya lo esperábamos —dijo Matheson.

—Le hemos preparado una tapadera —dijo Faulkener—. Como en Kukuanaland no hay mucho movimiento de turistas, lo hemos hecho oficial de una ONG especializada en ayuda internacional. Le hemos preparado un pasaporte, números de contacto, toda una historia que se confirmará si alguien quiere comprobarla.

—Yo no sé nada de ayuda internacional —dijo Lanz—. Ni me interesa aprenderlo. Soy militar. Me organizaré mi propia tapadera.

—¿Con qué papel, si me permite la pregunta? —dijo Faulkener, que había vuelto a enrojecer. Aunque Lanz no era más que un pistolero a sueldo, parecía que había tomado el mando de la reunión por completo.

—Con el de traficante de armas ligeras —dijo Lanz con una sonrisa—. Eso lo tenemos en común el general Kolingba y yo.

—¿Cuándo? —preguntó Matheson.

—Lo antes posible.

—¡Excelente! —dijo Matheson. Apuró el Talisker que le quedaba—. ¿Cuánto?

—¿Por la visita de reconocimiento y mi informe?

—Sí.

—Cien mil euros. Cincuenta mil ahora, en mi cuenta de Liechtenstein, y el resto cuando reciban mi informe.

—Es un poco caro, ¿no le parece, Lanz? —dijo Faulkener.

—Me está pidiendo que me meta en la guarida del león, comandante Faulkener. Creo que el precio es justo. Si no se lo parece, siempre puedo volverme a la Toscana.

Entonces intervino Matheson:

—El precio es adecuado. Vaya usted a Fourandao. Envíeme ese informe lo

antes posible.

CAPÍTULO 9

Aunque Jartum tiene una historia agitada y sangrienta, lo cierto es que es una ciudad relativamente joven. La estableció en 1821 Ibrahim Bajá como puesto avanzado del ejército egipcio, y llegó a convertirse en centro comercial importante del tráfico de esclavos. La ciudad estaba situada en un punto estratégico, en una península junto a la confluencia del Nilo Azul y el Nilo Blanco, y, en 1884, el que se hacía llamar Mahdi, o Mesías, del pueblo árabe, asedió en ella a la guarnición angloegipcia que comandaba el general británico Charles George Gordon, que acabó siendo masacrada. Los británicos se desquitaban trece años más tarde, cuando el general Herbert Kitchener derrotó a las fuerzas del Mahdi en Omdurman, al otro lado del río. Lord Kitchener, que era patriota hasta la exageración, rediseñó la ciudad con calles cuyo trazado estaba inspirado en la bandera británica.

Como tantas ciudades africanas, Jartum tiene dos caras: la ciudad enriquecida por el petróleo, con centros turísticos magníficos, arquitectura moderna y original y edificios residenciales de lujo, y, por otra parte, la ciudad de la pobreza terrible, donde los niños venden alimentos en mal estado en los zocos, con paro e inflación galopantes, sin agua corriente ni alcantarillado, una trata criminal de mujeres y niños y un mercado negro inmenso de casi cualquier cosa imaginable.

—No puede ser aquí —dijo Peggy, mirando por la ventanilla sucia del Land Cruiser. Estaban en una calle sin asfaltar de la zona sur de Jartum. La mayoría de los edificios eran estructuras industriales de construcción barata y de poca altura, cubiertas de chapa de hierro ondulado. La mayoría parecían desocupadas; las pocas ventanas estaban rotas y cubiertas de suciedad. Saltaba a la vista que se había producido una inundación en algún momento pasado; todavía se apreciaba

claramente en los edificios la marca que indicaba hasta dónde habían llegado las aguas.

—Es lo que decía en aquel papel con membrete de un hotel que encontramos en el maletín de Ives —repuso Rafi—. «*Trans* (que podemos suponer que significa *transporte*); Mutwakil Osman, al final de la calle Al-Hamdab, pasadas las vías del tren. Buscar la gasolinera vieja y abandonada de Petronas a la izquierda». La gasolinera de Petronas está allí —añadió, señalándola—. El final de la calle está allí, y hace media docena de manzanas que cruzamos las vías del tren.

—Aquí no hay nada más que el río Nilo y unas barcazas —dijo Holliday, deteniendo el Land Cruiser. Por delante de la camioneta, la carretera llegaba a su fin, cerrada por un grupo de matas en las que comenzaba la orilla empinada y accidentada del Nilo. Había unas escaleras de madera destartadas por las que se bajaba a una pasarela de cemento estrecha, y varios embarcaderos de madera que se adentraban en las aguas de movimiento lento, onduladas por el viento. Varias barcazas enormes estaban amarradas a los embarcaderos; estaba claro que la mayoría se empleaban para dragar cieno del Nilo. Otras dos tenían montadas sobre la cubierta cabañas *quonset* metálicas de techo ondulado que parecían sobrantes de la Segunda Guerra Mundial. Holliday bajó de la camioneta. Rafi y Peggy lo siguieron. Hacía calor, pero la brisa levemente aromática que llegaba del río era fresca y agradable.

—No creo que tuviera un barco —dijo Rafi, frunciendo el ceño.

—¿El río Kotto es afluente del Nilo? —preguntó Peggy.

—No, pero pertenece a la misma cuenca —le explicó Rafi—. En Sudán lo llaman Bahr al-Arab. Supongo que se podría ir en algún tipo de embarcación, pero no sería fácil.

—¿Hay cocodrilos? —preguntó Peggy.

—Y tienen mucha hambre —dijo Rafi con una sonrisa, pasando el brazo por el hombro de Peggy con afecto.

—Vamos a enterarnos —propuso Holliday. Empezó a bajar por los escalones inestables al muelle de cemento irregular. Allí corría la brisa con más fuerza, y el aire les traía algo más: el olor familiar a gasolina.

Rafi y Peggy bajaron los escalones tras él. Caminaron por el muelle hasta la primera barcaza que tenía una cabaña *quonset*. En el costado de la cabaña había

una puerta a la que habían pegado con cinta americana un letrero de cartón que decía: SERVICIOS AÉREOS OSMAN.

—No veo ninguna pista de aterrizaje —dijo Peggy.

Pasaron en fila india por la estrecha pasarela que conducía a la cabaña *quonset*. Holliday golpeó la puerta con los nudillos. La puerta tembló en las bisagras. Pasó volando sobre ellos una suimanga del Nilo, de plumaje vivo e irisado, que fue a posarse en la orilla.

—*Dakhaltum!* —gritó una voz lejana. Holliday percibió el sonido de algo que parecía ser un torno y el traqueteo sordo de un generador.

—Eso debe de significar «adelante» o «largo de aquí» —dijo Peggy.

—Significa «pasen» en sudanés —dijo Rafi—. Abre la puerta.

Holliday levantó el pestillo, y pasaron al interior.

La mitad delantera del interior tenebroso de la estructura de paredes y tejado curvado estaba montada para que sirviera de vivienda y taller de torno a la vez. Había una zona de soldadura, un torno, una taladradora hidráulica, estantes de soldaduras, un soplete para soldadura fuerte, y, sobre unos caballetes, algo que tenía un notable parecido con un plátano alargado, hecho de chapa metálica y cubierto de pintura de minio. En la otra mitad del espacio había un camastro estrecho, una mesa de cocina, un fogón pequeño y una pila de lavar grande. El fondo de la cabaña *quonset* estaba separado de aquel primer espacio por un mamparo de madera contrachapada sin pintar. En el centro del mamparo había una puerta de garaje corrediza que funcionaba sobre un raíl superior.

Un hombre con delantal blanco estaba de pie ante el fogón y revolvía en una cazuela pequeña de aluminio algo que despedía vapor.

—*Aasalaamu Aleikum* —dijo Rafi.

—*Wa-Aleikum Aassalaam, effendi* —respondió el hombre del delantal, con una sonrisa agradable—. Sopa de trozos de pollo —añadió, señalando la cazuela con un cucharón de madera—. ¿Ustedes gustan? Es de Campbell.

El hombre era delgado y de corta estatura, tenía la piel oscura y llevaba en la cabeza un *kufi* de forma de búnquer y ricamente bordado. Aparentaba unos cuarenta y cinco años. Hablaba en inglés, con acento del sur de los Estados Unidos.

—¿El señor Mutwakil Osman? —preguntó Rafi.

—Fui a la academia militar Riverside, en Gainesville, en el estado de Georgia —dijo el hombre del delantal—. ¿Tienen ustedes idea de lo que era

llamarse Mutwakil en Gainesville, en Georgia? Mis amigos me llaman Donny.

—¿Donny Osman? —repitió Peggy, sonriente.

—Oiga, es mejor que llamarse Mutwakil, se lo digo yo.

—¿Es usted estadounidense? —le preguntó Rafi.

—De nacimiento y de crianza. Mis padres eran sudaneses los dos. Vivo aquí desde el 2002 —explicó, encogiéndose de hombros—. Las cosas no fueron iguales para los musulmanes a partir del nueve de noviembre. Sobre todo si tu oficio es pilotar aviones —añadió, torciendo el gesto—. Yo tenía una empresa pequeña de transporte aéreo en avioncitos. Quebró en seis meses. En todo caso, esa es mi historia —concluyó, encogiéndose de hombros de nuevo. Vertió la sopa en un cuenco, la llevó a la pequeña mesa de cocina y se puso a comer—. ¿En qué puedo servirles? —preguntó, mientras los observaba con detenimiento, prestando especial atención a Holliday—. Nadie llega aquí por casualidad.

—Archibald Ives —dijo Holliday sin más.

—¿Archie? Claro, ¿qué hay de él?

—¿Qué relación tiene con él?

—¿Qué le importa a usted?

—Encontramos el nombre de usted entre sus efectos personales —dijo Holliday sin rodeos, atendiendo a su reacción.

—¿Entre sus efectos personales?

—Ha muerto. Asesinado.

El americano puso cara de consternación.

—Lo sabía —dijo en voz baja.

—¿Qué es lo que sabía? —le preguntó Holliday.

—Sabía desde el principio que habría problemas.

—¿Que habría problemas con qué?

Osman dejó la cuchara y suspiró.

—Llevo años llevando a gente a sitios peligrosos —dijo—. Pero esta vez era *demasiado* peligroso. Todo el asunto olía mal, ¿saben?

—¿Todo *qué* asunto?

—Lo de Matheson, para empezar; lo de Kukuanaland para seguir.

—¿Por Kolingba?

—Y también por Limbani —dijo Osman, asintiendo con la cabeza.

—¿Qué hay de Limbani? —le preguntó Rafi.

—Limbani es para Kolingba como la ballena blanca, o como el fantasma de Marley en *Canción de Navidad*.

—Explíquese —dijo Holliday.

—Limbani acosa a Kolingba. Se escapó durante el golpe de Estado, y desde entonces Kolingba ha vivido con el temor a que Limbani organice en la selva un ejército rebelde de alguna clase, al estilo de Fidel y del Che. Fuma eso que llaman iboga, o se lo mete por la nariz, o se come, o como se haga, y tiene visiones en las que Limbani y sus hordas salen de entre las grietas del suelo como cucarachas.

—¿Limbani es un mito? —preguntó Peggy.

—¿Quién sabe? —dijo Osman, encogiéndose de hombros—. El caso es que Kolingba hace rondar por la selva a patrullas de sus esbirros que tiran a matar a todo lo que tenga dos piernas. Ofrece una recompensa de cien mil dólares al que le traiga la cabeza de Limbani clavada en una estaca.

—¿Y usted llevó allí a Ives? —le preguntó Rafi.

—Archie parecía un hombre hecho y derecho. Lo era. Pensé que sabría cuidarse solo. Me dijo que aquella era su gran oportunidad. Que era el golpe con el que se podría retirar.

—Bueno; se ha retirado, de eso no cabe duda —dijo Peggy.

—¿A dónde lo llevó usted exactamente? —preguntó Holliday.

—Al fin del mundo, prácticamente —dijo Osman—. A mil cien kilómetros al suroeste de aquí. Poco antes de que el río Bahr al-Arab se convierta en el río Kotto hay un lugarcillo que se llama Umm Rawq. Allí lo llevé. No me dijo dónde se dirigía, solo que pensaba viajar varios días por el Kotto.

—¿Qué hay en ese lugar, en Umm Rawq? —preguntó Holliday.

—Un mercado de pescado, un embarcadero, una tienda, una aldea, o lo que queda de ella.

—¿Por qué a Umm Rawq?

—Está en la frontera misma, y allí podía alquilar una embarcación. Fue la última vez que lo vi; iba remontando el río en el barco de vapor de allí.

—¿Iba alguien con él?

—Un guía local. Creo que se llamaba Mahmoud.

Hubo una pausa. Peggy habló por fin.

—¿Cómo lo llevó a ese lugar, a Umm Rawq, exactamente?

Osman sonrió. Se levantó de la mesa, se dirigió a la puerta de garaje grande y la empujó hacia arriba. La puerta traqueteó por los raíles, y pudieron ver lo que había al otro lado del mamparo de contrachapado.

—Caray —susurró Holliday—. Debe de tener cincuenta años.

—Sesenta y seis —dijo Osman con orgullo.

La parte posterior de la barcaza se había retirado para construir un amarradero donde flotaba tranquilamente sobre las aguas del río un hidroavión Catalina PBY, todo blanco, monoplano de ala alta, con el aspecto de un ave grácil y gigantesca que se dispusiera a echar a volar. Las hélices de tres aspas, lacadas de negro, de los dos motores, estaban relucientes.

—Se lo compré hace nueve años a las fuerzas aéreas de Sudáfrica, y me vine volando en él desde Johannesburgo hasta aquí.

Salió al embarcadero y alzó la vista para contemplar la aeronave con aprecio. Los demás lo siguieron pasando por la puerta abierta.

—Pasé un año reacondicionándolo, consiguiendo repuestos y restaurándolo. Hemos sido compañeros desde entonces.

—Es una preciosidad —dijo Holliday con toda franqueza. El hidroavión era un magnífico aparato histórico, recuperado y restaurado con elegancia.

Hubo un largo silencio mientras todos admiraban la aeronave. Pasó a lo lejos, por el Nilo, un barco turístico, y el agua les llevó los ecos de los altavoces retumbantes que amplificaban la voz del guía.

—Este sería lo que llamaríamos «un momento Bono» —dijo Peggy.

—¿Un qué? —preguntó Rafi.

Holliday suspiró.

—Creo que Peggy quiere decir que este es un momento de conciencia —dijo.

—Tendréis que explicármelo —dijo Rafi—. No estoy muy puesto en estrellas del pop.

—Quiere decir que nos encontramos ante un dilema moral —dijo Holliday—. Ahora mismo, Kolingba y su pequeño nido de delincuencia son cosa de risa. Pero si dispone de un yacimiento que vale un billón de dólares, dejaremos de reírnos.

—¿Qué se supone que debemos hacer nosotros al respecto? —dijo Rafi—. Yo he venido aquí para practicar la arqueología, no para librar batallas campales.

—¿Qué hacemos, Doc? —preguntó Peggy.

—O no hacemos nada, o buscamos a Limbani para igualar las oportunidades de ambos bandos. ¿Nos llevará a Umm Rawq? —preguntó, dirigiéndose a Osman.

—Claro —dijo Donny Osman, asintiendo con la cabeza—. Me apunto.

—Yo también —dijo Peggy.

Rafi soltó un suspiro.

—Y yo que solo quería encontrar las minas del rey Salomón, y ahora voy a una zona de guerra —dijo.

CAPÍTULO 10

Konrad Lanz bajó la cabeza para salir por la portezuela ovalada del antiguo Ilyushin Il-10 de Air Mali y se quedó inmóvil en la escalerilla por un instante, contemplando el aeropuerto de Fourandao, cuyo nombre oficial era Kolingba Internacional, aunque solo tenía una única pista de cemento con grietas, de menos de ochocientos metros de longitud, y la terminal, de aspecto desaliñado, ni siquiera estaba dotada de radar.

La terminal era un único edificio de poca altura construido con bloques de cemento; en el centro de la estructura se alzaba una torre rudimentaria. A la izquierda había un depósito de combustible, y a la derecha un aparcamiento pequeño. Lanz observó junto a la puerta de la terminal algo muy parecido a un vehículo blindado soviético BTR-40, pero supuso que se trataría más bien de un Type 55, la imitación china.

Bajó la escalerilla siguiendo a los demás pasajeros del vuelo procedente de Bamako, una docena aproximadamente, que se dirigían a la terminal. Lanz había estado en docenas de aeropuertos como aquel y conocía sus puntos fuertes y sus debilidades. Cuando pasó ante el vehículo blindado vio que se trataba, como había sospechado, de la versión china del BTR-40. Ante la máquina había dos hombres en actitud perezosa; ambos llevaban uniforme de camuflaje selvático, botas de paracaidista y gafas de sol reflectantes tipo aviador. Llevaban sendos subfusiles Tokarev que se remontaban a la Segunda Guerra Mundial.

Como las armas, el vehículo blindado tenía más años que los dos hombres que estaban recostados sobre él. La parte delantera estaba oxidada; le faltaba un faro, y el parabrisas estaba tan sucio que era opaco. Además, el vehículo estaba claramente escorado hacia la derecha, lo que indicó a Lanz que los neumáticos estaban flojos o que tenía destrozada la suspensión. El vehículo chino bien podía

estar montado sobre un pedestal con una placa conmemorativa de bronce, pues era evidente que llevaba mucho tiempo sin moverse de allí. Era lógico: los chinos eran generosos con su armamento y sus vehículos, pero el mantenimiento ya era otra cosa. Para mantener vehículos como el Type 55 había que contar con un almacén de repuestos, mecánicos y parque móvil; con toda la rutina cotidiana necesaria para que funcione un ejército de verdad, que era cosa que interesaba muy poco a los dictadores como Kolingba. Por otra parte, había junto a la terminal principal un helipuerto con un par de helicópteros de combate Kamov Ka-52 Alligator que parecían en óptimo estado de mantenimiento.

Lanz entró en la terminal. El protocolo de inmigración y de aduanas no dejaba lugar a dudas. Una zona abierta, bajo dos ventiladores de techo que giraban despacio, con dos escritorios de madera y dos mesas de revisión también de madera; era claramente para los ciudadanos locales que regresaban al país. Por otra parte, había una puerta cerrada con un letrero que decía SOLO VISITANTES EXTRANJEROS. Lanz abrió la puerta y entró.

En un cuarto pequeño, sin ventanas, con suelo de baldosas grises, había tres hombres en uniforme. El uniforme era el mismo de los hombres que mataban el rato ante el vehículo blindado, en el exterior. Uno de los hombres estaba sentado tras un escritorio de madera desgastado; otro estaba de pie junto a este, y el tercero estaba plantado ante la puerta de salida del cuarto. A la derecha del escritorio había una mesa de revisión de madera. Los dos hombres que estaban de pie llevaban gafas de sol reflectantes de aviador; no así el hombre que estaba tras el escritorio. Los dos guardias llevaban al cinto, en pistoleras baratas, las que parecían ser pistolas automáticas Tokarev TT-30. En la pared, a espaldas del hombre del escritorio, había un retrato enmarcado de Salomón Kolingba. Ante la pared opuesta al escritorio había un banco de madera.

Lanz se acercó al escritorio y esperó en silencio. El hombre sentado levantó la vista hacia él. Tenía cuarenta y tantos años; le asomaban en las sienes las primeras canas. Llevaba gafas redondas con montura de acero inoxidable. En la pechera del uniforme se leía su apellido, SAINT-SYLVESTRE; no era raro, pues, en tiempos, la República Centroafricana había formado parte del África Ecuatorial Francesa.

—Pasaporte.

Lanz buscó en el bolsillo interior de su chaqueta de lino color crema y sacó un pasaporte. Era de color azul oscuro, con la palabra CANADA en letras doradas

sobre el escudo canadiense. Se lo entregó.

Saint-Sylvestre, tras el escritorio, hojeó las páginas en blanco.

—¿Canadiense?

—Sí.

—¿Se llama Konrad Lanz?

—Sí.

—No es nombre canadiense.

—Mis padres eran austríacos. Inmigré de niño.

—Veo que usted no viaja mucho.

—Al contrario, viajo mucho —dijo Lanz—. Advertirá que el pasaporte se extendió hace solo dos meses.

—Pasaporte nuevo.

—El anterior estaba lleno.

Lo cierto era que Lanz disponía de diversos pasaportes, pero los canadienses eran los más fáciles de conseguir, y él prefería usar documentación nueva cuando viajaba a un país que no había visitado antes. Solo Dios sabía a qué países tenía antipatía un loco como Kolingba, o cuáles habían ofendido a su mentalidad alterada.

Lanz había dedicado una semana a documentarse sobre Kukuanaland y sobre su líder, y por lo que había visto no le quedaba duda de que Freud habría tenido que aplicarse de lo lindo para analizar la vida del autoproclamado general y sus locuras. Según diversos informes, su madre había sido una prostituta, quizá con algún retraso mental. Al parecer, el padre había sido uno de sus clientes. Kolingba había tenido dos hermanas y tres hermanos, y varios de ellos habían sufrido muertes violentas y en circunstancias misteriosas.

Era bien sabido que los cambios de ánimo de Kolingba y su conducta eran imprevisibles y violentos; los habitantes de Kukuanaland vivían con un miedo constante. Por otra parte, el segundo al mando del general, Oliver Gash, era un enigma. Había aparecido para ofrecer su apoyo en la víspera de la llamada «revolución». Las fuentes de Lanz apuntaban a que Gash tenía antecedentes delictivos de alguna clase en los Estados Unidos. Lanz no tenía claro cuál de los dos hombres era más peligroso.

—¿Cuál es el motivo de su visita? —le preguntó Saint-Sylvestre.

—Negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—No le interesan —replicó Lanz, preguntándose hasta qué punto podría

insolentarse ante el hombre del escritorio.

—Al Departamento del Interior le interesan los negocios de todo el mundo, señor Lanz —repuso Saint-Sylvestre con una sonrisa.

—Creía que eran ustedes agentes de inmigración, no de la policía secreta.

—En Kukuanaland son una misma cosa —dijo Saint-Sylvestre—. Y nuestra policía no tiene nada de secreto.

Al hombre se le endureció el gesto y se le convirtió en algo que ya no era sonrisa.

—Somos un país muy abierto, ya ve usted —añadió.

—Muy loable —dijo Lanz.

—De modo que, vuelvo a preguntarle: ¿cuál es el motivo de su visita?

—Las armas.

Saint-Sylvestre puso ojos de sorpresa tras las gafas de montura de acero.

—¿Cómo dice?

—Soy tratante de armas... señor Saint-Sylvestre, estoy especializado en armas ligeras de todos los tipos y tamaños, incluidos los sistemas anticarro portátiles como el LAW americano o el ruso RPG-7.

—Me puede llamar *capitán* Saint-Sylvestre, señor Lanz —dijo el hombre, e hizo una pausa—. ¿Qué le hace pensar que sus servicios podrían interesarnos?

—El hecho de que las pistolas que llevan sus dos guardias son de un modelo de los años treinta. Como también lo son los dos subfusiles de los guardias del exterior.

Saint-Sylvestre bajó la vista al pasaporte que tenía entre las manos y cambió de tema.

—Ha estado usted en Mali.

—Así es.

—¿Hizo allí algún negocio?

—Ninguno digno de mención. Establecí algunos contactos.

—¿Y uno de ellos le sugirió que nos hiciera una visita? ¿Alguien en especial?

—Un hombre llamado Ives —dijo Lanz, arrojando el anzuelo—. Archibald Ives.

Saint-Sylvestre no tuvo más reacción que tomar una breve nota en un bloc que tenía cerca de la mano derecha. Usaba un bolígrafo Montblanc. ¿Se lo habría comprado él, o sería un despojo arrancado a un extranjero infeliz que había pasado por aquel cuarto inhóspito que era el feudo de Saint-Sylvestre?

—¿Trae usted al país alguna de esas armas? —le preguntó Saint-Sylvestre, indicando con un gesto de la cabeza la única maleta que llevaba Lanz.

—Solo los catálogos —respondió Lanz.

—La maleta —dijo Saint-Sylvestre, indicando la mesa de revisión. Lanz levantó la maleta y la tendió sobre la mesa. El guardia que estaba de pie ante Saint-Sylvestre recorrió la cremallera alrededor de la maleta y levantó la tapa. Saint-Sylvestre miró el interior. Artículos de tocador, ropa de verano bien plegada y media docena de catálogos gruesos: Armament Technology Incorporated de Canadá, Browning, Bushmaster, Česká Zbrojovka Uherský Brod de la República Checa, Norinco de China, Rosvoorouzhenie de Rusia.

El capitán Saint-Sylvestre tomó un catálogo al azar y lo hojeó; después, lo dejó caer sobre la mesa. Movié la ropa de la maleta con el bolígrafo Montblanc. Solo encontró un ejemplar de tapa dura de la última novela de Carl Hiaasen. Tomó el libro.

—¿Qué es esto?

—Es un libro muy divertido sobre el culto a los famosos en los Estados Unidos.

—¿En Canadá no hay ese culto?

—Es difícil saberlo —dijo Lanz, encogiéndose de hombros—. En Canadá no hay famosos. Se van todos a los Estados Unidos.

—¿El libro es divertido?

—Mucho.

—¿El autor es famoso?

—Supongo que sí —dijo Lanz.

—Entonces, ¿se burla de sí mismo?

—La verdad es que me es igual —dijo Lanz con un suspiro. Ya lo estaba aburriendo el interrogatorio enrevesado al que lo sometía aquel hombre—. Lo compré para leer en el avión.

Saint-Sylvestre volvió a dejar caer el libro en la maleta y cambió de enfoque una vez más.

—Vacíese los bolsillos, por favor.

Lanz obedeció. Saint-Sylvestre tomó su cartera. Examinó todas las tarjetas de crédito y contó el dinero en metálico. Había cuatro mil dólares americanos en billetes de cien.

—Mucho dinero.

—Soy muy partidario del dinero contante.

—Yo también —dijo Saint-Sylvestre. Contó diez billetes de cien dólares, los plegó y se metió el dinero en el bolsillo de la pechera del uniforme. Levantó la vista hacia Lanz y sonrió.

—Impuestos —le explicó.

—Eso pensé —asintió Lanz.

—¿No tiene teléfono móvil?

—¿Tendría cobertura? —preguntó Lanz a su vez, encogiéndose de hombros.

—¿Ni cámara fotográfica?

—No he venido a hacer fotos.

—Es un país muy hermoso —dijo Saint-Sylvestre—. Hay muchas atracciones para el visitante. Muchas aves llenas de colorido y animales exóticos.

—No lo dudo.

—Aunque la selva puede ser muy peligrosa. A veces, mortal —dijo Saint-Sylvestre—. Le recomiendo encarecidamente que no salga de Fourandao. Por su propia seguridad.

—Por supuesto —dijo Lanz. *¿A qué vendría aquello?*

—Puede marcharse —dijo Saint-Sylvestre.

Lanz asintió con la cabeza, volvió a recoger sus cosas en su maleta y a cerrar esta y se guardó de nuevo el contenido de sus bolsillos, incluida la cartera.

—Quizá pudiera recomendarle usted un hotel —dijo Lanz.

—Solo hay uno. El Trianon.

Lanz asintió de nuevo con la cabeza. El guardia de la puerta de salida se apartó. Lanz tomó su cartera y salió. Saint-Sylvestre lo vio salir. Por último, habló rápidamente en sango al guardia que estaba a su lado.

—*Tondo ni wande* —le ordenó. *Vigila al extranjero.*

—*En, Kapita* —dijo el guardia. Salió por la puerta siguiendo a Lanz.

CAPÍTULO 11

Michael Pierce Harris, sentado en su habitación del Hilton de Jartum, oía vía satélite la voz de su jefe, lejana y con eco.

—¿Cuál es la situación actual? —preguntó el comandante Allen Faulkener desde su despacho de Londres.

—Se disponen a emprender una expedición de alguna clase, eso es seguro —respondió Harris—. Han estado acopiando de todo, desde repelente para insectos y hamacas hasta machetes y pastillas para la malaria.

—¿Y el piloto, Osman?

—Está desmontando los motores del Catalina.

—¿Tiene usted alguna idea de su fecha de partida estimada?

—Mañana, quizá pasado. Osman ha presentado un plan de vuelo para Umm Rawq.

Hubo un corto silencio. Por fin, Faulkener habló.

—En el aeropuerto civil de Jartum hay un bimotor Otter de la Matheson. Lléveselo a Wau, en la frontera, mañana por la mañana. Tendré a media docena de hombres sobre alerta. Eso deberá bastar.

—Bastar, ¿para qué? —preguntó Harris.

—Van siguiendo los pasos de Ives —dijo Faulkener. Su voz subía y bajaba con temblores espectrales sobre la onda portadora—. Procure que tropiecen y sufran una caída. Mortal.

Al volver del paseo que solía darse por la ciudad todas las tardes, Konrad Lanz entró en el bar Maria Antonieta del hotel Trianon Palace y esperó a que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad. En el local largo y estrecho, contiguo a la

recepción, no estaba más que el barman, Marcel Boganda. La luz del atardecer entraba débilmente por las rendijas de la persiana veneciana entreabierta que daba al porche de estilo colonial del Trianon.

El local parecía sacado de una novela de Rudyard Kipling, con su ventilador de madera que giraba suavemente en el techo y unas cuantas banquetas y butacas viejas y rajadas de cuero marrón, repartidas al azar. La pieza principal, la barra, eran doce metros de madera dura y nudosa de bubinga de color rojo oscuro, en estilo art deco, cuya parte superior era tan densa como el mármol. La barra era la niña de los ojos de Marcel; todas las bebidas se servían con posavasos, y cada anillo de condensación de su superficie se limpiaba casi antes de que hubiera tenido tiempo de formarse.

Marcel era cincuentón, de rostro redondeado y cabello corto. Llevaba gafas de concha y vestía de esmoquin desde que abría el bar a mediodía hasta la hora del cierre, la media noche. Era hombre formal y reservado y rara vez hablaba sin que le hubieran dirigido la palabra. Solo por casualidad se había enterado Lanz, por habérselo oído a un camarero del comedor, al otro lado de la recepción, de que Marcel era, de hecho, el propietario del Trianon.

Lanz cruzó el bar y tomó asiento en uno de los taburetes recubiertos de cuero y de respaldo alto que estaban en el lado que daba al porche. Dejó su libro de Carl Hiaasen en la barra y esperó. Aunque Marcel se tomó su tiempo, terminó por acercarse a Lanz y le atendió. Lanz pidió una cerveza congoleña Ngok fría, con su botella verde y amarilla y su logotipo del cocodrilo de colores chillones. Marcel sirvió en un vaso alto la cerveza pálida, de color del maíz, dejando que subiera una cantidad moderada y bien medida de espuma. Lanz tomó un trago y soltó un suspiro de satisfacción.

—Hace calor allí fuera —dijo Lanz.

—Suele hacerlo, señor —dijo Marcel—. El país es cálido.

—¿Ha vivido aquí toda su vida? —preguntó Lanz.

—Salí para estudiar, señor. Fui a Francia. A la Sorbona.

—¿Y se volvió aquí? —preguntó Lanz, sorprendido.

—Esta es mi tierra —dijo el barman sin más, encogiéndose de hombros.

—¿Kukuanaland?

—Fourandau, señor.

—¿Qué piensa de Kolingba?

—Procuro no hacerlo —respondió Marcel. Aunque Lanz no estaba seguro del todo, le pareció haber captado un matiz de ironía en la voz del hombre.

—¿Viene aquí alguna vez?

—No, señor. Nuestro presidente no bebe.

—¿Y su segundo al mando, ese tal Gash?

—Toma *bourbon* con licor de cacao y hielo de vez en cuando —dijo Marcel—. ¿Por qué me hace usted tantas preguntas, señor?

—Voy a ser sincero con usted, Marcel. Necesito una vía de acceso al presidente.

—Según mi experiencia, señor, las personas que empiezan diciendo «seré sincero» son de todo menos eso; y ¿qué quiere usted decir exactamente con «una vía de acceso»?

—Soy traficante de armas, Marcel. Vendo armas y municiones, sobre todo a países africanos pequeños como este, en muchos casos a sus facciones rebeldes; a veces, a grupos religiosos y étnicos enfrentados.

—Nosotros no tenemos facciones rebeldes, señor, ni grupos religiosos ni étnicos enfrentados.

—¿Y qué hay de ese personaje, de Limbani? —dijo Lanz.

—El doctor Limbani murió hace ya algún tiempo —dijo Marcel. Pero esta afirmación estuvo acompañada de un leve destello de aprensión y de un pequeño temblor de los ojos. Lanz decidió dejar el tema de momento.

—¿De dónde saca las armas Kolingba?

—No sabría decírselo —dijo Marcel.

El barman ya parecía muy incómodo, y Lanz optó por zanjar la conversación por completo.

—Muy bien; si se le ocurre alguna vía por la que yo pueda entrevistarme con él, dígamelo —dijo.

—Por supuesto, señor. —Hubo una pausa—. ¿Desea alguna cosa más?

—Otra cerveza, Marcel.

Cuando Lanz se hubo terminado la segunda cerveza, tomó su libro y salió del bar. En la recepción advirtió la presencia de un hombre solo que estaba sentado en una de las butacas de mimbre de respaldo en abanico, fumándose un cigarrillo y leyendo un ejemplar del *Centrafrique-presse*. Era el mismo hombre que lo había seguido en su paseo de la tarde. Lanz sonrió. Si la vigilancia a que lo sometía Saint-Sylvestre se caracterizaba por algo, no era por su discreción.

Lanz subió a la entreplanta por la amplia escalinata, y desde allí ascendió tres pisos más hasta llegar a su pequeña habitación que estaba bajo el alero del tejado. Estaba amueblada con sencillez; tenía una cama de hierro con un colchón

que había conocido tiempos mejores y un escritorio sencillo de patas delgadas con una lámpara de bronce de cuello de cisne de estilo antiguo. Lanz dejó caer el libro en el escritorio y se acercó a la ventana, desde la que dominaba la plaza y el interior del complejo presidencial, que estaba al otro lado de la plaza, frente al hotel.

El complejo medía cincuenta metros de lado; las paredes eran de piedra labrada; el portón era de madera con refuerzos y herrajes de hierro. Se habían construido en las esquinas torres de vigilancia de madera contrachapada y techo de chapa ondulada. La llamada «residencia presidencial» estaba adosada al muro oriental, y en la esquina opuesta había un cuartel de construcción rudimentaria. Enfrente de la residencia había un edificio más pequeño, de ladrillo, que sería casi con seguridad un cuerpo de guardia. El cuartel tenía aspecto de poder albergar a entre cien y ciento cincuenta hombres.

Habían construido un cobertizo con tejado de chapa ondulada adosado al muro exterior, junto al cuerpo de guardia. Era, evidentemente, el parque móvil. Lanz contó dos Land Rovers a rayas amarillas y negras con cristales tintados, tres vehículos blindados y una docena justa de Mengshi, imitaciones chinas del Humvee, pintados con colores de camuflaje selvático, con ametralladoras del calibre .50 montadas por delante del techo corredizo. Teniendo en cuenta que había visto hasta entonces mucho material chino, las ametralladoras debían de ser W-85. Fourandao tenía menos de cinco mil habitantes; el material bélico que se guardaba en el compuesto era suficiente para proteger la población de un asalto directo, a condición de que este no tuviera apoyo aéreo.

Lanz volvió al escritorio y se sentó. Tomó el libro y le retiró cuidadosamente el salvacubiertas de celuloide y la funda original. Dejó el libro a un lado y extendió la funda sobre el escritorio con la ilustración hacia abajo.

Lanz había sido soldado desde que ingresó en el servicio militar obligatorio a finales de los setenta. Había trabajado con todo tipo de material de inteligencia, desde las imágenes por satélite hasta los teléfonos intervenidos, pasando por la fotointeligencia y por las drogas para «persuadir» al enemigo. Pero entre todas aquellas técnicas, ninguna le había parecido nunca más útil ni más exacta que ver las cosas con sus propios ojos.

En el interior de la funda del libro había un plano exacto, a escala, del centro de Fourandao, fruto de la información que había ido observando en el transcurso de sus paseos de las últimas tardes. El plano estaba hecho a lápiz, con líneas ligeras, y lo había ido dibujando de memoria día a día, después de cada paseo.

El trazado urbano de Fourandao seguía una cuadrícula alargada cuyo centro era la Plaza de la Revolución del General Kolingba, la antigua plaza mayor de la población, que estaba delante mismo del hotel donde se alojaba Lanz. Había una calle principal que transcurría de norte a sur y que se cruzaba con la carretera de Bangui, que seguía el curso del río Kotto, de oeste a este. En las afueras de la población, la carretera de Bangui tomaba el nombre de Rue de Santo Antonio, y la calle que iba de norte a sur se llamaba Rue de Libertad. En la Rue de Libertad había dos bancos, el Banque Internationale pour la Centrafrique y el Banque Populaire Maroco-Centrafricaine; y en la plaza había uno más, el Banco de los Estados Centrafricanos. Se sabía que dos de los tres habían estado muy implicados en el blanqueo de dinero y en la financiación de minerales de sangre. El Banco de los Estados Centrafricanos ocupaba el único edificio de más de cuatro plantas que había en Fourandao; en sus pisos superiores se alojaban las oficinas consulares de la República Popular China y las del Departamento de Aduanas y el Departamento del Interior de Kukuanaland.

Las dos calles principales eran las únicas que estaban asfaltadas. El resto de calles residenciales de la cuadrícula urbana eran pistas de tierra. Lanz no advirtió que existiera ningún tipo de alcantarillado, lo que quería decir que las calles secundarias se inundarían durante la estación de las lluvias. Los edificios de Fourandao, a excepción de los de la plaza principal, eran casi todos de bloques de cemento con tejados de chapa ondulada. En muchos casos, los bloques de cemento eran de mala calidad, y la mayoría de las construcciones, carentes de cimientos y de desagües, se deshacían por las bases. La única excepción era un grupo de tres bloques de pisos modernos, cerrados por un muro y custodiados, que parecían ser de hormigón armado. Por lo que había descubierto curioseando en el bar del hotel, los que residían en esos pisos eran burócratas del Gobierno favorecidos por Kolingba.

En el transcurso de sus paseos, Lanz había visto indicios de desnutrición y raquitismo entre la población, y había observado varias veces ratas enormes que anidaban en las cunetas saturadas de basura. La vegetación densa llegaba hasta las afueras de la ciudad, y Lanz había visto salir de la selva a varias mujeres nativas con haces de leña. Fourandao estaba en el límite mismo de la civilización. No había policía, ya que sus funciones las ejercía el que Saint-Sylvestre designaba con el eufemismo de «Departamento del Interior»; no había servicio de bomberos, ni Ayuntamiento, ni ninguna otra autoridad civil. Kukuanaland era un país solo de nombre; en realidad no era más que un feudo

criminal cuya autoridad no llegaría mucho más allá de los límites de la ciudad, probablemente.

Lanz, sonriendo para sus adentros, se puso a escribir cuidadosamente en el mapa los nombres de las calles que había recogido aquel día. Todo campo de batalla tenía sus puntos débiles, y él se sentía bastante seguro de haber descubierto los de Fourandao.

Oliver Gash, sentado en el despacho del capitán Jean-Luc Saint-Sylvestre, que dominaba la Plaza de la Revolución del General Kolingba, estudiaba la enorme vista fotográfica aérea de Fourandao que cubría toda la pared que estaba detrás del inmenso escritorio de caoba africana del policía. Se rumoreaba que el escritorio había pertenecido a Mobutu Sese Seko, el dictador de Zaire muerto hacía ya mucho tiempo, quien a su vez lo había adquirido entre otros objetos que había dejado tras su muerte el general Gnassingbé Eyadéma, que fue «presidente» de Togo durante mucho tiempo. Gash y el capitán Saint-Sylvestre fumaban sendos Marlboros, los cigarrillos favoritos de los habitantes de Kukuanaland que podían permitírselos. En cierta ocasión, Gash había dicho en broma al general Kolingba que debían publicar en las revistas turísticas del extranjero anuncios en los que se promocionara Kukuanaland como lugar de vacaciones ideal para fumadores. Kolingba se lo había tomado en serio, y a Gash le había costado varias semanas convencerle de que abandonara el proyecto.

—Entonces, ¿qué hace exactamente en esos paseítos? —preguntaba Gash.

—Andar —dijo Saint-Sylvestre, encogiéndose de hombros.

—¿No lleva cámara fotográfica?

—Ninguna que veamos.

—¿Hay algo en su habitación? —preguntó Gash.

—Nada inculpativo. Tiene varios catálogos de armamento.

—¿Ha investigado sus antecedentes?

—Por supuesto. Puede que sea lo que dice; a primera vista, parece un mercenario con experiencia que conoce África bien.

—Pero usted tiene sus dudas —dijo Gash. No era una pregunta; era una afirmación.

—Yo siempre tengo dudas, doctor Gash. Tener dudas es mi deber. Nuestro amigo Lanz me suena a falso. ¿Por qué se convierte de pronto en traficante de armas un soldado mercenario? ¿Por qué vendría aquí un supuesto traficante de

armas, si sabe perfectamente que nos suministran los chinos desde el primer momento? En el negocio de las armas no hay tontos, y si ese hombre es tratante de armas, es tonto. Por lo tanto, no me lo creo.

—Muy bien —dijo Gash, aplastando la colilla en un cenicero de cerámica enorme que estaba en el escritorio, ante él—. Entonces, ¿qué hace aquí?

Saint-Sylvestre sonrió.

—Yo me aventuraría a decir que está en visita de reconocimiento.

—¿Para qué?

—Para organizar un golpe de Estado —dijo el policía tranquilamente.

—Palabras peligrosas, capitán —respondió Gash—. Hablar de esa manera podría costarle caro.

—No apoyo la idea, doctor Gash; me limito a dar mi opinión.

Saint-Sylvestre era bien consciente de que tenía que ser muy circunspecto ante Gash. Este era un salvaje sin estudios; pero estaba dotado de lo que los americanos llaman «el sentido de la calle» y de una cierta astucia animal que a veces podía pasar por inteligencia. Lo peor de todo era que Gash tenía el instinto asesino de un sociópata, que habría sido el diagnóstico de Saint-Sylvestre si hubiera sido médico. En algunos sentidos, Gash estaba más loco todavía que Kolingba.

Gash encendió otro cigarrillo mientras esbozaba una sonrisita irónica.

—Muy bien, capitán. Entonces, «en su opinión», ¿para quién trabaja?

En Baltimore era fácil deducir cuál de tus rivales tenía la fuerza suficiente para intentar apoderarse de tu terreno. Pero aquí no regían las mismas reglas.

—No estoy seguro. En un primer momento pensé que podría estar al servicio de alguno de nuestros vecinos (Chad, el Congo, Camerún); pero creo que no es así.

—¿Por qué no?

—Para empezar, porque es blanco. Dudo mucho que El Gobierno de Chad contratara a un mercenario blanco, aparte de que tendrían mucho que perder a nivel internacional. Puede decirse lo mismo del Congo; si quedan como país agresor, la ONU ya tendría la excusa que necesita para enviar tropas. Camerún no tiene dinero para emprender una invasión en serio, y tendrían que atravesar el resto del país para llegar hasta nosotros. No tiene sentido.

—¿Qué hay que sí lo tenga?

—Llegó procedente de Mali, pero no lo contrataron allí. Además, habló de un hombre llamado Archibald Ives. He hecho preguntas. Ives era geólogo.

—¿Era?

—Ha muerto. Asesinado en Sudán.

—En la República Centroafricana no hay petróleo, ¿verdad? —preguntó Gash.

Saint-Sylvestre negó con la cabeza.

—Ni gota. Hace años que renunciaron a seguir buscándolo.

—Entonces, ¿qué?

—Era sobre todo geólogo mineralogista, buscador de minerales. Si estuvo en Kukuanaland, no hay constancia de ello, lo que quiere decir que entró de manera ilegal, seguramente por Sudán.

—¿Qué buscaba?

—He dedicado algún tiempo a pensar en ello —dijo Saint-Sylvestre, recostándose en su butaca—. Ningún geólogo en su sano juicio vendría a Kukuanaland por capricho. Debía de saber lo que buscaba. Y solo podría haberlo sabido por teledetección, seguramente desde un satélite.

—¿Los americanos? ¿La CIA?

—No; no querían arriesgarse a sufrir las consecuencias políticas si los descubren, y en todo caso nosotros no tenemos nada que ellos quieran. Kukuanaland tiene poco de estratégico.

—Quieren borrarlos del mapa, eso lo sé —dijo Gash—. Ese secretario de Estado tan repelente no deja de decir que el general es un criminal de guerra.

—Para eso no haría falta un geólogo —dijo Saint-Sylvestre, negando con la cabeza—. No; alguien buscaba algo y lo encontró. Enviaron a ese tal Ives para que corroborara lo que les había indicado su teledetección. Lanz ha venido porque la única manera que tiene esa gente de conseguir lo que quiere es quitarse de en medio al general Kolingba.

—¿Una compañía minera? —dijo Gash.

—Una grande —asintió Saint-Sylvestre—. Lo bastante grande como para financiar una guerra pequeña.

—Entonces, traemos a Lanz y usted lo interroga...

—¿Para qué? —repuso Saint-Sylvestre—. Así nos enteraríamos del nombre de la compañía, pero no de lo que buscan, porque le garantizo que Lanz no lo sabe. Si Lanz fracasa en su misión, enviarán a otro y ya está.

—¿Entonces, qué propone?

—Seguimos vigilándolo; que crea que se está saliendo con la suya.

—¿Y?

—Acabará por hacer la maleta y marcharse. Y yo lo seguiré de cerca —dijo el capitán Jean-Luc Saint-Sylvestre. Se acomodó en su butaca y sonrió.

CAPÍTULO 12

Peggy iba en el asiento del copiloto de la carlinga esquelética del Catalina y contemplaba el paisaje verde moteado que se extendía a sus pies, noventa metros más abajo. Doc y Rafi dormían sobre los montones de material, en la bodega de carga del gran hidroavión.

—Nunca piensa una que el Sudán es verde —dijo—. Solo se habla del Darfur y de las sequías.

Pulsó el disparador de la Nikon y tomó media docena más de imágenes.

—El Sudán del Sur es una cosa distinta —dijo Mutwakil Osman, piloto del Catalina—. Su extensión es el doble de la de Tejas, y su población viene a ser un tercio; menos de siete millones de habitantes.

—Parece hermoso.

—No por mucho tiempo —dijo Osman—. Cuando las grandes multinacionales se salgan con la suya, lo desforestarán y en diez años lo habrán llenado de explotaciones mineras a cielo abierto y de campos petrolíferos. Allí está el río —añadió, mirando a un lado.

Ante ellos, el sol empezaba a perderse de vista, convirtiendo el horizonte en una línea ardiente de rojos y dorados que se perdía entre la oscuridad a ambos lados.

—Tenemos la luz justa para amarar.

Osman empujó hacia adelante con suavidad la palanca de mando, de gran tamaño, y empujó con la punta del pie el pedal izquierdo. El hidroavión emprendió un viraje largo y descendente sobre la amplia superficie plateada del río que serpenteaba bajo sus alas.

El fuselaje vibró levemente cuando la aeronave tocó la superficie del río y, hendiendo las aguas oscuras, levanto cortinas de agua como colas de gallo que se

alzaban a ambos lados de la carlinga y fueron descendiendo a medida que Osman cortaba gases en los motores. Peggy advirtió que en el agua había una docena de canoas cuyos tripulantes azotaban la superficie del río con sus remos.

—¿Un comité de bienvenida? —preguntó Peggy.

—Ahuyentan a los cocodrilos —le explicó Osman, sonriente—. Si chocamos con uno al amarar, el viejo aparato podría acabar tripa arriba.

Osman guio el hidroavión hacia un estrecho embarcadero de madera. Estaba atracado en el mismo una vieja barcaza fluvial de vapor a cuyo lado el Reina de África habría parecido una lancha rápida. El vapor medía unos dieciocho metros de eslora y ocho de manga, y estaba impulsado por sendas ruedas de paletas montadas en ambas bandas, protegidas por jaulas. Sobre el casco calafateado se alzaba una sala de máquinas de poca altura, y sobre esta había un puente de mando cubierto, de aspecto desvencijado. En algún momento dado, alguien había intentado pintar de blanco la obra muerta del vapor, pero el sol y la lluvia habían ejercido sus efectos constantes y, donde quedaba algún rastro de pintura, esta tenía un triste color gris. Parecía que toda la embarcación se hundía por la parte central, como un caballo viejo y cansado.

—¿Qué diantres es eso? —dijo Rafi, asomando la cabeza por la puerta del mamparo.

—Es el Pevensey —dijo Osman—. Distribuye provisiones río arriba y río abajo. Irán en él hasta la primera catarata.

—Me extraña que flote siquiera —dijo Rafi.

Osman apagó los motores, y recorrieron los treinta últimos metros por inercia, hasta deslizarse sobre el cieno de pendiente suave de la orilla, junto al embarcadero.

—Bienvenidos a Umm Rawq —dijo Osman. Tomó una tarjeta QSL de radioaficionado que estaba en un soporte bajo el indicador de combustible y se la entregó a Peggy.

—Guárdese esto. Si alguna vez necesitan que los lleve, solo tienen que llamarme.

Dedicó a Peggy una sonrisa, y fue a hablar con el capitán del Pevensey mientras Peggy, Rafi y Holliday se ponían a explorar el lugar.

Umm Rawq era una aldea sórdida con una única calle de chabolas de adobe y un tenderete de chapa metálica donde vendían cerveza de banana y jarras de *Batman Forever* del McDonald's. Toda la aldea olía a pescado. Una radio, en alguna parte, emitía música afropop estridente, y había niños que jugaban en la

carretera embarrada y llena de basuras. Ninguno de los niños tenía más de tres o cuatro años de edad, y el único varón del pueblo era el viejo de cabellos grises que atendía el bar. Desde que habían amarrado no habían visto, aparte de este, más varones adultos que los ahuyentadores de cocodrilos.

—No es el lugar más acogedor del mundo —dijo Doc.

—Parece que ha pasado por aquí el Ejército de Resistencia del Señor —dijo Peggy—. Se llevan a todos los niños a partir de los ocho o nueve años, y a los hombres sanos. Violan, asesinan, mutilan. Todo en nombre de Dios.

—¿No estaban en Uganda? —dijo Rafi.

—Ahora se están extendiendo por toda el África Central. Por aquí, y también por el Congo.

—Ya he visto lo suficiente de Umm Rawq —dijo Holliday. Regresaron al embarcadero con el tiempo justo de despedirse de Osman antes de que este emprendiera el vuelo de vuelta a Jartum. Los ahuyentadores de cocodrilos habían varado sus canoas largas y estrechas y se afanaban trasladando las provisiones del Catalina al Pevensey.

—He hablado con Eddie —dijo Osman—. En este viaje solo iba hasta Am Dafok, pero está dispuesto a llevarlos hasta la primera catarata.

—¿Eddie es el capitán?

—Edimburgo Vladimir Cabrera Alfonso, para ser exactos —dijo Osman con una sonrisa.

—¿Edimburgo Vladimir? —dijo Peggy.

—Es cubano. A su madre le gustaba el nombre de la ciudad escocesa, y por eso le puso Edimburgo; pero cuando fue al registro civil el funcionario le dijo que Edimburgo era un nombre «enemigo», y por eso tuvo que añadirle algo revolucionario para compensar. De aquí el Vladimir. Cabrera es el apellido paterno y Alfonso el materno. Sus amigos lo llaman Eddie. Vino aquí como «asesor» cuando la crisis de Angola, en los años setenta, y defecionó. Sigue aquí desde entonces.

Resultó que Eddie medía un metro noventa y cinco, era negro como el carbón y completamente calvo y tenía músculos de estibador. Tenía una sonrisa deslumbrante y un brillo en los ojos con el que se ganó desde el primer momento la simpatía de Holliday. Eddie tenía movimientos gráciles de bailarín, y resultó que lo había sido: diez años con el Ballet Nacional de Cuba, y de allí a Angola. Llevaba en una funda al cinto un cuchillo negro KA-BAR del tamaño de una espada corta.

El interior del Pevensey estaba tan destartado como el exterior de la embarcación. Había dos cabinas para pasajeros incrustadas detrás del cuarto de máquinas, ambas del tamaño de confesonarios; y detrás del puente de mando había un «salón» con un ojo de buey mugriento en cada banda. En su interior, el suelo desgastado estaba cubierto de una moqueta de color mohoso que contrastaba con un sofá de terciopelo rojo que se había vuelto rosado claro con el tiempo y que, evidentemente, servía también de cama del capitán.

Mientras los ahuyentadores de cocodrilos cargaban a bordo todas sus provisiones y materiales, el capitán Eddie los hizo pasar al salón y les ofreció bebidas, dándoles a escoger entre el licor de malta Mamba o el vodka chino Estrella Roja de 55 grados. Holliday, Rafi y Peggy eligieron el licor de malta como mal menor. Eddie prendió con un Zippo maltrecho un largo puro Cohiba, se sirvió un vaso generoso de vodka y se instaló en una vieja silla de oficina de madera, que era el único mueble de la pequeña cabina, además del sofá y de una mesa para mapas de construcción casera. Tras la espalda del alto cubano estaba suspendido sobre tres clavijas un viejo AK-47 con aspecto de haber tenido bastante uso. La cabina estaba iluminada por una ventana grande cubierta por un par de contraventanas improvisadas de cartón sucio, sujetas con tachuelas.

—¿Recuerdos de tiempos mejores? —le preguntó Holliday.

—De tiempos pasados, no necesariamente mejores, señor —respondió Eddie. Se dirigió al resto de sus huéspedes reunidos en la cabina abarrotada—: De modo que, mis comandantes, según me dice Donny, desean viajar hasta el Corazón de las Tinieblas del señor Conrad.

—Algo así —dijo Rafi.

—Entonces, yo tendría el papel del timonel —dijo Eddie con una sonrisa.

—Un cubano culto —dijo Peggy con tono crispado. Holliday sabía que una de las mejores amigas de Peggy en el instituto, Celia Cruz, había pasado de Cuba a Estados Unidos en el éxodo del Mariel y había perdido a su madre y a su padre por el camino.

Eddie se sacó el puro de la boca despacio y dirigió a Peggy una mirada aviesa.

—Fidel hizo mal muchas cosas, señorita, pero la educación de su pueblo no fue una de ellas. En mi país natal hay una tasa de alfabetización del noventa y nueve con ocho por ciento; me temo que en el de usted no pueden decir otro tanto. Tampoco hay préstamos a los estudiantes: la universidad es gratuita en Cuba.

Peggy frunció el ceño y tomó un trago de su botella de Mamba.

—Mi prima tiene opiniones radicales a veces —dijo Holliday.

—Quizá su prima debiera juzgar al hombre que tiene delante y no la política de su nación. Yo no soy Fidel —dijo el capitán Eddie, volviéndose a meter el puro en la boca. Holliday volvió a notarle aquel brillo en los ojos—. Estoy mucho más bronceado, ¿no cree?

Ni siquiera Peggy pudo contener la risa.

—No debe usted tomarse la vida tan en serio, *amorcita* —dijo Eddie—. Al cabo de medio siglo de Fidel, los cubanos ya nos habríamos abierto todas las venas si la vida fuera una cosa seria. La Habana es una ciudad en donde está racionado hasta el tirar de la cadena en los retretes, y todo es por culpa del embargo. El embargo tiene la culpa de todo. Las cucarachas son por culpa del embargo. —Eddie sonrió ampliamente—. Pero nuestras jineteras de la playa del Varadero tienen todas estudios universitarios.

Holliday se rio con los demás, aunque no le atraía la idea de pasarse el resto de la velada bebiendo y escuchando anécdotas sobre los males del régimen de Castro.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a la primera catarata? —preguntó, entrando en materia.

—Una noche, un día y otra noche —dijo el capitán Eddie, y tomó un gran trago de vodka chino—. El Pevensey ya no es tan veloz como era en otros tiempos.

—¿Y desde allí?

—Yo no paso de allí —dijo el capitán Eddie—. Más allá de la primera catarata es territorio del Ejército de Resistencia del Señor y de Joseph Kony, su líder loco —sonrió, dio una calada a su puro y arrojó al aire una nube inmensa de humo—. Se dice también que ronda por allí el espíritu del doctor Amobe Barthélemy Limbani.

—No me parece usted el tipo de persona que cree en fantasmas —dijo Holliday.

—Si usted hubiera pasado el tiempo suficiente subiendo y bajando por este río, también estaría dispuesto a creer cualquier cosa, señor.

—¿Cuándo podemos ponernos en camino? —preguntó Rafi.

El capitán Eddie dio una calada a su puro, pensativo, y apuró su vaso de vodka.

—Esperen el tiempo necesario para que tome presión la caldera. Una hora.

—¿Viaja usted por el río de noche? —preguntó Holliday, sorprendido.
Eddie sonrió.

—Es el mejor momento —dijo—. A veces es el más seguro. Lo que no puedes ver, tampoco te puede ver a ti. Casi nunca.

Eddie cumplió su palabra, y al cabo de una hora casi justa el Pevensey estaba cargado, la caldera silbaba, y zarparon y se adentraron en el río corriente abajo. Dos tripulantes alimentaban el fuego de la caldera, y un tercero estaba de pie en la proa con una pértiga larga, comprobando que el agua tenía calado. Peggy y Rafi habían ocupado una de las dos cabinas, y Holliday estaba de pie al timón junto al capitán eddie. A la derecha del timón había un telégrafo sencillo con las posiciones de «avante toda», «avante muy poca» y «para», y del techo del puente de mando colgaba una cadena que accionaba la sirena de vapor. Había caído la noche, y la única luz visible era el brillo rojo del puro habitual del capitán Eddie.

—Es usted como Churchill con ese puro —dijo Holliday, que oteaba el río oscuro que tenían al frente.

—Aquel hombre entendía —dijo Eddie—. Tenía muy buen gusto. Fumaba *La Aroma de Cuba*, y cuando dejaron de hacerlos se pasó a los *Romeo y Julieta*.

—¿Sabe usted mucho de Churchill?

—Sé de puros. Mi padre dirigió hasta su muerte una de las fábricas de habanos mayores. Conoció a Churchill en persona.

Eddie se llevó la mano al bolsillo frontal de su camisa y ofreció un puro a Holliday.

—Acéptelo, señor. Es un Montecristo número 3.

—Me temo que dejé de fumar hace muchos años —dijo Holliday con un suspiro—. Aunque es muy tentador.

—¿Cómo podríamos valorar la fuerza de voluntad si no sucumbimos a la tentación de vez en cuando?

—Habla usted como un profesor jesuita que conocí en la Universidad de Georgetown.

—Ya ve; es voluntad de Dios que se fume usted este buen puro —dijo Eddie.

Holliday tomó el habano, se lo puso en la boca y lo hizo girar sobre sí mismo. El Zippo se encendió entre los dedos de Eddie. Este, tras esperar a que se disipara el olor a queroseno, aplicó la llama al extremo del puro. Holliday dio una calada leve. Sabía a miel y a tierra fértil. Casi podía creerse la leyenda de que esos puros los liaban jóvenes vírgenes que los enrollaban sobre sus muslos.

—No solo son vírgenes —dijo Eddie, leyéndole el pensamiento—. Además, son bonitas.

Los dos hombres se rieron mientras el motor seguía traqueteando con su tos característica. A ambos lados, la selva era densa y oscura, y las lianas y las raíces se adentraban en el agua. Holliday sintió una tensión constante que surgía no sabía de donde, y entonces cayó en la cuenta de que estaba recordando cuando tenía diecinueve años e iba acurrucado en el vientre de una lancha patrullera, remontando el río Song Vam Co Dong la noche de la batalla del Ala del Ángel, escuchando los sonidos de la selva y sabiendo que no llegaría a oír el disparo que lo mataría.

—¿Malos recuerdos? —dijo Eddie.

—Viejos recuerdos —respondió Holliday.

—¿En la selva?

—Sí.

—La guerra peor siempre es la de la selva. Me he preguntado muchas veces por qué, y no he encontrado respuesta.

—Creo que se debe a que la selva no tiene historia —dijo Holliday—. En la selva, los seres viven, se reproducen y mueren en un solo día, y nadie los recuerda. Una vez que íbamos de patrulla, encontramos los restos de un antiguo caza francés de los años cincuenta, un Dewoitine, creo que se llamaban así. La selva se lo había tragado casi por completo. Al piloto le salían lianas por los ojos.

—¿Qué graduación tenía? —preguntó Eddie.

—¿Entonces? Era soldado de primera. Cuando salí de allí era teniente.

—¿Y ahora?

—Teniente coronel —dijo Holliday.

—No llegó muy alto, para un hombre de sus años.

—Abría la boca cuando tenía que callar —dijo Holliday con humor—. No se llega a general a base de tener opiniones propias; se llega a general a base de obedecer. Al menos, en mi ejército.

—Me temo que en el mío es lo mismo. Yo no pasé de primer teniente.

—Entonces, tenía más opiniones propias que yo —dijo Holliday.

—Creo que en inglés hay una expresión que dice: «saber llevar a los tontos con paciencia». A mí se me daba muy mal, y entre los cubanos de Angola y Guinea-Bissau había muchos tontos, se lo aseguro.

Un miembro de la tripulación de la caldera, un hombre de cabellos grises que

se llamaba Samir, llamó a la puerta del puente de mando. Dijo unas frases en árabe; Eddie asintió con la cabeza, y el hombre se perdió entre la oscuridad.

—¿Qué pasaba? —preguntó Holliday.

—Samir es el cocinero de a bordo. Me preguntaba por el desayuno y me pedía permiso para usar de cebo un trozo de pollo para pescar.

—¿Para pescar qué?

—Pez luna; una tortuga, quizá, con mucha suerte. —Eddie dio una calada a su puro, que le iluminó los ojos oscuros y alegres—. Solo acuden a la carne blanca, claro.

—Claro —dijo Holliday; y siguieron avanzando por el río oscuro de la selva.

CAPÍTULO 13

«... **A**sí fue en mi caso, desde luego, y todavía no recuerdo mucho de los años que pasaron después, hasta que volví en mí de nuevo y recuperé mi nombre de Reinhart Stengl Hartmann en esta residencia de ancianos que domina los montes del Oberammergau. No quiero volver a salir de aquí nunca más, ni volver a ver África más que en sueños».

Sir James Matheson, noveno conde de Emsworth, sentado en su despacho de Londres, cerró el viejo cuaderno y lo deslizó hacia un lado de su escritorio. Se recostó en su butaca escuchando el ruido lejano del tráfico que llegaba desde el Strand. Había sido aquel texto manuscrito con letra enmarañada de viejo lo que lo había conducido en un primer momento al hallazgo enorme que había confirmado después el difunto Archibald Ives. El diario se había perdido entre otros archivos con la adquisición de una compañía menor que había tenido lugar hacía casi treinta años, cuando todavía dirigía la compañía su padre, el octavo conde. Si Industrias y Recursos Matheson no hubiera optado por digitalizar sus registros, y si un joven ejecutivo listo no se hubiera fijado en una concesión minera menor en lo que era antes el distrito de Ubangi-Shari del África Ecuatorial Francesa, a Sir James podría habersele pasado por alto una oportunidad de las que surgen una vez en la vida.

Reinhart Stengl Hartmann, que había muerto hacía décadas y del que se habían olvidado todos mucho antes de que muriera, había comenzado su carrera en los campos auríferos del Witwatersrand de Sudáfrica, cuando era joven. Como no tuvo mucho éxito, había optado por probar suerte en alguna otra parte, y acabó llevando una plantación de caucho en lo que era entonces el Estado Libre del Congo. Cuando el rey Leopoldo de Bélgica se anexionó el Congo, en 1908, Hartmann había tenido que emigrar una vez más, esta vez a Ubangi-Shari,

al otro lado del río Congo. Allí ejerció de tratante de marfil hasta la década de 1920, hasta que, atendiendo a un rumor que había oído en boca de un guía nativo, se había aventurado en el interior de la jungla, buscando oro de nuevo. Según los informes oficiales emitidos por el gobernador francés de la provincia en aquellos tiempos, Hartmann había encontrado oro, en efecto, pero no en cantidades espectaculares. A Reinhart Stengl Hartmann se le puso la etiqueta de fracasado, y el gobernador, y casi todo el mundo, se olvidaron de él.

Pero Matheson tenía la experiencia de años de leer libros de cuentas, hojas de cálculo y todo tipo de documentos de empresa, y la táctica de Hartmann le parecía transparente como el cristal. Las actividades de Hartmann funcionaban bajo el nombre de Kotto Fluss Bergau, Minería del Río Kotto. Parecía sobre el papel que Hartmann era el propietario de todas las acciones de la compañía; pero al analizar los documentos más de cerca se descubría que había una segunda empresa que controlaba la mayor parte del capital en concepto de garantía de grandes créditos personales concedidos a Hartmann. Esta segunda compañía tenía su sede en Suiza y se llamaba Edelstein Malder Genf S. A., Tratantes de Piedras Preciosas de Ginebra.

La Edelstein Malder Genf solo comerciaba con otra empresa, Makelaar Steen Amsterdam, Tratantes de Piedras Preciosas de Ámsterdam, y tenían mucho movimiento. Matheson se había reído a carcajadas cuando ató el último cabo. Hartmann no había encontrado oro en el río Kotto; había encontrado diamantes, y muchos, aunque no tantos como para despertar a los sabuesos dormidos de la De Beers.

Hartmann había conseguido acumular una enorme fortuna a lo largo de quince años; pero el único uso visible que había hecho del dinero había sido construirse en plena selva una finca extraña que recordaba muchísimo a la residencia de un granjero bávaro rico. La finca se llamaba Lowenshalle, la Guarida del León, y dominaba el río Kotto y la catarata triple, envuelta en neblina, que estaba a cosa de un kilómetro y medio aguas arriba.

Solo la Segunda Guerra Mundial había interrumpido el tráfico encubierto de diamantes de Hartmann; pero hacia 1950 este sufrió una serie de ataques cardíacos y le resultó imposible seguir viviendo en Lowenshalle. Al cabo de pocos meses lo había abandonado todo y había regresado a Europa, introduciendo de contrabando su último cargamento de diamantes en el doble fondo de una bombona de oxígeno. En Lowenshalle, los pocos criados nativos que le quedaban se dispersaron y regresaron a sus aldeas. Se despojó la finca de

todo lo visible que tuviera algún valor, y la jungla empezó a tragarse inexorablemente todo lo que había construido Hartmann.

Una vez en Europa, Hartmann consolidó todos sus activos en un único fondo limitado y se estableció en una residencia de ancianos del pueblo bávaro de Garmish-Partenkirchen, donde pasó sus últimos años escribiendo la historia y los secretos de su vida, para lo que relleno casi cien cuadernos como el que estaba en el escritorio de Matheson. Cuando murió sin herederos, los cuadernos pasaron a ser propiedad del fondo de Hartmann, y cuando Industrias y Recursos Matheson compró, a su vez, la Kotto Fluss Bergau al banco suizo que llevaba los intereses de Hartmann, el fondo había pasado también a su poder. Desde el momento de la primera adquisición de la Minería del Río Kotto y de sus empresas de distribución auxiliares no se había dicho ni escrito nada, ni había corrido ningún rumor de que se hubieran realizado explotaciones mineras en la finca de Lowenshalle ni en sus cercanías. Y, como tantas otras historias ocultas en los sótanos y en las cajas de seguridad de tantos bancos del mundo, las cosas probablemente habrían quedado así hasta el final de los tiempos, si no hubiera sido por unos cuantos giros afortunados de la suerte.

—Casi basta para hacerle a uno creer en Dios —gruñó Matheson para sus adentros.

Sonaron dos golpecitos en la puerta de su despacho.

—Adelante —dijo. Se abrió la puerta, y entró en la sala el comandante Allen Faulkener.

—¿Sí? —dijo Matheson con brusquedad.

—Creí que le interesaría saber esto —dijo el oficial de seguridad—. Harris está en acción.

—Esperemos que esta vez no meta la pata —dijo Matheson—. No estaríamos en esta situación si lo hubiera hecho bien a la primera en la carretera de Jartum.

—Lleva consigo a seis de los «especiales» de la Sinclair, y han recibido instrucciones. Sabe lo que le pasará si mete la pata —dijo Faulkener.

—Excelente —dijo Matheson, asintiendo con la cabeza—. Cuando hayamos terminado con Holliday y sus amigos entremetidos, quizá podamos pensar un poco en el sucesor del presidente Kolingba.

Había un olor delicioso a pescado frito. Samir, en su papel de cocinero, había

rebozado en harina de maíz los gruesos filetes de siluro sin espinas y los había dejado caer en un centímetro de aceite de palma oscuro. El aceite humeaba en el fondo de una gran sartén de hierro colado, dispuesta sobre uno de los dos fuegos del fogón de leña que estaba montado sobre una base de ladrillos en la cubierta delantera del Pevensey. En el otro fuego se estaban dorando gruesas rodajas de boniato. El viejo sudanés volteaba hábilmente los filetes de pescado y las patatas con una espátula improvisada de chapa de metal. Tenía a mano para alimentar el fogón una cesta de alambre flexible con leña menuda y un hacha de mano.

Mientras Samir cocinaba, el segundo fogonero, Bakri, tomaba el timón, y Jean Paul, el tercer tripulante, tanteaba el río con la pértiga y anunciaba en voz alta la profundidad del agua bajo la quilla de poco calado de la barcaza de vapor. Amanecía, y todavía quedaban volutas fantasmales de bruma sobre el río; el sol era un disco brillante de bronce martillado que se alzaba sobre los jirones de niebla, al este, por encima de la densa arboleda de la jungla.

—Dentro de unas horas encontraremos sombra y descansaremos durante las horas peores de sol —propuso Eddie. Samir sirvió en un plato de estaño un filete de siluro dorado y un cazo de boniatos y se lo entregó a su jefe; pero Eddie, galante, se lo cedió a su vez a Peggy. Esta probó el pescado con precaución, y abrió mucho los ojos.

—Está delicioso —dijo. Clavó el tenedor en un trozo de boniato frito y se lo llevó a la boca—. ¡Maravilloso!

Samir sonrió alegremente y se puso a llenar el resto de los platos.

—El siluro jirafa no es como los siluros de América, que viven en el fondo y mascan barro —dijo Eddie—. Prefiere comer plantas, y por eso suele tener un sabor más fresco. En Cuba creen que el siluro es agente del dios diablo, Babalu Aye, porque es capaz de andar por tierra con las aletas; pero se lo comen en cualquier caso —añadió, riéndose.

Holliday lo percibió antes de oírlo y lo oyó antes de verlo. En el momento en el que tomaba su plato de manos de Samir, un instinto, y quizá algo que atisbó brevemente de reojo, le hizo tensarse de pronto y volverse sobre la caja de plástico para botellas de leche que le servía de asiento. Forzó la vista en busca de algo de cuya existencia no estaba seguro del todo, y lo vio por fin; un fantasma entre la bruma, por encima de los árboles; los primeros rayos de sol se reflejaban en el parabrisas de una aeronave que volaba bajo.

Un avión pequeño, un Cessna Caravan quizá, provisto de flotadores y pintado de verde oscuro para que se camuflara entre las copas de los árboles de

la selva. Una fracción de segundo más tarde advirtió un doble destello vivo bajo las alas, seguido de un extraño zumbido ronco que se cortó bruscamente, como sucede con el ruido de una bala que choca con el agua a alta velocidad. Era un sonido que le resultaba terriblemente familiar: el de dos misiles Hellfire aire-tierra, que iban montados bajo las alas. Dieciocho kilos de alto explosivo, con guiado «dispara y olvida», que venían hacia ellos a unos mil seiscientos kilómetros por hora.

—¡Vienen! —vociferó Holliday. Y apenas le había salido la advertencia de la boca cuando los Hellfire dieron en el blanco. Un operador hábil podía apuntar el Hellfire AGM-114 por la ventanilla abierta de un vehículo en movimiento. En el caso de los dos misiles apuntados al Pevensey, uno dio en la pared trasera del salón, tras el puente de mando, y el segundo explotó al mismo tiempo en la sala de caldera, abriendo en el fondo de la vieja barcaza un agujero irregular del tamaño de una puerta de coche.

Bakri, que estaba en el puente de mando, quedó volatilizado al instante. Jean-Paul, que iba de pie en la proa con su pértiga, saltó proyectado al río por el brusco bandazo que dio Pevensey al recibir el impacto de los dos misiles, y a Samir, que estaba inclinado ante sus sartenes, le cayó encima el fogón, que le aplastó las costillas, y quedó convertido en antorcha humana al derramársele el aceite hirviente sobre la cabeza, el cuello y el pecho. El pelo de Samir, y la ropa delgada de algodón que llevaba, ardieron al caerle encima la leña negra y ardiente de la estufa, y murió soltando un grito que quedó ahogado al llenársele de aceite ardiente la boca y la garganta.

Holliday, que iba sentado a estribor de la barcaza, se abalanzó instintivamente sobre Peggy y Rafi con los brazos extendidos, y los derribó mientras volaba sobre ellos una granizada de hierro fundido, vidrios y astillas. El Pevensey, sin timón, viró bruscamente, impulsado por la corriente, y estuvo a punto de volcar, mientras embarcaba agua a raudales por el gran orificio que tenía en la quilla.

Holliday vio brevemente el avión que les pasó por encima con ruido de motores. Cayó al río mientras hacía automáticamente cálculos mentales. Un Cesna Caravan 208. Nueve pasajeros; pero más bien serían seis o siete, teniendo en cuenta el peso de los Hellfire. El agua se cerró sobre su cabeza y fue impulsado hacia el fondo de piedra; la corriente cenagosa le cortó bruscamente la visión. Entonces, recordó.

Cocodrilos.

Los del Nilo, que medían hasta seis metros de largo y llegaban a pesar una tonelada, monstruos prehistóricos de bronce, de color verde amarillento y morado sucio, eran capaces de desplazarse hasta a sesenta kilómetros por hora si tenían el hambre suficiente. Poseían sesenta dientes cónicos y mordían con una fuerza de 350 kilos por centímetro cuadrado. A veces cazaban en bandadas de cinco o más, y se les había visto abatir a un rinoceronte negro de mil ochocientos kilos. Un ser humano medio les serviría poco más que de aperitivo.

Holliday agitó los brazos, frenético, hasta que ascendió a la superficie. La corriente lo arrastraba entre los restos del Pevensey. Sacudió la cabeza para quitarse el agua de los ojos y vio que Rafi se esforzaba por arrastrar hacia tierra a Peggy, que estaba inconsciente. El capitán Eddie ya estaba subiendo penosamente por la orilla cenagosa. Pasó flotando junto a Holliday la cesta de alambre que contenía la leña de cocinar, y Holliday extendió el brazo y se apoderó del hacha de mano que estaba clavada en el trozo de leña superior. El capitán Eddie le advirtió a gritos desde la orilla:

—¡Detrás de usted!

Se le venía encima una criatura inmensa y veloz que agitaba la gruesa cola blindada mientras le asomaban apenas sobre la superficie del río de rápida corriente los ojos muertos de dinosaurio. Holliday comprendió casi al momento que la criatura grotesca tenía puesta la atención en otro punto: nadaba hacia Peggy, mientras Rafi y el capitán Eddie intentaban sacarla del agua.

Holliday hizo un quiebro como un torero que evita la embestida del toro y, de un revés, clavó la cabeza del hacha en el ojo de la criatura. El cocodrilo se empinó, profiriendo un aullido ronco y terrible. Holliday consiguió arrancar el hacha del ojo del animal, y echó a nadar hacia la orilla mientras la criatura herida se apartaba de él. Hizo pie y se incorporó, tambaleante, mientras el capitán Eddie bajaba a la orilla y le tendía una mano.

—Le recomendaría que fuera un poco más rápido, señor —dijo el cubano. Atrajo a Holliday a la orilla embarrada y extrajo de su funda el gran cuchillo que llevaba a la cintura. Mientras Holliday subía trabajosamente por el terraplén, se volvió y vio que Eddie se arrojaba hacia delante y clavaba hasta la empuñadura la hoja pesada entre los ojos del gigante medio ciego que volvía para desquitarse.

Cuando el cuchillo atravesó el cerebro del cocodrilo, este se estremeció, tembló y, de pronto, se quedó rígido. Eddie sacó la hoja, metió la mano en el agua, asió una de las cortas patas de la criatura y volvió sobre sí parcialmente su cuerpo, dejando al descubierto el vientre pálido de color de berenjena. Clavó el

cuchillo en la garganta del cocodrilo y lo fue bajando con movimiento de sierra, dejando caer en el agua poco profunda el esófago, el corazón, los pulmones, el hígado y los intestinos, como un guisado de olor repugnante. Empujó hacia la corriente el cadáver destripado de la criatura.

—Esto tendrá entretenidos a sus amigos un rato —dijo Eddie, asiendo a Holliday del codo y ayudándole a subir por el terraplén. En el borde de la jungla espesa, Rafi estaba inclinado sobre Peggy, que tosía, sentada con la espalda apoyada en el grueso tronco de un árbol que extendía sus ramas sobre las aguas del río.

—Está bien —dijo Rafi—. Medio ahogada, pero bien.

Eddie contempló los restos del Pevensey, que llegaban flotando a la orilla. Se volvió a Holliday.

—Tiene usted enemigos importantes, señor. Quizá debiera habérmelo advertido.

—Lo lamento —respondió Holliday, que intentaba recobrar el aliento con las manos sobre las rodillas—. No creí que me tuvieran tanta manía.

—Creo que se equivocó usted, comandante —dijo el capitán Eddie—. Creo que le tenían una manía grandísima.

Holliday se puso de pie ayudándose de las manos. Tenía la ropa cubierta de cieno y apestaba; pero estaba vivo.

—¿Cuál es la parte más ancha del río por aquí cerca? Quiero decir, una zona de unos mil quinientos pies, o sea, de medio kilómetro, más o menos.

—Acaban de atacarnos con cohetes y casi nos devoran los cocodrilos —dijo Peggy con voz fatigada—. ¿Para qué te interesa una cosa así?

—Porque es la extensión de agua que necesita para amarar con un Caravan un buen piloto de hidroavión.

—Veinte kilómetros más atrás o treinta más adelante —dijo el capitán Eddie, mientras limpiaba en sus pantalones vaqueros la hoja del cuchillo. Volvió a meterlo en la funda.

—¿Cuánto tardarían en llegar hasta aquí?

—En barca, cuatro horas, o más bien cinco a esta hora del día. Por tierra, el doble. Hay muy pocos caminos y tendrían que seguir de cerca el curso del río y sus revueltas.

—¿Es fácil que encuentren alguna barca? —preguntó Holliday.

—Puede que una o dos canoas pequeñas, que no son lo que necesitan. Por esta parte del río no hay aldeas —respondió Eddie.

—De modo que disponemos de ocho horas, quizá; hasta el anochecer.
—¿Para qué? —preguntó Rafi, que estaba agachado junto a Peggy.
—Para prepararnos —dijo Holliday.

CAPÍTULO 14

—Indíqueme un buen árbol de madera dura —dijo Holliday, de pie en el estrecho claro entre el terraplén de la orilla y la selva.

—¿Un árbol, señor? —preguntó Eddie con cierto escepticismo. Estaban rodeados de millares de árboles.

—Un árbol —asintió Holliday—. De madera dura, más concretamente.

—La señorita Blackstock está apoyada en uno —dijo Eddie, señalándolo. El árbol en cuestión tenía de dieciocho a veinte metros de porte; su copa se perdía entre la cubierta vegetal superior. Las raíces, gruesas y extensas, alzaban el tronco como las patas de una araña inmensa. Las hojas eran altas, redondas y de un color verde oscuro intenso. Las ramas colgaban como un pesado cortinaje.

—Es un árbol iroko. Se han escrito muchas poesías sobre ellos. Y se encuentran en peligro de extinción.

—A mí me parece bien sano —dijo Holliday, encogiéndose de hombros.

—Solo los poliniza el murciélago de la fruta de orejas de zorro. Los agricultores están exterminando a los murciélagos porque atacan a sus cultivos.

Holliday se acercó al árbol y alzó la vista entre el entramado de ramas. Rafi y Peggy siguieron su mirada.

—¿Qué buscas?

—Una rama seca.

—Yo creía que queríamos huir de los tipos del hidroavión —dijo Peggy.

—Ellos tienen armas y nosotros no —dijo Holliday con frialdad—. Nos alcanzarán de una manera u otra, de modo que tendremos que matarlos nosotros a ellos.

—¿Con una rama seca?

—Con *esa* rama seca —dijo Holliday. Alzó el hacha de mano y cortó una rama muerta que tenía unos tres dedos de grosor. La arrastró hasta el suelo, le recortó un extremo y la puso de pie junto a él para medirla. Era un poco más corta que el propio Holliday, por lo que mediría un metro ochenta de larga aproximadamente.

—¿Es que piensas matarlos a garrotazos cuando estén dormidos? —dijo Peggy.

—¿Por qué no ayudáis Rafi y tú al capitán Eddie a rescatar lo que se pueda del Pevensey? Esto ya os lo enseñaré —propuso Holliday, señalando al cubano, que estaba sacando restos del río.

Media hora más tarde, tras haber pedido prestado a Eddie su cuchillo, Holliday ya había labrado más su palo de un metro ochenta. Los dos extremos tenían unos dos centímetros de grosor y había tallado unas muescas en ambos; el centro tenía unos tres centímetros de diámetro. La parte «frontal» del palo era de albura, y el duramen de la madera estaba en la parte «interior», con lo que se producía el efecto natural de una madera laminada. Hecho esto, Holliday se acercó a la orilla para ver cómo se las arreglaban sus compañeros.

Eddie y los otros habían recogido la mayor parte del material que había llegado a la orilla o que habían podido alcanzar con facilidad sin despertar el interés de la flota de cocodrilos que rondaban semisumergidos por el borde de la corriente principal. Mientras Eddie y Rafi llevaban los objetos más pesados a lo alto del terraplén, Peggy clasificaba lo que ya habían recogido. Era una colección heterogénea.

Holliday echó una ojeada a los diversos trastos que estaban expuestos en el pequeño claro e hizo un rápido inventario. Había un par de maderos largos todavía unidos a pedazos de tabique y con clavos; Holliday supuso que serían puntales del recinto de la sala de calderas. El marco de la ventana con sus contraventanas de cartón. Dos juegos de cuchillos de cocina Ginsu sin estrenar, que eran para regalos; en conjunto, eran veinticuatro cuchillos. Un hacha de dos manos, que estaba clavada en un tronco; un rollo de cinta americana que parecía empapada, y una vieja caña de pescar de bambú, todavía unida a un carrete de hilo de pesca negro de nailon.

—Está todo lo que necesito —dijo Holliday—. Quizá podamos igualar las oportunidades un poco, después de todo.

Se volvió, y encontró a su lado al capitán Eddie.

—¿Puedo hacer algo, compadre?

—Un fuego —dijo Holliday tras pensárselo un momento—. Pequeño, pero que esté bien caliente.

—Tras repasar los expedientes, solo se me ocurren tres candidatos verdaderamente viables para sustituir a Kolingba —dijo Allen Faulkener, dejando caer sobre el escritorio de Sir James Matheson un montón de carpetas de alto secreto, a rayas azules y rojas—. La opción más evidente es el doctor Oliver Gash, antes residente en Baltimore, estado de Maryland, también llamado Olivier Gashabi, refugiado procedente de Ruanda en los primeros tiempos del genocidio. Tiene el cerebro, los contactos y la codicia innata necesarios para gobernar Kukuanaland como a nosotros nos parezca oportuno si le ofrecemos los incentivos adecuados. El número dos es el doctor Amobe Barthélemy Limbani, gobernador que fue de la prefectura de Vakaga antes de que esta cambiara de nombre bruscamente para llamarse Kukuanaland. Tiene varios inconvenientes graves, en el sentido de que bien puede estar muerto; si no lo está, no hemos podido encontrarlo; y, por último, y no menos importante, aunque estuviera vivo y lo pudiésemos encontrar, puede darse el caso de que no fuera sobornable.

—Todo el mundo tiene un precio —dijo Matheson—. Y, si no es sobornable, tendrá algo en su pasado que permita hacerle chantaje.

—No es el caso de Limbani. Parece que está limpio y puro; y, además, existen otros problemas que pueden ser irresolubles.

—¿La tercera posibilidad? —dijo Matheson.

—Ah, la incógnita —asintió Faulkener—. François Nagoupandé. Era vicegobernador de Vakaga, y fue quien traicionó a Limbani. Vive de sus ganancias turbias en un complejo, en Bamako, la capital de Mali. Está rodeado de guardaespaldas, pues vive con el terror de que Kolingba intente asesinarle. Lo mejor de todo es que es de la etnia banda, a diferencia de Limbani, que es yakima; de hecho, lo nombraron vicegobernador por su origen étnico.

—¿Es abordable? —preguntó Matheson.

—Sí, y ya lo hemos abordado —dijo Faulkener.

—Y ¿qué ha respondido?

—Con cualquier plan que lo libere de la amenaza de Kolingba y le prometa un uniforme con muchas medallas, es nuestro hombre. Viene a ser como un Idi Amin en bruto.

—También él quiere dinero, supongo.

—Lo que él considera mucho; pero para la IRM sería calderilla. También tenemos que prometerle una vía de huida y una cuenta en Suiza para cuando se produzca la revolución inevitable. Puede que sea idiota, pero no es tonto, no sé si me explico.

—Tendremos que dedicar a esto una compañía propia. Alguna que fuera muy grande en sus inicios pero que haya decaído hace mucho tiempo. Una de las minas de cobre antiguas de las Filipinas. Que sea colonial a ser posible. Holandesa o belga. Quiero que tengamos control absoluto, sin transparencia.

—Veré qué puedo encontrar —dijo Faulkener—. ¿Qué hay de Nagoupandé?

—Quisiera reunirme con él lo antes posible —dijo Matheson.

—Creo que eso será fácil de arreglar —dijo Faulkener.

—Envíele el *jet* privado —dijo Matheson—. Eso le impresionará —sonrió todavía más—. Quizá debiéramos hacerle un traje en Gieves and Hawkes y traerlo a la reunión cuando Lanz esté dispuesto.

—¿Medallas?

—Todas las que encuentre. Que parezca un rey.

Si el logotipo de la empresa de seguridad Blackhawk Security representaba el orgulloso mascarón de proa de una nave vikinga, no era sin motivo: Lars Thorvaldsson, fundador de la Blackhawk, se había considerado a sí mismo un vikingo de los tiempos modernos. Lars había ganado miles de millones a lo largo de los años, y siempre decía que se inspiraba en sus antepasados vikingos. Afirmaba que era descendiente directo de Leif Erikson a través de su padre, Erik Thorvaldsson, también llamado Erik el Rojo.

El lema se le había ocurrido a Lars: «Nosotros fundamos América; ahora, la mantenemos segura»; y a medida que crecía la empresa, también se desarrollaba su tradición vikinga. El primer anuncio en televisión de la Blackhawk se había emitido durante el descanso de la cuarta edición del Super Bowl, en 1972, y en él aparecía un barco de madera con el mascarón de proa de la Blackhawk que arribaba a la playa de Duluth, con un vikingo con casco con cuernos que hacía sonar el *gjallarhorn*, la bocina tradicional de las sagas nórdicas.

A la muerte de Lars Thorvaldsson en 1989, y tras la compra posterior de la compañía por la multinacional propiedad de Kate Sinclair, a lo que se sumó el comienzo de la guerra de Irak del presidente Bush padre, la Blackhawk Security creció todavía más, y lo mismo sucedió con su tradición vikinga. Se impartían

seminarios para los altos ejecutivos sobre los valores fundamentales vikingos; a saber, la fuerza, el honor y el orgullo; talleres vikingos para los empleados de nivel medio; recreaciones históricas vikingas para toda la familia y campamentos de verano vikingos para los chicos. Kate Sinclair había construido, incluso, el parque temático Mundo de los Vikingos, cerca del centro comercial Mall of America, no lejos de las primeras oficinas de Lars Thorvaldsson, en Bloomington, en el estado de Minnesota.

En vista del amplio adoctrinamiento vikingo que habían recibido, no es de extrañar que los siete hombres del equipo de acción directa de la Blackhawk, dirigidos por Michael Pierce Harris, hubieran decidido aproximarse a su objetivo «a la antigua manera vikinga». Hasta es posible que se vieran a sí mismos como los «espectros grises», los fantasmas que llegaban entre la luz dudosa del crepúsculo con sus *galdrastafir*, las insignias con runas que los volvían invisibles. Fuera lo que fuera lo que pensarán, el caso fue que no les dio resultado.

Llegaron en dos canoas hechas con troncos vaciados; iban tres en una y cuatro en la otra; Harris iba sentado el último en la segunda canoa. Empezaba a faltar la luz, tal como había esperado Holliday. El claro parecía desocupado a primera vista, aunque las huellas que subían de la orilla cenagosa y los restos rescatados del naufragio dejaban bien claro que aquel era el lugar por donde habían salido del agua los supervivientes del ataque con misiles Hellfire.

Los siete hombres, Harris incluido, llevaban uniformes de combate completos de camuflaje de jungla, botas de paracaidista y sombreros blandos de ala ancha también de camuflaje. Iban armados con subfusiles MP5 Heckler & Koch, pistolas semiautomáticas Browning Hi-Power y cuchillos KA-BAR de veinte centímetros. Algunos llevaban también granadas de mano M67 en correajes en bandolera. Harris usaba una Glock 9 en lugar de la Browning.

Los siete hombres subieron por la ladera de la orilla profiriendo alaridos. El que subió más aprisa fue el primero en morir. Una flecha de sesenta centímetros que había disparado Holliday con su arco rudimentario, construido según el modelo del antiguo *longbow* inglés, lo alcanzó a la izquierda del corazón y le llegó hasta el espinazo. La flecha llevaba plumas hechas con cinta americana, y la punta era de simple madera endurecida al fuego. No obstante, con sus ciento cuarenta y seis julios de fuerza, era tan mortal como la MP5 que no llegó a disparar el hombre.

Los números dos y tres pisaron los cartones recubiertos de barro que estaban extendidos sobre la orilla y cayeron a un pozo poco profundo, sobre veinticuatro cuchillos de cocina Ginsu puestos de punta.

El cuarto hombre llegó hasta lo alto del terraplén, donde la segunda flecha improvisada de Holliday se le clavó en la ingle y le atravesó la vejiga y el intestino. El capitán Eddie, que estaba tendido entre el follaje de la selva al borde del claro, a pocos metros a la derecha, vio que el hombre seguía vivo y peligroso. Salió de entre los arbustos y se abalanzó sobre el herido haciéndole un placaje de *rugby* a la altura de la cintura. Le clavó el cuchillo en el vientre de abajo arriba y siguió cortando hasta las costillas, seccionándole el pulmón derecho y, por último, atravesándole el corazón.

Harris, al ver que su ventaja se había reducido espectacularmente en menos de un minuto, se desvió hacia la selva con la intención de poner el máximo de tierra de por medio entre el claro y él. Los miembros restantes del equipo de Harris lo seguían de cerca, olvidando el código vikingo. Holliday, que ya tenía una flecha en la cuerda y el arco tenso, la soltó. La punta endurecida de la flecha alcanzó a Harris entre la primera y la segunda vértebra cervical y, al carecer de una punta penetrante de acero, resbaló lateralmente y le perforó la arteria carótida interna antes de desviarse hacia arriba y atravesarle la lengua. Harris quedó paralizado al instante, cayó de rodillas y vio, mudo, cómo se le derramaba la sangre vital sobre la tierra oscura y fértil de la selva.

En el claro, Holliday soltó el arco y arrancó un MP5 de entre los dedos flácidos de uno de los muertos. Disparó una ráfaga hacia los fugitivos, pero solo consiguió cortar algunas ramas y hojas por encima de sus cabezas.

Se produjo un silencio repentino que aturdía. Rafi y Peggy contemplaban los cadáveres, atendiendo especialmente a los que eran fruto de su propio trabajo macabro. El capitán Eddie fue visitando sucesivamente a los muertos, despojándolos de sus armas, de sus sombreros blandos de ala ancha y, por último, de sus botas de paracaidista.

—¿Los zapatos también? —preguntó Rafi, sorprendido de la labor metódica y concentrada del cubano.

—El suelo de la selva puede ser muy traicionero para los pies —dijo Eddie.

—Tiene razón —dijo Holliday, que estaba sacando los cadáveres del pozo oculto de los cuchillos. Cada cuchillo salía de la carne muerta con un blando sonido de succión, casi obsceno. Holliday empezó a despojar a ambas víctimas.

—Echadnos una mano —dijo—. Cuanto antes terminemos, antes podremos

marcharnos de aquí.

Recogieron todo lo que tenía valor, dejaron los cadáveres y bajaron el terraplén de la orilla hasta las dos canoas. Cuando subían a las dos embarcaciones rudimentarias, empezó a llover.

—Estupendo —gruñó Holliday, apoyándose en la orilla para adentrar su canoa en el río—. Lo que nos faltaba.

CAPÍTULO 15

El capitán Jean-Luc Saint-Sylvestre, sentado en su dormitorio, observaba por el visor de la Canon EOS 5D el hotel que tenía enfrente. El hotel Ali Pasha estaba en Clapham Street, muy cerca de la Brixton Road, en el sur de Londres.

El policía se imaginaba el interior: seis pisos de habitaciones minúsculas y retretes como armarios. Escaleras estrechas, papel de pared que se despegaba y ruidos de cañerías. Chinchas, cucarachas y ratones. En Londres había diez mil lugares como aquel. Era la definición misma de anonimato.

A aquel barrio se le consideraba extraoficialmente la capital de la Inglaterra afrocaribeña, y a Saint-Sylvestre no le costaba trabajo pasar desapercibido, con tal de no olvidarse de disimular el acento culto de universitario.

Brixton, además de ser el barrio de Londres con mayor densidad de población negra, era también la capital del crimen dentro de la ciudad. Tras la fachada pintoresca de los puestos de frutas y verduras frescas y de los mercados de ropa africana y caribeña que ocupaban calles enteras, se podía comprar y vender prácticamente cualquiera de los vicios que ha inventado la imaginación humana, desde heroína hasta prostitutas, tabaco de contrabando y mujeres de contrabando, diamantes de sangre y órganos humanos, ametralladoras, objetos robados, y bolsos, relojes y alta costura falsificados.

En Brixton podías encontrar a la venta tus caprichos, tus pasiones y los anhelos más negros de tu alma. Por ello, era lógico que Saint-Sylvestre hubiera ido a parar a Brixton en su persecución del todavía enigmático Konrad Lanz.

Durante los seis días de su estancia en Kukuanaland, Lanz había hecho cuatro intentos oficiales de entrevistarse con Kolingba y se había dado cinco paseos por las tardes. Al anoecer se había quedado en el hotel Trianon; unas veces comía en su cuarto y otras bajaba al bar Maria Antonieta.

Durante aquellas veladas solo había hablado con Marcel Boganda, el barman, informante a sueldo de Saint-Sylvestre desde hacía mucho tiempo. Según Boganda, nunca habían hablado de temas más interesantes que el tiempo. Aunque Saint-Sylvestre no había visto ni oído nada que hiciera dudar del supuesto de que Lanz había venido a Fourandao para reconocer el terreno con el fin de preparar un posible golpe de Estado, tampoco había visto ni oído nada que lo confirmara.

Saint-Sylvestre había ejercido de policía en la República Centroafricana mucho más tiempo del que había pasado allí Gash como residente, y el refugiado ruandés convertido en estadounidense tenía algo que suscitaba la desconfianza del policía.

Si había un hombre más oportunista que el presidente Kolingba, era su nuevo segundo al mando, Oliver Gash; y si Gash quería enterarse de si se estaba tramando un golpe de Estado, solo sería con el fin de decidir por qué bando debía tomar partido, o si le convendría más huir y disfrutar de sus cuentas secretas en diversos bancos de Suiza, Panamá y Liechtenstein, cuya existencia conocía bien Saint-Sylvestre.

Saint-Sylvestre también conocía las cuentas secretas de Kolingba, y era muy consciente de que uno de los suyos, en el Departamento del Interior, disponía de documentación similar sobre el líder africano. Durante la larga carrera profesional de Saint-Sylvestre, este había pensado más de una vez que el Gobierno de la República Centroafricana en general, y el de Kukuanaland en particular, no era ni más ni menos corrupto ni corrompible que el de cualquier otra nación; sencillamente, era menor y más manifiesto. En Kukuanaland, no se contaba con gozar ni de intimidad personal ni de un gobierno no corrompible.

La corrupción se había dado por supuesta en el continente africano desde los primeros envíos de leche en polvo y de penicilina. Había tres mil tribus y dos mil lenguas que se disputaban la existencia, y ningún código moral, ya fuera católico, luterano, baptista o de otro tipo, había conseguido más que mejoras mínimas de la situación de aquel continente desgraciado, pobre y terrible. Joseph Conrad sabía lo que se decía cuando llegó al final de aquel río del Congo y no encontró nada más que «¡El horror! ¡El horror!».

Y ahora parecía que iban a pasar más cosas. En los cuatro días siguientes a su llegada al aeropuerto de Heathrow, Konrad Lanz se había reunido con cinco personas en su cuartel general, más bien sórdido, del hotel Ali Pasha. Cuatro de los cinco estaban cortados por su mismo patrón: hombres duros, de aspecto

brutal y que aparentaban un instinto animal, incluso estando en el seno de una megaurbe como Londres.

Incluso había podido reconocer a uno a partir de los ficheros fotográficos que conservaba Saint-Sylvestre en el aeropuerto. Se llamaba Stefan Whartski y era un polaco que había comenzado su carrera de mercenario ejerciendo de piloto de transporte en las guerras civiles de Eritrea de 1980 y 1981. En vista de que Lanz hablaba con hombres como Whartski, Saint-Sylvestre se convencía cada vez más de que su intuición había sido acertada: estaba presenciando la preparación de un golpe de Estado.

Al quinto hombre Saint-Sylvestre lo llamaba «el señor X». Era este el que estaba reunido entonces, por segunda vez, con Lanz, y era un hombre de otra categoría. Alto, distinguido, llevaba su traje de un sastre de Bond Street como si fuera un uniforme, y tenía un porte militar más propio de un desfile que de las ciénagas de la jungla en las proximidades de Fourandao. Aquel sería el hombre del dinero a nivel básico; quizá no fuera el jefe, pero sería el contacto que conduciría hasta este.

Lanz y el hombre misterioso salieron de pronto del hotel y siguieron hablando unos momentos en el exterior, bajo la luz de seguridad de la puerta principal del edificio sórdido de seis pisos. Saint-Sylvestre hizo girar el gran teleobjetivo. Después de mil operaciones de vigilancia como aquella, era capaz de leer los labios con facilidad.

Señor X: ¿Ha comprobado el dinero, entonces?

Lanz: Sí. Todo en orden.

Señor X: ¿Estará allí mañana?

Lanz: A las siete y media, dijo usted.

Señor X: Sí. Lleve corbata, por favor.

Lanz: Como guste.

Señor X: De acuerdo, entonces.

Lanz: ¿Seguro que no se queda a comer algo? Hacen un pollo a la mantequilla muy rico.

Señor X: Esas cosas nunca me sientan bien. La comida hindú, quiero decir —hizo una pausa—. Mi mujer y los chicos me esperan en casa.

Lanz: Claro.

Los dos hombres se separaron sin darse la mano. El señor X se subió a un Jaguar XJ sedán negro mientras Lanz se dirigía a la calle principal. Saint-

Sylvestre sacó su teléfono móvil y pulsó un botón de marcación rápida. Al segundo timbrazo le respondió una voz vacilante.

—*Selam*, ¿diga? —dijo Tahib Akurgal.

—Soy yo —dijo el policía sin dar más datos. ¿Quién sabía quién vigilaba, a su vez, al recepcionista de noche del hotel Ali Pasha?

—¿Sí?

—¿Qué has oído? —preguntó Saint-Sylvestre.

Había abordado a Tahib, aquel aplicado estudiante de Medicina que trabajaba por las noches en el hotel de su tío, preguntándole sin rodeos: «¿Cuánto te ha ofrecido el hombre de pelo gris y acento alemán para que le contases si alguien te hacía preguntas sobre él?». Tahib había vacilado. Saint-Sylvestre le había dicho que doblaría la cantidad, y que si se enteraba de que Tahib hacía de agente doble, degollaría a todos los miembros de la familia de Tahib, incluidos niños y viejos, dejando a Tahib para el final. Tahib estaba desde entonces a sueldo de Saint-Sylvestre, a razón de cien libras al día.

—Van a reunirse con su señoría mañana por la tarde, a las siete y media.

—¿Con su señoría?

¿Sería un apelativo humorístico con el que designaba el señor X a su jefe?
¿O había allí algo más?

—Eso dijo el otro hombre, *effendi*.

—¿Dijo el otro dónde sería la reunión?

—Sí, y hasta insistió en que Lanz-*bey* tomara nota de la dirección por escrito.

—¿Cuál es?

—El número 9 de Grantham Place, piso número 6, Londres, W1.

En Westminster. El señor Lanz y el señor X jugaban fuerte. Grantham Place, comparado con el hotel Ali Pasha, era como el cielo y el infierno.

—Voy a pasar por allí, Tahib. Necesitaré la llave.

—¡No, señor, se lo ruego! ¡Lanz-*bey* me matará si se entera!

—Lanz-*bey* está comiendo pollo a la mantequilla en un hindú de la calle principal; probablemente en el mismo, el Capital del Curry, donde ha cenado las tres noches pasadas.

—Por favor, señor... no puedo —suplicó Tahib.

Saint-Sylvestre sonrió.

—Sí, señor. Puedes y lo harás. Cien libras más.

—¿Además de las cien libras habituales?

Habían cesado las súplicas. El policía se había documentado un poco sobre los antecedentes del recepcionista de noche, y había descubierto que el padre de Tahib era un tratante importante de oro en el Kapalıçarşı, el Gran Bazar de Estambul, lo que significaba que era un delincuente, por definición. De tal padre, tal hijo. Puede que llegara a ser médico, pero sería un médico con mentalidad de delincuente.

—Sí; además de las cien libras habituales.

—Quizá prefiera una llave del cuarto contiguo para caso de emergencia, *effendi*.

—No me hagas perder el tiempo, Tahib. No te conviene.

—No, señor; claro que no. Espero su llegada, *effendi*.

Saint-Sylvestre extrajo de su mochila la minúscula cámara Chobi y se guardó en el bolsillo de la camisa el aparato, de centímetro y medio de lado. Tres minutos más tarde abrió la puerta de la habitación de hotel de Konrad Lanz con la llave que le había proporcionado Tahib Akurgal.

El cuarto estaba en el último piso del hotel y daba a un callejón lleno de grandes contenedores de basura, al que daban también las fachadas traseras de los edificios de la calle siguiente. Había una escalera de incendios en zigzag, antigua y oxidada, con un rellano en el exterior de la ventana de Lanz, que parecía que no se había abierto nunca desde que la pintaron.

La habitación contenía una cama estrecha, un escritorio que había estado adosado a la pared pero que habían trasladado para instalarlo bajo la única luz de techo, y dos asientos: una butaca giratoria de respaldo curvo y apoyabrazos y patas terminadas en volutas, y un grueso sillón tapizado de terciopelo color borgoña claro cubierto con una funda de felpilla.

Además de estos muebles, solo había una mesilla de estilo IKEA junto a la cama, que estaba hundida por el centro, y una cajonera de conglomerado. El maletín de Lanz estaba sobre la cajonera, abierto, dejando al descubierto un neceser de afeitado de Mullholland Brothers que parecía caro.

Saint-Sylvestre se acercó al escritorio. Había un bloc de hojas amarillas rayadas lleno de anotaciones escritas con esmero, un rotulador de punta fina, y la funda del libro de Carl Hiaasen que llevaba Lanz cuando llegó a Fourandao.

Saint-Sylvestre se quedó impresionado por el ingenio de Lanz. Trabajando de memoria, día a día, este había trazado un plano extraordinariamente detallado del centro de la población, sin olvidar la situación de los transformadores de electricidad y de las líneas telefónicas con sus respectivas centralitas. Había

prestado atención especial al complejo presidencial, donde se había anotado el número de torres de vigilancia y la frecuencia de los cambios de guardia en cada torre. Se indicaba con exactitud el lugar de la plaza donde se encontraba la sede del Departamento del Interior, así como los tres bloques de pisos que estaban inmediatamente por detrás de la plaza y donde residían principalmente los amigos y protegidos de Kolingba que ocupaban la mayor parte de los altos cargos burocráticos oficiales de Kukuanaland. En el plano se indicaban también las rutas de las patrullas del ejército y los horarios y el número de integrantes de cada una.

Las notas manuscritas del bloc complementaban los datos del plano. Lanz designaba diversos conceptos con abreviaturas sencillas y fáciles de entender. El mercenario había calculado, correctamente, que en el complejo había unos doscientos hombres, de los cuales estarían de guardia cien en cualquier momento dado.

También se habían anotado las idas y venidas, poco frecuentes, del presidente y de Gash. Había una página de anotaciones dedicada exclusivamente a datos de armamento, vehículos blindados y fuerza aérea, todos ellos correctos. A Lanz no se le había escapado nada.

En otra página había una lista de nombres y graduaciones, así como unas cifras que debían de ser los sueldos respectivos. Y había también listas de material. Cada página tenía al pie una cifra total estimada, expresada en euros. La última página contenía una fórmula sencilla que Saint-Sylvestre entendió con facilidad:

2 comp. × 200 (2 coma.) FSP

8 pelot. × 20 (8 ten.)

40 esc. × 10 (20 sarg.)

Dos comandantes para dos compañías de doscientos hombres cada una, proporcionadas por una fuerza de seguridad privada sin nombre, divididas en ocho pelotones de veinte hombres, comandados por sendos tenientes, y, a su vez, en cuarenta escuadras de diez, cada una con su sargento. Esta era la receta de Lanz: tomar Fourandao con cuatrocientos soldados muy preparados y bien armados. El coste total de hombres, material y transporte superaba un poco el millón de euros. Tomar un país costaba un millón cien mil dólares americanos.

Saint-Sylvestre se puso a fotografiar los documentos con la minúscula cámara Chobi.

¿Quién estaba dispuesto a pagar tanto dinero por un pedazo de territorio de selva, atrasado, corrupto y hostil, rodeado de peste, genocidios, violaciones y asesinatos en masa, en el corazón de África? Y, lo que era más importante, ¿por qué?

CAPÍTULO 16

Percibía los ricos efluvios de la bullabesa que ascendían del restaurante de la planta baja y oía el suave repicar de un chaparrón de verano en el tejado del hotelito de la Charles Street, en el barrio francés de Nueva Orleans. Tenía los ojos cerrados; sabía que, si los abría, se le escaparía todo aquello; y dejaba que la brisa cálida que entraba por las persianas le secara el sudor de la piel desnuda. Escuchó el ritmo lento de su corazón y oyó apenas una trompeta lejana que tocaba el *Rag del Tigre*. Sabía dónde estaba y sabía quién estaba en la cama a su lado, aunque no podía ser. Él estaba destinado en Fort Polk y ella era maestra en la ciudad; pero de aquello hacía años.

—Quédate —susurró extendiendo una mano, pero sin tocar nada—. Quédate un poco —suplicó—. Por favor, Amy.

Pero Amy ya no estaba; hacía años que era polvo y un recuerdo. Solo vivía en sus sueños; pero ¡con qué realidad tan dolorosa vivía en ellos! Se despertó dentro de la pequeña tienda de campaña y se secó las lágrimas de los ojos, aliviado porque no se las había visto el cubano con el que compartía aquel cobijo.

La tienda era una Marmot Limelight de camuflaje selvático, cortesía de la banda de asesinos a la que habían enviado para matarlos. Holliday miró su techo curvado. El sonido de la lluvia era real. Y, cosa más rara, también lo era el olor de la comida. Terminó de despertarse, se sentó y se frotó la cara para quitarse de encima los restos del sueño agitado. Los recuerdos de su esposa lo repelían a veces, por lo pertinaces que eran y el dolor profundo que le causaban; pero en otras ocasiones se preguntaba cómo podría vivir sin ellos y se temía que, si se disipaban, él se disiparía también, como decía la vieja canción que citó

MacArthur en su célebre discurso. Quizá fuera aquello lo que debía hacer él, en efecto.

Salió de la tienda a gatas y se puso de pie. Había bruma en el río y entre los árboles. La lluvia caía entre la cubierta de hojas, susurrando y silbando. Las aves se llamaban sonoramente unas a otras. Eddie estaba en cuclillas ante una hoguera que había hecho bajo las ramas protectoras de un árbol próximo a la orilla. Había cortado y limpiado un pescado grande, de manchas verdes y blancas y con ojos enormes, y lo había ensartado por las branquias en un tallo verde que había suspendido sobre las brasas. Cuando Holliday se inclinó para pasar bajo las ramas del árbol y llegar junto al cubano, este levantó la vista. Eran casi invisibles para cualquiera que pasara por el río, pues los protegía una cortina alta de juncos.

—¿Más recuerdos, mi coronel? —le preguntó Eddie.

—Ve usted demasiado, amigo mío —dijo Holliday—. Ese pescado huele bien.

—Es pez globo. Es muy sabroso —dijo Eddie.

—Estoy muerto de hambre —dijo Holliday, y advirtió que era cierto. Eddie tomó una ramita y la pasó con suavidad por las escamas del gran pescado. La piel se desprendió con facilidad, dejando al descubierto la gruesa carne blanca.

—Casi listo —dijo Eddie.

Como si hubiera estado esperando aquel momento, Peggy, despeinada y casi dormida todavía, asomó la cabeza por la entrada de su tienda y miró a un lado y otro con ojos legañosos. El aire húmedo la hacía temblar, aunque ya empezaba a hacer calor. Se arrastró por el pequeño claro despejado y oculto por los juncos y se dejó caer junto a Holliday. Rafi apareció al cabo de un momento y se sentó a su lado. Eddie retiró el pescado del asador y lo partió en trozos grandes, que puso sobre sendas hojas anchas. Se las repartió.

—Coman con los dedos. Mi restaurante es como en La Habana, donde tienen las cucharas sujetas con cadenas.

Peggy tomó un puñado de la carne blanca y crujiente y se lo llevó a la boca. Masticó y tragó.

—No está mal para estar en plena jungla africana —dijo, asintiendo con la cabeza—. Lástima que no tengamos condimentos.

—¡Ajá! —exclamó Eddie—. Pues he encontrado esto precisamente para usted.

Se inclinó hacia Peggy y le entregó un paquetito hecho con una de las hojas

grandes, plegada. Peggy lo abrió y encontró en su interior un montoncito de copos pequeños que parecían astillas de madera.

—¿Qué es?

—Pruebe un poco. Muy poquito —dijo Eddie.

Peggy tomó algunos copos con la punta del dedo y se los llevó a la lengua. Hizo una mueca, tosió, cerró los ojos y se quejó:

—¡Pica, pica, pica, pica! ¡Agua! —pidió, agitando las manos.

Eddie le arrojó una de las botellas de agua que habían encontrado entre las provisiones del equipo de la Blackhawk. Peggy desenroscó el tapón y vació la botella entera; después, se quedó sentada, inclinada hacia atrás y jadeando, con lágrimas en las mejillas.

—¿Qué demonios era eso? —dijo sin aliento.

—*Capsicum annum*, chile piquín africano —respondió Eddie, sonriente. Señaló con su cuchillo una mata de ramaje espeso con grandes flores moradas que crecía entre la vegetación al otro lado de la hoguera—. Aquí se da por todas partes.

—Ella está acostumbrada a la salsa picante que te ponen en frasquitos en los restaurantes —dijo Holliday.

—Bah —dijo Peggy. Arrancó otro trozo del pescado que tenía en la hoja que le servía de plato y se lo comió. Siguieron comiendo el pescado, sentados en silencio y mirando hacia el río, semioculto entre la bruma.

—Tenemos que tomar una decisión —dijo Holliday, tras terminarse la ración y haberse chupado los dedos uno a uno.

—¿Sobre qué? —preguntó Peggy.

—Sobre seguir adelante —respondió él.

—No entiendo —dijo Rafi.

—Esto ha dejado de ser una loca aventura —dijo Holliday—. La cosa ya va en serio.

—Yo me la había tomado en serio desde el primer momento —repuso Rafi.

—Estábamos buscando las minas del rey Salomón, Rafi. Eso es como irse al monte Ararat en busca del arca de Noé, o como buscar el Santo Grial tras los muros rojos y rosados de Petra. En la práctica, todas las expediciones arqueológicas son locas aventuras; pero esta aventura se ha vuelto demasiado peligrosa como para controlarla. Ahora hay quien quiere matarnos.

—No será por las minas del rey Salomón —dijo Rafi.

—No; buscan otra cosa, y nosotros les estorbamos. Y van en serio.

Pregúntaselo al difunto señor Archivald Ives.

—Entonces, ¿nos rendimos, sin más?

—No se trata de rendirse, Rafi; se trata de apartarse de la línea de fuego —respondió Holliday—. Esa gente nos está disparando misiles aire-tierra. Nos han dado un aviso. Creo que deberíamos atenderlo.

—¡Silencio! —exclamó Eddie, que se encontraba de pronto en estado de alerta, con los ojos cerrados y ladeando la cabeza hacia el río para oír mejor.

—¿Qué pasa? —dijo Peggy.

—¡Escuchad! —dijo Eddie entre dientes—. Y bajad la cabeza.

Tomó un puñado de tierra entre las dos manos y la arrojó sobre el fuego para cubrirlo. Repitió la operación y apretó la tierra con las manos.

—Allí —susurró Holliday—. Ya los oigo. Están aguas arriba.

Eddie atravesó rápidamente el pequeño claro, procurando ocultarse, y bajó hasta los juncos. Holliday lo siguió.

—Quedaos aquí; que no os vean —advirtió a los otros. Rafi asintió con la cabeza.

—Se acercan —dijo Eddie, mirando entre los juncos, cuando Holliday llegó a su lado.

Voces entre la bruma; voces extrañas, agudas, como de un coro infantil. Y, después, un ruido pesado, retumbante, como el latido sordo de un bombo gigante de madera.

—Es la *Genmilere*, creo —dijo Eddie, escuchando.

—¿La qué?

—La *Genmilere*; un canto de la santería.

—¿Un cántico religioso?

—Eso es.

Hubo unos instantes de silencio.

—¡Coño! —susurró Eddie en español.

Se hizo visible el origen de las voces extrañas: eran dos piraguas inmensas, construidas cada una con el tronco vaciado de un fresno entero, cada una de unos dieciocho a veinte metros de eslora y dotadas de sendos balancines grandes con forma de plátano. En cada una de las embarcaciones largas y estrechas se afanaban cuarenta remeros, todos ellos niños de entre ocho a doce años, cada uno de los cuales llevaba a la espalda, en bandolera, un arma muy para adultos, un fusil de asalto Kalashnikov AK-47. En el centro de cada piragua había un montón de provisiones cubierto de lonas sujetas con cuerdas.

E iban cantando, una canción bien conocida que cobraba una cadencia siniestra; un hombre adulto que iba en la proa de una de las piraguas marcaba cada breve verso golpeando en el casco con un garrote largo y pesado. Cuando el adulto golpeaba el costado de la embarcación, profería un gruñido largo y pesado:

¡Adelante, soldados cristianos!
¡HU!
¡Vamos a la guerra!
¡HU!
Con la cruz de Jesús
¡HU!
En la vanguardia
¡HU!
Cristo, Maestro Real
¡HU!
Contra el enemigo
¡HU!
Hacia la batalla
¡HU!
Van sus banderas.

Las dos embarcaciones se deslizaban entre la corriente, tomando impulso a cada golpe de los remos. Los niños iban inclinados, como hundidos bajo el peso de los AK-47 que llevaban a cuestas, y como galeotes encadenados por el ritmo machacón de los garrotes.

—Niños soldados —dijo Holliday.

Eran niños arrancados del seno de sus familias y obligados a ver atrocidades y a cometerlas ellos mismos, para ser alistados por fin en un ejército impío y convertidos de niños en asesinos salvajes y monstruosos. Holliday los había visto en Somalia, y también alguno aquí y allá en Afganistán, donde solían tener más de huérfanos que de soldados; pero nunca en tal número ni tan uniformados y bien armados.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—El Ejército de Resistencia del Señor —respondió Eddie—. Surgió en Uganda, y su jefe es un demente llamado Joseph Kony.

Vieron pasar las enormes piraguas, hasta que estas se perdieron de vista entre la bruma, río abajo.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Holliday.

—¿Quién sabe? —repuso Eddie—. Ahora luchan a favor de cualquiera que les pague bien. Pero sí sé una cosa, mi coronel. Esas dos piraguas son la avanzadilla. Vendrán más tras ellos. Por el río y por la selva. Ya no le queda más opción.

—¿Opción?

—Ya no podemos volvernos atrás, señor Holliday. Si queremos vivir, debemos seguir adelante.

CAPÍTULO 17

El cuarto de estar del piso era blanco y muy moderno. Ante la chimenea de ladrillos blancos había un sofá de piel blanca, varios sillones a juego y una mesa de café de cristal y acero. Sobre la chimenea estaba expuesto un tríptico grande de pinturas de Francis Bacon cuyo tema era la muerte de George Dyer, el amante del pintor. La figura cruda de un hombre que se retorció violentamente en una playa había costado sesenta y siete millones de dólares en una subasta organizada por la casa Sotheby's.

Aunque Sir James Matheson era propietario del cuadro desde hacía tres años, a través del Fondo Bambridge, no lo había visto hasta entonces. Llegó a la conclusión de que le gustaba, probablemente porque ilustraba de aquella manera tan abierta unas emociones tan violentas y apasionadas que el industrial multimillonario estaba bastante seguro de no compartir él mismo. Siendo hijo de quien era, y tras haber pasado trece años en el sistema educativo de las escuelas privadas inglesas, estaría libre de tales emociones.

Además de Matheson, estaban presentes Konrad Lanz, el capitán Allen Faulkener y el invitado de honor, François Nagoupandé, ataviado de pies a cabeza con el uniforme de general del ejército británico. Llevaba lastrada la parte izquierda del pecho con todas las medallas y gafetes de condecoraciones que había encontrado Faulkener, entre ellas la Cruz de Guerra francesa, la medalla del Servicio General en la India, la Medalla Naval de la Flota de Reserva, la Cruz Victoria, la Cruz de San Jorge, la Orden de San Miguel y San Jorge, la medalla de Servicios Distinguidos, la Pro Patria de Sudáfrica, y una hermosa Gran Cruz de caballero de la Orden del Águila Romana, de la que había sido miembro orgulloso Benito Mussolini hasta su muerte en 1945. Nagoupandé, que se empeñaba ahora en hacerse llamar «general de brigada François

Nagoupandé», no tenía la menor idea de lo que significaba ninguna de estas condecoraciones, ni le importaba. Con tal de tener más medallas que Kolingba, estaba contento.

En el tiempo que había pasado en Londres, Faulkener se había encargado de que se abriera a Nagoupandé una cuenta en el Gesner Kantonbank de Aaru, en Suiza, con un depósito inicial de un millón de dólares en concepto de primer pago de sus servicios como asesor. Se facilitaron a Nagoupandé varios guardaespaldas y una televisión por satélite para que estuviera entretenido durante el día, así como varias mujeres jóvenes y serviciales para que el futuro déspota estuviera contento por las noches. No había salido de los límites del piso seguro que le habían alquilado en el barrio de Belgravia, salvo para hacerse la ropa en Gieves & Hawkes. Los guardaespaldas le traían la comida de diversos *pubs* y restaurantes de la zona.

Faulkener repasaba detenidamente el plan de acción básico que había trazado Lanz en un informe de cuarenta y cuatro páginas mecanografiadas.

—A las cero horas del día de la incursión —empezó a decir Faulkener—, la mitad de los cuatrocientos efectivos aterrizarán en el aeropuerto de Fourandao en un avión Vickers Vanguard alquilado a Transportes Aéreos Libaneses, procedente del aeropuerto de Mopti, en el norte de Mali, que es el punto de reunión de todas las fuerzas. Las dos compañías del aeropuerto se llamarán Vanguardia Uno y Vanguardia Dos, con cien hombres en cada compañía.

»Vanguardia Uno será responsable de tomar el aeropuerto de Fourandao y cualquier material operativo que encuentren allí, incluidos dos helicópteros de combate Kamov Ka-50 Werewolf que se sabe que tienen allí su base. Vanguardia Dos será responsable de destruir los radioenlaces de microondas del aeropuerto, así como la comunicación vía satélite. Así quedarán cortadas, en la práctica, las comunicaciones de Kukuanaland con el resto del mundo, incluso con Bangui, la capital de la República Centroafricana, con la única excepción de la radio por onda corta, de poca potencia, del complejo presidencial de la ciudad.

»Hecho esto, se quedarán dos pelotones de veinte hombres cada uno, uno de Vanguardia Uno y otro de Vanguardia Dos, custodiando el aeropuerto y una posible vía de retirada, aunque es poco probable que esta sea necesaria. Estos dos pelotones se designarán por los códigos Van A y Van B. A continuación, los hombres restantes de Vanguardia Uno y Vanguardia Dos entrarán en Fourandao por el norte, siguiendo la avenida Forno da Cal, que se aprecia en el mapa, del que se proporcionará una copia a cada hombre.

»Los objetivos de Vanguardia Uno y Vanguardia Dos son la Plaza de la Revolución del General Kolingba, la sede del Ministerio del Interior de Kukuanaland (situada sobre las oficinas del Banco de los Estados Centroafricanos, en el lado norte de la plaza), y los edificios de pisos que están inmediatamente por detrás del hotel Trianon Palace, rodeados por un muro. Lo más probable es que en estos apartamentos resida lo más granado de la alta burocracia de Kukuanaland, y están bien custodiados. A los guardias se les tirará a matar; pero los residentes de los edificios deberán quedarse en sus viviendas. Todo intento de fuga por parte de cualquiera de los residentes deberá reprimirse aplicando toda la fuerza necesaria.

»Una hora antes de la llegada de Vanguardia Uno y Vanguardia Dos al aeropuerto de Fourandao habrá llegado el resto de la fuerza al río Kotto, diez kilómetros aguas abajo del muelle de Fourandao, que está en las afueras de la ciudad, al sur. Llegarán por el río Kotto en dos transportes anfibios Short Shetland de la Segunda Guerra Mundial, adaptados, que llevarán a cien hombres cada uno. Sus nombres en clave serán Río Uno y Río Dos, y también se reunirán en Mopti, cinco kilómetros al norte de la ciudad, a orillas del río Níger.

»Desde sus puntos de desembarco, cuyas coordenadas GPS estarán indicadas en sus órdenes respectivas, Río Uno y Río Dos subirán río arriba hasta la ciudad en lanchas hinchables Zodiac Minuteman, a diez hombres por lancha, cuyos nombres en clave, a efecto de las transmisiones por radio, serán Zodiac A, Zodiac B, etcétera, hasta la Zodiac V. A bordo de las Zodiac A y Zodiac B irán los pilotos, copilotos y mecánicos de ambas aeronaves.

»Al llegar al muelle de Fourandao, las escuadras Zodiac C hasta la Zodiac V se reunirán por sus respectivas compañías, confirmarán su llegada por radio a Vanguardia Uno y Vanguardia Dos y, hecho esto, se desplazarán hacia el norte por la Rue de Libertad hasta la Plaza de la Revolución del General Kolingba, y tomarán y conservarán el lado sur de la plaza y las calles colindantes.

»Dado que la incursión comenzará mucho más tarde que el toque de queda que impera en Fourandao a partir de las dieciocho cero cero horas, se puede dar por supuesto que cualquiera que salga al encuentro formará parte de las fuerzas enemigas, y la fuerza de incursión actuará en consonancia con este dato. Se tratará del mismo modo a cualquiera del que se suponga que es civil durante la fase de incursión.

»Una vez consolidada la fuerza de incursión, y habiendo sincronizado sus relojes los cuatro comandantes de las compañías, se iniciará el asalto principal al

complejo presidencial, que comenzará con un ataque con morteros desde el minuto cero hasta el minuto quince. Al mismo tiempo, se lanzarán cohetes LAW contra las torres de vigilancia de las esquinas de la muralla del complejo presidencial, y se hará un intento concertado de destruir con cohetes LAW la antena de onda corta que está sobre el edificio principal del complejo.

»A la vez, grupos de tiradores de élite de las cuatro compañías dispararán sobre todo miembro de las fuerzas del complejo del general Kolingba que intente huir del complejo. Se sabe que en el interior del complejo existen varios vehículos blindados de transporte de personal. No se debe permitir la salida del complejo a los vehículos blindados que no hayan quedado destruidos en el primer ataque con morteros, y todo intento de salida deberá frenarse con toda la fuerza necesaria, incluido el uso de granadas propulsadas por cohete, cohetes LAW y la instalación de minas anticarro en las intersecciones de todas las calles que salen del complejo.

»Corren rumores según los cuales existe un túnel de huida que conduce desde la residencia presidencial hasta un edificio exterior al complejo. En su primera misión de reconocimiento, el coronel Lanz observó tres edificios que parecían estar en magnífico estado de conservación respecto de los adyacentes, y uno de los cuales, una farmacia, parecía estar vigilado o custodiado por dos hombres de paisano en un vehículo.

»Tras estudiar los métodos del segundo al mando del general Kolingba, Olivier Gashabi, también llamado Oliver Gash, parece muy probable que exista un túnel de huida. Se recomienda que desde el inicio mismo del ataque al complejo se destruya el edificio de la farmacia con cargas incendiarias y fuego de granadas propulsadas por cohete. Aun así, deberán custodiarse las ruinas.

»Se estima que entre la mitad y dos terceras partes de las fuerzas del interior del complejo habrán sido bajas, muertas o heridas, en la primera hora tras el inicio del ataque. Toda propuesta de rendición se rechazará enérgicamente, aunque la haga el propio Kolingba en persona.

»Se estima que hay tres mil miembros de las fuerzas armadas de Kukuanaland en pequeñas guarniciones dispersas por el territorio, aunque todas las funciones de mando y de control, incluido el aprovisionamiento de estas tropas de guarnición, se lleva a cabo desde Fourandao.

»La fuerza de incursión, de cuatrocientos hombres, no tiene el tamaño, el poderío ni el material suficientes para resistir durante mucho tiempo el empuje combinado de estas fuerzas de guarnición; por eso es importante matar la cabeza

de la serpiente de manera inmediata y completa, por así decirlo. La fuerza de incursión no tiene capacidad para tomar prisioneros ni para custodiarlos. Las fuerzas del complejo deberán quedar destruidas al cien por cien.

—¿Y qué hay de la población civil? —preguntó Matheson.

—La población civil vive completamente aterrorizada por Kolingba. Es un déspota. Si muere, la primera reacción de la población local será de alivio.

—¿Y los burócratas de los pisos?

—Se les mantendrá bajo arresto domiciliario —respondió Faulkener—. El general de brigada Nagoupandé me asegura que hay en el exilio miembros de su leal gobierno suficientes para encomendarles las funciones que están realizando actualmente los habitantes de los tres edificios.

—¿Y cuando el general de brigada haya tomado formalmente el mando? —preguntó Matheson.

—Eso deberá decidirlo el propio general de brigada Nagoupandé —respondió Faulkener con voz suave e inexpresiva. Sabía perfectamente lo que pasaría a los burócratas, porque Nagoupandé le había descrito con todo lujo de detalles lo que haría a cada uno de ellos, hombres, mujeres y niños. No era preciso inquietar a Matheson con aquellos datos espeluznantes y obscenos.

—Desde luego —asintió Matheson—. ¿Cuánto tiempo se supone que deben resistir nuestras fuerzas hasta que reciban refuerzos?

—Seis días —respondió Faulkener con tono tajante—. Es el tiempo que calculamos que tardará en correr de boca en boca por toda Kukuanaland la noticia del regreso del general de brigada.

—¿Por tamtam? —dijo Matheson con una sonrisa mientras prendía un puro.

—Hace unos años, una empresa llamada InterMedia llevó a cabo un estudio del que se desprendía que el boca a boca sigue siendo el medio de comunicación óptimo en países con poblaciones de difícil acceso, como los de África, y más concretamente Kukuanaland. Según el estudio, podemos contar con un setenta y cinco por ciento de penetración en un plazo de cuatro días, y con un ochenta por ciento en seis.

—¿Y qué consecuencias tendrá la buena noticia? —preguntó Matheson.

Nagoupandé tomó la palabra por primera vez en toda la velada.

—Soy de la etnia banda, ¿lo sabían?

—Desde luego —asintió Matheson.

—La proporción exacta es de cinco a uno —dijo Nagoupandé—. Con esa mayoría, y sabiendo que Kolingba ha muerto y que yo tengo el poder en su

lugar, habrá una «revolución de los machetes», como las llamaban los franceses, nuestros señores coloniales. Se derramará mucha sangre baya y yakima, y las guarniciones pequeñas se tomarán al asalto. A las pocas semanas existirá un Ejército Popular Banda, bajo mi mando. Todo yakima que siga vivo huirá, casi con toda seguridad.

—¿Limbani entre ellos? —preguntó Matheson.

—Limbani ha muerto —dijo Nagoupandé, tajante, con frío en la mirada de sus ojos negros. Matheson contuvo un suspiro y se concentró en la punta de su puro para ocultar la aprensión repentina que había sentido. Faulkener le había convencido de que Nagoupandé no era más que un aspirante a dictador más, dispuesto a gozar de sus quince minutos de gloria antes de volver a sumirse en la oscuridad; pero ahora, al oír la firmeza con que hablaba el hombre, ya no estaba tan seguro.

—¿Está convencido de ello? —dijo Lanz—. No me agrada la idea de tener que hacer frente al ejército de un tercero que salga de la selva en el último momento.

—¿Observó algún indicio de su presencia cuando estuvo usted en mi país, en su misión de espionaje?

—No. Nada. Solo una mirada en los ojos de un barman cuando pronuncié su nombre.

Nagoupandé se rio.

—Marcel Boganda —dijo. Lanz asintió con la cabeza—. Es informante a sueldo de Jean-Luc Saint-Sylvestre, jefe del Departamento del Interior. Cuando yo era asistente de Limbani, él era jefe de la policía secreta. Boganda era una de las arañas de la red de Saint-Sylvestre.

—Saint-Sylvestre —asintió Lanz, con una media sonrisa—. Así se llamaba el oficial de aduanas del aeropuerto cuando llegué yo.

—Le facilitan las listas de pasajeros mucho antes de la llegada del vuelo. Cuando ve en el manifiesto un nombre que no reconoce, a veces investiga —dijo Nagoupandé—. Nuestro Jean-Luc es un hombre cuidadoso.

—Todo esto es hablar por hablar —dijo Matheson—. La única amenaza verdadera es Limbani. Solo él tiene los recursos y la educación necesarios para llevar a cabo una verdadera revolución en Kukuanaland.

Nagoupandé miró a Matheson con indiferencia.

—Salen a relucir sus prejuicios, señor mío. Ve en mí a un salvaje más del continente negro que quiere despojar a su país para retirarse después a vivir

lujosamente, en el anonimato, en algún refugio seguro como Dubai o Suiza. Pero yo no soy el típico déspota africano. Tengo una licenciatura en Antropología por la Universidad de París, y un máster en Ciencias Políticas y Económicas en la Universidad Ruprecht-Karls de Heidelberg. Regresé a mi país porque creía que podría hacer algo por cambiarlo, para hacer de él un lugar mejor para mi pueblo. Creía que los franceses habían corrompido el paraíso, y que con tiempo, paciencia y esfuerzo podía volver a ser un paraíso. Me equivoqué. La corrupción es una enfermedad que, una vez contraída, ya no tiene cura. Kolingba no es más que un síntoma. De modo que, llévese usted lo que quiera, Sir James, mientras me pague bien, y yo seré su marioneta mientras le haga falta. Si me quiere engañar o me traiciona, vivirá para lamentarlo. La única condición adicional es que me traiga la cabeza de Salomón Bokassa Sesesse Kolingba en la punta de una lanza. ¿Le parece lo bastante salvaje, Sir James? —concluyó Nagoupandé con una sonrisa afable.

Matheson guardó silencio durante un largo momento, fumándose su puro y con la vista clavada en el cuadro de la pared que le había costado el doble de lo que costaría en total la «desestabilización» de Kukuanaland cuando llegara la factura final. Podrían obtenerse unos beneficios de hasta diez mil millones de libras esterlinas en aquel país podrido y con la empresa pantalla que estaba organizando Faulkener por medio del banco de Aarau. Un buen beneficio a cambio del riesgo y de la sangre que habría que derramar.

Apartó la vista de la pintura y miró a Nagoupandé. El hombre tenía un aspecto ridículo con su uniforme de general de brigada, pero Matheson sabía que el uniforme no servía para satisfacer la vanidad del hombre, sino como símbolo de su poder ante su pueblo; no era muy distinto de las cicatrices tribales con que se seguían marcando los rostros algunos jefes africanos. A más cicatrices, mayor poder.

Matheson conocía exactamente los antecedentes de Nagoupandé, y en el fondo su bonito discurso no tenía importancia. Nagoupandé era lo bastante listo para hacer lo que le dijeran, porque sustituirlo sería fácil: una marioneta a la que se hacía bailar tirando del hilo daba lo mismo que otra marioneta cualquiera.

—Sí, general de brigada Nagoupandé, es lo bastante salvaje —dijo Matheson; y añadió tras una pausa—: Bastante salvaje, sin duda.

Grantham Place era una calle sin salida muy cotizada, bocacalle de Old Park

Lane, y su número nueve era un bloque de pisos grande, de ladrillo, de época victoriana, que tenía en tres de sus fachadas puertas cocheras que daban a un patio interior. Se parecía mucho a una versión en ladrillo del edificio Dakota de Nueva York, que al capitán Jean-Luc Saint-Sylvestre, de la policía secreta de Kukuanaland, le resultaba muy familiar, pues era admirador tanto de Roman Polanski como de John Lennon. Naturalmente, en Kukuanaland al asesino Mark David Chapman lo habrían ejecutado allí mismo, y después lo habrían descuartizado.

El piso número seis estaba en la segunda planta; le había sido fácil enterarse de ello visitando las oficinas centrales de English Heritage, el ente que administra los edificios históricos del país, donde también le habían facilitado el plano original del piso, un monstruo de seis dormitorios, además de dos cuartos más para el servicio y cuatro cuartos de baño.

El contrato de alquiler a largo plazo estaba a nombre de una entidad llamada Fondo Bambridge, a quien representaba un bufete de abogados de Edimburgo que pagaba la renta completa del año cada uno de enero. También pagaban los servicios regulares de limpieza y mantenimiento y aportaban diez mil libras al año a English Heritage; aparte de lo cual, los administradores de English Heritage no sabían nada del Fondo Bambridge, ni les importaba.

A las seis y media de la tarde, vestido con un traje bien cortado por un sastre de Savile Row, Saint-Sylvestre llegó en metro a la estación de Hyde Park Corner, caminó por Picadilly hasta Old Park Lane y llegó de nuevo a la entrada principal del edificio de Grantham Place. No había cambiado nada desde su primera visita. Se agachó, fingiendo atarse el cordón del zapato; volvió a bajar por Old Park Lane y entró en un *pub* que tenía el nombre poco imaginativo de la Rosa y la Corona. Tomó una mesa desde la que se dominaba la calle por el gran ventanal. Pidió una Heineken y una empanada de carne y riñones con patatas fritas y se dispuso a esperar.

A las seis cuarenta y cinco abrió el desfile su señor X, seguido nada menos que de François Nagoupandé con uniforme de general de brigada. El señor X y el que fue exvicegobernador a las órdenes de Amobe Limbani llegaron acompañados en el coche por dos guardaespaldas. Veinte minutos más tarde se deslizó silenciosamente por la calle estrecha un Rolls-Royce Phantom negro, y Saint-Sylvestre, estirando el cuello para ver mejor, vio aparecer a un personaje reconocible tanto por los lectores del *Times* de Londres como por los de *Country*

Life y el *Wall Street Journal*. Era Sir James Matheson, director general de Industrias y Recursos Matheson y uno de los hombres más ricos del mundo.

Veinte minutos más tarde, Konrad Lanz se bajó de un taxi ante el edificio de Grantham Place. Saint-Sylvestre pensó que se estaba reuniendo un grupo abigarrado de brujos alrededor del caldero de Kukuanaland. Nagoupandé era el más interesante de todos. Kolingba lo despreciaba, cosa inevitable; pero desde que Kolingba había tomado el poder, Saint-Sylvestre se había esforzado mucho por localizarlo, sin conseguirlo. Para ser un torpe burócrata y un bufón, como lo calificaba Kolingba, Nagoupandé había dado muestras de una habilidad sorprendente para mantenerse oculto.

La participación de Nagoupandé en la reunión de aquella noche confirmaba todo lo que había pensado Saint-Sylvestre. Matheson habría descubierto algo en alguna región periférica del país, y para hacerse con ello estaba dispuesto a pagar lo que hiciera falta para derrocar a Kolingba y poner en el poder a Nagoupandé. El policía secreto se preguntó por un instante, y no por primera vez, si llevar demasiados secretos en la cabeza, como los llevaba él, no acarrearía inevitablemente consecuencias autodestructivas.

Saint-Sylvestre sabía que, si se permitía a Nagoupandé hacerse con el poder, la escoba del nuevo dictador barrería todo el país, hasta los últimos rincones. Quizá fuera mejor lo malo conocido que lo bueno que se podía llegar a conocer. Saint-Sylvestre seguía estando en el bando de Salomón Kolingba, al menos de momento.

Después de haberse tomado varias pintas, haciéndolas durar, Saint-Sylvestre salió de aquel *pub* ruidoso y se instaló en la terraza del café del casino Rendezvous Mayfair, que estaba un poco más allá, en la misma calle. Grantham Place quedaba cerrada por la fachada posterior de un edificio en Brick Lane; si salían del edificio los vería sin falta.

A las once y media salieron de Grantham Place Nagoupandé y sus guardaespaldas, sin el señor X. Lanz salió media hora más tarde, y quince minutos después apareció el Rolls-Royce en el que iban el señor X y Sir James Matheson. El piso debía de haber quedado vacío; pero Saint-Sylvestre esperó otra media hora para asegurarse. A la una menos cuarto de la madrugada dejó por fin el café, recorrió media manzana y entró en Grantham Place.

Sabía que entrando por la puerta cochera que daba a Old Park Lane había una portería; pero por la entrada de Grantham Place había una verja de hierro forjado de tres metros de alto, con volutas y rematada con puntas de lanza. La

cerradura con llave de hierro del portón se había sustituido por una moderna con llave Yale. Saint-Sylvestre se sacó del bolsillo su ganzúa eléctrica tubular y una llave de torsión y encajó esta en la cerradura, presionando el bombín.

A continuación, insertó la ganzúa en el extremo del aparato eléctrico, pulsó el botón tres o cuatro veces para alinear las guardas e hizo girar la llave de torsión hacia la izquierda. El portón se entreabrió. Saint-Sylvestre volvió a guardarse en el bolsillo la ganzúa eléctrica y la barra de torsión, abrió el portón del todo y pasó al patio interior, que estaba desierto. Caminó hasta la puerta de entrada interior y repitió el proceso con la ganzúa eléctrica, después de haberse cerciorado de que tenía vía libre.

Tras guardarse de nuevo el pequeño aparato, subió tres escalones y recorrió un corto pasillo que daba al zaguán donde estaba el ascensor. Tras una mesa elegante, reproducción de estilo Luis XV, estaba sentado un guardia de seguridad de aspecto soñoliento que leía el *Daily Mirror*. Cuando apareció Saint-Sylvestre, el hombre asomó la cabeza por encima del periódico y lo miró fijamente.

—Su señoría se dejó olvidadas las gafas de cerca —le explicó Saint-Sylvestre con una sonrisa. El guardia de seguridad asintió con la cabeza y siguió leyendo su periódico. Saint-Sylvestre entró en el ascensor vacío y subió al segundo piso. A los pocos momentos había conseguido abrir la cerradura del piso número seis y pasó al interior.

El piso era amplio, tal como se había apreciado en el plano, y estaba amueblado en un estilo ultramoderno y anónimo que no decía nada de las personas que lo usaban. Los únicos indicios de que había estado ocupado recientemente eran la colilla de un puro fumado recientemente, en un enorme cenicero de vidrio tallado, en el cuarto de estar, y algunos vasos con restos de bebidas alcohólicas que se habían metido en el lavaplatos de la cocina.

Cabía suponer que los limpiadores darían un repaso al piso antes de que este se usara de nuevo. Tuvo la impresión de que se había esforzado en vano. Revisó todas las habitaciones sin encontrar nada. Por último, abrió las puertas con celosía del armario empotrado para abrigo de la entrada y encontró un único objeto fuera de lugar, además de percibir el aroma de una cara loción para después del afeitado.

Si no le engañaba la memoria, la loción era una que había creado el sultán de Omán en los años 60 y que se llamaba Amouage Die Pour Homme. Seguramente la habrían comprado para impresionar a Nagoupandé, pues costaba de doscientos

a trescientos dólares la onza. Pero el objeto que había despertado su interés era una tarjeta de visita comercial: Leonhard Euhler, Gesler Bank, 11 Rathausgasse, Aarau, Suiza.

CAPÍTULO 18

Remaron hacia el oeste, dejándose impulsar por la corriente. Las canoas iban atadas proa con popa, aprovechando las ranuras horizontales que servían para llevarlas por tierra para salvar desniveles fuertes. Cuando se avivó la corriente, a Holliday le pareció que el río se estrechaba y que las orillas eran de piedra, en lugar de las playas cenagosas de poca altura que habían predominado hasta entonces. Había menos remansos y menos aguas quietas, y ningún cocodrilo; el agua era demasiado agitada para ellos, y allí encontrarían poco que comer.

Hasta el sonido del río era distinto, más hondo y más fuerte, un rumor cuyo eco les devolvían las colinas que empezaban a aparecer entre la jungla. Cuando el sol salió a sus espaldas, por la mañana del día posterior a aquel en el que habían visto a los niños guerreros, Holliday advirtió a lo lejos la luz mágica y resplandeciente de un arco iris.

—Catarata al frente —gritó, volviendo la cabeza para advertir a Rafi y a Peggy, que iban en la canoa posterior—. En cuanto vea un lugar adecuado, bajaremos a tierra y exploraremos.

Como no había manera de saber en qué orilla tomarían tierra, Holliday y el capitán Eddie siguieron adelante por el centro del río, sintiendo a cada golpe de remo que la corriente se avivaba.

A los quince minutos, Eddie señaló con su remo empapado la orilla de estribor y gritó:

—¡Ahí!

Holliday vio el punto que había señalado Eddie, a la derecha, casi doscientos metros por delante: era una mancha pequeña de color verde claro, solo un poco más claro que el follaje que la rodeaba. Holliday clavó el remo en el agua por babor; la proa de la canoa delantera giró, y fueron saliendo poco a poco de la

corriente central. Eddie y Holliday remaban con fuerza, y Rafi y Peggy los imitaban. Cuando se aproximaron a la pequeña playa, Holliday echó la mano atrás y tiró del lazo que soltaba el cabo que unía a las dos embarcaciones rudimentarias. Ambas canoas llegaron a un remanso apenas visible de aguas más tranquilas y tocaron fondo sobre la arena gruesa.

Holliday y Eddie se bajaron de la primera canoa y tiraron de ella para dejarla embarrancada en la orilla. Hecho esto, los dos hombres se dejaron caer en la arena para tomarse un respiro que les hacía mucha falta. Desde allí oían el retumbar lejano y constante de la catarata.

—No somos los primeros que paramos aquí —dijo Eddie, rebuscando entre las altas hierbas del borde de la franja estrecha de arena, mientras Rafi y Peggy sacaban del agua por completo su canoa. El cubano enseñó una lata verde y aplastada de refresco Sparletta.

—¿Los críos soldados? —dijo Peggy.

—¿Los niños? Sí —asintió Eddie.

—Me pregunto para quién iban a luchar —dijo Holliday.

—Es de esperar que para Kolingba, o para algún enemigo suyo —dijo Rafi, encogiéndose de hombros.

—Puede que no fueran a hacer más que una incursión —dijo Eddie—. Las fronteras no significan nada para ellos. Podrían estar de... ¿cómo se dice en su idioma? Reclutamiento. Van a las aldeas, se llevan a los niños. Si los padres protestan, los matan. A veces los matan aunque no protesten.

—No me importa lo que estén haciendo —dijo Holliday—. La cuestión es: ¿cómo podemos evitarlos? Ahora mismo estamos atrapados. Los tenemos por delante y por detrás.

—Podríamos esconder las canoas y esperar a que hayan pasado los que tenemos detrás, y después volvemos río arriba.

—Tendrán exploradores por tierra, además de en canoas. La selva es su hogar. Nos encontrarían casi con toda seguridad —dijo Eddie.

—No podemos saber cuánta ventaja nos llevan —dijo Holliday—. Ni si habrán llegado ya a su destino.

—¿Cómo podríamos saberlo? —preguntó Peggy.

—Para empezar, debemos transportar las canoas por tierra hasta más abajo de las cataratas. Puede que hayan dejado algún rastro —el cubano levantó la lata—. Un rastro de Sparletta, como los dos niños del cuento de la bruja y su casa de pan de jengibre.

—Hansel y Gretel —apuntó Peggy, riéndose.

—Sí —asintió Eddie—. La cuecen en el horno, ¿verdad?

—Verdad —dijo Holliday, muy serio—. Y eso es lo que nos harán a nosotros esos críos con sus AK-47 si nos atrapan. Rafi y yo veremos a qué distancia está la catarata. Peggy, tú quédate aquí con Eddie; cubridnos las espaldas. Descargad, quizá, algo de material de las canoas para aligerarlas.

—Eso haremos —dijo Peggy.

Holliday y Rafi siguieron la senda estrecha que se adentraba en la selva. Estaba claro que había servido desde hacía mucho tiempo para transportar las canoas por tierra: había troncos, algunos de ellos viejos y podridos, semienterrados entre el suelo oscuro y fértil, a intervalos de unos dos metros, para deslizar por tierra las canoas con mayor facilidad. Mientras bajaban por la senda, en los árboles que los rodeaban se despertaba un guirigay de chillidos y parloteos de animales que se avisaban mutuamente de la presencia de posibles depredadores. Estos gritos de advertencia tenían como fondo la banda sonora caótica habitual de la selva: el susurrar de la brisa por las altas copas de los árboles, los chirridos espectrales de los insectos que buscaban pareja, y los pasos y roces apenas perceptibles de otras criaturas que trepaban y bullían por los árboles y que perforaban el suelo.

—Nunca hay silencio, ¿verdad? —dijo Holliday.

—Es inquietante —dijo Rafi con voz tensa—. Sobre todo cuando te paras a imaginarte todos los seres vivos que te rodean y lo fácil que les resultaría comerte para almorzar, a la menor ocasión. Esta mañana, cuando me he despertado, he visto en el palo de la tienda un ciempiés que debía de medir quince centímetros, por lo menos. Son repelentes, y además pican. Supongo que lo mío es el desierto —concluyó, sacudiendo la cabeza.

—Claro —dijo Holliday con humor—. Lo tuyo es el desierto, siempre que tengas a mano el Aroma Espresso Bar de la universidad para tomarte un Venti Caramelo Macchiato revuelto, con extra de salsa de caramelo y *toffee nut* en vez de vainilla.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó Rafi, un poco picado.

—Peg hace una imitación de ti pidiendo un café que dura unos cinco minutos. Parece tomada de un viejo episodio de *Frasier*, solo que en hebreo.

—Vale, al menos yo no lloriqueo porque hayan cerrado todos los Starbucks de Israel.

—Eso nunca lo he entendido —dijo Holliday—. Starbucks es como la peste.

Está en todas partes, menos en Israel.

—El poder secreto del cártel del café vienés —dijo Rafi.

La senda concluyó y salieron a una losa de piedra que tenía el tamaño de media manzana de casas. En el río, ante ellos, había una sucesión de rápidos violentos y traicioneros que nadie en su sano juicio intentaría sortear en una embarcación.

—No es precisamente la visión del Edén de tu templo perdido —dijo Holliday.

—Es demasiado pronto para que hayamos llegado a las cataratas de Kazaba —dijo Rafi—. Todavía nos falta mucho camino.

Las aguas profundas y espumantes al pie de los rápidos se abrían para formar un lago brumoso de trescientos metros de diámetro, rodeado de juncos, que desaguaba en el río de orillas bajas que proseguía por fin a lo lejos. La selva era como una alfombra ininterrumpida y ondulada de amarillos y verdes que se extendía hasta el horizonte. Holliday empuñó los prismáticos militares que había tomado al equipo de asaltantes y miró río abajo. Percibió algunas volutas finas de humo blanco grisáceo que ascendían de la selva a media distancia, cerca del río sinuoso. Era o bien una aldea fluvial o el campamento de los niños soldados. En aquel punto parecía que el río tenía menos de sesenta metros de ancho. No tenían la más mínima oportunidad de pasar de largo por la orilla opuesta sin ser vistos. Entregó los prismáticos a Rafi.

—Puede que no sea más que una aldea, aguas abajo —apuntó el arqueólogo.

—Lo dudo. Ese humo está a unos ocho kilómetros. Los críos soldados nos sacan día y medio de ventaja. Si siguieran embarcados, habrían asaltado la aldea, y veríamos mucho más humo. Si no han asaltado la aldea, eso significa que están en algún lugar de la selva entre aquí y allí.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Peggy cuando estuvieron todos reunidos.

—Nos quitamos de encima las canoas y todo lo demás que no podamos llevar a cuestas —dijo Holliday—. Nos llevamos las tiendas, la comida seca y las armas. Nada más.

Peggy y Rafi empezaron a revolver el contenido de las mochilas mientras Eddie se llevaba aparte a Holliday.

—Esos hombres que nos atacaron junto al río tenían granadas, ¿no?

—Así es —dijo Holliday—. Dos de los hombres tenían media docena cada uno.

—Necesito cuatro —dijo Eddie—. Y varios vasos de plástico de esos.

—¿Para qué?

—Un regalo de bienvenida para cuando lleguen aquí nuestros amigos, sean quienes sean —dijo, señalando río arriba con el pulgar.

—¿Un regalo de bienvenida?

—De bienvenida y de despedida —dijo Eddie con una sonrisa.

—Hola y adiós —el cubano rio—. El «hola» será explosivo; el «adiós» será el canto de mis ángeles. *¿Lo captaste, mi amigo?* —concluyó en español.

—*Lo entiendo, amigo* —respondió Holliday en el mismo idioma, sonriendo—. Entendido.

Jean-Luc Saint-Sylvestre no era aficionado a las montañas. Lo ponía nervioso no poder ver salir el sol sobre un horizonte, del tipo que fuera. No le gustaba en absoluto Suiza, donde se podían contemplar muy pocas salidas de sol y había montañas por todas partes.

Salió del aeropuerto de Heathrow de madrugada; tras aterrizar en Ginebra tomó el tren de las once treinta a Zurich, y llegó a esta ciudad a las dos y media justas de la tarde. Alquiló un VW Passat en Europcar y recorrió por carretera los cuarenta kilómetros que separaban Zurich de Aarau, una población de diecisiete mil habitantes a ambas orillas del río Aar, al pie del macizo del Jura. Era el prototipo del pueblo suizo típico.

Saint-Sylvestre almorzó cordero con fideos al huevo en el restaurante Laterne, en la Rathausgasse, y recorrió dos manzanas hasta llegar al número once de esta calle, la dirección que había visto en la tarjeta de visita.

El Gesler Bank tenía su sede en un edificio pequeño y discreto de color gris, con ventanas pequeñas protegidas por contraventanas y puerta de entrada de bronce rematada en arco. Ni siquiera había una placa que anunciara la actividad que se desarrollaba en el edificio; solo un número 11 tallado sobre la puerta. Pero sí había una cámara de circuito cerrado de última generación montada en un soporte en el arco de la entrada y dirigida de modo que recogiera la imagen de cualquiera que pulsara el botón blanco de porcelana que estaba en un lado del marco de la puerta. Saint-Sylvestre pulsó el botón, haciendo caso omiso de las cámaras. Hubo una breve pausa, y la puerta de bronce hizo clic y se entornó

levemente. Saint-Sylvestre pasó al interior y la puerta se cerró a su espalda. Se encontró en un portal de seguridad cerrado por cristales; estaba completamente rodeado de cristales, del suelo al techo, con la puerta de bronce a su espalda. Veía a través de los cristales un pequeño recibidor con las paredes revestidas de madera y adornadas con cuadros al óleo, todos retratos. Tras una mesa pequeña estaba sentado un guardia vestido con un elegante traje a rayas finas. El guardia se inclinó hacia delante y habló por un micrófono.

—*Ihr Unternehmen wenden, Sie sich bitte* —dijo la voz por un altavoz que estaba por encima de la cabeza de Saint-Sylvestre.

—He venido a ver a *herr* Leonhard Euhler —respondió Saint-Sylvestre en francés.

El hombre que estaba tras la mesa respondió sin titubear en claro francés con acento de París.

—¿Para qué asunto quiere ver a *herr* Euhler?

—Para un asunto privado. He venido con la autoridad del Gobierno de Marruecos.

—Un momento —dijo el guardia, todavía en francés. Sin perder de vista a Saint-Sylvestre, que seguía en el portal de seguridad, se llevó la mano al cinturón y tomó un pequeño intercomunicador de mano; lo pulsó y recibió una respuesta que Saint-Sylvestre no entendió.

—Bajaré ahora mismo —dijo el guardia.

En alguna parte de la cabina de cristal sonó un zumbido que Saint-Sylvestre supuso que procedería de un detector de metales incorporado. A los pocos momentos se abrió una puerta estrecha de ascensor en la pared de detrás del guardia y apareció un hombre delgado de unos cincuenta años.

Era de estatura media y llevaba traje oscuro, camisa azul clara y corbata de color rojo vivo. Sus zapatos parecían caros. Mientras cruzaba la recepción, Saint-Sylvestre vio que tenía el rostro redondo, frente ancha, cabello ralo y un grueso bigote tipo cepillo de dientes que le cubría el labio superior, ocultándole en parte su ancha sonrisa. Llevaba unas elegantes gafas redondas de plástico negro. Parecía más bien un burócrata homosexual británico de edad madura que un banquero. Los gemelos de diamantes, la corbata de seda y las uñas brillantes y bien cuidadas le daban un aspecto un poco afectado.

El portal de seguridad se abrió sin ruido y Saint-Sylvestre salió.

—Soy el doctor Euhler —dijo el hombre sonriente, tendiéndole la mano—. ¿En qué puedo servirle?

Saint-Sylvestre se preguntó para sus adentros por qué eran doctores todos los suizos de habla alemana. Apretó la mano que le ofrecía el otro.

—Me llamo Tarik Ben Barka —dijo en inglés, empleando el nombre que figuraba en un pasaporte que había «perdido» recientemente un visitante en Kukuanaland y que ahora llevaba la foto de Saint-Sylvestre. Se sacó el pasaporte del bolsillo interior de la chaqueta y se lo ofreció a Euhler, que lo rechazó con un gesto.

—¿Ha venido usted en nombre del Gobierno de Marruecos?

Sentía que los ojos azules claros del hombre lo miraban de pies a cabeza.

—No exactamente. Vengo en nombre de varios clientes del Banque Populaire du Maroc.

—¿Esos clientes son marroquíes? —preguntó Euhler.

—No. No lo son —dijo Saint-Sylvestre.

—Ah —dijo Euhler, asintiendo con la cabeza—. Quizá debamos proseguir la conversación en mi despacho.

Euhler condujo a Saint-Sylvestre al ascensor estrecho, pasando por delante del guardia que estaba tras la mesa. Aunque este llevaba un traje muy bien cortado, Saint-Sylvestre detectó el leve abultamiento en los hombros que delataba la presencia de una pistolera; debía de llevar una pistola ametralladora alemana MP9 u otra arma contundente de ese tipo.

El elevador estaba chapado en madera y tenía suelo de mármol. Ascendió unos segundos, y la puerta se abrió a un pasillo estrecho donde vigilaba otro guardia. Saint-Sylvestre siguió a Euhler hasta el final del pasillo. El banquero aplicó la palma de la mano a un detector biométrico que estaba junto a la puerta y se apartó educadamente para ceder el paso a Saint-Sylvestre.

La sala más parecía un cuarto de estar victoriano que el despacho de un banquero. Las butacas estaban ornamentadas y tapizadas con terciopelo; el escritorio era gigantesco y ricamente tallado, y tras él había una vitrina en la que se exhibían las que parecían ser cerámicas antiguas. Las pinturas de las paredes representaban todas paisajes suizos barrocos que habrían gustado a Sherlock Holmes, todo prados solitarios y sierras de cumbres abruptas y rocosas.

Podía caerse a primera vista en el error de que el hombre que estaba tras el escritorio era un romántico soñador, que quizá hubiera heredado el cargo de algún pariente suyo que fuera miembro del consejo de administración del banco; y, en vista de que no llevaba alianza en el dedo anular de la mano izquierda,

sería un soltero empedernido o, más probablemente, gay, como había pensado antes Saint-Sylvestre.

Pero este no lo tenía tan claro. El caso era que Euhler, gay o no, le daba la impresión de que estaba representando un papel pero que, al mismo tiempo, detrás de aquella máscara alegre y sonriente, su mente funcionaba cuidadosamente, evaluando y calculando, pensando cada movimiento, como un maestro del ajedrez.

—¿Es usted musulmán, señor Ben Barka? —le preguntó Euhler.

—¿Por qué me lo pregunta? —repuso Saint-Sylvestre, un poco desconcertado.

—A estas horas me suelo tomar un café y licor. No quisiera ofenderle ofreciéndole alcohol.

—Muy considerado por su parte —asintió Saint-Sylvestre—. Pero yo practico la religión lemba. Un café y una copa me sentarían muy bien, gracias.

Euhler esbozó una gran sonrisa y pidió café por el intercomunicador; acto seguido, se levantó y se dirigió a un armario que estaba al otro lado de la sala. Saint-Sylvestre advirtió por primera vez que no se oía el ruido de la calle por la ventana de Euhler, y se le ocurrió que esta estaría blindada.

—¿Un *kümmel*? —propuso Euhler, mostrándole una botella del licor aromatizado con alcaravea y cominos.

—Desde luego —asintió Saint-Sylvestre.

Llegó el café, que trajo un secretario en una bandeja de plata con servicio de plata y tacitas pequeñas de porcelana. El secretario salió del despacho y Euhler volvió a su escritorio con los licores en sus copitas de cristal de roca. Realizó entonces el ritual de servir el café y ofreció a Saint-Sylvestre azúcar, que este aceptó, y crema, que rechazó.

Saint-Sylvestre probó el *kümmel* mientras Euhler se recostaba en su ridículo sillón de oficina tapizado en terciopelo.

—Y bien, hableme de esos clientes suyos —dijo Euhler con una sonrisa agradable bajo su bigote.

—Quisieran abrir cuentas en su banco. Cuentas privadas.

—Todas nuestras cuentas son muy privadas.

—Han corrido rumores sobre la transparencia de la banca suiza, las llamadas listas negras del G-20 —dijo Saint-Sylvestre con amabilidad. Vio que Euhler se sonrojaba ligeramente.

—Y cuando terminen los gritos y se asiente la situación, verá usted que en

realidad no estamos en la lista negra de nadie, ni mucho menos en la del G-20, que tienen mucho de qué dar cuenta a su vez, me parece a mí —repuso Euhler, sacudiendo la cabeza—. El mundo se encuentra en una crisis económica terrible, y quieren echar la culpa a quien puedan. Suiza les viene bien. No es culpa nuestra que sepamos llevar las cuestiones financieras mejor que ellos. No es más que envidia, señor Ben Barka.

—¿Puede garantizar discreción absoluta a mis clientes?

—Desde luego —dijo Euhler, de manera algo pausada.

Saint-Sylvestre se permitió un largo silencio antes de seguir hablando.

—¿Es usted consciente de la situación de Cuba?

—Frágil —asintió Euhler.

—Creo que sería más exacto calificarla de explosiva —repuso Saint-Sylvestre—. La prensa occidental aplaude la apertura de mercados en el país por parte de Raúl Castro como si fuera un giro hacia la democracia; pero no lo es. Es un acto de desesperación. El país está en bancarrota y la revolución ha muerto. La generación joven ve Miami TV en televisores de pantalla gigante y funciona casi por completo en la economía sumergida. La corrupción es rampante.

Saint-Sylvestre sonrió a Euhler y se sumió un momento en sus reflexiones mientras se le formaba una idea en algún lugar de la mente. Por fin, tras aclararse la voz, citó en voz alta varios versos del poema de William Butler Yeats «La segunda venida».

A Euhler se le iluminó el rostro.

—Ah, Yeats, uno de mis favoritos —dijo con voz derretida de ternura. Recitó a su vez la estrofa siguiente, y concluyó diciendo con dramatismo—: Me temo que han vuelto esos tiempos.

Saint-Sylvestre asintió.

—Y por eso he venido aquí, naturalmente.

—¿Entiendo que sus clientes son cubanos, entonces? —dijo Euhler.

—Y lo han sido desde Angola —dijo Saint-Sylvestre—. Son hombres y mujeres con visión de futuro, la mayoría de los cuales han elegido España como destino cuando la situación se vuelva demasiado inestable en su patria.

—Sí —dijo Euhler, asintiendo con la cabeza.

—La banca española cumple la totalidad de los cuarenta requisitos del G-20 para combatir el blanqueo de dinero. El sistema bancario marroquí no los cumple. El equipo financiero del G-20 señala sus «graves deficiencias» en este sentido.

—Coladeros —dijo Euhler.

—Sí —respondió Saint-Sylvestre.

—Y Marruecos está a solo siete millas náuticas de España —añadió Euhler con una sonrisa.

—En efecto —dijo Saint-Sylvestre—. Trasladar los fondos a Marruecos es bastante fácil, pero una vez allí, mis clientes quisieran que sus fondos se invirtieran en una mayor variedad de oportunidades de las que podemos ofrecerles nosotros.

—¿Podría darme alguna idea de las cantidades de que estamos hablando? —dijo Euhler. El suizo había olfateado y le había gustado lo que olía.

—Del orden de quinientos millones de dólares, puede que más.

Lo que pretendía era situarse al mismo nivel que Matheson y la IRM.

Euhler no pestañeó siquiera.

—¿Se trata de clientes individuales, o están dispuestos a hacer inversiones conjuntas?

—Lo que sea más beneficioso —dijo Saint-Sylvestre. Estaba poniéndoselo a Euhler lo más fácil posible para que se tragara el anzuelo. Había llegado el momento de poner la guinda en el pastel.

—Si su banco atiende bien a estos clientes, quizá podamos hablar de otros negocios ulteriores. Tenemos otros clientes en situaciones similares a los que podría convenir un perfil de inversiones más amplio.

—Eso me resulta extremadamente interesante, señor Ben Barka —afirmó Euhler—. Quizá pudiésemos seguir debatiéndolo esta noche si cenamos juntos.

—Me encantaría —dijo Saint-Sylvestre—. Y, por favor, llámeme Tarik.

—Y yo soy Leonhard —dijo el banquero, sonriente—. Pero mis amigos me llaman Lenny.

Abrió un cajón de su escritorio, sacó una tarjeta y escribió algo con una pluma estilográfica que parecía cara.

—En mi trabajo me trato con pocas personas cultas —dijo Saint-Sylvestre con un suspiro. Estaba poniendo la zanahoria delante del banquero—. Desde luego, ninguna capaz de recitar a Yeats de memoria.

—Ya le dije que es uno de mis autores favoritos. En mis años de colegio escribí varios trabajos sobre él.

—Fue un profeta —dijo Saint-Sylvestre—. En algunas partes de África habrían dicho que era un *griot*, un chamán, un adivinador del porvenir.

—Ese papel parece que nos ha correspondido ahora a los banqueros —dijo

Euhler, y se rio con un sonido extraño y contenido que casi parecía una risita nerviosa. Volvió a sonreír—. ¿Cenamos juntos esta noche, entonces, y hablamos de ello?

Saint-Sylvestre sonrió. Ya no cabía duda de que el banquero quería seducirlo.

—Me parece muy bien.

—Aquí cerca hay un restaurante muy moderno. Se llama Krone, la corona. Hacen un *steak tartare* muy rico, si le gustan esas cosas.

—Mucho —respondió Saint-Sylvestre, a pesar de que le repugnaba la carne cruda.

—Vivo en Zurich, pero tengo un *pied-à-terre* en Aarau, en la Delfterstrasse.

—Como la porcelana —dijo Saint-Sylvestre, señalando con la cabeza la vitrina ornamentada.

—Ah, sí —dijo Euhler, sonrojándose un poco—. Es un pequeño *hobby* mío.

Le entregó la tarjeta, en la que había escrito: *Delfterstrasse 42, apartamento 709*.

—Podemos quedar en el restaurante, ¿digamos a las siete? Después, quizá podríamos tomarnos una copa en mi apartamento.

—Estupendo —dijo Saint-Sylvestre—. Nos vemos a las siete. Podremos proseguir nuestra conversación.

—Y lo que salga —dijo Euhler, con expresión de deseo en la cara redonda y sonriente.

Se había tragado la zanahoria, el gusano, el anzuelo y el sedal. Ya solo le faltaba el palo.

CAPÍTULO 19

Después de haber escondido las canoas en las profundidades de la selva, bajaron de nuevo por la senda hasta la gran plataforma de piedra y prosiguieron por un sendero estrecho que descendía hacia las aguas profundas en la base de los rápidos. A los cuarenta metros encontraron el viejo punto de reembarque: un diente de piedra delgado; un saliente desgastado por mil sogas empleadas para descolgar las canoas al curso del río, que estaba mucho más abajo.

A pocos pasos de distancia había una enorme anilla de hierro clavada en la pared rocosa del acantilado, de la que se habrían servido en épocas posteriores los viajeros que descolgaban sus embarcaciones río abajo. Allí encontraron más latas de refrescos y una zapatilla deportiva abandonada, con la lona podrida y la suela de goma lisa por el uso y llena de agujeros irregulares. Peggy se detuvo a tomar una foto de la zapatilla vacía, y Holliday comprendió que a su joven prima se le clavaba en el alma aquella imagen.

—Es interminable —dijo Peggy en voz baja, contemplando la inmensa extensión del valle que surcaba el río como una arteria oscura—. Todo el continente se va a destrozar a sí mismo con los genocidios, la corrupción y la codicia. Si es el continente negro, no es porque sus gentes tengan la piel negra, sino porque nadie de fuera es capaz de ver dentro de su corazón.

—Es como Afganistán —dijo Holliday, que se había puesto de pie a su lado—. He pensado muchas veces que los sitios así, lo mejor es dejarlos en paz. Tienen sus leyes propias, su cultura propia y su forma de vida propia, y nosotros se la hemos quitado y les hemos dado a cambio camisetas de los Chicago Bulls. Ven nuestra televisión, ven nuestras vidas, y no pueden tenerlas, y eso los consume como una úlcera. Por eso tenemos guerras y revoluciones: por pura envidia.

—Eres bastante filósofo para ser un soldado veterano —dijo Peggy.

Holliday le respondió con una sonrisa muy leve:

—Cuando a un guerrero le viene a la cabeza un pensamiento filosófico, puede ser para él una sentencia de muerte. Si piensas en la guerra, ya no puedes combatir; porque, cuando piensas a fondo lo que es la guerra, comprendes que no hay buenos motivos para hacerla.

—Un poco simplista, ¿no? —preguntó Peggy.

—A pesar de lo que te dicen los políticos, las guerras son una cosa sencilla. Quieres lo que tiene el otro. Vaqueros de Louis Vuitton, bolsos de Gucci, gasolina... cualquier cosa que se te ocurra, estás dispuesto a matar para conseguirla. Los cazas invisibles y los submarinos con cabezas nucleares no son bazas diplomáticas; en realidad, son la versión moderna del garrote del hombre de Neanderthal. Los fabricantes de garrotes quieren que hagas la guerra para vender muchos garrotes, y por eso te están cuchicheando constantemente al oído que su garrote es mejor que el de los otros, y así sucesivamente.

—Pero... ¿niños? —dijo Peggy—. Es repugnante.

—¿Quién es la simplista ahora? —repuso Holliday—. En el siglo x se consideraba que la edad ideal para contraer matrimonio eran los doce años. En la época vikinga, si tenías edad para sostener una espada y un escudo de guerra, eras hombre. Apuesto a que ese tal Waldo Hiendesesos al que seguimos los pasos no tenía más de veinte años. La edad media de los chicos que luchaban en Vietnam era de diecinueve o veinte años; la de los que combaten en Irak o en Afganistán es todavía menor.

—¿Habla así constantemente? —preguntó Eddie a Rafi mientras descendían por el sendero.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Holliday a su vez.

—Suena usted como *el Comandante* pronunciando uno de sus discursos en la Plaza de la Revolución de la Habana —dijo el cubano, y se rio—. Repartían a la gente almuerzos y cerveza para que lo escucharan durante cinco horas seguidas, hasta seis a veces. Se podía hacer una comida, un pícnic como dicen ustedes. Aquel hombre era capaz de hablar indefinidamente... el embargo por aquí, el embargo por allá... el embargo era el diablo en persona. La verdad era que tenía mucha gracia.

—Lo que quiere decir es que estás haciéndolo otra vez, Doc —dijo Rafi.

—¿Haciendo qué?

—Impartiendo una clase —dijo Peggy, risueña—. Estás de nuevo en la academia militar de West Point, ante un aula llena de cadetes veteranos de cuarto curso, dictando la ley según el teniente coronel John «Doc» Holliday, de los Army Rangers de los Estados Unidos.

Doc se rio de sí mismo.

—Supongo que estaba haciendo eso, precisamente —dijo.

Era cierto. Echaba de menos la enseñanza, ver cómo iban aprendiendo sus chicos para que un día pudieran ir a luchar bien y salir ilesos al final, gracias a él quizá, aunque solo fuera porque les había enseñado un poco.

Siguieron adelante por el sendero largo, empinado y sinuoso que bajaba por la escarpadura rocosa. A su izquierda retumbaban las cataratas; a su derecha se alzaba la selva como un muro. Holliday visualizaba la pintura mural de la tumba del templario y admiraba esa aura etérea, casi de otro mundo, que había visto el artista mil años atrás y que ahora resultaba igualmente visible.

Holliday había leído de niño *El mundo perdido*, de Conan Doyle, y también unos cómics extraños, que nunca llegaron a ser muy populares, que se llamaban *Turok, el guerrero de piedra*, protagonizados por dos jóvenes indios americanos atrapados en un valle de dinosaurios; y tuvo, no por primera vez desde el comienzo de la expedición, aquella sensación extraña de que el pasado y el futuro se tocaban entre sí de alguna manera.

Mientras descendían por el camino al fondo del valle, se preguntó por un momento si no sería lo mejor para él quedarse en aquel pasado. Hubo un tiempo en que le parecía que el deber y el honor formaban parte de su vida, así como el sano orgullo de hacer bien las cosas; pero ahora tenía la impresión de que todo aquello le había desaparecido y de que no era probable que le volviera a aparecer a corto plazo.

Entonces, ¿qué había sido de Lucio Gelio Públícola, general caído en desgracia al que habían enviado a una misión suicida para que reabasteciera las arcas militares de Marco Antonio? ¿Había creído que podría comprar de nuevo su honor perdido si regresaba cargado de riquezas de aquel valle perdido en la jungla? ¿Y de Ragnar Hiendecráneos y sus hombres, que habían hecho el mismo viaje novecientos años más tarde, en busca del tesoro de la XVIII legión desaparecida y de su jefe desesperado y fracasado?

Y ¿qué había sido de Roche-Guillaume, el Templario Perdido, que había llegado allí trescientos años después de Ragnar y que había sido un hombre muy parecido a Holliday en muchos sentidos, que tenía más de historiador que de

soldado-caballero, dado a la filosofía y a la curiosidad a partes iguales? ¿Qué había sentido al ver y al sentir todas aquellas cosas, al asomarse a aquella losa rocosa que ahora estaba sobre sus cabezas, al contemplar ese arco iris intemporal y al preguntarse si lo conduciría a los tesoros de Salomón?

¿Y si todo aquello no eran más que las fantasías de alguien? ¿De Roche-Guillaume, que soñaba con un lugar cuya existencia conocía, pero que había sido incapaz de reconocer su fracaso? ¿Y si estaban corriendo unos peligros que podían ser mortales, por una mera fantasía de setecientos años atrás?

Eddie llegó al fondo el primero, seguido de cerca por Holliday. Se apreciaban claramente las huellas que habían dejado los niños soldados al empujar sus canoas entre las hierbas altas, buscando un lugar más seguro que junto a las cataratas, y una segunda senda, estrecha e irregular, que debían de usar los animales.

Había hojas y ramas rotas a la altura de las rodillas y montículos de estiércol de jabalí aquí y allá. El punto de reembarque de los niños soldados no les servía, por lo que Holliday avanzó algunos pasos por la senda de los jabalíes. Hasta entonces no se había topado con ninguna de aquellas criaturas, pero se alegraba muchísimo de que se hubieran traído un par de las lanzas afiladas que habían construido, sin olvidar el enorme cuchillo de Eddie.

—Más vale que venga a ver esto, amigo —dijo Eddie, que volvía de la base de las cataratas. Tomó a Holliday del brazo y señaló algo.

—Dios mío —susurró Holliday, sintiendo que le inundaba el corazón una oleada de adrenalina y que se le acumulaban las lágrimas en el borde de los ojos. El pasado le salía al encuentro, en efecto.

—¿Qué es? —dijo Rafi cuando Peggy y él se reunieron con ellos.

Los símbolos estaban tallados en surcos de más de dos centímetros de profundidad sobre la superficie de una roca inmensa que se habría despeñado por las cataratas hacía milenios. El que había grabado aquellos símbolos quería que perdurasen allí para siempre.

ƒ ᚠ ᚢ ᚦ ᚨ ᚱ ᚷ ᚹ ᚻ ᚾ

—Son runas, un sistema de escritura nórdico antiguo. Es un «aquí estuve yo» de hace mil años. Nuestro amigo Ragnar Hiendecráneos quiso dejar un grafiti.

—¿Las sabe leer? —preguntó Eddie a Holliday.

—Solo un par de ellas. La última representa a Tor, dios principal de los vikingos; la que parece una R significa «viaje». Creo que es algún tipo de oración de acción de gracias por haber llegado hasta aquí.

—Amén —dijo Eddie.

—*Arne Saknussem* —susurró Holliday.

—¡Sí! —exclamó Eddie, sonriente—. ¡Mi padre me leyó ese libro cuando era niño: *Viaje al centro de la Tierra!* Ese tal Saknussem era un alquimista, ¿verdad?

—Así es —asintió Holliday.

—Eran como estos, creo... los símbolos que grabó y que conducían a los otros al centro de la Tierra —dijo, señalando las runas talladas en la piedra negra y húmeda.

—Un buen padre —dijo Holliday. No recordaba que el borracho de su padre le hubiera leído un libro jamás.

—Sí que era un buen hombre —dijo Eddie con añoranza.

Rafi estaba contento como un niño.

—¡Es maravilloso! —decía—. ¡Las runas demuestran perfectamente mi teoría!

Pasaba los dedos por las hondas ranuras talladas en la piedra oscura. Se volvió hacia Peggy.

—Haz una foto —le pidió con impaciencia—. Esto dejará a muchos sin habla, allá en la universidad.

Peggy se sacó la Nikon de la mochila, y Rafi posó con orgullo junto a los símbolos tallados, como si fuera a hacerse una de esas fotos clásicas de los safaris con el pie sobre la cabeza de un animal muerto.

—Para la posteridad —dijo Rafi, sonriente—. Y para las páginas del artículo que pienso publicar en *Qedem*.

—Quizá debieras sacar en la foto también a Eddie, ya que fue él el que lo encontró —dijo Holliday—. Y citarlo en el artículo, de paso.

—Ah, sí, claro, me parece bien —dijo Rafi, poniéndose un poco más serio—. Vamos, Eddie, venga aquí.

—No, gracias, mi amigo, esto es cosa de usted. No quiero entrometerme. Solo lo vi por casualidad.

—¿Está seguro? —dijo Rafi, sin gran convencimiento.

—Estoy seguro, absolutamente —dijo el cubano, sonriente.

Peggy hizo varias fotos encuadrando a Rafi, y una docena más de primeros

planos de la inscripción, procurando que se marcara al máximo el contraste de sol y sombra en los símbolos tallados. Cuando hubo terminado, siguieron bajando por el estrecho sendero antiguo de jabalíes que se adentraba más en la selva. Rafi y Peggy iban en cabeza.

—Debería haberse hecho usted la foto —dijo Holliday—. Lo cierto es que lo encontró usted.

—Fue por casualidad, doctor. A él le corresponde la aventura, la ciencia de todo esto; vamos a dejársela. Al fin y al cabo, nosotros tenemos más suerte.

—¿Qué quiere decir?

—A Rafi le interesan las fechas, los reyes y el carbono catorce; a nosotros, el relato, la narración. Rafi toma notas en sus cuadernos; nosotros lo sentimos en los corazones. ¿No es cierto que esta imaginación, que este romance, es nuestra alegría y nuestra tragedia?

—Debería haber sido usted poeta, Eddie, en vez de soldado.

—Todos los cubanos somos poetas, amigo —dijo el hombretón, soltando una risa amarga—. Tienes que serlo, cuando solo te pagan cinco pesos por semana.

Siguieron caminando hasta que vieron que Rafi y Peggy se detenían ante un lugar donde la tierra estaba muy levantada y hozada. Había algunas huellas de pezuñas hendidas, así como de pies humanos pequeños y descalzos. Aunque el terreno estaba seco, su superficie agrietada y revuelta indicaba que había servido de revolcadero de barro de los jabalíes, para los que aquel sendero servía de vía principal para moverse por la selva. Las huellas infantiles les indicaban, a su vez, que seguían de cerca a los niños soldados.

—Quizá debiéramos desviarnos —propuso Rafi.

—La selva es demasiado espesa. Esta no es una selva húmeda con cubierta vegetal alta. Este es el único camino, de momento.

Siguieron avanzando a lo largo de la mañana. El sendero llegaba una o dos veces al borde del agua, en puntos que debían de servir de abrevaderos a los animales que transcurrían por él, y volvía a adentrarse en la selva espesa; pero siempre se dirigía hacia el oeste. A mediodía hacía demasiado calor para andar, y cuando el sendero volvió a llevarlos al río, se detuvieron a descansar unos minutos.

De momento, no habían visto ningún indicio de los niños soldados. Llevaban comida seca de las provisiones del equipo que les había atacado; pero a ninguno le apetecía gran cosa un strogonof de ternera deshidratado, ni una hamburguesa con queso seca, hecha con «auténtico» vacuno picado. Holliday les consintió que

encendieran una hoguera pequeña, a condición de que fuera con leña bien seca y no hiciera humo, y Eddie volvió a bajar al río con su lanza para probar suerte de nuevo. Rafi dormía; Holliday cuidaba del fuego, y Peggy salió en busca de temas para hacer fotos.

—No vayas muy lejos —le advirtió Holliday—; quizá tengamos que levantar el campo a toda prisa.

—Sí, señor jefe —dijo Peggy, sonriendo y haciendo un saludo militar burlón.

A los pocos minutos, Holliday oyó la risa familiar de su prima, que volvió a aparecer poco después, con la Nikon al hombro y sujetando algo entre las manos. Holliday atizó el fuego con una ramita para que no se apagara y se incorporó.

—¿Qué llevas allí, nena?

—¡Un bebé! —dijo Peggy, risueña.

Cuando se acercó Holliday, la muchacha entreabrió las manos y le mostró lo que había encontrado.

—¡Ay, mierda! —musitó Holliday.

—¿Qué es? —dijo Peggy, sobresaltada ante aquella reacción.

—¡Suéltalo!

Las pequeñas criaturas peludas que llevaba Peggy en la mano parecían un cruce entre cobayas y ardillas listadas.

—¿Qué quieres decir?

—Son jabatos, crías de jabalí, y eso significa que la madre no puede estar lejos.

—Pero...

—¡Suéltalos! ¡Ahora mismo!

Peggy se quedó paralizada; Rafi se despertó bruscamente, y oyeron un ruido que procedía de algún lugar del sendero, como el de una locomotora de vapor gigante. Una locomotora de vapor enfadada.

Rafi se puso de pie, pestañeando para terminar de despertarse.

—¿Qué demonios...?

De pronto, la locomotora profería sonidos como los de un centenar de mazos que machacaban piedras; y los sonidos se acercaban. Entonces apareció Eddie, que sonreía con orgullo y llevaba un pescado de sesenta centímetros con morro como una trompa de elefante, que sostenía por las branquias con tres dedos de la mano izquierda. En la derecha llevaba la lanza con la que había ensartado a aquella criatura sin escamas.

La jabalina llegó por el sendero a su espalda, profiriendo con toda la fuerza de sus pulmones su chillido de locomotora, pisando con firmeza el polvo con sus pezuñas afiladas y con la cabeza alta. El animal era negro con matices de color óxido en las cerdas del lomo; y desde su punto de observación, Holliday habría podido jurar que tenía los ojuelos iracundos rojos como los de un demonio. Peggy se quedó paralizada, con la vista clavada en la madre furiosa de los cerditos recién nacidos que tenía entre las manos. Parecía increíble que las crías fueran de la misma especie que aquella madre inmensa.

La madre se abalanzó sobre Peggy; al menos ciento diez kilos de furia horrible y colmilluda, con los músculos del lomo contraídos y dispuesta a atajar cualquier movimiento de su presa.

A diferencia del macho de la especie, la hembra del jabalí africano o facocero solo tenía en la cabeza protuberancias defensivas pequeñas, y prefería atacar con los colmillos y con la cabeza alta, buscando los puntos blandos a media altura, preferiblemente el vientre y la ingle.

Holliday lo veía desde un ángulo de tres cuartos, aproximadamente. Sacó la pistola que había tomado a uno de sus atacantes muertos y disparó. Acertó a la criatura en alguna parte del vientre; pero el enorme jabalí no redujo siquiera la velocidad. Ya había cubierto la mitad del claro y no había tiempo de hacer un segundo disparo. Peggy seguía paralizada en el sitio; los cochinitos chillaban entre sus manos, oliendo a la jabalina que se acercaba.

—¡Peggy! —vociferó Rafi, corriendo hacia ella. Holliday le hizo un placaje y apartó a Rafi del peligro en el mismo momento en que el pescado con trompa de elefante que había traído Eddie volaba por el aire y asestaba a la criatura un pesado golpe en un lado de la cabeza. Esta, aturdida un momento, se detuvo, tambaleante, y miró a un lado y otro mientras bramaba enloquecida.

—¡Hola! ¡Gran puerco, me cago en la leche, gordota! ¡Por aquí! —gritaba Eddie en español.

La enorme criatura lo vio, se volvió hacia él sobre sus patas delgadas y escarbó el terreno con las pezuñas agudas como navajas. Eddie apuntó a la bestia con la pesada lanza e hizo un amago de ataque. La jabalina lo atacó a su vez con la cabeza alta. Eddie esperó hasta el último momento, clavó una rodilla en tierra y fijó en el terreno la contera de la lanza, levantando esta a un ángulo no superior a los veinte grados. Asió la lanza con ambas manos y, cuando la bestia saltó sobre él, tiró de ella, dirigiendo la punta por debajo del hocico levantado, hacia los tejidos blandos del pecho del animal. El impulso hizo caer de espaldas a

Eddie, pero consiguió no soltar la lanza. La enorme criatura se arrojó hacia Eddie soltando chillidos, empujando contra la lanza, y en su intento de clavarle los colmillos solo consiguió ensartarse todavía más y producirse heridas más terribles. Murió instantes más tarde, profiriendo débiles bufidos y quejidos. La sangre caliente de la bestia empapó la camisa de Eddie y formó un charco. El olor de la criatura muerta era desagradable y penetrante.

—¿Cómo supo dónde hierla? —preguntó Holliday—. Con mi disparo ni siquiera redujo la velocidad.

Eddie se puso de rodillas trabajosamente y apartó de sí a la jabalina.

—Mi hermano mayor, Domingo, y yo los cazábamos en la granja de nuestro tío, en la provincia de Holguín —explicó.

—Supongo que nos hemos librado por poco —dijo Rafi.

—No estés tan seguro —repuso Holliday, que había oído una serie de clics metálicos que conocía bien. Todos volvieron la vista hacia él, en el momento en que salían de la selva cuatro niños de entre nueve y doce años, con rostros serios e inexpresivos y sosteniendo con gran firmeza entre los brazos sus AK-47. Holliday se los quedó mirando. Habían pasado en un abrir y cerrar de ojos del *Viaje al centro de la Tierra* de Julio Verne a *El señor de las moscas*.

CAPÍTULO 20

El restaurante Krone y su bar eran tal como los había descrito Euhler, con mucho cristal y mármol reluciente tras una fachada típica con vigas vistas de madera, en una calle llena de edificios igualmente típicos, en la que parecía que se acababa de sacar brillo hasta a los adoquines de la calle.

Lenny Euhler se había quitado el traje y llevaba ahora unos vaqueros ceñidos, mocasines y un jersey de cuello vuelto azul claro. Ya no llevaba las gafas de montura negra sino otras de color rojo vivo. Estaba sentado en la barra, tomándose un mojito e intentando aparentar aburrimiento. Ya tenía a su lado un vaso vacío y una rodaja de lima mordida.

Saint-Sylvestre se sentó junto al banquero y le dedicó la mejor de sus sonrisas. Euhler pareció aliviado, como si se hubiera estado temiendo haber perdido un negocio de quinientos millones de dólares por haberse dejado llevar por su sexualidad, supuestamente secreta, ofendiendo así a Saint-Sylvestre al mostrarle sus verdaderos colores. Saint-Sylvestre alivió todavía más al pobre Euhler poniéndole una mano en el hombro y dándole un leve apretón. Grasa y hueso. Nada de músculo. El banquero se sintió tan tranquilizado que los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Lenny! ¿Me has esperado mucho rato?

—Solo unos minutos, mi querido Tarik —respondió él, señalando el vaso vacío—. Me temo que me he adelantado un poco; pero aquí es difícilísimo encontrar mesa buena a esta hora, de modo que se me ocurrió venir antes y dar una buena propina al maître.

—No te preocupes, Lenny; te aseguro que te alcanzaré.

Un barman acudió a atenderle, y Saint-Sylvestre pidió un margarita.

—Para mantener el ánimo festivo —explicó con una sonrisa.

—Excelente —dijo Lenny, contento.

Al cabo de diez minutos de una conversación de banqueros sobre tipos de interés y los resultados mundiales de unas acciones u otras, les anunciaron su mesa y pasaron al restaurante, todo lino blanco y plata reluciente. Euhler tomó para empezar unos escalopines salteados con ensalada mesclun, y Saint-Sylvestre el ineludible *steak tartare* con una yema de huevo de color amarillo vivo posada encima. Después, Euler pidió pechuga de pollo *tandoori* con wasabi, mientras Saint-Sylvestre se tomaba una sencilla pescadilla con mantequilla de almendras, intentando recuperarse así de la ración de ternera picada sanguinolenta con su único ojo de yema de huevo. Acompañaron todo ello con varias botellas de Castanar Riserva Barrique 2005, un tinto suizo que se dejaba beber sorprendentemente bien.

A lo largo de la cena, mientras Saint-Sylvestre saboreaba el vino y Euhler lo trasegaba a grandes tragos, la conversación fue pasando de lo general a lo concreto, aproximándose poco a poco pero ineludiblemente al tema hacia el que la conducía con sutileza Saint-Sylvestre, el de las posibilidades de inversión en minerales en África. En vista de que había encontrado la tarjeta de visita comercial de Euhler en el mismo piso de propiedad anónima en el que había visto entrar a Sir James Matheson y a François Nagoupandé, parecía probable que Matheson estuviera organizando con Nagoupandé algún acuerdo de licencias de explotación de minerales a cambio de servir en bandeja al recién nombrado general de brigada la cabeza de Kukuanaland y la de Kolingba.

A la prensa mundial le resultaría un poco difícil de tragar que el golpe de Kukuanaland hubiera coincidido casualmente con el descubrimiento repentino de un yacimiento de minerales por parte de Matheson, sin olvidar que se había establecido en Westminster, a la vuelta de la esquina, un comité de investigación sobre las prácticas empresariales de este. Por todo ello, el magnate minero tenía que recurrir a los servicios de Euhler para distanciarse tanto del golpe de Estado como del hallazgo del yacimiento. La cuestión era ¿cómo?

Cuando hubieron apurado la tercera botella de vino y a Euhler se le había agudizado el tono de voz en dos octavas, Saint-Sylvestre le propuso que volvieran al apartamento del banquero para tomarse la copa prometida. Euhler estaba más contento que unas pascuas y se empeñó en pasearse por las calles adoquinadas hacia el río Aar, que daba nombre a la ciudad.

Según explicó Lenny, Aarau estaba situado en el llamado «triángulo de oro», con vértices en Zurich, Berna y Basilea, gracias a lo cual era uno de los

municipios que se desarrollaban con mayor rapidez en todo el país. También ofrecía grandes perspectivas a quienes quisieran invertir su dinero. Saint-Sylvestre le dejó bien claro que los inversores a los que representaba les interesaban los recursos naturales en general, y más concretamente el oro, la plata y el platino. Según decía Saint-Sylvestre, eran personas muy prácticas. Lenny le dedicó un guiño melodramático y le apretó el brazo con más fuerza.

—Me parece que tengo precisamente lo que te conviene, Tarik querido.

El apartamento de Euhler resultó estar situado en una pirámide escalonada blanca de hormigón, ultramoderna, que dominaba el río y las estribaciones del macizo del Jura. Para ser un *pied-à-terre* era bastante lujoso, con dos dormitorios, dos cuartos de baño completos, uno de ellos en *suite*, un cuarto de estar, un comedor y un despacho doméstico. Saint-Sylvestre observó con agrado que no se advertía ninguna cámara de seguridad, lo cual era una ventaja. No le cabía duda de que le habían grabado en el banco, pero sería un visitante más entre varios.

—¿Trabajas mucho en casa? —preguntó Saint-Sylvestre como de pasada, asomándose al despacho. El ordenador era un Acer Veriton de alta gama con controlador para diversos periféricos bancarios especializados, entre ellos una pantalla que indicaba las cotizaciones de Bolsa en tiempo real. El mobiliario era todo acero, negro y cuero, y la única decoración en la pared era un televisor de setenta pulgadas que, sintonizado con algún programa digitalizado, mostraba una cascada en un bosque, en alguna parte. En el ordenador aparecía como salvapantallas la misma imagen. Saint-Sylvestre observó que uno de los cajones de la mesa era, en realidad, una pequeña caja fuerte, con su cerradura digital de combinación.

—A veces —asintió Lenny, asomándose al despacho detrás de Saint-Sylvestre y procurando que se rozaran agradablemente las caderas de los dos—. Tengo conexión directa con el ordenador del banco, y así puedo adelantarme a veces a mis colegas, sobre todo en las transacciones de divisas y de metales preciosos.

Cosa interesante, parecía que el hombre, a pesar del alcohol, volvía a hablar con toda claridad cuando el tema era el dinero.

—Supongo que tu contraseña no es tan sencilla como tu fecha de nacimiento —comentó Saint-Sylvestre con una sonrisa—. No me gustaría pensar que los fondos de mis clientes están tan poco seguros.

—No hay de qué preocuparse —sonrió Lenny, conduciéndolo del despacho

al cuarto de estar—. Tan grande como los montes Jura —dijo, señalando con gesto dramático el panorama que se contemplaba desde la ventana de su cuarto de estar.

Saint-Sylvestre dejó pasar aquel comentario críptico y siguió a Lenny al cuarto de estar. Estaba claro que Lenny tenía gustos sencillos en lo que se refería a decoración. El cuarto de estar estaba tan de blanco, cuero y acero como el despacho estaba de negro. En la pared, sobre la chimenea de gas, estaba enmarcada una gran fotografía panorámica de varios picos montañosos.

—¿Eres montañero? —le preguntó Saint-Sylvestre.

—Lo fui de chico. En mi internado fui presidente del club de montaña y del club de fotografía tres años seguidos. Eso se llama la vía del Jura; recorre todos los montes del macizo. Se tarda unas dos semanas y media. Tengo muy buenos recuerdos de aquella época.

Saint-Sylvestre vio que se asomaban las lágrimas a los ojos del hombre embriagado, y se preguntó si el banquero habría perdido la virginidad con algún compañero de colegio grandullón con botas de montaña y pantalones cortos bávaros de piel. Se levantó y se acercó a examinar el panorama. Estaban escritas cuidadosamente con tinta las alturas de las montañas y su longitud y latitud respectivas. Parecía que el más alto era el monte Tendre. Volvió a sentarse en el sofá.

—¿A qué colegio fuiste? —preguntó Saint-Sylvestre.

—Al Saint Georges, en Montreaux —dijo el banquero—. Mi padre me envió allí por el inglés. Muchos clientes del banco son de Inglaterra.

—Así se explica, entonces —dijo Saint-Sylvestre, asintiendo con la cabeza—. Fue un amigo mío inglés quien me recomendó el Gesler Bank.

—¿Puedo preguntarte quién fue?

—Prefiero no traicionar su confianza —dijo Saint-Sylvestre, encogiéndose de hombros y haciéndose el evasivo, sentado en el gran sofá blanco—. Solo te diré que ahora está en negociaciones con otro cliente africano mío.

—Qué interesante —dijo Euhler, levantándose y dirigiéndose a un mueble bar que estaba a la izquierda de la chimenea de gas—. Acabo de abrir una cuenta a un hombre que responde a esa descripción.

Euhler entregó a Saint-Sylvestre un mojito. Este lo probó. Estaba muy cargado de ron.

—Puede que ese hombre sepa más de lo que crees —dijo Saint-Sylvestre, adoptando una voz algo estropajosa.

—Ah, y ¿qué quieres decir con eso, mi querido Tarik?

A Euhler se le había oscurecido la mirada y estaba francamente atento, que era precisamente lo que quería Saint-Sylvestre. Hacía muchos años que había aprendido que el arte del interrogatorio se basaba en dos principios: que el sujeto no se diera cuenta de que lo estaban interrogando, y que fuera el sujeto mismo, y no el interrogador, quien hiciera las preguntas pertinentes. El interrogado que se creía en situación de ventaja solía abrirte su corazón sin darse cuenta siquiera.

—Nada, nada —masculló Saint-Sylvestre, intentando hacerse el avergonzado y aparentando sueño. Se recostó en el sofá hasta que los muslos de los dos se tocaron. Euhler pasó un nudillo por la mejilla bien afeitada de Saint-Sylvestre. Este contuvo un escalofrío y cerró los ojos.

—Ay, venga, somos amigos —dijo Euhler con ternura—. Si no me equivoco, hasta podemos estar pensando en los intereses de un mismo cliente.

—François Nagoupandé —dijo Saint-Sylvestre, agitando el cebo colgado del sedal—. Se llama François Nagoupandé.

—¿Y qué cree saber?

—Cree saber que las Industrias y Recursos Matheson intentan defraudarle de la parte que le corresponde en justicia de...

—¿De qué, Tarik? —dijo Euhler con voz de impaciencia. Y aquella no era la impaciencia de quien espera no haber desvelado un secreto. Era la impaciencia de la codicia. Euhler se había oído algo y quería sacar tajada. En lo primero que había pensado Saint-Sylvestre era en el oro o la plata, o quizá platino, o incluso diamantes: las cuatro cosas se habían encontrado a lo largo de los años en la República Centroafricana, pero nunca en gran cantidad ni calidad.

Los diamantes habían sido pocos y aluviales, traídos por las aguas desde las grandes cuencas de las fuentes del Nilo, y ninguno de los metales preciosos se había encontrado en cantidades que justificaran los costes de inversión ni de extracción. Ni mucho menos justificaban un golpe militar ni poner en el trono de Kolingba a un bufón y a una marioneta como Nagoupandé. Entonces, ¿qué pasaba?

—¿De qué? —repitió Euhler, esta vez con un matiz de dureza en la voz.

—*Je ne sais pas* —murmuró Saint-Sylvestre, soñoliento y recurriendo al francés mal pronunciado—. Estoy demasiado cansado para pensar. Déjame echar *un petit somme*, una cabezadita, y te diré lo que dijo Nagoupandé. Una cabezadita primero, Lenny, por favor.

Euhler parecía frenético.

—Esto es importante, Tarik, querido amigo. Aquí se pueden ganar millones. Para nosotros, además de lo que ganemos para nuestros clientes. Tienes que despertar.

—Dame una razón, amiguito suizo.

—Te lo enseñaré —dijo Euhler.

Salió del cuarto y regresó a los pocos momentos con un documento que parecía un título de acción. Lo puso sobre la superficie de vidrio y acero de la mesa de café, ante el gran sofá negro.

Era, en efecto, un título de acción, de color anaranjado vivo y con un rico grabado que representaba una figura angelical con vestimentas vaporosas, sentada en una losa basta de granito y volviendo la cabeza para contemplar un escudo elevado que decía: «Compañía Minera la Rama de Plata, Sociedad Anónima». Según el texto informativo que aparecía bajo el escudo, la sociedad tenía un capital de diez millones de dólares, dividido en diez millones de acciones de un dólar. El título se había vendido a su propietario el 6 de diciembre de 1919; estaba registrado en la Columbia Británica, en Canadá, y el lugar de registro había sido Vancouver, en dicha provincia.

—*Je ne comprends...* —dijo Saint-Sylvestre, fingiendo todavía que murmuraba medio dormido—. No entiendo.

—Esta compañía existe —dijo Euhler—. Mi cliente quiere que hable con los propietarios de la mayoría del capital y que les compre sus acciones. Tienen siete de los diez millones de acciones, y mi cliente posee ahora casi todas las demás. Las acciones de la compañía ahora no valen casi nada. De diez a doce centavos por acción en la Bolsa de Vancouver. Mi cliente está dispuesto a pagar a los propietarios cincuenta centavos por acción, la mitad del nominal. No lo hace él en persona, claro está, sino por medio de un apoderado, que soy yo. Las propietarias son dos hermanas ancianas. Recibirán un millón setecientos cincuenta mil dólares cada una por sus acciones. Pensarán que les ha tocado la lotería, ¿no? Betty y Margaret Brocklebank. Ya tienen el cheque; solo falta mi firma y mi confirmación. Son gemelas, jubiladas, y viven solas en Vancouver. Solo tengo que hacer que me firmen el poder a mi nombre. Ya han aceptado.

—Sigo sin entenderlo —dijo Saint-Sylvestre—. ¿Qué tiene que ver esto con Nagoupandé?

—Las acciones deben salir al mercado libre por todo el mundo. Anunciaremos que se ha encontrado oro en algún lugar de la Columbia Británica. Las acciones subirán y las comprarán enseguida cuando suba su

cotización. Saltará la noticia de que el descubrimiento era falso, y la cotización de las acciones caerá; entonces las comprará mi cliente a precio menor del de su salida al mercado. Por entonces, Nagoupandé ya habrá ocupado el cargo de jefe de Estado de Kukuaneland, y se anunciará que los minerales que se encuentren en el país son propiedad de la sociedad minera canadiense Rama de Plata. Cualquier consulta tendrá que remitirse a los directores de Rama de Plata, que son todos empleados del Gesler Bank, aunque no accionistas de Rama de Plata. Mi cliente está bien escondido, ¿no? Lo único que tenemos que hacer es comprar bastantes acciones a cincuenta centavos para subirnos al carro, como dicen los americanos.

—Necesitaría algo de tiempo para consultar a mis amigos cubanos —dijo Saint-Sylvestre—. ¿Cuándo vas a firmar el poder?

—Nagoupandé será hecho jefe de Estado el día treinta y uno de este mes. Mi cliente quiere disponer del poder una semana antes. Partiré pasado mañana.

Saint-Sylvestre consultó su reloj de pulsera.

—Entonces, en una semana a partir de mañana.

—Supongo —dijo Euhler, que extendió la mano para acariciar de nuevo la mejilla de Saint-Sylvestre—. ¿Nos tomamos otra copa, Tarik? Para celebrar nuestro encuentro afortunado.

—Me temo que debo ir antes al baño —dijo Saint-Sylvestre, sonriente.

—Hay dos; puedes usar el de mi dormitorio si quieres.

—Qué bien —dijo Saint-Sylvestre—. Quizá podamos tomarnos allí las copas.

—Maravilloso —dijo Euhler, muy contento—. Está aquí mismo, a la izquierda. Voy preparando las copas.

—Y yo voy meando —dijo Saint-Sylvestre.

Euhler soltó una risita alegre y se dirigió al mueble bar. Saint-Sylvestre inspeccionó el dormitorio de Euhler. Sábanas de satén negro, un equipo de sonido BeoSound 9000 en pedestal y una cajonera larga y de poca altura. Había una cabecera de cama moderna que también servía de librería. Saint-Sylvestre echó una ojeada a los libros; eran principalmente de poesía y de crítica literaria. Había mucho de García Lorca; lógico. Pasó al cuarto de baño adjunto.

Había una bañera, una cabina de ducha y un solo lavabo de porcelana pintado a mano. Sobre el lavabo estaba montada una pantalla plana de televisión para poder ver las noticias de la mañana o las cotizaciones de Bolsa mientras te cepillabas los dientes. En el armarito encontró tinte para el cabello, una

afeitadora eléctrica (Braun, por supuesto) y diversas pastillas, principalmente analgésicos, para alergias y para dormir. Había también un paquete con una docena de pastillas de Viagra. Saint-Sylvestre repasó rápidamente los analgésicos y las pastillas para dormir. Percocet de diez miligramos, Opana, nombre comercial de la oximorfona, que era más fuerte todavía que el Percocet; Seconal y fenobarbital para dormir, e incluso diversos antidepresivos como Ativan, Diazepam y hasta Zanaflex.

Parecía que Euhler tomaba sobre todo Ativan, que estaba casi terminado, de modo que Saint-Sylvestre aprovechó el frasco de plástico del Ativan, vació en sus tres cuartas partes, para rellenarlo con una selección al azar de los demás medicamentos, procurando cargar la dosis con la Opana y el fenobarbital. Enroscó el tapón del bote y tiró de la cadena.

Reflexionó un momento con los ojos cerrados; acto seguido, se desabrochó los tres botones superiores de la camisa y volvió a pasar al dormitorio. Euhler estaba sentado en la cama, con calzoncillos boxer de color azul claro y calcetines negros que le llegaban hasta las rodillas. Tenía un vaso en cada mano, y tenía también una erección. Los múltiples altavoces del equipo de sonido llenaban el ambiente de música suave tipo Vangelis.

—Ya estás aquí —dijo el banquero pausadamente.

—Ya estoy aquí —repitió Saint-Sylvestre. Se sentó en la cama junto a Euhler, y este le entregó uno de los vasos. Saint-Sylvestre lo dejó en la mesilla.

—Deja tú también la copa y te daré uno de mis célebres masajes de hombros —dijo Saint-Sylvestre—. Pareces un poco tenso, nervioso.

Euhler rio débilmente.

—Suelo estarlo en estas... situaciones. Un masaje me vendría de maravilla ahora mismo.

Entregó su vaso a Saint-Sylvestre, que lo dejó junto al suyo.

Saint-Sylvestre se desplazó por la cama hasta quedar justo detrás del banquero; sus fuertes piernas negras caían sobre el borde de la cama rodeando las de Euhler.

—No tienes por qué estar nervioso, Lenny.

El hombre seguía oliendo demasiado a loción para después del afeitado. Saint-Sylvestre se inclinó hacia delante, presionando la espalda de Euhler, asiendo sus hombros con habilidad y amasándolos mientras Euhler gruñía de placer. Saint-Sylvestre comprimió los muslos presionando un poco más hacia delante, y el banquero soltó un suspiro. Por último, el policía secreto rodeó el

cuello del banquero con un brazo, asiéndose la muñeca con la mano que le quedaba libre, y mientras comprimía los muslos entre los de Euhler presionó todavía más hacia delante.

—Esto me parece cosa de osteópata o de quiropráctico —se quejó Euhler. No parecía que le estuviera gustando mucho aquello.

—Algo así —asintió Saint-Sylvestre, dilatando los pulmones y el pecho.

—La verdad es que esto no es muy romántico —dijo Euhler con un leve matiz de protesta.

—No, supongo que no —dijo Saint-Sylvestre.

Se alegraba de que Euhler tuviera aquellos medicamentos. Podría haberlo hecho solo con las manos, pero así sería mucho más limpio, y aunque llegara a despertarse alguna sospecha, la investigación no sacaría nada en claro. El policía fue aumentando paulatinamente la presión de su bíceps bajo la oreja izquierda de Euhler y la de su antebrazo bajo la oreja derecha. Presionó después con la frente contra la nuca de Euhler, de modo que el conflicto de presiones creciente cortara el paso de la sangre al cerebro por las arterias carótidas y las venas yugulares. Le bastó con aplicar la presa completa de estrangulamiento durante tres segundos para dejar inconsciente a Euhler, y otros veinte segundos más para asegurarse de que seguiría sin sentido durante un minuto o más. Cinco minutos con la presa y podía quedar en estado vegetativo o incluso morir.

Saint-Sylvestre se echó hacia atrás, levantando el cuerpo de Euhler. Rodeando todavía el cuello del hombre con la mano derecha, se metió la otra en el bolsillo trasero de los pantalones y sacó un par de guantes quirúrgicos de látex. Tardó unos segundos en ponerse los guantes. Después, empezó a trabajar. Se sacó del bolsillo delantero de los pantalones el frasco de pastillas, le quitó la tapa y la dejó caer al suelo.

Sosteniendo todavía a Euhler, Saint-Sylvestre empezó a administrarle por la boca las pastillas del bote, haciéndoselas tragar con el mojito recién preparado que tomó de la mesilla y acariciando suavemente el cuello del banquero para asegurarse de que se tragaba las pastillas y la bebida. Cuando hubo terminado con las pastillas del frasco, limpió este frotándolo con su camisa y lo dejó caer al suelo, junto a la cama. Se apartó del cuerpo semidesnudo del banquero y se puso de pie, estirándose. Euhler roncaba con fuerza. Saint-Sylvestre inspeccionó el dormitorio y emprendió el plan que se había trazado mentalmente de antemano.

Para empezar, se abotonó la camisa. Después, terminó de despojar a Euhler de su ropa y lo dejó desnudo, desmadejado sobre la colcha de satén negro. Saint-

Sylvestre tiró del cubrecama hacia abajo, arrastrándolo por debajo del cuerpo de Euhler y lo dejó en el suelo, revuelto al pie de la cama, como si fuera un charco negro. El policía dispuso a continuación una pila de almohadas con fundas de satén contra el cabecero y arrastró el cuerpo flácido de Euhler subiéndolo por la cama hasta dejarlo apoyado en las almohadas, semiincorporado. Los ronquidos de Euhler tenían ya un matiz malsano, de ahogo, y la respiración se le pausaba para proseguir con jadeos profundos. Los fármacos lo estaban sumiendo en la inconsciencia cada vez más. Saint-Sylvestre echó una mirada a los libros del estante, por encima de la cabeza de Euhler, y abrió uno al azar. Se titulaba *Portavoces*, y su autor era un tal Thomas Whipple. Encontró lo que le hacía falta, sonrió y arrancó la última estrofa de una página. Era un poema del poeta estadounidense Carl Sandburg, titulado «La muerte trunca a los orgullosos», y parecía muy adecuado.

El policía metió el papel arrugado en la palma de la mano de Euhler y le cerró el puño. Depositó el libro sobre la cama y dejó por fin a Euhler y el dormitorio para regresar al cuarto de estar y, después, al despacho. Se sentó ante el teclado del ordenador y pulsó una tecla cualquiera. La animación de la cascada desapareció y apareció una pantalla azul oscura con una línea de texto que decía: *Contraseña, por favor*, con un cursor parpadeante por debajo.

Tomó un lápiz y un bloc pequeño del cajón del escritorio y fue al cuarto de estar. Ante el paisaje fotográfico que tanto apreciaba Euhler, anotó la altura del monte Tendre (1679 metros) y sus coordenadas, que aparecían más abajo, 46° 35'41"N 6°18'36"E.

Después de eliminar los caracteres sobrantes, le quedó una cadena de cifras, 167946354161836, que introdujo en el teclado. La pantalla volvió a cambiar y lo condujo a un directorio, que Saint-Sylvestre copió entonces en una docena de CD-ROM que encontró en una caja en el escritorio.

Apagó el ordenador y miró la cerradura con combinación de la caja fuerte del cajón. Probó suerte con el número 1679, la altura del monte Tendre en metros. No pasó nada. Probó con el número al revés, 9761, y la cerradura saltó con un clic. Dentro había un pasaporte, varias docenas de monedas de oro Krugerrand y un fajo considerable de billetes de euros de valores elevados.

Además de esto, en la caja fuerte solo había un manojo de cartas y de fotografías, atadas con la clásica cinta roja. Las fotos eran pornográficas, y las cartas también; aunque Saint-Sylvestre no dominaba mucho el alemán, pudo

figurarse los que significaba *Ich möchte Sie saugen y lassen Sie uns wie Tiere bumsen*.

En las fotos, parecía ser que Lenny era el sumiso de la pareja y su amigo, joven, rubio y muy musculoso, era el dominante. Todas las cartas comenzaban con el encabezamiento *Mein süßer liebster Liebling Lenny* y estaban firmadas *Ihr liebevolles baby, Lutzie*. Cartas de amor de un hombre a otro. Saint-Sylvestre volvió al cuarto de estar e hizo algo de limpieza doméstica, vaciando los vasos y poniéndolos en el lavaplatos, y eliminando cualquier otro indicio de que Euhler hubiera recibido una visita aquella noche.

Volvió al dormitorio y vio que Euhler había vomitado y se le había soltado el vientre. O bien el corazón se le había ido frenando hasta detenerse por los efectos del cóctel de medicamentos, o se había ahogado en su propio vómito. De una manera u otra, el banquero había muerto. Saint-Sylvestre dejó caer las cartas y la cinta al suelo, junto a la cama, para dar la impresión de que Euhler las había estado releendo antes de arrancar aquella estrofa llorosa del libro de poesías y de tragarse las pastillas bajándolas con un mojito... buen bebedor hasta la muerte.

Todo parecía bien auténtico, sin motivos para que se sospechara un acto violento. Un homosexual entrado en años se había quitado la vida sabiendo que las cosas no iban a volver a ser nunca como lo habían sido con *Ihr liebevolles baby, Lutzie*. Si Lutzie tenía muy mala suerte, la policía lo localizaría y le haría unas cuantas preguntas; pero la cosa no pasaría de allí, casi con toda seguridad.

Saint-Sylvestre, satisfecho, buscó en su móvil vuelos de Zurich a Vancouver. Encontró uno de Swissair a París que salía de Zurich una hora y media más tarde, y un vuelo nocturno de Air Canada con el que llegaría a Vancouver a las siete de la mañana, hora local.

Tomó el viejo título de acción de la mesa de café, lo plegó y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Echó una última ojeada sin acordarse ya de Euhler, pensando ahora en unas hermanas gemelas que vivían solas a medio mundo de distancia. Salió del apartamento y cerró la puerta sin hacer ruido.

CAPÍTULO 21

Los niños los custodiaban por la selva en perfecto orden militar. El menor de todos encabezaba la formación, a nueve o diez metros por delante; uno los acompañaba por la izquierda, otro por la derecha, y el cuarto iba a retaguardia, con el arma, demasiado grande para él, terciada con firmeza, dispuesta para ametrallarlos a la menor señal de resistencia.

Había sido este el que había despojado a Peggy de su cámara y la llevaba ahora al pecho. Con ella parecía una especie de niño turista terrible que esperaba ver aparecer ante ellos, en el sendero, a Mowgli o a Baloo.

Caminaban sin hablar, y cuando se comunicaban entre ellos era por gestos de las manos y silbidos. Tenían puesta la atención en su entorno y en sus prisioneros, sin que les asomaran las emociones a los rostros; o, como pensó Holliday, podía ser que no les quedara emoción alguna.

Cuando Holliday tenía diez años, su tío le había comprado una reproducción exacta del Buntline Special «Pacificador», el revólver Colt con cañón de doce pulgadas que, según la leyenda, era el modelo que había usado Wyatt Earp. Aquella arma debía de parecer ridícula a cualquier adulto que la viera en su mano; pero sus cuatro jóvenes carceleros no producían aquella sensación. Los AK-47 parecían terriblemente normales en manos de aquellos chicos. Los cuatro niños que los custodiaban estarían dispuestos a cometer un asesinato sin titubear. El mayor no debía pasar de los doce años.

Caminaron por la selva una hora, que después fueron dos. Holliday creía al principio que se dirigían hacia las tres colinas lejanas que parecían esforzarse por asomar de entre la selva; pero cambiaron de rumbo. Al pasar sobre un pequeño risco vio el río y, entre las aguas y ellos, las ruinas humeantes de una aldea.

A los pocos minutos llegaron al pie de la ladera y Holliday vio los primeros restos humanos. Era un brazo de varón, cortado por cerca del hombro, con la médula amarillenta donde se había aplastado el hueso, con sangre coagulada mezclada con polvo y arena en el muñón; la mano entreabierta, como pidiendo una limosna que no recibiría nunca. Pocos metros más adelante había junto al camino una cabeza partida casi en dos, de un machetazo que le había dado entre las cejas y la había abierto como un huevo pasado por agua.

Rafi vomitó, y Peggy rompió a llorar en silencio. Eddie, cosa rara, se puso a cantar. La melodía era la de la conocida canción escocesa *Auld Lang Syne*, pero Eddie la cantaba en español, con la suavidad con que se canta una canción de cuna, tan por lo bajo que Holliday dudó que nadie más lo oyera.

Por qué perder las esperanzas
de volverse a ver,
por qué perder las esperanzas
si hay tanto querer.

Esta letra debía de estar muy cargada de significado para el cubano, que apretaba las mandíbulas. Holliday vio que se le hinchaba la gran vena sinuosa que tenía en la frente.

Siguieron adelante por el camino y entraron entre los restos humeantes de la aldea, donde vieron cada vez más huellas de una matanza. Un niño de pecho al que habían bañado en gasolina y arrojado a una hoguera; varios cadáveres de hombres expuestos sobre el suelo y sujetos con estacas, cubiertos de grandes cortes sanguinolentos; varios hombres, mujeres y niños ahorcados de ramas de árboles con alambres finos que casi los habían decapitado; olor a sangre y a heces por todas partes y, por encima de todo lo demás, los alaridos de los niños. Holliday los vio más abajo, en la orilla del río. Eran unos quince y estaban atados entre sí en hilera, con el extremo de la soga sujeto a la popa de una de las canoas grandes. Otra docena de niños mayores, de catorce o quince años, empuñaban los remos y esperaban, al parecer, una señal.

Los cuatro guardias condujeron a los prisioneros alrededor de los restos todavía ardientes de una choza grande, que seguramente sería la casa comunal donde dormían los solteros de la aldea. Tras ella había un UAZ, imitación rusa del Jeep, pintado con camuflaje selvático de estilo antiguo. Sobre el capó del vehículo estaba sentado un hombre con cabeza de dragón, que llevaba una

camiseta azul y dorada de los Knicks de Nueva York y unas zapatillas deportivas altas, anticuadas, blancas y negras, por debajo de las cuales llevaba metido el borde de los pantalones de su uniforme militar verde gastado. Holliday observó que lucía en el hombro derecho un tatuaje a tres colores que representaba una cobra y que debía de haber costado muy caro.

Junto a él, sobre el capó del vehículo, había un machete ensangrentado. Tenía una pistolera a la cintura, y Holliday advirtió que le asomaba la empuñadura de una pistola automática del .45. La cabeza de dragón parecía tallada en madera blanda y ligera, con escamas pintadas alternativamente de verde y de oro, cara roja y ojos amarillos. La lengua larga y serpenteante que asomaba entre los dientes brillantes de marfil del animal era negra. Holliday no había visto nunca una cosa como aquella.

—¡Dios mío! —susurró Rafi.

—¿Qué? —preguntó Holliday.

—Es un mascarón de proa; te lo juro, un mascarón de proa nórdico.

—¿Qué se supone que significa eso, que este tipo es descendiente de nuestros amigos vikingos de allí atrás?

—Significa que pertenece a una tradición propia de los cultos *cargo* —dijo Rafi.

—¿Habéis terminado ya de charlar? —dijo una voz dentro de la máscara. El hombre que estaba sentado en el capó del Jeep ruso se quitó la máscara y la dejó junto al machete. La sangre empezaba a secarse, adquiriendo un color pardo de óxido. Las moscas zumbaban por todas partes.

—¿De dónde ha sacado la máscara? —preguntó Rafi.

—Aunque a ti no te importa, pequeño *mang sal* de mamá, se la he quitado de la cabeza al hombre brujo de estos. ¡De la cabeza misma!

El hombre de la camiseta de los Knicks se rio. Todos sus dientes eran de oro, los de arriba y los de abajo.

—¿Quién es usted? —preguntó Holliday.

—Yo soy el hombre que tiene vuestra vida en sus manos, *Nduku*. Mi madre me puso Jeremiah Salamango; pero ahora me llamo Jeremiah Salamango de Cristo, destructor en Su santo nombre. Violador de mujeres tentadoras en Su santo nombre, ¡alabado sea Dios! ¿Entendéis esto? Mato por mi Dios y le rezo de rodillas cinco veces al día. Y este es el día que ha creado Dios, y debemos regocijarnos de verter sangre por Él, ¡alabado sea Dios! ¡Aleluya!

—¿Por qué nos ha hecho venir aquí? —preguntó Holliday. El olor apestoso

de la aldea era insoportable, y las moscas dejaban rastros pegajosos al posarse en la piel.

—Primero vimos vuestro rastro, y después vimos los cadáveres de los hombres que matasteis, y Jerimiah Salamango sintió curiosidad por conocer a unos hombres capaces de enfrentarse a ametralladoras con lanzas y flechas. Después, cuando mis exploradores me informaron, pensé haceros mis enviados, para que contaseis la historia de Jerimiah por toda la tierra para inspirar miedo a todos y anunciar su venida. Al final, esto es lo que ha decidido hacer Jerimiah Salamango. Cuando me dijeron que vuestra mujer tenía una cámara de fotos, fue mejor todavía, porque así podréis sacar la cara de Jerimiah Salamango en *El telediario de la noche de la CBS con Katie Couric*. ¿Esa cámara hace vídeo?

—Sí —dijo Peggy.

—Jerimiah piensa que tienes mucha suerte de ser la operadora de la cámara; de lo contrario, habrías sido pasto de mis leones, de mis leones tan jóvenes —dijo, extendiendo las manos para indicar a los niños que los rodeaban—. Mis leones hambrientos.

—Está usted loco —dijo Rafi.

—Si Jerimiah se enfada, podrías morir en pocos instantes.

—Cállate, Rafi —dijo Peggy.

Salamango se dejó caer del capó del vehículo y caminó hacia el río por una senda estrecha que evidentemente había servido de calle principal de la aldea. El niño que llevaba la cámara de Peggy los empujó para hacerlos andar, y caminaron junto al hombre de la camiseta de los Knicks entre las hileras de chozas de barro y paja humeantes y entre los cuerpos y miembros destrozados y esparcidos por todas partes.

—El secreto es hacer que maten primero a sus padres. Que hundan el cráneo a sus madres, que degüellen a sus padres, que violen a sus hermanas y las destripen después. Una vez que te han hecho esto para salvar la vida, son tuyos, te pertenecen, como perros. Harán cualquier cosa por ti, y no será necesario que ninguna orden tenga sentido; solo tienes que dársela, como quien silba a un perro que es suyo.

Holliday empezó a buscar con la vista un arma de alguna clase; hasta una piedra podría servir, mientras calculaba sus posibilidades de sacar los ojos a aquel hombre o de arrancarle la lengua antes de que le cayeran encima sus esbirros infantiles y lo hicieran pedazos.

Solo una o dos veces en toda su carrera (o podía decir que en toda su

existencia) había tenido la sensación de que le valdría la pena y sería razonable sacrificar su vida. Entonces fue una de aquellas veces. Matar a aquel hombre sería lo que Rafi llamaba una *mitzvah*, una buena obra para la raza humana en general.

Llegaron al río. Había varias barcas de pesca atadas entre sí y encabezadas por una de las canoas con motor fueraborda con las que habían llegado al río los niños soldados. Las barcas de pesca estaban abarrotadas con el resto de los habitantes del pueblo, principalmente ancianos de ambos sexos y niños y niñas muy pequeños. Todos los ocupantes de las barcas lloraban y proferían gritos y alaridos. El olor a queroseno flotaba sobre el río, y Holliday supo lo que iba a pasar. Holliday vio también los lomos escamosos de los grupos de cocodrilos que rondaban cerca de las barcas, esperando que les entregasen a sus presas. En la orilla del río esperaba el resto de la turba de niños soldados, que se habían reunido para contemplar el espectáculo y se burlaban.

—*¡Sádico bastardo! ¡Los va a quemar, los va a echar a los cocodrilos! ¡Los va a matar el hijo de puta!* —musitaba Eddie en español, furioso, con destellos de ira en los ojos oscuros. Apretaba los grandes puños, y la vena de su frente palpitaba como un tambor.

—No si yo lo mato antes —dijo Holliday.

—¿Con qué? —dijo entre risas Salamango, que les había oído—. ¿Sabes lo que decía esa gente que está en las barcas cuando llegamos a su pueblo y empezamos a quemarles las casas y a violar a sus hijas? Decían que los protegían los dioses. Que los protegían los *umufo omhloshana*; ¿sabéis lo que significa eso?

—Los extranjeros pálidos —dijo Eddie.

—Eso es, hombre negro; los extranjeros pálidos —dijo Salamango, y soltó una enorme carcajada—. Y bien, amigos míos, los únicos extranjeros pálidos que veo por aquí sois vosotros, y no veo que los estéis protegiendo mucho.

Gritó una orden, y el niño que llevaba la cámara de Peggy se adelantó. Salamango pronunció otra orden, y el niño entregó la cámara a Peggy, de mala gana, y se retiró.

—Tomarás las imágenes cuando yo te lo diga, y no dejarás de tomarlas hasta que yo te lo diga; ¿entiendes, mujercita blanca? No empieces ni termines sin que yo te lo diga, o te parto en dos allí donde estás —sonrió—. Quiero hacer postales para enviárselas a las Naciones Unidas.

Rafi dio un paso adelante, tambaleante; pero Holliday clavó el pie

dolorosamente en el empuje del arqueólogo. Peggy lloraba; las lágrimas le rodaban a raudales por las mejillas.

—¿Por qué quiere hacer esto? ¿Por qué?

El hombre de la camiseta de los Knicks la miró con desprecio, frunciendo el labio.

—Yo tenía un hermano de ocho años que se llamaba Felicianos. Una noche entraron en nuestra aldea y mataron a casi todos. Dejaron a Felicianos para el final; le cortaron el *orgao* y lo arrojaron al fuego, y después lo arrojaron a él. Esa gente era del FNLA, el Frente Nacional para a Libertação de Angola, portugueses con armas americanas, porque los Estados Unidos temían que Angola se volviera marxista.

—Eso fue terrible, pero no es razón para hacer esto —alegó Peggy, suplicante.

—Hago cosas terribles para que vean lo terrible que soy —explicó Salamango—. Mil veces más terrible que los cerdos que mataron a mi hermano. Lo hago por un millón de Felicianos.

Eddie escupió en el suelo cubierto de sangre.

—Lo haces porque te gusta, cabrón —dijo—. Ya os conozco; he oído a otros como tú. Vuestra propia rabia os apesta y la descargáis sobre el mundo.

—Me adhiero —dijo Holliday.

Salamango hizo una mueca burlona.

—Vosotros, con vuestra democracia y con vuestro comunismo, no entendéis cómo funciona el juego aquí. Aquí, en mi África, el jefe es el hombre al que temen en su tribu y en cualquier otra tribu; el hombre al que temen es el hombre que mata, y el hombre al que más temen y que tiene más poder es el hombre que mata más. Ha sido así desde hace diez mil años, y será así durante diez mil años más, o hasta que hayamos muerto todos. Así es África, niña, y cualquiera que te diga lo contrario es blanco o miente, y probablemente las dos cosas a la vez.

Se volvió y alzó el puño. Gritó una sola palabra:

—*Kuf-wa!*

En la canoa, el niño que estaba junto al motor fueraborda arrojó algo a la barca de pesca más próxima. No saltó ninguna llama inmediatamente; solo se vio temblar el aire con unas ondas de calor que distorsionaban a las figuras que gritaban en la primera barca. Desde la canoa soltaron la amarra de las barcas de pesca, que quedaron a la deriva, y las primeras personas que iban a bordo de estas, con la ropa y la carne en llamas, se arrojaron al agua para ser devoradas

por los cocodrilos que estaban al acecho. Al cabo de menos de un minuto, el agua que rodeaba las barcas que ardían era un horror rojo y espumante de sangre y de huesos que se tronchaban.

Y, entonces, empezó.

El primer dardo, fuera por casualidad o intencionadamente, dio a Salamango en el ojo derecho, en cuyo globo ocular quedó enterrado sin que quedara fuera más que un cono blanco y estrecho que parecía ser de papel corriente. El segundo dardo le acertó en la mejilla; la larga punta de metal se la atravesó por completo; el cono se le quedó a la izquierda, y la punta aplanada, con forma de rombo, le asomaba por el otro lado. Parecía que las puntas estaban revestidas de una sustancia negra con aspecto de brea.

Holliday se volvió sobre sí mismo y vio que los cuatro niños armados que los custodiaban también habían recibido los impactos de los dardos, varias veces cada uno; los conos de color blanco vivo les aparecieron en la cara, en la espalda, en el pecho y en el vientre.

Los efectos de los dardos eran instantáneos: parálisis, ahogo, convulsiones, contracción de la espalda en arco como la que produce la estricnina, espuma por la boca y pérdida completa del control de los esfínteres, seguida casi inmediatamente de la muerte.

Los únicos que quedaron ilesos fueron Holliday, Peggy, Rafi y Eddie. En el río, la canoa iba a la deriva. El chico que había incendiado las barcas de vela estaba tendido sobre la borda, y dos cocodrilos se disputaban su cadáver, tirando de él hacia el agua.

Las barcas mismas habían quedado reducidas a cascos ardientes; sus ocupantes habían ardiendo vivos o los habían arrastrado los reptiles gigantes al fondo cenagoso. Todo había sucedido en silencio, y desde que se había clavado el primer dardo en el ojo de Salamango hasta la muerte del último niño solo habían transcurrido unos segundos. No se había pronunciado ni una palabra ni se había disparado un solo tiro.

Peggy empezó a tomar con su cámara fotos de la matanza extraña que los rodeaba. De pronto, se detuvo. Las manos le temblaban demasiado. Holliday siguió su mirada de asombro. Habían empezado a salir de la selva hombres a docenas, todos vestidos con unos taparrabos de lino con pliegues complicados que parecían faldas escocesas de tablas, y con sandalias cuyas correas se les entrecruzaban hasta las rodillas siguiendo un diseño familiar. Llevaban en las

manos tubos de bambú de entre metro y medio y dos metros de largo y, al cinto, unos carcajes cortos donde portaban los largos dardos rematados en conos.

Algunos de los hombres llevaban cascos de madera con crestas hechas con los pelos rígidos de algún animal y con cubremejillas de cuero. Otros llevaban sencillos birretes de lino a juego con los taparrabos semejantes a faldas escocesas. Lo más raro de todo era el color de los hombres: tenían la piel de un tono moreno claro, como café con mucha leche. Sus cabellos eran oscuros y lisos, y sus rasgos claramente más europeos que negroides. Lo más sorprendente de todo fue que Holliday advirtió que algunos de aquellos hombres de extrañas vestimentas tenían los ojos azules.

—*Umufo omhloshana* —dijo Eddie en voz baja.

Holliday asintió con la cabeza.

—Los Extranjeros Pálidos.

CAPÍTULO 22

Alguien llamó a la puerta del despacho de Sir James Matheson.

—¡Adelante!

Allen Faulkener pasó al lujoso despacho y se quedó de pie ante el escritorio de Matheson.

—Leonhard Euhler ha muerto —dijo con voz tensa.

—¡Dios santo! —exclamó Matheson—. ¿Cómo?

—Según dice la policía suiza, por algún tipo de desengaño amoroso entre homosexuales. Cartas de amor, nota de suicidio...

Matheson irguió la espalda en su butaca y extendió las palmas de las manos sobre la superficie lisa y desocupada de su escritorio. Reflexionó un momento; acto seguido, se inclinó, abrió el cajón con humidor del escritorio y sacó un puro Romeo y Julieta Short Churchill Robusto.

Tras cerrar el cajón con cuidado, extrajo del bolsillo de su chaleco un cortapuros de oro Dunhill con perforador y preparó el puro para fumarlo. Se acomodó en la butaca y encendió el cigarro con un encendedor Dunhill a juego, sin dejar de procurar guardar la compostura delante de Faulkener. Los criados nunca deben ver que el amo tiene miedo, y aquello era exactamente lo que sentía Sir James Matheson, por primera vez en mucho tiempo: miedo.

Matheson no solía creer en la suerte ni en las casualidades. Por muchas pruebas que manejara la policía suiza, no llegaba a creerse que Euhler hubiera elegido aquel momento justo para estirar la pata por un estúpido asunto amoroso. Advertía que habían aparecido las primeras grietas finas en su plan, pero, si su intuición no le engañaba, ¿quién habría sido el responsable, y cómo podía evitar él que las grietas fueran a más?

—¿No hay indicios de violencia?

—Parece ser que no. Pastillas, cartas de amor, como he dicho. El hombre que había escrito las cartas murió en un accidente de circulación.

—¿Hace poco?

—Hace seis años.

¿Por qué se iba a suicidar un hombre, fuera mariquita o no lo fuera, por la muerte de una persona amada seis años atrás? Aquello tenía cada vez menos sentido. Todo apuntaba a la operación Kolingba.

—Quiero ver el informe de la autopsia, el fichero policial y todas las grabaciones de vigilancia que pueda haber.

—Ya lo he comprobado, Sir James. En su vivienda no había cámaras, pero en el banco hay cámaras interiores y exteriores.

—Hable personalmente con *herr* Gesler; dígame que, dado que Euhler nos estaba llevando unos negocios delicados, le agradecería mucho recibir copias de las cintas lo antes posible. Si se resiste, apriétele un poco las tuercas; recuérdale el dossier que tenemos sobre sus asuntos privados. Consiga las cintas del día anterior a la muerte del hombre y las del día posterior. —Matheson hizo una pausa, y añadió—: Tenía que conseguir poderes para la compañía minera que encontró usted; ¿llegó a hacerlo?

—No, que yo sepa, Sir James.

No; claro que no. Habría sido absurdo matarlo si ya se hubieran otorgado los poderes. Alguien más quería obtenerlos. Pero ¿quién? ¿Nagoupandé? Aquel hombre tenía menos cerebro que un mosquito, y Matheson dudaba mucho que fuera capaz de trazar una conspiración como aquella, y mucho menos de llevarla a cabo.

Kolingba también debía de ser incapaz de ello, pero quizá si lo fuera su Rasputín personal, aquel tal Oliver Gash; aunque Matheson lo dudaba en cierto modo. En vista del expediente de Gash, este parecía ser un delincuente, con astucia de delincuente, pero sin el nivel de sofisticación necesario para organizar un amplio plan de estafa de venta de acciones en corto. No era lo suyo, sencillamente. Matheson dio otra calada a su puro y gozó de su aroma rico y dulce durante breves momentos. Había llegado el momento de ir al meollo del asunto. Los poderes.

—Entérese de la situación de los poderes. Si Euhler no los tenía firmados, irá usted en persona a la Columbia Británica y los obtendrá. Tengo copias aquí.

—Sí, señor.

—¿Tenemos noticias de Harris y los matones de la señora Sinclair en África?

—No, señor. Ni una palabra.

—Entonces, dé por supuesto que lo han borrado del mapa y que Holliday y su amigo el arqueólogo siguen sueltos. Si les dejamos vivir, tendríamos demasiada exposición a los medios de comunicación. Búsquese a alguien mejor que Harris para que los detenga.

—Sí, señor.

—¿Cuánto falta para que intervenga nuestro amigo austríaco, Lanz?

—La luna nueva será la semana que viene.

—¿Lo tienen vigilado sus observadores?

—Sí, señor.

—Está bien; consígame esas cintas y entérese de lo de los poderes. Sin ellos, sería como investigar en un cubo de basura lleno de cenizas.

—Sí, señor —repitió Faulkener, y salió de la sala.

Matheson se recostó en su butaca. Estaba quebrantando la mitad de las leyes de control del mercado de valores de su país y de todos los demás países en los que pensaba sacar al mercado las acciones de la minera Rama de Plata, y si lo atrapaban pasaría el resto de su vida entre rejas. A su lado, Bernie Madoff parecería un simple aficionado al delito financiero. Además, podrían acusarlo de conspiración para el asesinato, por intermediación y por encubrimiento, además de derrocar a un jefe de Estado extranjero y de sobornar a su sucesor. Peor todavía: ahora parecía que había surgido un competidor misterioso que le disputaba el botín de Kukuaneland.

Se amplió su sonrisa y aspiró con energía el humo del corto purito Churchill Robusto. No había estado tan mareado de miedo ni tan excitado desde que había perdido la virginidad con la amante de su padre, cuando tenía catorce años. Se sacó de la boca el cigarro de dulce sabor y arrojó una nube de humo aromático hacia el techo de escayola ornamental de su despacho. ¡Por momentos como aquellos valía la pena vivir!

Salió de la selva una figura sola que llevaba el rostro cubierto por una máscara de madera muy adornada, con un reborde de ratán rígido dorado que semejava una melena de león y una cresta de gallo redonda rematada con cerdas rígidas de color rojo vivo, como la del yelmo de un centurión romano.

La máscara tenía ojos de madera rojos y desorbitados y la boca era cuadrada, con barotes de madera en lugar de dientes. Recordaba mucho a un casco de

gladiador. El personaje llevaba la misma falda de paño blanco de los demás, con un carcaj corto lleno de dardos; pero este hombre tenía la piel negra como el carbón. Calzaba unas sandalias pesadas con correas de cuero entrecruzadas que le llegaban hasta las rodillas.

Portaba en una mano una de aquellas largas cerbatanas, y en la derecha algo que se parecía mucho al cayado y al mayal simbólicos de los faraones egipcios, símbolos sagrados de poder, divinidad y realeza. A semejanza de los cetros que se encontraron entre los brazos del rey Tutankamón, estos también eran de oro puro. Llevaba en la parte alta del brazo un pesado brazalete de oro con enormes diamantes y esmeraldas en bruto engastados.

Cuando el hombre de la máscara ornamentada se acercaba a Holliday y a los demás, se metió el cayado y el mayal de oro bajo el cinto de la falda y levantó la mano para quitarse la máscara. Entonces se adelantó uno de los hombres de piel más clara, con la cabeza gacha, y tomó de sus manos la máscara casi con veneración. Estaba claro que la máscara también era símbolo de alto rango, como el cayado y el mayal.

Cuando el hombre dejó su rostro al descubierto, se apreció que tenía los ojos oscuros y expresión inteligente. Sonrió, y entonces Holliday advirtió que tenía en el premolar izquierdo un empaste anticuado de amalgama de plata. Fuera quien fuese aquel hombre, no era ningún salvaje selvático.

Se detuvo ante Holliday y le tendió la mano.

—Buenas tardes, coronel Holliday. Soy el doctor Amobe Barthélemy Limbani. ¿Tendría la bondad de presentarme a sus amigos?

CAPÍTULO 23

El capitán Jean-Luc Saint-Sylvestre solo conocía los Estados Unidos por unas vacaciones organizadas de dos semanas que había pasado una vez en Miami por curiosidad, un mes de agosto. Lo que sabía de Canadá y, más concretamente, de Vancouver, era menos todavía: algunas entrevistas que había visto por televisión vía satélite, grabadas en las calles lluviosas de la ciudad cuando esta fue sede de los Juegos Olímpicos de invierno.

Al bajarse del 747 de Air Canada vio con agrado que se encontraba en una terminal de aeropuerto moderna, limpia y bastante eficiente. Aunque saltaba a la vista que los funcionarios de aduanas eran ingenuos y carecían de mundología, al menos eran corteses, lo que ya era algo por comparación con los gorilas de uniforme con los que había tenido que tratar en el aeropuerto internacional de Miami.

Durante la breve escala en París se había comprado una guía turística de Vancouver, y buscó en ella un hotel debidamente lujoso en el centro de la ciudad por si su plan B le obligaba a llevarse a las ancianitas a tomar el té. Reservó por Internet una *suite* utilizando para ello una de las tarjetas de crédito de Euhler. Así, cuando tomó un taxi ante la terminal de llegadas, solo tuvo que decir al taxista: «Hotel Vancouver».

Cuando salieron del aeropuerto, no tardó en advertir que Vancouver era una ciudad con mucha agua y puentes. El aeropuerto mismo estaba en una isla del delta de un río, y Saint-Sylvestre veía a su izquierda el océano Pacífico.

Bajaron por Granville Street, un amplio bulevar con cerezos cargados de flores blancas y rosadas. A lo lejos había montañas cubiertas de vegetación perenne, y vio más agua todavía cuando atravesaron algo que llevaba el nombre de False Creek y que parecía ser un centro turístico y comercial.

El taxi llegó al Hotel Vancouver a los quince minutos de salir del aeropuerto. El hotel era una estructura que ocupaba una manzana entera; estaba construido como un *château* francés, con techumbre distintiva de cobre a la que los años y los elementos habían dado un color verde. Confirmó la reserva usando de nuevo una de las tarjetas de crédito de Euhler. A diferencia de la mayoría de los hoteles europeos, en aquel no se exigía entregar el pasaporte, ni siquiera enseñarlo; y no parecía que a nadie le llamara la atención que un hombre negro que hablaba inglés con marcado acento francés llevara un apellido tan claramente germánico como el de Euhler. Saint-Sylvestre sonrió.

En tiempos de la Guerra Fría, e incluso en la actualidad, los pasaportes canadienses eran los favoritos de las agencias de inteligencia, pues permitían la entrada sin visado a ciento cincuenta y siete países, y visados automáticos al entrar en casi todos los demás. En los años sesenta se decía que en los vuelos de puente aéreo procedentes de Ottawa y de Toronto llegaban a los Estados Unidos más espías que viajeros corrientes, y en 1997 los agentes del Mossad todavía emplearon pasaportes canadienses en su intento fracasado de asesinar a Khaled Mashal, el tristemente célebre líder de Hamás. «Estos canadienses son muy ingenuos», pensó Saint-Sylvestre por segunda vez en lo que iba de día.

Un botones entrado en años le llevó la maleta a la pequeña *suite* que había tomado, y Saint-Sylvestre dio al hombre como propina un billete de cinco dólares canadienses que sacó del fajo multicolor por el que había cambiado sus francos suizos antes de salir del aeropuerto.

La *suite* estaba decorada de manera conservadora, en tonos beis, y tenía todos los accesorios, pantallas de televisión grandes, wifi, bañera de hidromasaje y albornoces de baño. Aquellos eran los lujos que sembraban las semillas de la revolución entre las masas, como los anuncios que aparecían en el *New York Times* de los domingos de pantalones vaqueros A. P. O. de cuatro mil dólares y bolsos de Marc Jacobs de treinta mil dólares. Parecía que su estimado superior, el general Salomón Kolingba, había descuidado este principio, con sus Range Rover Bumblebee, su Rolex President con diamantes y sus gafas de sol Dolce & Gabbana de tres mil dólares.

Y ahora parecía que su descuido le iba a pasar factura. Por desgracia, el presidente de Kukuanaland, grueso de cuerpo y de cabeza, no era el Robin Hood por el que había querido pasar al principio. Las riquezas que ganaba con las actividades criminales que dirigía junto con Gash no solían salir de los muros de la guarnición de Fourandao, ni de las puertas del banco que estaba bajo las

oficinas de Saint-Sylvestre. Desde luego que a la población empobrecida del país no le llegaba nada.

A diferencia del policía, el general Kolingba no leía libros de historia. En realidad no leía ni libros de historia ni de ninguna otra cosa; y no era consciente de un tópico que conocen hasta los profesores de historia de enseñanza secundaria, así como todos los dictadores derrocados del mundo: el que a golpe de Estado mata, tiene muchas posibilidades de morir en un golpe de Estado.

En el hotel había varios restaurantes, y el menú del servicio de habitaciones era extenso; de modo que Saint-Sylvestre, fuera antirrevolucionario o no, encargó un desayuno con zumo de naranja recién exprimido, bagel con queso de untar y salmón ahumado de la Columbia Británica, bistec con un huevo frito perfecto sobre un lecho de patatas fritas y un termo de café vienés. Se dio una ducha rápida, se puso el albornoz blanco y mullido, y se estaba acomodando con un ejemplar cortesía del hotel del *Globe and Mail*, el periódico principal de Canadá, cuando llegó la comida. Comió con apetito y se puso a trazar sus planes para el día que tenía por delante.

A las once ya estaba preparado para empezar. Una rápida consulta a la guía telefónica local le hizo saber que las hermanas Brocklebank vivían en una calle llamada Crescent, situada en el distrito de Vancouver que llevaba el nombre de Saughnessy. Pasó veinte minutos en la sala de Internet del centro de negocios del hotel, en la planta semisótano, y se enteró de que los Brocklebank eran una familia antigua y respetable de Vancouver con los inevitables esqueletos en el armario, entre ellos el de una gran mina de plata que había quebrado en la década de 1920 después de que A. G. Brocklebank, el abuelo de las dos hermanas, se endeudara demasiado. La quiebra lo había arruinado casi por completo.

P. T. Brocklebank, hijo de A. G. y padre de las hermanas, se había casado con la rica heredera de una fortuna del azúcar; pero el matrimonio se había estropeado cuando su esposa, la heredera, había descubierto que P. T. no solo tenía una relación con la mujer del hermano de ella, sino que había desfalcado millones de la empresa familiar para derrocharlos en la Bolsa de Toronto.

El escándalo había sido inmenso en Vancouver; pero por mucho que P. T. fuera mujeriego, desfalcador y mal hombre de negocios, quería a sus hijas, y las había hecho beneficiarias de un seguro de vida generosísimo, mucho antes de haberse despeñado «accidentalmente» con el Packard V12 descapotable modelo 1936 de su mujer, bastante ostentoso, por los acantilados de sesenta metros de

altura de la que ahora se llamaba playa Wreck, cerca del campus Point Grey de la universidad de la Columbia Británica.

Como la compañía de seguros no había podido demostrar que se tratara de un suicidio ni que P. T. hubiera bebido, no les quedó más remedio que pagar, y con indemnización doble por accidente. Las hermanas, que seguían viviendo en la mansión primitiva de los Brocklebank, en la calle Crescent, eran ricas de nuevo.

Las hermanas habían seguido prudentemente los consejos de sus banqueros y de sus abogados y habían seguido siendo ricas desde entonces. Ninguna de las dos se había casado, y no tenían herederos naturales ni forzosos. A su muerte, las propiedades de los Brocklebank pasarían a ser del Club de Mujeres Universitarias de Vancouver, del que ambas habían sido miembros activos desde que se habían licenciado en la Universidad McGill de Victoria, hacía más de medio siglo.

Ninguna de las dos mujeres había trabajado nunca, aunque ambas habían ejercido muchas veces de voluntarias a favor de diversas causas femeninas. Sin que hubiera causas evidentes, Betty estaba a favor del aborto y Margie era antiabortista; Betty era marxista teórica mientras que Margie, por su parte, era partidaria entusiasta del capitalismo monopolista.

Saint-Sylvestre marcó el número de teléfono que había encontrado en la guía. Después de siete timbrazos respondió una mujer con voz tenue y que parecía algo apurada.

—¿Sí?

La voz era aguda, quebradiza y vacilante; era una mujer de edad avanzada que recibía pocas llamadas, y las pocas que recibía solían ser para darle malas noticias. Se imaginaba a una viejecita con guardapolvo de andar por casa, sentada en un pasillo lleno de retratos al óleo polvorientos de antiguos parientes, iluminada con bombillas de baja potencia para ahorrar en la factura de la luz.

—¿Señorita Brocklebank? —respondió Saint-Sylvestre, intentando hablar con la voz menos amenazadora que podía.

—Betty Brocklebank al aparato; ¿con quién hablo, por favor?

Saint-Sylvestre estaba preparado para esta pregunta.

—Me llamo Wolfgang Gesler, señorita Brocklebank. Soy representante del Gesler Bank de Aarau, en Suiza. He venido a su hermosa ciudad en nombre de mi padre, *herr*... el señor Horst Gesler, presidente del banco. Le llamo en

relación con la disposición por su parte de sus acciones de la sociedad minera Rama de Plata, de la que son accionistas mayoritarias su hermana y usted.

—Vaya, ¡qué cosa tan rara! —respondió Betty Brocklebank—. Ayer mismo nos llamó por teléfono un representante de su banco. Nos va a venir a recoger en una limusina —explicó con voz más animada—, y nos llevará a tomar el té en el Sylvia esta tarde para que comentemos juntos la situación.

«¡Mierda!», pensó Saint-Sylvestre. No se le había ocurrido pensar que la gente de Matheson se pondría en contacto con las hermanas antes que él.

—No, no; no tiene nada de raro, señorita Brocklebank —dijo Saint-Sylvestre, intentando hablar con voz animada sin conseguirlo apenas—. Mi padre me comentó que el asunto de sus acciones era tan importante que debía encomendárselo a dos representantes del banco. Parece que no nos hemos coordinado como es debido, ¿no es así?

—Eso parece —dijo Betty Brocklebank.

—¿Podría usted decirme a cuál de nuestros empleados ha enviado mi padre para ayudarme?

—A un tal señor Euhler —dijo la hermana Brocklebank—. Si es así como se pronuncia.

—Lo ha pronunciado de maravilla, señorita Brocklebank —dijo Saint-Sylvestre, conciliador—. Y Leonhard ha sido una gran elección; es un gran profesional. ¿Le ha dejado un número de teléfono, por casualidad? Me parece que quedaría un poco mal ante mi padre si tuviera que llamarle para preguntárselo.

—Se aloja en el hotel Georgia, habitación mil ciento veinticuatro. Creo que ahora lo llaman hotel Rosewood Georgia o Georgia Rosewood. Es que Margie y yo salimos muy poco últimamente, ¿sabe usted? Si le digo la verdad, Margie ha perdido un poco la cabeza. Me paso la mayor parte del tiempo recogiendo lo que ella deja desordenado y recordándole que su querido gato siamés se murió hace años... ya me entiende. Margie puede ser toda una carga.

Pronunciaba el nombre de su hermana de una manera rara, como *Margui*, en vez de darle la pronunciación más habitual, *Marlli*.

—Qué desgracia —dijo Saint-Sylvestre—. ¿Le dijo el señor Euhler cuándo iba a pasarse a recogerlas?

—A las tres —respondió Betty Brocklebank sin titubear. De pronto, profirió una leve exclamación de sobresalto—. Dios santo, la hora que es. Tengo que empezar a arreglarme y a arreglarla a ella —hubo una breve pausa—. Dijo

claramente que nos llevaría en limusina —recordó con firmeza la señorita Brocklebank.

—Por supuesto —dijo Saint-Sylvestre—. Ningún problema, señorita Brocklebank. Hasta las tres, entonces.

—Hasta las tres —respondió la anciana—. Adiós, *herr* Gesler.

Saint-Sylvestre colgó el teléfono y reflexionó un momento. A continuación, llamó a recepción. Cuando le atendió la recepcionista, dijo:

—Dos preguntas. ¿Puede decirme dónde está el hotel Rosewood Georgia, y dónde puedo encargar una limusina para dentro de un rato?

Resultó que el hotel Rosewood Georgia estaba a poca distancia, a unas cuantas manzanas de su propio hotel, y se podía ir fácilmente a pie. Después de haber encargado una limusina a una empresa local, Saint-Sylvestre subió caminando por Burrard Street y dobló a la derecha por Georgia Street. Brillaba el sol, y al norte se veía una muralla de montañas bien nítidas sobre el cielo azul luminoso.

Vancouver daba la impresión de ser principalmente una ciudad muy joven. El policía no veía ningún edificio que tuviera más de cien años, y parecía que imperaban el vidrio y el acero, con la excepción de algo que parecía una reproducción del Museo Británico a la mitad de su tamaño y que resultó ser la Galería de Arte de Vancouver, aunque lo llamaban «el Juzgado».

El hotel Rosewood Georgia era un edificio de doce pisos más bien antiguo en la esquina de las calles Georgia y Howe, con fachada de ladrillos limpiada recientemente y con un portero bajo el toldo de la entrada principal. La recepción, toda rojos, dorados y marrones oscuros, tenía ese aspecto recién renovado que chocaba un poco con el exterior algo anticuado de los años 20. A Saint-Sylvestre no le interesó en lo más mínimo.

Subió solo en el ascensor al piso undécimo y encontró la habitación 1124. Se sacó del bolsillo de la chaqueta los mismos guantes quirúrgicos que había empleado en el apartamento de Euhler y se los puso. Dio un golpecito en la puerta y se apartó medio paso hacia la izquierda. Hubo un momento de silencio, y se oyó después una voz amortiguada.

—Sí.

—Un fax, señor Euhler.

Podían negar que habían encargado algo al servicio de habitaciones, y podían no querer abrir al servicio de limpieza, pero un fax le franquearía la entrada casi con toda seguridad.

Estaba corriendo un riesgo al llamarle «Euhler», pero era un riesgo calculado. Betty Brocklebank le había dado el número de la habitación, pero si la anciana hubiera llamado al hotel por algún motivo preguntando por el señor Euhler y el hombre no estuviera registrado con ese nombre, podrían disparársele las alarmas.

Saint-Sylvestre oyó que quitaban la cadena de la puerta y sonaba la cerradura. Cuando se abrió la puerta, dejó caer en la palma de su mano el cuchillo de cortar carne que se había guardado en el desayuno y se adelantó, concentrando toda su atención en el diafragma del hombre.

No titubeó. Saint-Sylvestre clavó el cuchillo de carne en el cuerpo del hombre, con el filo serrado hacia arriba, penetrando en la carne justo por debajo de la apófisis xifoides, donde las costillas se unían al esternón. La hoja de acero inoxidable se clavó en el ventrículo derecho y subió a través de la arteria pulmonar y de la aorta, partiéndole el corazón prácticamente en dos.

El policía se adentró en el pasillo corto y cerró la puerta a su espalda de una patada. Saint-Sylvestre vio brotar de la boca del hombre la primera sangre, cuando a este se le empezó a inundar la cavidad torácica con cinco litros y medio de líquido, y dio un último empujón hacia delante antes de retroceder y soltar el cuchillo al mismo tiempo.

El hombre cayó de espaldas, y Saint-Sylvestre se apartó rápidamente y comprobó que la puerta estaba bien cerrada. Antes de volver junto a su víctima echó la llave y puso la cadena. No se había producido ningún ruido, salvo el golpe del hombre al caer muerto en la moqueta beis. Saint-Sylvestre se miró al espejo del pasillo para constatar que no tenía ni una gota de sangre, salvo en los dedos del guante quirúrgico derecho.

Puso una rodilla en tierra y se limpió la sangre en la moqueta, pero sin quitarse el guante de momento.

El cadáver estaba tendido formando un leve ángulo con la pared, con las piernas en el pasillo y la mitad del cuerpo en la habitación propiamente dicha. Era un hombre alto, de cabellos grises y con un bigote de los que antes se llamaban «militares». Llevaba puesta una camisa blanca, con la pechera ahora cubierta de sangre, pantalones de traje de rayas finas y unos zapatos con cordones, de aspecto caro y muy brillantes. Llevaba un anillo con un sello que representaba un cuerno de pólvora suspendido de un rosetón y rodeado del lema latino *Celer et audax*, «veloz y audaz». Si la memoria no le fallaba, aquel

hombre al que acababa de matar habría sido oficial de los Reales Fusileros británicos.

En el cadáver no había nada más de interés, y Saint-Sylvestre no se molestó en volverlo, pues dudaba que aquel hombre fuese de los que llevan la cartera en el bolsillo de atrás de los pantalones. En vez de ello, pasó sobre el cadáver y entró en la habitación propiamente dicha.

Esta era mucho más pequeña que la *suite* de Saint-Sylvestre en el hotel Vancouver, aunque estaba decorada con la misma combinación de tonos beis y chocolate. Al pie de la cama había un soporte con una maleta cerrada, y, en un escritorio bajo la única ventana de la habitación, un maletín pequeño. La chaqueta que hacía juego con los pantalones del cadáver estaba colgada en el respaldo de la silla que estaba ante el escritorio.

Registró los bolsillos interiores de la chaqueta. Había una cartera Coach en el bolsillo de la izquierda y un smartphone BlackBerry Torch en el derecho. La cartera contenía múltiples documentos identificativos a nombre de Allen Faulkener, entre ellos un carnet de conducir, un permiso de armas británico que autorizaba a Faulkener a poseer y a llevar una pistola semiautomática Heckler & Koch P30 de nueve milímetros calibre .40, y una tarjeta de identificación biométrica de Industrias y Recursos Matheson.

Conservó la cartera, que se echó a su propio bolsillo de la chaqueta, y se quedó también el smartphone; no era cuestión de facilitar el trabajo de identificar el cadáver a los detectives de la policía que acudirían inevitablemente a investigar el asesinato de aquel tal Faulkener.

Saint-Sylvestre se dirigió a continuación al maletín. Un grueso ejemplar, encuadernado en azul, del contrato de poderes para la transmisión de las acciones de la sociedad minera Rama de Plata y un pasaporte color borgoña de la Unión Europea y Reino Unido a nombre de Allen Faulkener. Nada más. El maletín olía a nuevo. No había ningún resguardo de billete ni ninguna tarjeta de embarque, lo que confirmaba lo que había supuesto Saint-Sylvestre, que Faulkener había llegado a Vancouver en *jet* privado. El sello de inmigración canadiense del pasaporte de Faulkener tenía fecha del día anterior. De alguna manera, se había enterado de la muerte de Euhler en cuestión de horas.

Aquello dio qué pensar al policía. En Kukuanaland, él podía meter miedo con una sola mirada, y tenía casi tanto ascendiente sobre Kolingba como el propio Oliver Gash; pero aquel era el mundo de Matheson, y a Saint-Sylvestre se le ocurrió pensar que quizá se estuviera metiendo en demasiadas honduras. Lo

cierto era que Matheson no conocía su existencia, al menos de momento, y que la invisibilidad era a veces el arma más poderosa.

Saint-Sylvestre dejó caer en el maletín la cartera, el smartphone y el pasaporte, y fue a continuación al pie de la cama para dar un rápido repaso a la maleta. Contenía dos cosas que podían serle útiles: una corbata de seda con los colores del regimiento de fusileros, verde, rojo y negro, y la pistola semiautomática H&K de nueve milímetros, en una bonita funda Pianchi de cuero moldeada para llevar dentro de los pantalones. Sacó el arma de la maleta, comprobó que el cargador estaba lleno y volvió a meter el cargador en su sitio. Como arma, era mejor que un cuchillo de cortar carne, sin duda, pero sería peligroso que se la encontraran encima. Las leyes canadienses de control de armas eran más rígidas y más estrictas que las británicas, que ya es decir. Volvió al maletín, añadió la pistola y la corbata al resto de su botín y lo cerró sin mover las ruletas de la combinación.

Tomó el maletín; se acercó de nuevo al cuerpo y le quitó el anillo con sello del dedo índice de la mano derecha, y se lo puso en su propio dedo. Le quedaba un poco holgado, pero no se le caería. Se puso de pie y echó una última ojeada. No había nada fuera de lugar, aparte de un cadáver en el suelo. Pasó por encima del cuerpo de Allen Faulkener y recorrió el corto pasillo hasta la puerta de la habitación del hotel.

Saint-Sylvestre dispuso la cerradura para que quedara echada, descolgó del tirador el letrero de No Molesten y salió al pasillo principal. Estaba vacío. Cerró la puerta y oyó que había quedado cerrado el pestillo; colgó el letrero por fuera y se quitó los guantes quirúrgicos, que se echó al bolsillo trasero de los pantalones. Noventa segundos más tarde entraba en el ascensor vacío y bajaba a la recepción. Otros treinta segundos más tarde salía por la puerta principal del hotel y estaba a la luz del sol.

Invisible.

CAPÍTULO 24

Habían pasado la mayor parte del día caminando por la jungla, y el sol empezaba a declinar; la luz que se filtraba hasta la ancha pista perdía los matices verdes moteados para tomarlos dorados y cobrizos. Los monos protestaban a chillidos, y de vez en cuando, cuando pasaban ante humedales, las garcetas echaban a volar en bandada soltando graznidos de irritación.

La pista transcurría casi directamente hacia el oeste, siguiendo de manera aproximada el curso del río, que atisbaban a veces a lo lejos, al sur. Según les había dicho Limbani, aquella pista era lo que quedaba de una senda de elefantes, una vía migratoria que ya no se usaba desde hacía décadas, como mínimo.

Cuando llegaron a la cabecera de un valle estrecho entre dos colinas bajas, revestidas de selva, Limbani alzó una mano y se detuvo. Holliday volvió la cabeza y vio que todos los guerreros de piel más clara se habían detenido también a su señal. Peggy, que iba a su espalda, estuvo a punto de decir algo, pero Holliday la contuvo negando con la cabeza. Oyeron un silbido agudo que sonó en alguna parte, muy por delante de ellos, y Limbani se tranquilizó apreciablemente.

—Los hombres que van de avanzadilla comprobarán que tenemos la vía libre —dijo Limbani.

A Holliday le hizo sonreír que un hombre que llevaba ropas tan exóticas empleara aquellos términos militares modernos para referirse a sus exploradores. Limbani alzó el puño en el aire y Holliday vio que los guerreros pálidos se acomodaban a lo largo del camino, tras ellos.

—Podemos descansar aquí unos momentos —murmuró Limbani en voz baja. Se puso en cuclillas bajo un árbol de copa alta que estaba cubierto de hojas delgadas y de brillo ceroso, con frutos azules de forma de pera.

—Parecen berenjenas japonesas —dijo Peggy, dejándose caer en el suelo bajo el árbol.

—*Dacryodes edulis* —dijo Limbani, sonriendo—. También llamado safou, pera africana o árbol de manteca de la selva.

—¿Comestible? —preguntó Rafi.

—Y mucho —dijo Limbani—. Tome una. Ese color azulado indica que están maduras. Si tengo que compararlas con algo, diría que saben a ciruelas un poco ácidas —sacudió la cabeza—. Kolingba podría haber creado miles de puestos de trabajo cultivando plantaciones de estos árboles. Es una fruta excelente tanto cruda como cocida; contiene más aceite que casi cualquier otra especie orgánica y, bien cultivada, podría ser más rentable que el aceite de girasol. Hasta su madera tiene valor comercial: es un sustituto excelente de la caoba, y mucho más sostenible.

Rafi se levantó y extendió los brazos para coger las frutas que colgaban de las ramas más bajas.

Limbani hizo de pronto un gesto de dolor y se llevó las manos al costado como si tuviera un calambre. El espasmo pasó, y pareció que se le aliviaba la tensión y el dolor. A Holliday se le ocurrió que Limbani ya debía de tener poco menos de setenta años, y que había marcado un ritmo propio de un hombre mucho más joven durante la caminata por la selva hacia su destino, fuera este el que fuera.

—¿Falta mucho? —preguntó Holliday.

—Un día más —dijo Limbani, y señaló las colinas que tenían por delante—. Se llaman los Ojos del Cocodrilo. Esta noche acamparemos en el ojo derecho.

Holliday, desenfocando la vista, apreció la semejanza: eran como dos bultos de poca altura que asomaban a flor de agua en el río. Limbani habló de nuevo.

—Además de ser un lugar conveniente tanto para acampar como para montar una emboscada, los Ojos señalan el límite oriental del territorio de mi gente, los *umufu omhloshana*. *Isikaya indayho*.

Holliday echó una mirada a Eddie, y el cubano le dio la traducción.

—El lugar de casa —dijo—. El sitio de nuestros padres, ¿vale?

Rafi había cogido frutas para todos, y se las repartió. Holliday probó un bocado. Limbani tenía razón: el sabor era de entre ciruela y pera. Y la fruta era jugosa. Dio otro bocado y se secó la boca con la manga.

—Todavía no me ha explicado cómo sabía nuestros nombres —dijo Holliday.

—Ya vieron la máscara —dijo Limbani con una sonrisita burlona—. Quizá yo sea un *griot*, un médico brujo.

Peggy soltó una carcajada irónica.

—Un médico brujo doctorado en la Universidad de París y especializado en enfermedades tropicales —dijo—. Un médico brujo con muchos estudios, sí, señor.

—De modo que ustedes saben algo de Amobe Limbani —dijo el hombre negro con una chispa de humor en los ojos viejos y cansados—. ¿Qué creen saber de él, a la luz de lo que han visto?

—Creo que se le da muy bien desviar el tema de la conversación —dijo Rafi, dando un bocado a su fruta—. ¿Por qué no responde a la pregunta de Doc?

—¿«Doc»? —repitió Limbani, extrañado—. ¿También usted es doctor? Sus movimientos son más bien los propios de un militar bien preparado.

—Otra vez lo vuelve a hacer —dijo Holliday, riéndose.

—¿Qué es lo que vuelvo a hacer? —dijo Limbani, abriendo mucho los ojos con expresión de inocencia.

—Desviar el tema —dijo Peggy.

—¿Cuál era la pregunta?

—Sabe usted muy bien cuál era la pregunta —dijo Holliday—. ¿Cómo supo usted quiénes somos?

—Ah, ¿*esa* pregunta? La respuesta a esa pregunta es muy sencilla —dijo Limbani, encogiéndose de hombros—. Tenía un espía.

—¿Quién? —preguntó Holliday.

—Piénselo un momento y caerá en ello —dijo Limbani.

Era una lección básica que él había enseñado a sus tenientes en sus tiempos de profesor en West Point: a veces te sumerges tanto en la táctica del día a día, del hora a hora y del minuto a minuto de una situación muy concreta, que pierdes de vista la estrategia general, el cuadro más amplio con el que vas a ganar la batalla, o incluso la guerra.

Desde que habían amarrado en Umm Rawq, Holliday había perdido de vista el cuadro general mientras esquivaban balas y cerbatanas, río abajo. Cuando se tomó un momento para pensarlo, le resultó evidente la identidad del espía de Limbani.

—Mutwakil Osman —dijo Holliday—. Ese es su espía.

—¿El tipo del hidroavión? —dijo Peggy.

—El tipo del hidroavión —asintió Holliday.

—Así es —dijo Limbani—. Ha sido amigo de los *umufo omhloshana* desde que empezó a volar río arriba. Cree firmemente en dejar a la gente en paz, en que cada uno se labre su propio destino. De cuando en cuando nos ha traído medicinas y otras cosas necesarias; pero lo más importante es que nos pone al día sobre las cosas que pasan en el mundo exterior y que pueden afectarnos.

—De las cosas como Archibald Ives.

—Exactamente —dijo Limbani, soltando un suspiro—. La presencia de un ingeniero de minas y buscador de minerales en esta tierra bien podría presagiar el final de esta gente, el fin de todo lo que hay aquí.

—Puede que eso haya comenzado ya —dijo Holliday—. Por si usted no lo sabe todavía, han asesinado a Ives, y Sir James Matheson está interesado por esta tierra. Es dueño de una de las empresas más grandes del mundo de desarrollo de recursos.

—Sé quién es —dijo Limbani.

—También se interesa por nosotros —dijo Rafi—. Se ha enterado de que a nosotros nos interesaba también la zona, aunque por otros motivos.

—También conozco los motivos de usted —dijo Limbani, suspirando de nuevo y con expresión en la que se apreciaba claramente su ancianidad—. Las minas del rey Salomón, la reina de Saba, quizá hasta Mansa Musa y Timboctú. Una gran visión fantástica de la historia en technicolor, digna de George Lucas y de Indiana Jones. Mezcla de ciencia y wéstern.

Holliday esperó la habitual réplica malhumorada que solía espetar Rafi a los que criticaban su planteamiento de la arqueología, que tenía un poco más de narrativo y de intuitivo; pero la respuesta de Rafi fue notablemente cortés.

—Doctor, le aseguro que no es tanto por las minas ni por las leyendas como por las personas extraordinarias que siguieron estas historias antiguas. Nos condujo hasta aquí una tumba en Etiopía, no un librito tipo *Los secretos de la piedra de Rosetta* como los que regalan en Internet. Era la tumba de un caballero templario que se llamaba Julian de la Roche-Guillaume, que buscaba una cosa que había buscado un vikingo trescientos años antes, y por la que había muerto un legionario romano mil años antes del vikingo. Las historias y las leyendas se cuentan y se transmiten durante mil años o durante dos mil, pero siempre conservan un poco de verdad, a veces la suficiente como para que creamos en ella los soñadores. Heinrich Schliemann, otro soñador, leía a Homero y encontró Troya. —Rafi sacudió la cabeza con firmeza—. Me interesan más los soñadores que el sueño, doctor Limbani.

Limbani, tras mirarlo con leve escepticismo, se encogió de hombros.

—Un discursito muy bonito —dijo el hombre mayor—. ¿Cuántas veces lo ha soltado?

—Una, a usted.

Limbani escrutó durante un largo momento al joven arqueólogo y dijo por fin:

—Si eso es así, doctor Wanounou, se va a llevar usted una gran sorpresa cuando lleguemos a nuestro destino. Una sorpresa enorme.

La finca de los Brocklebank era enorme. La casa estaba rodeada de dos hectáreas de jardines o más, cercados por un muro de piedra de tres metros de altura. La casa en sí era una mansión inmensa de ladrillo y madera, en la que se combinaba el estilo Tudor con el del movimiento Arts and Crafts. Tenía mil cien metros cuadrados de vivienda, once baños, tres cocinas, dieciséis dormitorios, ocho de ellos con chimenea de leña, y ciento dieciséis ventanas con vidrios emplomados, unos policromados y otros no.

Cuando la limusina entró por el portón y subió por el camino de acceso, después de que les hubieran franqueado la entrada con un zumbido, Saint-Sylvestre admiró con asombro lo bien cuidados que estaban los jardines. O las señoritas Brocklebank disponían de un ejército de jardineros, o cuidaban sus plantas de flor con obsesión compulsiva.

La limusina llegó hasta el final del largo camino privado y se detuvo ante la entrada cubierta. Saint-Sylvestre se inclinó hacia delante para hablar por encima del asiento al chófer uniformado.

—Espere aquí; creo que no tardaré más de veinte minutos, como máximo.

—Como usted diga, señor —dijo el chófer.

Saint-Sylvestre tomó el maletín, bajó de la limusina, llegó a los escalones de piedra de la entrada cubierta y tocó el timbre. Oyó en el interior los ecos lejanos del Big Ben. Transcurrió un minuto entero hasta que se oyó ruido de tacones y se abrió la puerta. La anciana que tenía delante pareció sorprendida y consternada al ver el color de la piel de Gesler, pero se repuso enseguida. La mujer había nacido en una época en que la gente con la piel del color que tenía la de Saint-Sylvestre llamaba a la puerta de servicio, no a la principal.

—¿Herr Gesler? —preguntó la mujer. Tenía la cara arrugada y cubierta de polvos rosas de maquillaje; llevaba el pelo gris recogido en un moño

arremolinado que habría sido muy propio de una mujer con polisón y gran sombrero de ala ancha. Llevaba zapatos oscuros de medio tacón y un traje sastre azul oscuro con ribetes blancos, perfectamente cortado, que debía de ser de Chanel de los años cincuenta. Llevaba al brazo un enorme bolso de charol. Se parecía mucho a la difunta reina madre británica. Nada de una ancianita con guardapolvo: aquella iba vestida de punta en blanco.

—¿Señorita Brocklebank? —preguntó a su vez Saint-Sylvestre haciendo una leve reverencia. Pensó besar la mano que le ofrecía la anciana, pero decidió que sería exagerado, aunque no mucho. Se la estrechó.

—En efecto —dijo ella—. Mi hermana Margaret está en la biblioteca, ¿la hago venir?

—He pensado que podíamos dejar arreglado nuestro negocio antes de ir a tomar el té, señorita Brocklebank. Podemos celebrarlo después, sin prisas.

—Bueno... no querría que llegásemos tarde —dijo la anciana. No parecía muy deseosa de que la privaran de aquel gusto; saltaba a la vista que los Brocklebank no estaban acostumbrados a que les llevaran la contraria, ni siquiera cuando era para meterles en el bolsillo grandes cantidades de dinero.

—Solo necesito diez minutos, se lo aseguro —dijo Saint-Sylvestre con firmeza—. Lo único que tienen que hacer es refrendar el cheque y volver a firmar los acuerdos.

—Creía que ya habíamos hecho eso... lo de los acuerdos, quiero decir.

—Así es —dijo Saint-Sylvestre, adoptando intencionadamente el tono algo condescendiente que se emplea con las personas mayores y con los débiles mentales. La anciana captó al instante el matiz «estamos un poco olvidadizos, ¿verdad?» de su voz. Se incomodó, pero cedió.

—Si usted insiste, *herr* Gesler —dijo con voz crispada, y se hizo a un lado.

—Procuraré que esto sea lo menos doloroso posible, señorita Brocklebank —dijo él, entrando en la casa.

Betty Brocklebank lo acompañó por un recibidor corto hasta el gran salón, todo parquet y maderas taraceadas relucientes, con una chimenea gigantesca de piedra junto a la escalera en curva, con las paredes adornadas con las cabezas de diversas presas de caza de la fauna de América del Norte, que miraban al vacío con sus ojos de cristal. El suelo estaba cubierto por una alfombra persa enorme que, evidentemente, era auténtica.

Giraron a la derecha para entrar en una habitación grande, con alfombras menores en el suelo, dos paredes cubiertas de sendas librerías de roble a la

medida, otra chimenea grande, esta de gas, en la tercera pared, y la cuarta con un ventanal de vidrios emplomados que daba a los jardines delanteros.

La vista estaba enmarcada por los vidrios del borde exterior, con policromías que exhibían el que debía de ser el escudo de armas de los Brocklebank, una figura heráldica compleja con cisnes, coronas y espadas de colores azules, verdes, morados y dorados.

El mobiliario era colonial, de la India o de Siam, con enormes butacas de mimbre con respaldo en abanico y mesas auxiliares de bambú. Había una segunda anciana sentada en un sofá curvo de ratán que estaba dispuesto bajo el ventanal, tapizado con un tejido azul oscuro que tenía bordadas enormes magnolias de vivos colores.

La anciana era exactamente igual que Betty, con la única diferencia del cabello, en el que llevaba una permanente de rizos muy densos y con un leve tono azul en su color blanco; se le apreciaba por debajo el cuero cabelludo rosado. Llevaba el mismo traje sastre de Betty Brocklebank pero con los colores invertidos: blanco con rebordes azules.

—Margie —dijo Betty Brocklebank—, este es el señor Gesler, del banco de Suiza. Señor Gesler, le presento a mi hermana, Margaret Brocklebank.

—Es la mayor porque nació tres minutos y medio antes que yo, y por eso se cree que es la más lista, señor Gesler —dijo Margie Brocklebank, dirigiéndole una mirada curiosa—. No sabía que ahora había negros en Europa. No recuerdo haber visto allí a ninguno antes de la guerra.

—Mi madre era de Alejandría de Egipto. Conoció a mi padre en la Universidad de Zurich. Él estudiaba Matemáticas y ella se licenció en Física —dijo Saint-Sylvestre con amabilidad, ensartando las mentiras que tomaba al vuelo como quien toma cerezas de un árbol.

—Ya veo —dijo Margie Brocklebank, aunque evidentemente no veía nada. Ya le costaba bastante entender que hubiera un hombre negro en su cuarto de estar; que una mujer negra estudiara en la universidad, y mucho menos que se licenciase, se salía demasiado de los parámetros que ella era capaz de asimilar. Saint-Sylvestre se sentó en una de las butacas con respaldo en abanico que estaban frente al sofá, separadas del mismo por una mesa de café de bambú y cristal.

—¿Voy a por los papeles, entonces? —dijo Betty Brocklebank. No esperó respuesta y salió de la sala. Sus pasos repiqueteaban sobre el parqué cuando pisaba entre una alfombra y otra.

—Fui primera de la promoción en Crofton House, ¿sabe usted? —susurró Margie Brocklebank—. Betty solo fue segunda.

—¿No me diga? —dijo Saint-Sylvestre, sin tener la menor idea de qué le estaba hablando la anciana.

—Pues sí —dijo Margie Brocklebank.

Betty Brocklebank volvió a entrar en la sala trayendo en las manos un portafolios desplegable en acordeón. Se sentó en el sofá, junto a su hermana, y depositó el portafolios sobre la mesa de café.

—Le ha estado contando a usted la historia de que fue la primera de la promoción, ¿verdad, señor Gesler?

Saint-Sylvestre no respondió. Margaret Brocklebank se sonrojó. Su hermana se quitó el sombrero con una sonrisa triunfal.

—Claro que se la ha contado —dijo Betty Brocklebank—. Es su historia favorita, a excepción de la de que Mickey Hill me dio plantón en la fiesta de promoción de Crofton House y Saint George.

—Bueno, pues *es verdad* que te dio plantón —dijo la hermana menor, haciendo un mohín.

—Al menos, a mí me invitaron —repuso Betty Brocklebank con malicia. Se volvió hacia Saint-Sylvestre—. ¿Entramos en materia, señor Gesler?

—Por supuesto —dijo Saint-Sylvestre.

Puso sobre la mesa de café su maletín, hizo saltar los pestillos y abrió el maletín. Metió la mano dentro, sacó la semiautomática H&K P30 y disparó dos tiros en el pecho a cada hermana. Cumpliendo su palabra, había resuelto el asunto de la manera menos dolorosa posible.

Como no era hombre que hiciera nunca las cosas a medias, se puso de pie, rodeó la mesa de café y volvió a disparar un tiro en la cabeza a cada una de las hermanas. Limpió cuidadosamente la pistola con el borde de la falda de Betty Brocklebank y la dejó sobre la mesa de café. Cuando las autoridades revisaran el número de serie de la pistola, este los conduciría de manera lenta pero segura hasta Allen Faulkener, y de aquí pasarían a Matheson, con lo que cabía esperar que saltaría el escándalo. Hecho aquello, vació en su maletín el contenido del portafolios de acordeón, cerró el maletín y se puso a trabajar. La suerte de la minera Rama de Plata ya estaba en sus manos.

Quince minutos más tarde, Saint-Sylvestre salía al porche cubierto de la casa de las Brocklebank y tomaba una bocanada de aire fresco. Había dejado abierto el gas de la cocina y las chimeneas de gas de toda la casa, con las llamas piloto

apagadas, y la mecha improvisada que había preparado con un cigarrillo encendido y una caja de cerillas convertiría todo el piso bajo de la vieja mansión en un infierno al cabo de quince minutos más. El parque de bomberos local tardaría diez minutos más en atender la llamada, y la noticia solo saltaría a los medios informativos otros diez minutos después de aquello.

Por tanto, contaba con una ventaja de cuarenta minutos para volver en la limusina al hotel Vancouver y tomar un taxi para el aeropuerto. Si todo salía razonablemente bien, el chófer de la limusina tardaría como mínimo una hora en relacionar a su último pasajero con el incendio de la calle Crescent, y por entonces el inigualable Leonhard Euhler ya habría pasado a mejor vida definitivamente.

Cuando Saint-Sylvestre llegó al pie de los escalones exteriores, el chófer ya había salido del coche y estaba de pie junto a la puerta posterior abierta.

—Gracias —dijo Saint-Sylvestre.

El conductor de la limusina se metió la mano en el bolsillo y ofreció al policía lo que parecía ser un pañuelo de papel arrugado pero bastante limpio.

—Tiene usted una manchita de algo en la corbata —le dijo.

—Gracias de nuevo —dijo Saint-Sylvestre. Bajó la cabeza y se sentó en el vehículo, y el chófer le cerró la puerta. Saint-Sylvestre tomó su corbata de seda y limpió con el pañuelo de papel la pequeña mancha gelatinosa de masa encefálica de Margie Brocklebank. El conductor se sentó al volante y se pusieron en camino.

CAPÍTULO 25

Llegaron a las cataratas de Kazaba y al valle de los Extranjeros Pálidos al día siguiente, cuando se ponía el sol. Lo contemplaron desde lo alto de los acantilados, junto a la curva suave e hipnótica del agua que se precipitaba con un rugido atronador que lo invadía todo, levantando un velo de bruma que los rodeaba por todas partes como una niebla irisada que mojaba las piedras. El sol poniente había teñido de oro cobrizo todo lo que tocaba.

—¡Esto es! —dijo Holliday, alzando la voz para hacerse oír entre el bramido penetrante de la catarata—. La visión del Edén de tu caballero templario.

Era el mural de la tumba de la isla, en la vida real: la catarata dividida en tres cascadas, cada una de ellas flanqueada por un promontorio saliente de piedra negra; el valle surcado por la serpiente plateada del río, muy abajo, y las tres colinas que asomaban de la selva como jorobas de antiguos monstruos prehistóricos. Era la confirmación de todas las teorías que había trazado Rafi desde que habían partido de Jerusalén.

—Solo faltan las canoas altas en el río y la hilera de mineros que bajan de la colina central con sus cestos de mineral —asintió Rafi.

—Parece que ustedes ya han estado aquí antes —observó Limbani, que estaba tras ellos y escuchaba la conversación.

—Hace setecientos años estuvo aquí un caballero templario —dijo Rafi—. Pintó este paisaje al fresco en las paredes de su tumba. Se llamaba...

—Julian de la Roche-Guillaume —dijo Limbani, asintiendo con la cabeza.

Rafi se volvió hacia él, sorprendido.

—No me diga usted que eso se lo ha dicho también Osman, el piloto del Catalina, porque yo no hablé nunca de ello delante de él.

—Yo conocía ese nombre mucho antes de conocer a Osman —dijo Limbani con una sonrisa irónica—. Lo aprendí de niño, cuando me trajo aquí mi padre.

—¿Su padre conocía este lugar? —dijo Holliday.

—Y antes lo conoció su padre —asintió Limbani—. Nuestra familia ha ejercido durante más de cien años para los *umufo omhloshana* el mismo papel que ha desempeñado para mí Mutwakil Osman, mi espía: hemos sido su único contacto con el mundo exterior y con la vida moderna. Gracias a ello nombraron a mi padre gobernador de la provincia de Vakaga. Había grandes planes de desarrollo para esta parte del país: se construirían carreteras a través de la selva, y se hablaba de levantar una presa en el río, y hasta de aprovechar las cataratas de Kazaba para generar electricidad.

»Habrían descubierto a los *umufo omhloshana*, y se habrían destruido para siempre todos sus secretos y su legado. Un pueblo orgulloso pasaría a depender de las subvenciones del Gobierno y a vivir en la miseria. Cuando el Gobierno asesinó a mi padre, yo ocupé su lugar. Es mi deber sagrado. Para las gentes de este valle, yo soy el *Umlondoloji*, el Protector.

—El *Mundo Perdido* de Conan Doyle —dijo Rafi.

—Se parece más bien a *Turok, el guerrero de piedra* —dijo Holliday.

—¿Qué diantres es eso? —dijo Peggy.

—Unos cómics que leía yo de niño —explicó Holliday—. El tío Henry me los compraba cuando yo iba de visita en verano. Tú eres demasiado joven para recordarlos.

—Vamos —dijo Limbani—. Debemos darnos prisa. El sol no tardará en ponerse, y el camino que desciende por los acantilados es muy traicionero a oscuras.

Bajaron poco a poco. El camino tenía poco más de dos metros de ancho, y era de tierra apisonada en algunas partes, pero en su mayoría era de anchos escalones de piedra desgastados por los pies de los viajeros durante incontables siglos.

—Estos escalones los tallaron los esclavos de Dinga Cisse, primer rey guerrero de Wagadou, en el siglo séptimo —dijo Limbani, que encabezaba el descenso, adivinando la pregunta que se hacía Holliday—. Aunque los *ghanas*, los reyes guerreros, ya llevaban mil años extrayendo minerales de las colinas del valle.

—¿Y el rey Salomón? —preguntó Peggy, que caminaba tras Holliday en la larga fila de viajeros que descendían por el acantilado.

—Los *ghanas* de lo que más tarde se llamaría Mali fueron derrocados, con el tiempo, por los *mansas*, o reyes, de ese imperio, uno de los cuales se llamaba Sogolon Djata, es decir, el rey Salomón, que no tenía nada que ver con Salomón, hijo de David. Me temo que los cristianos, los judíos y los musulmanes creen que la historia comienza con el Antiguo Testamento; pero yo les puedo asegurar que la historia de África es mucho más antigua.

Siguieron bajando por la vía precaria del acantilado, que por fortuna empezó a ensancharse un poco. Holliday, que contemplaba la selva que tenían mucho más abajo, advirtió de pronto en el paisaje unas formas extrañas que parecían ilógicas. Comprendió también que el secreto solo se estaba desvelando por el efecto del sol poniente, que arrojaba sombras marcadas donde no debería haberlas. Cuando estuvieron más abajo, a unos quince metros del suelo de la jungla, vio de qué se trataba.

—¡Es increíble! —dijo con admiración—. ¡Tienen camuflada la mitad del valle! ¿Qué esconden aquí abajo?

—Nos adaptamos a los tiempos —dijo Limbani—. Mi padre obtuvo su primer doctorado en Medicina en la Universidad de Cambridge. Durante la Segunda Guerra Mundial formó parte del «circo mágico» de Jasper Maskelyne.

—El hombre que hizo desaparecer la ciudad de Alejandría de Egipto y el canal de Suez —dijo Holliday—. En Inglaterra, puso dos mil tanques de madera contrachapada y pintó ejércitos enteros en la llanura de Salisbury para despistar a los vuelos de reconocimiento alemanes, poco antes del día D.

—Así es —dijo Limbani—. Conocían la importancia de protegerse de la fotografía aérea, y ahora que hay tres docenas de satélites que nos observan a diversas horas del día y de la noche, es más importante todavía.

—Pero ¿por qué el camuflaje? ¿Qué es lo que quieren ocultar? —preguntó Holliday.

—En primer lugar, la existencia misma de los *umufo omhloshana*. No son bayas, ni bandas, ni siquiera el azote de Kolingba, los yakima. Si él descubriera que están aquí, se produciría un genocidio. Como la mayoría de los dictadores africanos, Salomón Kolingba es un racista; en su caso, un racista de proporciones delirantes. En segundo lugar... bueno, lo verá usted pronto.

Llegaron al pie del acantilado un cuarto de hora más tarde. Una senda estrecha entre la vegetación baja y espesa los conducía hasta un muro de denso follaje selvático. Cuando iban por la senda, Holliday advirtió que lo que se alzaba ante ellos y parecía una jungla densa era, en realidad, una cortina de redes

de las que colgaban tiras de tela multicolores y en las que estaban entrelazadas ramas y ramitas. Pasaron por una abertura pequeña de la red y llegaron al bosque que estaba al otro lado.

—Impresionante —dijo Holliday, mirando aquello con atención—. Absolutamente impresionante.

Oliver Gash estaba sentado a solas en una mesa del bar del hotel Trianon y saboreaba despacio su *café brûlot* de después de cenar, gozando del aroma de la canela en rama y del matiz ácido de naranja del Grand Marnier. El local estaba casi vacío. A excepción del barman, Marcel Boganda, solo había en un rincón dos funcionarios comerciales chinos que se emborrachaban; nadie más. Cuando Oliver Gash entraba en un local, este solía despejarse casi siempre; pero él ya estaba acostumbrado a esta reacción por parte de la población local.

A esas horas, Kolingba ya estaría poniendo toda su atención en las dos prostitutas que le había traído Gash de Banghi y que estaban dispuestas a arriesgarse a pasarse por la cama del dictador de ciento cuarenta kilos, de costumbres a veces violentas. Gash podría relajarse durante el resto de la noche; pero algo le decía que no le esperaba una noche de relax. Si había conseguido escapar de Ruanda hacía casi veinte años, y si había sobrevivido en aquel lugar terrible y en la selva de otro tipo que era Cherry Hill y el resto del sur de Baltimore, había sido porque se tomaba en serio sus intuiciones y sus corazonadas. Y desde hacía diez días o dos semanas, esas intuiciones y corazonadas le estaban haciendo cosquillas en todos los sentidos y le habían disparado todas las alarmas, que le gritaban al unísono: *Lárgate de aquí ahora que puedes*.

Se bebió su café despacio, intentando ordenar las cosas de manera lógica, con la esperanza de sacar en limpio algo concreto de entre el caleidoscopio de pequeñas impresiones, rumores, datos y susurros que percibía constantemente un hombre de su posición.

Todo había empezado aun antes de la llegada de aquel canadiense con acento alemán; se había visto a Limbani con mayor frecuencia, y había entre el pueblo un aire de expectación, una cosa desesperada e irregular, esa sensación que tienes cuando has visto morir a alguien bajo las ruedas de un autobús. No hacía falta el tamtam para enterarse de que los nativos estaban inquietos y, lo que es más importante, de que estaban expectantes. Aquellas gentes estaban a dos

generaciones de distancia, quizá, de los salvajes desnudos que corrían tras sus presas. A Gash no le cabía duda de que machacarían a cualquier dirigente que les diera una sola muestra de debilidad.

Llevaba más de una semana sin recibir noticias de Saint-Sylvestre, lo que ya era inquietante de suyo; pero había realizado algunas investigaciones por su cuenta. Archibald Ives era ingeniero de minas, en efecto, y no había sido nada difícil reconstruir sus pasos anteriores a su asesinato en una carretera de Sudán, hasta remontarse a su embarque en el Pevensey, cuya ruta fluvial seguía el río Kotto desde Umm Rawq hasta la primera catarata, en la práctica la frontera entre Sudán del Sur y Kukuanaland. Desde allí se había adentrado en la selva en canoa. Si Saint-Sylvestre había estado en lo cierto, aquel hombre había descubierto algo lo bastante importante como para que lo mataran. Gash había obtenido mediante un soborno el informe de la policía de Jartum. Según este, no se trataría de un homicidio al azar realizado por bandidos de la carretera; los bandidos sudaneses empleaban viejos rifles Mannlicher-Carcano de la infantería italiana de la Segunda Guerra Mundial; pero, según el informe policial, a Ives lo habían matado con un rifle sudafricano de francotirador del calibre .50. Los hombres que empleaban esas armas no eran fáciles de encontrar ni de contratar, ni baratos. ¿Quién había encargado aquella muerte, entonces?

Aquella arma del calibre .50 había presagiado, en cierto modo, la aparición de Lanz, que no parecía que tuviera nada de traficante de armas. Durante el tiempo que había pasado en Kukuanaland apenas había hecho algún amago de hacer tratos, en vez de lo cual había preferido darse largos paseos por la ciudad. Saint-Sylvestre había opinado que Lanz estaba trazando un golpe de Estado, casi con toda seguridad, y las investigaciones ulteriores del propio Gash habían tendido a confirmarlo.

Gash había realizado varios viajes a Inglaterra para abrir líneas de comunicación con los grandes traficantes de droga de allí, y así había establecido algunos contactos privados que le proporcionaban con regularidad datos sueltos sobre las personas con las que tenía negocios o con las que podía tenerlos en el futuro. Esos contactos le habían comunicado, hacía solo tres días, una cosa que podía tener todavía mayor importancia: que había aparecido en Londres nada menos que François Nagoupandé, con uniforme de general del ejército británico. Nagoupandé había sido vicegobernador de la provincia de Vakanga, y era él quien había traicionado a Limbani. Por otra parte, era una espina que tenía clavada Kolingba. El grueso dictador tenía terror paranoico a que apareciera un

día Nagoupandé con un ejército fantasma, reclutado Dios sabía dónde; y ello a pesar de que Gash tenía dispuesto sobre el terreno un equipo que vigilaba al exvicegobernador, quien rara vez salía mucho tiempo de su complejo, en una finca enorme de Mali. Nagoupandé con uniforme de general: ¿se habría vestido así por un capricho, o se estaría tramando algo? La pista más indicativa que había llegado río abajo había sido el hundimiento del Pevensey, el carguero fluvial de vapor que había sido destruido por algo grande, como un Cessna Caravan. Surgía así la pregunta: ¿quién había querido impedir que el carguero llevara huevos a las aldeas para intercambiarlos por pieles de animales y carne, pescado y vegetales autóctonos, y tal vez por un poco de oro de bateo o algún diamante en bruto? A menos que el capitán cubano del Pevensey anduviera metido en asuntos turbios y estuviera subiendo río arriba algo más que carne de cabra.

A menos que el golpe fuera a venir de allí. Gash consideró un momento el hecho de que Kolingba no confiaba en los bancos. Las paredes del fondo de su residencia privada en el tercer piso contenían miles de millones en metálico y en metales preciosos. Gash había consultado el calendario aquel mismo día. Faltaban tres noches para la luna nueva. Tenía la sensación de que entonces quedarían resueltas todas las dudas. Apuró de un trago su taza de *café brûlot*. Sabía que, hiciera él lo que hiciera, y con independencia del bando del que se pusiera, Kukuanaland sería un lugar muy distinto para cuando volviera a salir una luna nueva. Se levantó de la mesa, solo un poco bebido. Tenía mucho que hacer y muy poco tiempo para hacerlo.

Se acercó a la barra para pagar su cuenta a Marcel, el barman. Dio al hombre negro de rostro inexpresivo treinta dólares en billetes estadounidenses, la moneda de uso general en Kukuanaland, por su solidez general y porque eran los únicos billetes de toda África que no se podían falsificar con una caja de lápices de colores. Marcel le entregó el cambio y un recibo, y Gash le devolvió a su vez el cambio como propina. Solo desplegó el recibo cuando hubo llegado a su alojamiento, dentro del complejo.

El mensaje que contenía era tan sencillo como estremecedor: «Se ha visto a Limbani sano y salvo en compañía de varios hombres blancos cerca del río Kotto, en las cataratas de Kazaba».

Sacó su viejo encendedor Zippo de los Orioles de Baltimore y quemó el papel en el cenicero de bronce de su escritorio. No oía los golpes sordos, los crujidos ni los chillidos en la residencia de Kolingba, en el piso superior, y pensó

que sería más prudente esperar al día siguiente para informar al general. Kolingba tenía la fea costumbre de matar al mensajero, sobre todo en momentos como aquellos.

CAPÍTULO 26

Después de observar las redes revestidas de follaje desde el pie del acantilado y de haber entrado en su interior, Holliday apreció inmediatamente la habilidad genial con la que habían creado su asentamiento los Extranjeros Pálidos. Aunque, en realidad, aquello era algo más que un asentamiento. Por lo que veía Holliday, aquello parecía más bien una pequeña ciudad.

Al menos la mitad del valle (bien oculto bajo las altas copas de los árboles, reforzadas con conjuntos de esteras tejidas de ramas y plantas que estaban suspendidas de los árboles a varios niveles) estaba cubierto de un mínimo de cincuenta *kraals*, recintos circulares con altos muros de barro y tierra reforzados con bambú y rematados por gruesas empalizadas de bambú de más de tres metros de alto.

En las entradas a los recintos había escaleras de mano pesadas que podían retirarse izándolas por el terraplén, con lo que resultaba imposible entrar. Parecía que en la parte alta de las empalizadas había orificios pequeños, y Holliday no dudó que allí arriba había pasarelas desde las que los guerreros de Limbani podían disparar con sus cerbatanas.

Cada uno de los recintos tenía un poste central desde el que podían desplegarse grandes triángulos de tela que cubrían el recinto por completo cuando empezaba a llover. Holliday reconoció el diseño de la cubierta del foro de Roma; y esto también era lógico, ya que entre las filas de la legión perdida debían de figurar ingenieros.

—Como ya habrán comprobado, sin duda, las cubiertas de tela de cada recinto son de origen romano —dijo Limbani, que iba en cabeza.

—Pero no los recintos en sí —dijo Holliday.

—No; esos son de diseño nativo; aunque los de piedra del Gran Zimbabue vienen a tener la misma forma.

—Es ingenioso. Cada recinto es independiente, pero toca al vecino en algún punto. Los enemigos tienen que luchar aquí abajo, en el terreno inferior, y dentro de lo que, en la práctica, es un laberinto. Si intentas conquistar este sitio, te resultará fácil perderte o apiñarte en un callejón sin salida.

—Mejor todavía: si el enemigo consigue tomar uno de los recintos, sus ocupantes se retiran al contiguo sin más.

—El diseño de las fortalezas templarias: el castillo dentro de un castillo —murmuró Holliday.

Según fueron recorriendo aquel laberinto extraordinario, vieron que incluso del interior de algunos de los recintos brotaban árboles de altas copas, y también se habían dejado crecer otros árboles en ciertos lugares del camino entre los recintos. Con tal atención a los detalles y con los centenares de escudos trenzados y suspendidos, todo el lugar resultaría invisible incluso desde pocos centenares de metros. No se apreciaría en absoluto desde un satélite de observación.

—¿Cuántas personas viven en cada recinto? —preguntó Holliday, que seguía los pasos a Limbani.

—Es difícil determinarlo —explicó el doctor, volviéndose parcialmente hacia ellos mientras se abrían camino por aquel laberinto sinuoso—. En su interior se realizan muchas labores distintas: se teje, se curten pieles, se fabrican sedales de pesca y redes para los pájaros. Hay uno que solo contiene colmenas de abejas. Hay otro recinto entero dedicado exclusivamente a la construcción de cerbatanas y de sus dardos, y otro más para la elaboración de los diversos venenos que se emplean, que son toxinas tanto vegetales como animales. La toxina vegetal que empleamos con mayor frecuencia es la ricina, que se concentra a partir del revestimiento de las semillas del ricino. Las toxinas animales suelen ser veneno concentrado de la víbora del Gabón o de la boomslang. A veces recurrimos al escorpión de cola gorda, el *Androctonus australis*.

—¿Mortal?

—Siempre —asintió Limbani—. Mis conocimientos de medicina han contribuido mucho a potenciar la toxicidad de sus armas.

—Pero ¿por qué ser tan agresivos? —preguntó Holliday—. Por aquí no puede haber muchos depredadores peligrosos.

—Tiene usted mucha razón —respondió el doctor Limbani—. Han vivido en paz en la selva durante miles de años, pudiendo vivir sus vidas a voluntad, cumplir sus destinos como les parecía conveniente a sus dioses. Pero eso está cambiando. Esos tiempos tocan rápidamente a su fin. Kolingba es el primero; no será el último si no lo evitamos. Debemos hacer algo, coronel, y el momento se acerca más aprisa de lo que cree usted. Ya solo es una cuestión de días.

—¿Cómo puede estar tan seguro de ello?

—¿Cree usted que Mutwakil Osman es mi único espía? Hay otros de mi tribu que son amigos de los *umufu omhloshana*.

—¿Y qué pueden hacer ustedes con alguien como Kolingba? Si a este se le ocurre atacar este lugar, todo habría terminado en un solo día. Tiene helicópteros, lanzacohetes, ametralladoras. Usted no tendría ninguna oportunidad. Sería un suicidio enfrentarse a esos hombres.

—Y sería un genocidio no hacerlo —replicó Limbani con calma.

—No tienen ninguna defensa contra armas como las de ellos —repuso Holliday.

—Piense en su historia, coronel.

—¿En qué historia?

—En su especialidad, según me ha explicado el profesor Wanounou. La historia militar.

—De acuerdo. Es sencillo. Son ustedes inferiores en número y en armamento, y si los asedian, se morirían de hambre. No tendrían nada que hacer.

—¿Combatió usted en Vietnam, coronel?

—Dos períodos de servicio, cuando tenía dieciocho y diecinueve años. Exactamente trescientos sesenta y cinco días de novato sobre el terreno, y llevo encima desde entonces el recuerdo de cada uno de esos días. No fue mi guerra favorita, doctor. No se debe enviar a adolescentes a que maten a gente. Les desarregla el cerebro, se lo aseguro.

—Entonces, usted sabe algo de la guerra en la selva.

—Algo —asintió Holliday, con una expresión distante y amarga en la mirada.

—La capacidad de observación de los helicópteros está limitada por el manto vegetal —observó Limbani—. Los lanzacohetes y demás artillería son inútiles en la selva. Los carros de combate y otros vehículos armados también son inútiles, ¿no está usted de acuerdo?

—En general.

—Hasta los instrumentos guiados por láser y de visión por infrarrojos son inútiles, tanto de día como de noche. De día hay demasiada interferencia, y de noche hay tanta radiación de calor del terreno al aire que una persona con gafas de visión nocturna quedaría deslumbrada. Occidente siempre ha empleado armas poco adecuadas para los terrenos que no les resultaban familiares. El tanque Abrams estaba diseñado para avanzar de tres en fondo por las autopistas europeas, lo mismo que el T-90 soviético. Llevarlos por transporte aéreo a lugares como Afganistán o Bosnia es una pérdida de tiempo, y cuando combaten en los desiertos de Irak se les mete la arena en los rodamientos.

»En Afganistán, a los americanos se les había olvidado todo lo que habían aprendido en Vietnam sobre la guerra de guerrillas, y a los rusos también se les habían olvidado las lecciones de sus revoluciones. ¿No ha observado usted que ninguna potencia extranjera ha llevado a cabo con éxito una guerra en suelo africano contra africanos? Solo contra otra potencia extranjera. Aquí la guerra se reduce a su expresión más sencilla y más terrible. Dos guerreros, uno contra otro, y suele suceder que sale vencedora el arma más sencilla, el arma a la que afecta menos el terreno y los elementos. En un escenario como este no perderemos, coronel Holliday.

—Un discurso muy orgulloso, doctor Limbani —dijo Holliday—. Pero ¿está usted dispuesto a arriesgar la vida de sus hombres inspirándose en la retórica?

—La vida es una apuesta, coronel Holliday. Pero a veces es posible igualar las probabilidades. Venga conmigo.

Empezó a subir por una de las escaleras de mano que estaban tendidas sobre el terraplén de una de las empalizadas, que rodeaba un recinto bastante grande que estaba cerca del centro del laberinto. Llegó a lo alto del montículo y se inclinó un poco para recobrar el aliento. Holliday, mirando al frente, vio una hendidura en la empalizada. Quizá se tratara de una puerta.

—*Skalle-odelle!* —gritó Limbani.

—¿Qué idioma es ese? —preguntó Holliday.

—Tienen palabras sagradas; estas son dos de ellas. Su lengua cotidiana es un dialecto antiguo del malinke, de tiempos de Sogolon.

—Suena a danés o a noruego —dijo Peggy.

—Ragnar Hiendecráneos —dijo Rafi en voz baja—. ¿*Skalle-odelle* es *hiendecráneos*, quizá? —El arqueólogo miró a Holliday—. Tendría sentido si Julian de la Roche-Guillaume vino a parar aquí... y eso ya lo hemos demostrado. También se explicarían así las ropas de los Extranjeros Pálidos: una buena

imitación de la sencilla falda de lino que llevarían los trabajadores corrientes de Egipto hace ochocientos años. Si Ragnar y sus hombres llegaron remontando el Nilo, sería razonable suponer que habían adoptado un vestido similar.

Limbani se rio.

—Me impresiona usted, Wanounou —dijo—. La mayoría de los arqueólogos no hacen interpretaciones ni saltan a conclusiones tan atrevidas.

—Rafi no es un arqueólogo de los corrientes —dijo Peggy, sonriente—. Es más del tipo «buscar nueva vida y nuevas civilizaciones e ir con arrojo hasta donde no ha llegado nunca el hombre».

A pocos pasos por delante de ellos se alzó una sección de la empalizada de dos metros de ancho, como los rastrillos de los castillos antiguos. Tras la apertura había un pasadizo cubierto, de al menos tres metros y medio de alto, con las paredes y el techo revestidos de tablas sólidas. En aquella especie de túnel había a intervalos regulares pequeños orificios circulares, un poco mayores que el diámetro de las cerbatanas que empleaban los Extranjeros Pálidos. El túnel artificial tenía seis metros de largo y terminaba en un segundo portón, tan sólido como las paredes y el techo.

—¡Qué ingenioso! —dijo Holliday—. Una puerta de entrada con barbacana, provista de aspilleras.

—¿De aspilleras? —dijo Limbani mientras recorrían el pasadizo cerrado—. No sabía que esos orificios tuvieran nombre.

—Ese tipo de cosas siempre han tenido nombre —dijo Holliday con frialdad—. Esto, en concreto, es un invento francés, si no me falla la memoria.

Cuando se cerró a sus espaldas con ruido el portón de entrada, se abrieron las puertas que tenían delante y salieron al recinto abierto, que estaba rodeado de tres empalizadas. Había media docena de edificios comunales al estilo indio, hechos con tablas y dispuestos en semicírculo en el borde exterior del recinto. Cada uno tenía como remate de la viga central del tejado a dos aguas una figura totémica a modo de mascarón de proa. Una de las figuras era idéntica a la máscara de gallo que había visto Holliday en la cabeza de Jerimiah Salamango, el «destructor de Cristo».

—¡Son casas comunales vikingas! —susurró Rafi con voz llena de emoción—. Esto es un mundo perdido, en efecto.

Pasaban mujeres y niños de una casa comunal a otra, y los niños muy pequeños, que solo llevaban taparrabos, jugaban en el polvo y se perseguían unos a otros entre las construcciones. Una docena de adolescentes de ambos

sexos estaban sentados con las piernas cruzadas a unos treinta metros de una serie de dianas pintadas en tablas estrechas. El centro de cada diana era blanco, rodeado de amarillo vivo.

Cada uno de los jóvenes tenía una cerbatana en el regazo y un carcaj cilíndrico para dardos, de tejido, en bandolera sobre el pecho. Los chicos iban desnudos de cintura para arriba, y las muchachas llevaban el pecho cubierto por tiras de paño sencillas y muy ceñidas.

Estaban en silencio, serios, casi en meditación. A Holliday le pareció que estaban haciendo ejercicios de respiración de algún tipo. Tras ellos estaba de pie un adulto que sostenía a modo de bastón su larga cerbatana. Tenía pintada en la cara una ancha X de color negro. Sus ojos eran de un azul intenso, como de piedra preciosa; y, cosa notable, sus cabellos largos y trenzados eran tan rubios como las barbas del maíz.

—El de pelo amarillo es el *umculisi*, el maestro. Sus alumnos son *ibuso-sha*, jóvenes guerreros. Ahora están practicando la respiración de la Sarbacana.

—Eso no me suena muy africano —dijo Peggy.

—No lo es —dijo Limbani tranquilamente—. Cuando Julian de la Roche-Guillaume salió de Tierra Santa, viajó hasta tierras muy lejanas de Asia; puede que llegara incluso hasta el Tíbet, donde recibiría las enseñanzas de Drögon Chögyhal Phagpa, el emperador que también fue asesor espiritual de Kublai Kan.

»Regresó durante algún tiempo a Francia, donde estableció una escuela secreta de lo que él llamaba la Sarbacana, la unificación de la respiración, la mente y la vista. Al parecer, este arte lo “volvió a inventar” un gurú francés cuasimístico en la década de 1970; pero no cabe duda de que se trata de lo mismo.

—Esto empieza a ponerse muy raro —murmuró Peggy—. Ya era bastante extraño lo del templario y su tumba de oro macizo; pero ahora nos vamos al Tíbet y con Kublai Kan. De aquí a nada va a aparecer Olivia Newton-John cantando *Xanadu*.

—¿Estamos hablando de un arte marcial? —dijo Holliday, sin hacer caso de las palabras de su prima.

—Por supuesto —dijo Limbani.

—¿Y cree usted de verdad que esta respiración de la Sarbacana puede hacer frente a un AK-47?

Limbani hizo una señal de asentimiento con la cabeza al hombre rubio que

llevaba la X en el rostro.

—*Impumphuthe* —dijo el hombre rubio en voz baja.

Todos los jóvenes se llevaron la mano a un bolsillito que llevaban cosido en el interior del cinto de sus túnicas y sacaron sendas tiras de paño, que dio cada uno al compañero que estaba a su lado. A continuación, cada uno de los alumnos vendó los ojos a su vecino.

—¿Quiere usted comprobar las vendas de los ojos? —dijo Limbani.

—Le creo —dijo Holliday—. No estamos en un circo.

Limbani volvió a dirigir un gesto de asentimiento al hombre de cabellos rubios.

—*Lungisela* —dijo el hombre rubio.

Cada uno de los alumnos con los ojos vendados extrajo de su carcaj un dardo de diez centímetros y lo introdujo en su cerbatana. A continuación, todos se llevaron las cerbatanas a los labios.

—Naturalmente, en una situación de combate los dardos tendrían la punta bañada en una neurotoxina mortal —explicó Limbani—. En otros tiempos, los dardos se hacían de hierro; pero hemos descubierto que los clavos de aluminio con la punta muy afilada dan resultados satisfactorios y requieren menos trabajo.

Limbani hizo una nueva señal al hombre rubio.

—*Dubuela* —murmuró este.

Se oyó un breve suspiro irregular, como el tamborileo de la lluvia sobre un techo metálico, al que siguió una serie perfectamente ordenada de golpes a medida que los dardos de las cerbatanas alcanzaban sus objetivos. Holliday contempló el resultado, impresionado. Los alumnos, con los ojos vendados, habían disparado en una secuencia regular y establecida, y cada uno de ellos había acertado en el centro mismo del blanco de la diana que le correspondía.

—Todos los habitantes de este valle, de ambos sexos, son capaces de hacer lo que acaban de ver ustedes. Algunos lo hacen más deprisa y mejor con luz o a oscuras. Aquí hay cuatro mil personas, coronel. Son los últimos de su raza, y todos y cada uno están dispuestos a morir por su libertad. ¿No le parece esto más potente que un AK-47?

—No sabría decirle —dijo Holliday—. Está muy igualado.

—¿Estará usted de nuestra parte, coronel? Nos vendría bien la ayuda y el asesoramiento de un militar profesional.

Holliday no titubeó. Hacía mucho tiempo que no encontraba una causa por la que le mereciera la pena luchar.

—Sí —dijo—. Estaré de su parte. Todos lo estaremos.

CAPÍTULO 27

Matheson había elegido como lugar de reunión con Lanz la sala nueve de la antigua Galería Tate, dedicada a «El arte y lo sublime». El mercenario lo encontró ante *El fin del mundo*, inmenso cuadro apocalíptico de John Martin que representaba el tema favorito de este pintor.

—¿Sabe usted algo de John Martin? —le preguntó Matheson.

—No había oído hablar de él nunca —dijo Lanz.

Para el mercenario, las pinturas servían para adornar las tapas de las cajas de bombones. Contempló el lienzo de dos por tres metros. El horizonte ardía con un fuego infernal anaranjado; las montañas se derrumbaban al abismo, seguidas de miles de cuerpos desnudos que lanzaban alaridos. Un rayo de luz intensa zigzagueaba sobre el valle. Lanz supuso que el cuadro pretendía ilustrar el castigo de los pecadores, pero aquello lo dejaba frío. La religión le importaba tan poco como el arte.

—Estaba completamente loco, claro está —murmuró el industrial—. Venía de una familia de locos. Su padre era maestro de esgrima. Martin fue aprendiz de un pintor que se dedicaba a pintar escudos heráldicos en las puertas de los carruajes. Su hermano mayor, que también se llamaba John, fue el incendiario más célebre de Inglaterra. Martin pintaba casi por afición; su verdadera pasión fue diseñar un nuevo sistema de alcantarillado para Londres. Loco del todo.

—¿Qué me quiere decir con todo esto, Sir James? —preguntó Lanz.

—A veces se toma por locos a los grandes hombres porque hay muy pocas personas capaces de apreciar el alcance de su genio.

—¿Cómo dice, señor?

—¿Cree usted que estoy loco, Lanz?

—Eso no me corresponde a mí decidirlo —dijo Lanz, encogiéndose de hombros.

—Allen Faulkener ha muerto —dijo Matheson—. Lo asesinaron en una habitación de hotel en Vancouver, en Canadá. Aquel mismo día murieron en un incendio las dos viejecitas con las que estaba negociando. Aunque después se descubrió que las habían matado con el arma del propio Faulkener.

—Cabe suponer que esto tiene algo que ver con los asuntos de África... —dijo Lanz.

—Sí.

—¿Quiere usted posponerlo?

—No lo he decidido todavía —respondió Matheson. Pasó al cuadro siguiente en la pared del museo. Este era pequeño en comparación con el de John Martin; no llegaba a un metro por un metro. *La Muerte sobre un caballo pálido*, de William Turner, un horror amorfo y vaporoso. El caballo apenas era visible; la Muerte, un esqueleto articulado y famélico que sonreía con las fauces muy abiertas. Matheson estaba paralizado. Sabía que estaba viendo el futuro, pero ¿el de quién?

—Ya he repartido pagos en concepto de señal —dijo Lanz—. La mayoría de estos hombres no están dispuestos a esperar, y si perdemos la noche sin luna tendremos que retrasar la operación casi un mes. Será caro.

—¿Cuánto costaría?

—Un millón como mínimo, puede que más. Habrá que pagar a los hombres su sueldo completo durante todo el plazo de espera. Y también costará más dinero asegurarse el transporte.

Las hermanas Brocklebank habían muerto, y sus poderes estaban en manos de alguien tan amorfo como la figura de la Muerte que había pintado Turner. Él ya tenía en su poder la mayoría de las acciones activas en el mercado, pero si se arriesgaba a servirse de la empresa pantalla, las fuerzas misteriosas a las que se habían debido los asesinatos de Faulkener y de las hermanas Brocklebank solo tendrían que hacer valer las acciones de estas para apoderarse del enorme yacimiento de minerales descubierto en el pequeño país africano.

Si se limitaba a no hacer uso de las acciones que ya había adquirido y cerrar un nuevo trato con Nagoupandé, podría salvar la situación con una pérdida relativamente moderada, pero ¿quién sabía cuánto podría durar la lealtad de Nagoupandé, comprada y pagada con dinero?

No le quedaba ninguna opción. ¿Qué decía aquel lema ridículo que solía

citar Faulkener? *Qui audet adipiscitur*. El que se atreve, gana. A Faulkener no le había servido de gran cosa. Según el forense de Vancouver, al muy idiota lo habían matado con un cuchillo corriente de cortar carne.

Por otra parte, no cabía duda de que aquel era un momento en el que había que atreverse. Diría a Lanz que tuviera encañonado a Nagoupandé hasta que le hubiera cedido las condiciones mineras y dejara de existir el problema de la lealtad. Apartó la mirada de la visión macabra expuesta en la pared. Había que actuar ya.

—Seguimos adelante con el plan —dijo—. Sin aplazamientos. Con la luna nueva.

Lanz asintió con la cabeza e irguió la espalda con gesto automático.

—Con la luna nueva.

El general Salomón Bokassa Sesesse Kolingba tuvo un despertar brusco y doloroso al recibir un haz cegador de luz solar que irrumpía por una rendija estrecha entre las cortinas pesadas de terciopelo que solían cerrarse cuidadosamente para evitar precisamente que sucediera tal cosa. No era buen madrugador; prefería más bien levantarse despacio, quitarse la sed con varias botellas de cerveza de banana Mongozo y pasarse a continuación media hora descargando el vientre en el cuarto de baño.

A continuación solía tomarse un desayuno con huevos revueltos, salchichas, morcilla, beicon, champiñones, judías, alubias al estilo inglés, patatas revueltas, riñones a la parrilla, un par de arenques ahumados escoceses y tres rodajas de pan frito, acompañado todo de medio tomate para dar una nota de color, a lo que seguían varias jarras de chocolate de taza o de café solo con azúcar, en función de su estado de ánimo.

Solía hacer esta comida en su cuarto de estar, sentado en su butaca reclinable favorita viendo la CNN y la BBC por satélite en un enorme televisor de pantalla plana. A veces, cuando las noticias eran aburridas, veía una película antigua.

A las once se vestía de uniforme de combate de camuflaje y practicaba el tiro al plato desde la azotea durante una hora, antes de almorzar. Toda alteración de esta rutina era peligrosa, y quien se la hiciera interrumpir sin motivos poderosos podría sufrir graves consecuencias.

El día veintiséis de aquel mes, dos días antes de la luna nueva, Oliver Gash irrumpió en las habitaciones privadas del general Kolingba a las 4:51 de la

madrugada, un minuto antes del crepúsculo civil. Se mantuvo entre las sombras, cerca de la puerta y a bastante distancia de la gran cama de dosel que estaba en un rincón al fondo de la habitación. Lo peor de todo era que Kolingba no solía roncar; dormía casi en silencio, un montón de carne inmenso e inmóvil con pijama de seda amarillo vivo y una mascarilla negra también de seda.

—Mi general —dijo Gash en voz baja desde el otro extremo de la habitación. No hubo respuesta; pero Gash oyó un leve clic tras las cortinas que rodeaban la cama. El ruido que producía al montarse una de las pistolas Colt .45 de lujo plateadas. Apretó con más fuerza la empuñadura de la Glock 17P que llevaba él a su vez en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Mi general?

Hubo un largo silencio.

—¿Has venido a asesinarme en mi cama, Gash?

—No, señor.

—Yo veo en la oscuridad como los gatos. Te mataría yo a ti antes.

—Sí, señor, lo sé.

De Ruanda, pasando por Bangui y por Baltimore, para terminar aquí. El camino había sido largo y tortuoso.

—Yo soy un *uSathane-umufu*, un hombre diablo. Conozco tus pensamientos —dijo Kolingba entre la oscuridad.

—También lo sé, mi general, y no me habría atrevido a interrumpir su sueño si no fuera por causas de la mayor importancia.

Las pesadas cortinas del lado de la cama que daba a Gash se descorrieron, y apareció entre las tinieblas Kolingba, que se quitaba de encima la sábana de satén negro que le cubría el enorme cuerpo. Pasó las piernas por el borde de la cama y las plantó con firmeza en el suelo, muy separadas, como un luchador de sumo. La pistola plateada le relucía en la mano derecha. Kolingba levantó una de sus grandes nalgas y soltó una ventosidad explosiva.

—Habla —dijo el dictador, bostezando.

—Son varias cosas, alteza. En conjunto, apuntan a una conclusión única.

—¿Qué cosas?

—Saint-Sylvestre ha desaparecido.

—¿El policía?

—Sí.

—¿Qué me importa a mí que haya desaparecido un policía? Eso no es motivo suficiente para despertarme de mis sueños, Gash. Mis sueños son

profecías. Me guían para que yo guíe a mi país.

Ay, venga ya.

—Ha desaparecido mientras seguía a un hombre que creíamos que era un mercenario, alteza.

—¿Un mercenario de qué tipo?

—Viajaba con pasaporte de Canadá; pero Saint-Sylvestre estaba seguro de que era alemán.

—¿Para qué iba a venir aquí un mercenario?

—Saint-Sylvestre creía muy probable que hubiera venido a Fourandao en misión de reconocimiento.

—¿En misión de reconocimiento? ¿Para qué querría hacer eso nadie, Gash?

—Para preparar un golpe de Estado, majestad.

Gash esperó la reacción de Kolingba. Este se limitó a tensar un poco más los dedos con los que sostenía la gran pistola automática.

—Eso es imposible —dijo Kolingba—. Mis enemigos han desaparecido. Mi pueblo me ama.

—Puede que así sea, majestad; pero hay informes de que un ingeniero de minas se había interesado por una zona próxima a las cataratas de Kazaba.

—Allí no hay nada. Solo selva y ciénagas.

Gash se armó de valor y dijo:

—Han visto a Limbani.

—No seas estúpido —dijo Kolingba en tono de burla—. Limbani es un *isipokwe*, un fantasma.

—Me temo que Limbani no es ningún fantasma, alteza. Lo han visto en la primera catarata, hablando con un grupo de hombres blancos. Está vivo y coleando.

Kolingba se levantó de la cama de un salto, con los ojos desorbitados entre la semioscuridad una montaña de carne amarilla que blandía una pistola automática y chillaba:

—Pues ¡encuétralo! ¡Encuétralo! ¡Lo quiero, Gash! ¿Me has entendido? ¡Debes matarlo! ¡Debo matarlo! ¡Es la peste! ¡Es una plaga! ¡Mátalo!

Entonces, a Kolingba se le calmó la ira de manera tan repentina como le había surgido. Arrojó la pistola sobre su mesilla de noche.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Kolingba.

—Había pensado que tomásemos uno de los helicópteros y buscásemos indicios de él río arriba. Está claro que cualquier ataque contra Fourandao ha de

venir desde el este... si fuera a venir desde Bangui ya nos habríamos enterado hacía mucho.

—Mi sueños me dicen que el peligro procede del oeste. Puede venir de Bangui, o incluso de más lejos.

—Puede ir usted mismo a verlo, mi general —respondió Gash, que conocía de antemano la respuesta.

—Sabes muy bien que no estoy dispuesto a volar en uno de esos cacharros, Gash —dijo el general con petulancia—. Ve tú en mi lugar.

—Naturalmente, majestad. ¿Puedo suponer que me otorga toda su autoridad en esta misión?

—¡Claro, claro!

—¿Por escrito? —preguntó Gash.

Gash tendría que ocuparse en persona de hacer todos los preparativos para prevenir un posible golpe de Estado.

—¡Sí! ¡Sí! —dijo Kolingba, con el rostro contraído en una mueca furiosa y ordenando a Gash que saliera de la habitación con un amplio gesto de la mano. Gash tuvo que contener la risa cuando comprendió de pronto las prisas de Kolingba: necesitaba desesperadamente usar el orinal que tenía debajo de la cama.

Gash retrocedió hacia la puerta. La pistola estaba a solo unos palmos de la mano de Kolingba.

—Y haz que me sirvan aquí el desayuno hoy. Tengo que pensar en todo esto —añadió el general.

—Ahora mismo —asintió Gash. Encontró la puerta a su espalda y salió rápidamente de la habitación. Mientras se dirigía a las cocinas no pudo evitar pensar en el dinero que estaba escondido tras la pared del despacho de Kolingba, y en cómo podría extraerse rápidamente en caso de necesidad. Mientras bajaba por las escaleras se puso a silbar la sintonía de la vieja serie de televisión *El equipo A*, que había sido su favorita en sus tiempos de Baltimore. Cuando llegó a la planta baja del edificio principal del complejo ya sonreía abiertamente. Le encantaba ver cómo iba saliendo adelante un plan.

CAPÍTULO 28

Sir James Matheson, noveno conde de Emsworth, tenía dos residencias oficiales en Inglaterra. Una era Huntington Hall, gran palacio del siglo xvii en Derbyshire con su finca correspondiente. La otra era un magnífico piso de siete dormitorios en el edificio llamado Albert Hall Mansions, entre el Albert Hall de Londres y la Real Sociedad Geográfica, en Kensington Gore, con vistas al monumento al príncipe Alberto y al parque de Kensington Gardens.

El conde y su mujer, la condesa Edwina, de soltera Lady Edwina Talbot, tenían desde hacía mucho tiempo el acuerdo marital de que ninguno de los dos se presentaría en la residencia del otro sin haber sido invitado, y con un mínimo de veinticuatro horas de preaviso. A los gemelos, Justin y Jonathan, los habían mandado internos al colegio Barlborough Hall desde que habían cumplido los cinco años, y tenían otros seis años por delante hasta que los mandaran a Oxford o a Cambridge, de modo que no estorbaban gran cosa a ninguno de sus dos progenitores.

Ni Sir James ni la condesa Edwina manifestaban el más mínimo interés por lo que hacía el otro, y se dejaban en paz mutuamente, salvo en ocasiones formales como las reales fiestas del jardín en el palacio de Buckingham y las carreras de caballos del Grand National y el Royal Ascot. En general, el palacio de Huntington Hall era el feudo de la condesa y el piso de Londres pertenecía a Sir James.

Como la mayoría de los aristócratas ingleses con título que querían velar por su reputación, tanto la condesa como Sir James patrocinaban diversas causas benéficas, y era preciso recaudar fondos para estas causas. La causa benéfica cultural que patrocinaba Sir James Matheson por consejo de sus contables era el Real Colegio de Música (aunque su oído musical era tan nulo que a duras penas

era capaz de tararear el *Dios salve a la Reina*). Sir James patrocinaba cada año varias cenas, conciertos y cócteles con el fin de recaudar fondos para el Real Colegio.

Por desgracia, uno de estos cócteles estaba programado para solo cuarenta y ocho horas antes de la noche sin luna en Fourandao, Kukuanalandia, y del inicio de la invasión privada de dicho país organizada por Matheson. Para mayor desgracia, estas fiestas tenían lugar invariablemente en Albert Hall Mansions.

El piso de Matheson estaba en la cuarta planta de un edificio de cinco pisos y ático que empequeñecía por comparación a la Real Sociedad Geográfica y a la propia sala de conciertos del Albert Hall. El padre de Matheson, el octavo conde, por buena suerte o gastándose mucho dinero, había conseguido comprar uno de los pisos centrales, que tenía un gran balcón con terraza, con cubierta en arco, que ocupaba toda la anchura del piso y que podía usarse con mal tiempo.

De un recibidor grande con baldosas blancas y negras se pasaba, a la derecha, a un salón de recepciones de nueve por doce metros. A la izquierda estaban la cocina, los dormitorios, los baños y un cuarto de estar. Del primer salón de recepciones se pasaba a una segunda sala, de la que se salía a la terraza con arco. Había un dormitorio principal adjunto a la segunda sala de visitas que Matheson había reformado convirtiéndolo en estudio-biblioteca, que también tenía salida a la terraza con arco. En la última valoración realizada a efectos fiscales se había calculado al piso un valor de ocho millones doscientas mil libras esterlinas.

En aquellos momentos, el piso estaba abarrotado con bastante más de cien personas que consumían varios miles de libras de minicanastas de queso Parmesano llenas de puré de coliflor, tostaditas con mermelada de fresas silvestres y pepino, palmeritas de setas con crema de queso de cabra, *dragachelios* de huevos de codorniz a la florentina con salsa holandesa rosada a la pimienta y, no menos digno de mención, un atún soasado al miso del que un bocado costaba ocho libras. A aquello había que sumarle cuarenta floreros de cristal de roca con flores frescas y repartidos estratégicamente por el recibidor, por los dos salones y por los tres baños que emplearían aquella noche los invitados, sin olvidar el flujo inagotable de vinos franceses, alemanes e italianos caros y la barra bien surtida, todo ello servido por más de dos docenas de camareros, barmans y presentadores, a los que seguiría después de la fiesta un equipo de limpieza de diez personas.

En la sala menor, un DJ de esmoquin se había conectado al sistema de

sonido Bose propio de Matheson, que tenía altavoces por todo el piso, y ponía selecciones de música clásica intercaladas con jazz, a las que nadie prestaba la más mínima atención. Había un equipo de seis guardias de seguridad armados, todos también de esmoquin, enviados por la Blackhawk Security de Kate Sinclair, para que nadie robara la vajilla de plata ni se llegara a las manos discutiendo si Alexander Konstantinovich Glazunov había sido mejor músico que Carl Heinrich Carsten Reinecke. Todo aquello estaba levantando un fuerte dolor de cabeza a Sir James Matheson.

A las diez de la noche se estaba despidiendo de los últimos invitados, que le prometían hacer donativos cuantiosos al Real Colegio de Música. A las once y media salían del piso los encargados del *catering*, y a medianoche ya tenía el piso a su entera disposición. Abrió la puerta de su estudio, que había estado cerrado con llave toda la velada sin que pudieran acceder a él los invitados, y pasó al interior.

La habitación estaba sumida en una oscuridad acogedora, como de costumbre; el único punto de luz era una lámpara verde pequeña en el mueble bar. Se sirvió un vaso de *whisky* de malta Auchentoshan de treinta y dos años y se acercó a su escritorio en busca de un frasco viejo de Rofecoxib. Encendió la lámpara del escritorio, y vio que ya había una persona sentada en su butaca, con la pechera almidonada del esmoquin empapada de la sangre que le caía del corte de veinte centímetros que tenía en el cuello. El hombre tenía la cabeza tan vuelta hacia atrás por la herida, que Matheson le veía el cerco de cocaína en el interior de las aletas de la nariz. En el escritorio, ante el muerto, había varias rayas más de cocaína y un billete de cinco libras enrollado. Matheson dejó el pesado vaso de *whisky*. Reconoció al hombre degollado: era Simon Wells, un periodista de la prensa rosa que solía asistir a los actos de sociedad para escribir después sus columnas llenas de nombres en negritas. Un sujeto absolutamente inofensivo, muy aficionado a las drogas. Matheson pensó por un momento en aprovechar las rayas que tenía delante el muerto para calmarse un poco los nervios; pero se lo pensó mejor.

En un rincón de la sala se encendió una lámpara de pie. A su luz quedó visible un hombre negro, alto y delgado, que sostenía en la mano una pistola automática sin empuñarla con fuerza. El hombre llevaba un esmoquin que parecía caro, y junto a él, en la mesa, había un vaso de lo que parecía ser ginebra con limón. El hombre tomó el vaso y bebió un poco. Los cubitos de hielo produjeron un tintineo agradable contra el vaso de cristal checo de gran calidad.

—Soy el capitán Jean-Luc Saint-Sylvestre de la DGASEK, la Dirección General de Acción y Seguridad Exterior de Kukuanaland; o, más sencillamente, de la policía secreta de dicho país.

Matheson no estaba bebido del todo y tenía la inteligencia suficiente para no ponerse a soltar bravatas ni a tirarse faroles. Si el hombre del sillón hubiera querido matarlo, ya estaría muerto; si Saint-Sylvestre era de Kukuanaland, ya se habría enterado de la existencia de los enormes yacimientos de neodimio y de tantalio que había descubierto Ives; un hallazgo de metales raros en tales concentraciones que le permitiría romper el monopolio de China de la noche a la mañana.

—¿Puedo preguntarle por qué ha matado al pobre Simon?

—Por desgracia para él, estaba aquí metiéndose drogas cuando entré yo en la habitación. Tuvo que morir para guardar el secreto de mi presencia.

—La puerta estaba cerrada con llave —dijo Matheson, intentando pensar mientras mantenía aquella conversación intrascendente y macabra.

—Las puertas que dan a la terraza no lo estaban —dijo el hombre negro—. O estaban abiertas, o el toxicómano que ahora está muerto tras esa mesa las abrió con una tarjeta de crédito.

—¿Me puedo sentar? —dijo Matheson.

—No —dijo el hombre negro—. Quédese donde está.

—¿Cómo ha entrado en el piso? El acceso era estrictamente por invitación.

—Sustraje a Elton John la invitación que llevaba en el bolsillo cuando subíamos en el ascensor; o, al menos, a un hombre que se parecía a Elton John. Nadie se fijó en mí. También podría haber entrado con la misma facilidad entre el personal del *catering* y haberme dedicado a envenenar a todos sus invitados.

—¿Qué quiere usted?

—Mucho dinero, y una participación en lo que encontró Archibald Ives más abajo de las cataratas de Kazaba. Digamos, un millón de libras esterlinas al contado y un uno por ciento de todas las concesiones de minerales que se otorguen a Industrias y Recursos Matheson, pagadero en acciones preferentes de la IRM, ya que usted ya no puede servirse de la minera Rama de Plata como empresa pantalla.

—Un uno por ciento no es tanto —dijo Matheson. ¿Cómo diablos podía conocer aquel hombre la existencia de la Rama de Plata, sin saber qué era lo que había descubierto Ives? ¿Tenía aquello algún valor? Matheson intentaba pensar

con claridad entre la niebla mental que le producía el dolor de cabeza y el alcohol. ¿Tenía alguna ventaja?

—No soy codicioso —dijo Saint-Sylvestre—. Un uno por ciento y un millón de libras es poco para que usted se arriesgue a que yo divulgue de antemano lo que sé, y a tener esa amenaza sobre la cabeza toda la vida, una vez producidos los hechos. Usted sabe tan bien como yo que son cosas como estas las que hunden a los gobiernos, tanto más a las compañías industriales como la suya.

—Yo me dedico a los minerales, señor...

—Llámeme «capitán» —dijo Saint-Sylvestre—. Y ahora se dispone a dedicarse a un posible genocidio.

—¿Qué cree usted saber que yo debiera valorar tanto? —preguntó Matheson.

—Usted piensa poner en marcha dentro de treinta y seis horas un golpe de Estado contra Salomón Kolingba, con el fin de instaurar en el poder en su lugar a François Nagoupandé. Dirigirá el golpe un mercenario llamado Konrad Lanz, que ha estado reclutando a oficiales y a suboficiales en el hotel Ali Pasha, en Clapham Street. Reclutarán a los soldados rasos agentes en Sierra Leona, antiguos miembros del Ejército del Frente Revolucionario de Liberia, carniceros todos ellos.

»Si triunfa el golpe y Nagoupandé llega al poder, este empezará inmediatamente a matar a todos los miembros que pueda de la etnia baya, la gente de Kolingba. Hecho eso, asesinará a los yakima. Usted considera peligroso a Kolingba porque está loco; pero su buen amigo, el del uniforme ridículo que le compró usted, es más peligroso todavía porque no está loco. Es un hombre práctico, Lord Emsworth. Va a hacer una limpieza, y en África hacer una limpieza significa matar a tus enemigos. Va a convertir usted Kukuanaland en un campo de muerte.

—Usted cree saber mucho —dijo Matheson.

—No soy aficionado a los debates, Lord Emsworth —dijo Saint-Sylvestre tranquilamente—. Maté a su banquero, Leonhard Euhler, del Gesler Bank de Aarau. Maté a las hermanas Brocklebank en Vancouver, truncando así su plan de venta en corto de la minera Rama de Plata. Y maté a Allen Faulkener porque se interpuso en mi camino. Usted me va a pagar lo que le pido, porque usted sí que es codicioso, y porque sabe que puedo matarlo y que lo mataré sin reparos.

»Mataré a su esposa en su cama de Huntington Hall, cosa que a usted no le inquietaría demasiado; pero la mataré en la cama de usted junto con Jeremy Congreve, hijo de veinte años del administrador de su finca, Tom Congreve,

cosa que a usted le resultaría terriblemente bochornosa, pues ya corren rumores de que es impotente. Mataría a sus hijos gemelos, Justin y Jonathan, en su internado de Barlborough Hall; les sacaría las tripas como a pescados y los dejaría flotando en el estanque de Butchertown, en el bosquecillo que está detrás del edificio principal. Y si no llegara a convencerlo con eso, mataría a su madre de ochenta y tres años en su apartamento asistido de Oxfordshire. Y no sería una muerte rápida, Lord Emsworth, se lo aseguro a usted.

—¿Por qué hace usted esto? —preguntó Matheson. Sentía que las piernas se le doblaban como si fueran de goma, y le subía un reflujo de ácido por la garganta.

—Por lo mismo que usted —dijo Saint-Sylvestre—. Por el dinero. Y más le vale darse prisa; se le acaba el tiempo.

CAPÍTULO 29

Konrad Lanz, de pie bajo el calor abrasador del aeropuerto de Mopti, en el nordeste de Mali, vigilaba a una docena de trabajadores que se movían como hormigas sobre el andamiaje inestable de madera que rodeaba al antiguo avión de carga Vanguard. Estaban recubriendo con pintura negra mate en espray el cedro verde y las franjas que iban pintados en la cola del aparato y que eran el emblema habitual de los Transportes Aéreos Libaneses, para dejarlo prácticamente invisible desde tierra de noche.

También se estaban recubriendo de pintura negra las franjas reflectantes que rodeaban el parabrisas, y este mismo se estaba revistiendo por dentro de una película polarizadora. Se estaba aplicando la misma pintura mate hasta a las ruedas del tren de aterrizaje, a las puntas de las hélices de aluminio desnudo y a las góndolas de los motores. Tampoco es que a Lanz le preocupara demasiado el camuflaje.

Mali tenía unos cuantos cazas a reacción; Nigeria disponía de solo quince cazas chinos con cinco pilotos bien preparados, y Camerún contaba con cuatro aeronaves de ataque ligeras, tres de las cuales estaban estropeadas, y la cuarta no había despegado desde la muerte del único instructor de las fuerzas aéreas camerunenses, el año anterior.

Era dudoso que ninguna fuerza militar les fuera a causar problemas durante el vuelo. Nigeria disponía de veinte cañones antiaéreos rusos antiguos, la mayoría de los cuales estaban dispuestos alrededor de la capital. Mali no tenía ningún sistema de defensa antiaérea, y Camerún tenía doce cañones como los de los nigerianos, y también dispuestos alrededor de la capital. A Lanz le parecía muy improbable que, en una noche sin luna, hubiera algo más que ellos en el cielo cuando llegara el momento.

Observó unos momentos más a los hombres que trabajaban, hasta quedar convencido de que habrían concluido la labor antes de la hora límite, las diez de la noche del día siguiente. Además de la pintura, había que instalar en el Vanguard más cinchas para la carga y asientos auxiliares para las compañías de doscientos hombres. Habían adquirido las armas ligeras en Bélgica, en España y en el puerto croata de Rijeka, con certificados de usuario final que habían pasado la inspección en Beirut, y se esperaba recibirlas en Mopti aquel mismo día.

Tampoco había prestado nadie atención al pequeño campamento que se había establecido al final de la única pista de aterrizaje del aeropuerto ni a los doscientos hombres que se alojaban en él, ni al modo irregular en el que se estaban pintando los antiguos aviones de carga de hélice. Se habían repartido los sobornos necesarios para que los funcionarios se mantuvieran al margen durante las treinta y seis horas siguientes; pero Lanz sabía perfectamente que los rumores sobre su presencia ya corrían en la ciudad de más de cien mil habitantes que estaba a pocos kilómetros de distancia por el río.

Lanz se apartó de los Vanguard y caminó por la arena dura y crujiente hasta la gran carpa que usaban como cuartel general de la base. Saludó con un gesto de la cabeza a los guardias que estaban dispuestos a ambos lados de la entrada. Iban bien ataviados con uniformes de combate desgastados, con camuflaje tipo bosque con diseños de hojas, de la época de Vietnam, y en vez de boinas llevaban sombreros blandos de ala ancha, mucho más útiles. Los oficiales llevaban gorras de visera tipo béisbol, de camuflaje, que eran el único indicativo de su rango.

Entró en la carpa. En su centro había tres maquetas grandes, todas a una misma escala, dispuestas sobre mesas. La de la izquierda representaba el aeropuerto; la del centro, el complejo presidencial y la plaza adjunta, y a la derecha había una maqueta de la zona del puerto fluvial.

El capitán Pierre Laframboise, jefe de Vanguardia Uno, estudiaba con atención las maquetas del aeropuerto y del complejo presidencial. Lanz ya había trabajado con Laframboise en diversas misiones a lo largo de los años, y los dos hombres se apreciaban y se respetaban mutuamente. Laframboise era un hombre grande, de larga barba y vientre grueso. Le gustaba comer casi tanto como le gustaba combatir.

—¿Tienes inquietudes, Pierre?

—Yo siempre tengo inquietudes, *mon vieux* —dijo el hombretón.

—¿Por qué?

—Porque esa *bizarrierie de nature*, ese Kolingba, se pueda haber enterado de algo y nos esté esperando, preparado. Por la distancia que tenemos que marchar desde el aeropuerto hasta el palacio, el fuerte o lo que sea.

—Apenas un kilómetro y medio —dijo Lanz—. Quince minutos al trote.

—Y todo selva. Puede tener un batallón entero emboscado, esperándonos.

—No tiene un batallón. Tenemos una ventaja de dos contra uno —dijo Lanz, que sonreía al oír a Laframboise cacarear como una gallina asustada. Era casi un ritual que Laframboise se inquietara de esa manera. Pero aquellas inquietudes suyas les habían salvado la vida a los dos en más de una ocasión.

—Pero te entiendo —añadió—. ¿Por qué no separamos a las compañías por la carretera del aeropuerto? Que Vanguardia Uno vaya cinco minutos por delante de Vanguardia Dos.

—Mejor —asintió Laframboise—. No es perfecto, pero es un poco mejor.

—¿Algo más?

—Ese tal Limbani. Si aparece, sería *une catastrophe*. No podemos luchar en dos frentes, *mon brave*, como no pudieron Hitler ni Napoleón.

—Limbani es un mito, una quimera. Hace casi siete años que tomó el poder Kolingba. Si Limbani viviera, ya se habría dejado ver.

—Te estás agarrotando con la edad, *mon ami*; haces afirmaciones categóricas, aunque sabes que en este oficio no es posible hacerlas.

—Nos paga bien, Pierre, quizá lo bastante para retirarnos; para que tú puedas cumplir tu sueño de abrir un restaurante en Tours; para que yo pueda ver más a mi hija y ser un ciudadano corriente.

El hombre corpulento sonrió con tristeza.

—Siempre nos pagan bien, mi coronel. Para eso nos jugamos la vida si hace falta. Y no somos ciudadanos corrientes; somos lo que somos por vosotros, y por eso hay mala sangre entre nuestras familias y nosotros, y lo de abrir restaurantes en Tours siempre hay que dejarlo para más tarde. Vamos a morir algún día en un lugar como este, Konrad, y lo sabes.

Lanz se volvió y salió de la carpa a la luz del sol una vez más. Subió a la cabina del camión que estaba junto a la carpa, un Bedford Tipo S con cubierta de lona de la posguerra para ir a Mopti y al puerto fluvial, donde las dos grandes pinazas de carga iban a descargar las armas que traerían desde Bamako.

Entró con el viejo y pesado camión militar por la pista que transcurría entre las filas de tiendas, más allá, también cerca de la pista de aterrizaje. La mayoría

de los hombres estaban al aire libre, sentados en taburetes o en viejos muebles de jardín que habían encontrado en alguna parte.

Iban desnudos de cintura hacia arriba por el calor; jugaban a las cartas o a otros juegos de mesa y bebían la cerveza Castel que Lanz había incluido en el presupuesto. Algunos hacían pequeñas tareas de mantenimiento: se daban betún a las botas o les ponían cordones nuevos, o incluso pulían los correajes con arcilla.

La mayoría eran jóvenes; pocos pasaban de los veinticinco años, y la gran mayoría eran negros: expulsados, desertores o simplemente hartos de servir en los ejércitos de otras naciones africanas que apenas les daban de comer y rara vez les pagaban. Con el dinero que cada uno esperaba ganar en los pocos días siguientes podrían mantener a sus familias durante meses, a veces durante años. A estos les merecía la pena el riesgo.

Casi todos los muchachos, los negros y los blancos, los jóvenes y los de más edad, reían, sonreían y bromeaban juntos; pero cuando Lanz pasaba con el camión captaba alguna mirada perdida en el vacío, generalmente en los más veteranos, tostados por el sol y con cicatrices, sus mejores hombres de los tiempos de Bélgica, algunos incluso de más atrás. Aquello era una adicción para ellos, como lo era para él; iban a jugar a los dados con el diablo de nuevo, a probar suerte una vez más.

Llegó al final de la pista de arena endurecida y pasó a la carretera que conducía hasta Mopti. Cuando se acercó a la ciudad y al puerto bullicioso a orillas del ancho río de corriente lenta, recordó la conversación que acababa de tener con Laframboise, que era de la vieja guardia y que tendía a ser supersticioso, como lo eran la mayoría, incluso el propio Lanz.

Había dicho a Pierre que Limbani era un mito, y él lo creía así en líneas generales; pero los mitos y las supersticiones tenían a veces alguna base real. ¿Qué decía aquel viejo dicho? «Donde hay humo, hay fuego». Limbani llevaba casi diez años fuera de la circulación. Si levantaba un leve rastro de humo, ¿sería por esperanzas vanas, o por algo más tangible? Pisó más el acelerador, forzando un poco más el viejo camión, que dio un tirón. Se quitó de la cabeza todo pensamiento relacionado con Limbani. Lo que sí era tangible eran los contenedores de fusiles AK-47, todavía con sus envoltorios de papel, y las cajas de madera de municiones, que ya lo estaban esperando en el muelle.

El helicóptero de combate Kamov Ka-52 «Alligator» ascendió inclinado, apuntando con el morro hacia la pista del helipuerto. El sonido de sus dos rotores coaxiales era como el traqueteo de un par de lavadoras industriales. A Oliver Gash se le puso bruscamente el almuerzo en la garganta con aquel ruido brutal y repentino y con el despegue accidentado. Completaron la maniobra de despegue con un incremento igualmente repentino del ruido, mientras los pequeños edificios de estuco amarillo del aeropuerto internacional de Kukuanaland giraban ante él como un yoyó, hasta que al fin solo veía una extensión de cielo azul y soleado y solo sentía que se le hundían las tripas junto con su almuerzo, a la vez que notaba que se le empezaba a soltar el vientre.

Gash apretó los dientes, pero esto no le sirvió más que para agravar la situación. Se dijo a sí mismo que el piloto también estaba arriesgando su propia vida; pero el rostro ancho del oficial de vuelo Emmanuel Osita Ozegbe, que mascaba chicle con los ojos ocultos tras sus gafas de sol reflectantes, no le daba la confianza necesaria. Ozegbe aparentaba unos dieciséis años de edad y unos veinticinco kilos de sobrepeso, como esos jóvenes que fuman demasiada hierba, ven demasiada televisión y comen demasiados Doritos. En Baltimore había conocido a muchos como él. Parásitos sociales que no hacían nada con sus vidas hasta que les cortaban las piernas por la diabetes en un hospital público y cobraban desde entonces una pensión por incapacidad.

—¿Dónde quiere ir hoy, jefe? —dijo Ozegbe en el dialecto sango de uso general. Hizo girar el helicóptero despacio sobre su eje vertical. Gash tuvo que aplicar una fuerza de voluntad increíble para no manchar los pantalones ni vomitar sobre sus rodillas.

—Río arriba —consiguió decir Gash en la misma lengua—. A las cataratas de Kazaba.

Allí era donde debía de estar Limbani según todos los rumores.

—Sin problema —dijo Ozegbe.

Hizo girar el helicóptero hasta que lo tuvo dirigido con el rumbo adecuado; bajó la palanca de mando y el morro del helicóptero y apretó con fuerza los aceleradores. El tirón clavó a Gash de espaldas en su asiento; y, de pronto, avanzaban rápidamente por el cielo a treinta metros de tierra, mientras el poderoso sonido de los grandes turboejes Klimov anulaba todo lo demás. Salvo el sonido de su propia respiración entrecortada y el estallido de los globos que hacía su compañero con el chicle.

El helicóptero se manejaba como un videojuego. Todo se controlaba con una

sola palanca compleja, provista de tantos botones para el pulgar, controles en la empuñadura e interruptores diversos que parecía un árbol de Navidad. Ozegbe lo movía por el cielo con la brusquedad de un chico granjero al volante de un tractor; no había la menor delicadeza ni sutileza, ni la sensación de que el joven manejaba una máquina tremendamente sofisticada.

Con aquella palanca de mando, las visualizaciones transparentes del control de armas, los diales virtuales y los controles que aparecían en pantallitas aquí y allá, lo cierto es que aquello no era más que un videojuego; iba en una especie de versión avanzada del Simulador de Vuelo de Microsoft, y apenas era consciente de que volaba en una plataforma armada con la que habría podido barrer del mapa a toda la competencia de Gash en el sur de Baltimore en una sola sesión de veinte minutos, con tiempo de sobra para pasarse por el New York Fried Chicken más cercano para almorzar.

—¿Cuánto tiempo has pilotado este aparato? —gritó Gash al micrófono. El chico no despegó los ojos de los controles.

—Doscientas horas en un simulador de vuelo y otras doscientas horas en el simulador completo de la fábrica Ukhtomsky, cerca de Moscú.

—¿Cuánto tiempo de vuelo real?

—Treinta horas con el instructor. Quince horas aquí. Hago una patrulla de dos horas por la frontera occidental una vez por semana. El combustible que tenemos no da para más.

—¿Qué armamento llevamos?

—Los misiles son falsos; pero los Shipunov son de verdad.

Ozegbe pulsó uno de los botones de la palanca de mando, y pareció que el helicóptero se estremecía cuando dispararon los dos cañones. Gash vio desde su asiento el impacto de los proyectiles, que levantaron grandes salpicaduras de barro y de agua.

Un par de proyectiles alcanzaron a un cocodrilo que dormitaba y lo hicieron trizas antes de que hubiera tenido tiempo de moverse. Ante ellos se alzaban las cataratas de Kazaba como un muro dividido por las tres cascadas bulliciosas envueltas en bruma.

Gash se asió a los bordes de su asiento, pero el joven piloto se limitó a mover levemente la palanca de control. El aparato levantó el morro, y se encontraron en lo alto de las cataratas, avanzando velozmente apenas seis metros sobre el agua.

—He visto suficiente —dijo Gash—. Nos volvemos.

—Sin problema —dijo Ozegbe.

Movió la palanca de mando a la izquierda, y trazaron un largo viraje sobre la selva. Gash tuvo durante una fracción de segundo la impresión de haber visto algo fuera de lugar, una forma algo extraña entre el manto vegetal; pero no estaba dispuesto a ordenar a su piloto adolescente que volviera atrás para ver aquello.

En vez de ello, le preguntó:

—¿Con cuánta frecuencia patrullas en este sector?

—Solo de tarde en tarde. Todos creen que intentarán invadirnos por el oeste, desde Bangui; pero yo no lo creo.

Tomaron el camino de vuelta río abajo, dejando las cataratas a su espalda.

—¿Nos habrán visto? —susurró Holliday, empapado por la bruma que ascendía de la base de la catarata más próxima a la parte de la aldea que daba al río. Limbani cruzaba las losas negras resbaladizas por delante de él, y Eddie cerraba la marcha.

—Creo que hemos quedado ocultos por la bruma —dijo Limbani, alzando la voz para hacerse oír entre el estruendo de las cataratas. A sus espaldas se alzaba el acantilado desnudo de sesenta metros de altura o más, con un sendero de solo tres o cuatro metros de ancho entre el borde del acantilado y el torbellino de agua al pie de las cataratas.

—¿Suelen venir de patrulla? —gritó Eddie.

—Casi nunca —respondió Limbani, también a gritos—. Por eso, y por la luna nueva. Se está preparando algo.

—¿Tiene algo que ver con que nos tengamos que empapar? —preguntó Holliday.

Limbani no respondió. Se volvió un poco hacia un lado, dio un paso o dos... y desapareció sin más.

—¿Qué diablos...? —exclamó Holliday.

—*Puf* —dijo Eddie, tras él—. Este tipo es un mago, ¿no?

—Eso parece —dijo Holliday. Se alegraba de que Rafi y Peggy se hubieran quedado en el campamento principal, haciendo fotos y dando sus primeros pasos en el estudio de aquella nueva civilización. Lo que más odiaba Peggy en este mundo eran los túneles estrechos y oscuros. Holliday avanzó dos pasos más; se tambaleó al quedar sumido repentinamente en la oscuridad y dio un tercer paso. Todo había quedado en silencio; el estruendo de la catarata ya no era más que un rumor apagado.

—¿Estás conmigo, Eddie?

—Detrás de ti, compañero —dijo el cubano—. Me parece que esta es la entrada del infierno.

—Esto está muy húmedo para ser el infierno —repuso Holliday.

—Puede que el diablo tenga sentido del humor. Primero te moja y te hace pasar frío, antes de asarte durante toda la eternidad.

Se oyó un ruido como si alguien rascara una superficie de metal irregular, y apareció la llama de un antiguo quinqué de petróleo con chimenea de vidrio. Sostenía el quinqué Limbani, que estaba a pocos pasos por delante de ellos. Tras el doctor había una trampilla grande de metal oxidado, reforzada con remaches.

—Entonces, ¿dónde estamos exactamente, doctor? —preguntó Holliday.

—En la puerta del pasado —dijo el hombre mayor, sonriendo.

Hizo girar la rueda de la trampilla y la empujó para abrirla, tras lo cual se apartó para ceder el paso a Holliday y a Eddie.

—¡Mierda! —susurró Eddie en español, atónito.

—No lo creo —dijo Holliday, sonriente. De pronto, fue incapaz de contener la risa. No había visto una cosa así en toda su vida—. La verdad es que es usted una caja de sorpresas, Limbani.

Estaban en el interior de una inmensa caverna que se abría tras la catarata. Las paredes de la cueva estaban a la distancia del largo de un campo de fútbol o más; el techo, salpicado de estalactitas, a más de treinta metros de altura. Las rocas estaban surcadas por vetas largas y gruesas de lo que solo podía ser oro; cada veta de oro estaba rodeada, a su vez, de vetas más anchas de lo que parecía ser cuarzo. Pero Holliday sabía que no lo era.

—¿Oro? —preguntó Holliday.

—En matriz de cuarzo y de diamantes. Estas cuevas son el extremo del yacimiento principal de las tres colinas. Las minas del rey Salomón; el paraíso soñado por los codiciosos.

Había docenas de antorchas que iluminaban el ambiente, mientras un centenar o más de los Extranjeros Pálidos trabajaban con el objeto gigante que reposaba en su dique seco, sujeto por una veintena o más de pesados troncos de árbol por cada costado.

—Increíble —dijo Holliday—. Es un *snekkja* vikingo. Lo que los británicos llamaban un barco dragón. ¿Qué demonios está tramando usted, Limbani?

El barco que estaba en el dique seco medía de dieciocho a veinte metros de eslora; estaba construido con tablas nuevas solapadas, cosidas y remachadas, con las juntas bien rellenas de musgo. Los trabajadores casi habían terminado su

labor; habían instalado treinta bancos de remeros entre las bordas y una plataforma para el timonel que manejaría la espadilla. Las bordas parecían más altas que las que había visto Holliday en las reproducciones de barcos de ese tipo, pero no tardó en comprender el motivo. Entre los barcos de los remeros había instaladas hileras de balistas, las enormes catapultas a modo de ballestas fijas que se empleaban en los asedios en la Edad Media, que eran capaces de perforar muros de piedra y matar a docenas de enemigos de un solo disparo, e incluso de arrojar grandes bolas de fuego.

—¿Una idea de Roche-Guillaume? —preguntó Holliday.

—Cabe suponerlo —asintió Limbani—. El barco en sí se remonta a Ragnar Hiendecráneos, que se quedó aquí hasta su muerte. Según los manuscritos de Roche-Guillaume, la población local ya se había mezclado con los romanos que habían llegado aquí antes. Es como si cada uno de los exploradores que pasaron por este lugar dejara una parte de su cultura. El barco de Ragnar se quemó en su funeral cuando él murió de fiebres; pero las piraguas que empleaba mi pueblo para viajar y para pescar tenían un diseño muy semejante. Este barco, que en la lengua antigua se llama *Havdragoon*, Dragón Marino, no era otra cosa que las pequeñas piraguas pero a mayor escala.

—Pero ¿por qué lo ha construido? —le preguntó Holliday—. ¿Por qué ahora?

—Porque se avecina una guerra.

—Eso no puede saberlo con certeza.

—Pues el caso es que sí que lo sé con certeza. Ya le he dicho que tengo mis propios espías, y la batalla se librará muy pronto. No me importa que la gane Kolingba o sus enemigos. De una manera o de otra, nos buscarán y nos matarán. Ya llevamos demasiado tiempo escondidos. Atacaremos en la noche sin luna —concluyó, señalando el barco con un ademán.

Un grupo de trabajadores ataviados con faldas montaban sobre la proa alta y delicada del barco un mascarón que representaba una serpiente sinuosa, roja como la sangre.

—Esta caverna abarca toda la extensión de los tres brazos de las cataratas —siguió diciendo Limbani—. Cuando se abra el dique seco, se inundará todo y el barco saltará al río con sesenta hombres a los remos. Y otros sesenta manejando las ballestas. Cien piraguas nos acompañarán en el viaje río abajo; en ellas, cada remero irá armado de una cerbatana y cien dardos mortales.

—¡Está usted loco! —exclamó Holliday—. ¡Va a llevar a su pueblo a un

suicidio!

—Nosotros no hemos pedido la guerra. Nunca hemos querido la guerra. Pero no rehuiremos la guerra. Conozco a Kolingba y sé cómo piensa. Y sé también cómo son los hombres que lucharán contra él. Puede que luchar sea un suicidio, pero ¿acaso es mejor esperar el genocidio como corderos?

—Tiene razón, mi amigo —murmuró Eddie en español—. Es mejor morir luchando que de rodillas suplicando.

—¿Eso es una cita?

—Sí. De Fidel, me temo.

—Bueno; supongo que por esta vez estoy de acuerdo con él —dijo Holliday, y se volvió hacia Limbani—. Lucharemos a su lado, doctor; pero quiero que Peggy y Rafi se queden a salvo de cualquier daño.

—Creo que podré arreglarlo.

—¿Cuándo será la luna nueva, exactamente?

—Esta noche.

CAPÍTULO 30

El tiempo es un concepto muy subjetivo durante una batalla. Cualquier superviviente del desembarco de Normandía puede dar fe de que pareció que las fuerzas combinadas estadounidenses, británicas y canadienses tardaron una eternidad en establecer una cabeza de playa, cuando lo cierto fue que tardaron un poco menos de tres horas, desde las seis y veintinueve de la mañana, hora oficial del inicio de la operación, hasta las nueve y diecisiete. Es aproximadamente el tiempo que invierte un oficinista medio en levantarse, arreglarse y llegar al trabajo. En aquel mismo período de tiempo del Día D, los alemanes y los aliados sufrieron aproximadamente veinte mil bajas, es decir, casi a razón de dos por segundo. Por tanto, en las batallas el tiempo es relativo: parece que se tarda una eternidad en sobrevivir, y solo una fracción de segundo en morir.

La fotografía que hizo Peggy del Havdragoon, el Dragón Marino, saliendo entre la cortina de agua de las cataratas de Kazaba con la gran vela cuadrada tendida, en la que estaba bordada la figura inconfundible de la cruz templaria; con los sesenta largos remos extendidos y con el mascarón de proa del dragón rojo de sangre que miraba al frente con fiereza, acabaría por publicarse en la primera plana de todos los periódicos del mundo y en la portada de todas las revistas. Hizo rica a Peggy, le mereció encargos increíbles y presentó al mundo una civilización completamente nueva. Pero todo aquello estaba por venir.

Holliday y Eddie iban sobre la plataforma del timonel cuando el barco recién construido, aunque de diseño milenario, salió precipitadamente por la boca de la caverna y cayó al torbellino espumoso de las aguas de la base de la catarata. Dos de los Extranjeros Pálidos, llamados Baltazar y Kaleb, ayudaban a Holliday y a Eddie a manejar la pesada espadilla que regía los movimientos del barco, a la que se aferraron desesperadamente cuando el Dragón Marino cayó a las aguas

para volver a surgir de ellas como la criatura que le daba nombre. El gran dragón rojo del mascarón de proa chorreaba agua; sus dientes dorados estaban recubiertos de espuma, y una racha repentina de viento en popa hinchó las velas y los impulsó hacia delante mientras los sesenta remos se hundían en el agua profunda y oscura del río.

—¡Dios mío! —dijo Holliday con el aliento entrecortado, empapado hasta los huesos pero con un regocijo en el alma que no recordaba haber sentido desde hacía mucho tiempo.

—¡Increíble, mi hermano! —rugió en español Eddie, eufórico.

—*Krigsanggen!* —chillaron a su vez Balthazar y Kaleb, a su lado; y en aquel momento comprendieron que los cuatro hablaban el mismo idioma, se entendieran o no. Había surgido del pasado lejano algo que los impulsaba hacia delante, y ya no podían volverse atrás.

El Dragón Marino salió con facilidad de los remolinos al pie de las cataratas y se deslizó sin esfuerzo hacia la orilla del río más próxima; los remos de la banda cercana a tierra se alzaron al unísono a una orden del capitán indiscutible de la nave, que se llamaba Loki, un energúmeno barbudo, de piel y ojos oscuros, que iba en la proa de la embarcación rodeando el cuello del dragón rojo como si fuera su amante. Llevaba en bandolera a la espalda no una sino dos cerbatanas; y, según les había dicho Limbani, era capaz de usar ambas a la vez, y con tal rapidez que apenas se le podía seguir con la vista.

Tendieron una pasarela al barco desde la orilla y Limbani subió a bordo, seguido de cerca por Peggy y Rafi. Por delante de ellos, el sol se ponía rápidamente sobre el río.

—Pronto estaremos a oscuras —dijo Limbani—. Tenemos que embarcar al resto de los guerreros y su material. Aun con este viento favorable, Loki dice que el viaje río abajo hasta Fourandao durará casi hasta el amanecer.

—Es la hora a la que nos conviene llegar —confirmó Holliday. Hizo una pausa y miró a Peggy un momento—. ¿Habéis traído nuestras armas?

Peggy asintió con la cabeza.

—Las que quitamos a los diablillos de Jerimiah Salamango —dijo.

Tres hombres recorrieron la pasarela portando unas pesadas parihuelas cargadas de fusiles AK-47, cartucheras, dos lanzacohetes con media docena de proyectiles cada uno, y un par de escopetas automáticas Saiga con nueve o diez cargadores de ocho cartuchos para cada una.

—Bueno, mi favorita —dijo Eddie, sonriente. Se echó una a la espalda en

bandolera y se metió media docena de cargadores en el cinturón—. En el ejército los llamábamos Fidelitos, porque son pequeños pero tienen la boca grande.

Holliday se volvió hacia Peggy y la miró fijamente.

—Ahora, escucha... —empezó a decirle.

—Déjalo, Doc. Ya soy mayorcita. He hecho fotos en una docena de campos de batalla. No eres responsable de mí. Vamos con vosotros y ya está, primo.

—¿Y tú no tienes nada que decir al respecto? —dijo Holliday, dirigiéndose a Rafi.

—Llevo una hora discutiendo con ella, y se ha salido con la suya. Vamos los dos; si va ella, yo la acompaño, por supuesto.

—Estáis locos los dos —dijo Holliday.

—No, amigos míos —dijo Eddie con una sonrisa—. Estamos locos todos.

Konrad Lanz llevaba tres horas y media sentado en el asiento auxiliar del navegante del viejo Vickers Vanguard, y empezaba a tener calambres en las piernas. Entre los asientos del piloto y del copiloto no veía nada más que la negrura aterciopelada de la noche y el brillo verde y amarillo de los instrumentos de navegación de la aeronave. Llevaban cosa de una hora volando a menos de mil quinientos metros de altura, y de momento nadie les había solicitado por radio que se identificaran.

—¿Cuánto falta? —preguntó al piloto, que se llamaba Janni Doke y era otro de la vieja guardia, un sudafricano de poco menos de sesenta años capaz de pilotar cualquier aparato que volara, desde un Piper Cub hasta un Boeing 747.

—Veinte minutos, puede que veinticinco.

—Entonces, será mejor que vaya preparando a los muchachos —dijo Lanz.

—Haga lo que quiera, jefe; pero déjeme a un par de tipos duros para rellenar los depósitos. Ahora mismo nos quedan cuatro gotas —respondió el viejo bóer cascarrabias.

—Eso haré —dijo Lanz.

—¿Está seguro de lo de las luces del aeropuerto?

—Afirmativo. Las luces de aproximación están encendidas toda la noche. Tienen vuelos de carga que aterrizan y despegan tarde —hizo una pausa—. Como ya dije en la reunión informativa, hay una sola pista de dos mil cuatrocientos metros. La pista está alineada con la torre de control. No tiene pérdida.

—¿Y los helicópteros? Pueden mandarnos al infierno incluso desde tierra.

—Lanzaremos tres cohetes. Uno para cada Kamov y otro para la torre. Hay un vehículo blindado viejo, pero no está tripulado de noche. Tiene las ruedas pinchadas. Está solo de muestra.

—De acuerdo.

El bóer se volvió parcialmente hacia Lanz y lo miró entre la oscuridad.

—Espero recibir partes por radio cada diez minutos, ¿de acuerdo, jefe? Si paso diez minutos sin recibir un parte, me voy volando como el viento. No estoy dispuesto a que unos salvajes chillones metan a esta vieja gamba en la olla para cenar, ¿entendido?

—Cada diez minutos —dijo Lanz. Se volvió y se dirigió a la cabina del aparato. Su configuración original de veintiocho filas de asientos, uno triple y uno doble por fila, se había sustituido por veinticinco filas con dos grupos de cuatro asientos individuales por fila, reciclados de diversos C-47 antiguos procedentes de Europa y del norte de África.

Como las escalerillas plegables delantera y trasera del Vanguard serían demasiado lentas para la operación de desembarco, las habían desmontado, y entre Janni Doke y algunos otros habían improvisado en Mopti, con paracaídas viejos, dos toboganes de evacuación por los que podrían salir todos rápidamente con su equipo.

La mayoría de los muchachos dormían o fingían dormir cuando Lanz fue recorriendo el pasillo estrecho entre los asientos estrechos a uno y otro lado, sacudiendo a los hombres por los hombros y dándoles el aviso de que faltaban cinco minutos. Hecho aquello, se apostó junto a la puerta de salida trasera con los tres equipos de los lanzacohetes, y esperó.

Sonó un aviso por la megafonía interior.

—Tres minutos. Luces de aproximación a la vista —dijo Janni Doke, tenso. Pareció como si la vieja aeronave se hundiera por el aire a la vez que viraba un poco a la izquierda. Lanz perdió el equilibrio y fue a darse contra el mamparo.

—Aproximación final, dos minutos. Luces interiores fuera.

El avión quedó a oscuras.

Aquel sería el momento en que los Kamov despegarían de su helipuerto y los seguirían por la pista, haciéndolos trizas con el fuego de sus cañones.

—Aproximación. Aterrizaje en un minuto. ¡Vía libre!

No había Kamovs, al menos de momento. Las cosas podían cambiar treinta segundos más tarde.

Lanz notó que todos se ponían tensos. Aquellos últimos segundos de silencio eran lo peor.

—¡Contacto!

Las ruedas chirriaron al tocar el asfalto y se desviaron un poco al empezar a rodar. Jani enderezó el aparato sin dejar de apretar los frenos con ambos pies. Las grandes hélices perdían revoluciones y aullaban... Lanz hizo una cuenta atrás mental desde diez. Cuando llegó al cero, dio la orden.

—¡Abrid puertas!

Ayudado por uno de los hombres de los equipos de lanzacohetes, hizo girar la rueda de la puerta hasta que sonó un silbido rápido de aire. Lanz empujó la pesada puerta hasta el exterior y hacia la izquierda, hasta que quedó extendida contra el fuselaje. El primer equipo de lanzacohetes dejó caer por la puerta el tobogán hinchable improvisado, y Lanz tiró del cordel que disparaba la gran bombona de CO₂. La rampa se hinchó a la perfección.

—¡Vamos, vamos, vamos!

Los equipos de lanzacohetes, de tres hombres cada uno, fueron los primeros que saltaron a la rampa, y se desplegaron seis metros más allá de la punta del ala del avión, desde donde dominaban perfectamente sus objetivos. Las granadas impulsadas por cohetes, de fabricación rusa, salieron casi simultáneamente, dejando largos rastros sinuosos de humo que se perdían de vista entre la oscuridad.

Cuando los primeros proyectiles alcanzaron sus objetivos, tres explosiones iluminaron la noche. Los equipos ya habían vuelto a cargar, y salió chillando por el aire una segunda andanada. Solo uno de los helicópteros Kamov tenía combustible y armamento, y explotó de manera espectacular, soltando al aire una bola negra y amarilla de humo grasiento y ardiente. El primer disparo contra la torre de control había alcanzado su base, destrozando la sala de los controladores. El segundo alcanzó de lleno a la torre, cuyas luces se apagaron.

Había comenzado la batalla del Aeropuerto de Kukuanaland.

Oliver Gash, que suponía que el intento de golpe de Estado tendría lugar aquella noche, se había ocupado de que los tres últimos cubalibres de Bacardi que se tomaría el general Kolingba durante la velada estuvieran aderezados con dos miligramos cada uno del medicamento llamado Rohipnol, también conocido

comúnmente como «rocha» o «la píldora del olvido». El general solo llegó a beberse la mitad del segundo cubalibre antes de quedarse traspuesto ante su enorme pantalla de televisión, donde estaba viendo su película favorita de Cary Grant, *Operación Pacífico*.

En el mejor de los casos, Kolingba estaría fuera de combate hasta que llegara alguien y le metiera una bala en la cabeza; pero Gash no estaba dispuesto a correr riesgos. En cuanto empezaron a surgir los primeros ronquidos de aquel cuerpo inmenso, Gash bajó al despacho de Kolingba, entró con una llave duplicada que se había hecho hacía mucho tiempo y se puso a cortar el tabique de cartón yeso cubierto de papel pintado con flores para retirar una sección del tamaño de un ventanal.

Tardó un cuarto de hora en retirar la sección de tabique y dejar al descubierto varios miles de fajos de billetes de cien dólares estadounidenses, muy comprimidos y sellados al vacío en envoltorios de plástico. Si no recordaba mal, cada paquete estaba compuesto de cien billetes y contenía, por lo tanto, diez mil dólares. Un millón de dólares, cien fajos, llenaban aproximadamente la mitad de una maleta dura Samsonite corriente, y el doble de dicha carga pesaba unos veinte kilos. Gash tardó cuatro horas en llenar doce maletas, cuyo peso total era de doscientos cuarenta kilos.

Veinticuatro millones no le compensaban, ni mucho menos, las humillaciones y las locuras que había tenido que soportar durante los años que había pasado con Kolingba; pero le aportarían con holgura la liquidez que necesitaba para llegar a disfrutar de las sumas mucho más importantes que había ido ocultando en diversos bancos, desde Chipre hasta San Marino, así como en lugares todavía menos conocidos que se especializaban en esconder el dinero de la gente.

Cuando hubo terminado, dejó todas las maletas dispuestas en fila en el exterior del despacho de Kolingba y dio a dos guardias sendos billetes de cien dólares para que las llevaran a uno de los Range Rovers Bumblebee, explicándoles que iba al aeropuerto a hacer un encargo de última hora del general. Era una circunstancia bastante común, y a ninguno de los dos soldados se le ocurrió discutir la orden.

Gash volvió a subir al despacho para echar una última mirada al monstruo. Una vez allí, ya fuera por despecho o por divertirse, extrajo el Rolex de diamantes de la gruesa muñeca de Kolingba. En la televisión, Cary Grant debatía

con Tony Curtis diversas maneras posibles de evacuar a cinco enfermeras de la marina de su submarino, que habían pintado de color rosa vivo.

Gash miró la película unos momentos. No dejaba de admirarle la capacidad que tenían los estadounidenses para ver la guerra con humor. Volvió a pensar en matar al general con su propia pistola automática plateada; pero en vez de ello se limitó a quitarle la pistola y metérsela bajo el cinturón. Miró el Rolex. Eran las cuatro y cuarto de la madrugada. Había llegado la hora de marcharse, si no quería encontrarse atrapado entre dos fuegos. Se subió la cremallera de la cazadora para ocultar la pistola plateada, salió al patio del complejo, se subió al Range Rover y echó las luces a los guardias de las puertas. Estos se precipitaron a abrirlas de par en par, y Gash salió a la plaza con el vehículo.

Dobló a la izquierda, hacia el puerto fluvial, en vez de ir hacia la derecha, camino del aeropuerto; pero no pareció que nadie se fijara ni le importara. Cuando había recorrido la mitad del camino hasta los muelles, se apagaron todas las luces de Fourandao y llegó el eco de una explosión, procedente del aeropuerto. Había salido justo a tiempo. O quizá no. Aceleró un poco, reflexionando por el camino. Había esperado que el golpe se centrara en el aeropuerto y en todos los centros de comunicaciones que estaban en el mismo y en sus proximidades. ¿Y si el ataque venía por dos frentes y llegaba también por el agua, para atrapar en pinza a cualquiera que pretendiera huir?

—¡Mierda!

Sacó el teléfono móvil y lo probó. Sin cobertura. Ya habían alcanzado a los radioenlaces de microondas.

—¡Mierda! —repitió.

Llegó a los muelles y al cruce con la carretera de Bangui. El viaje le llevaría cuatro horas; si subían por la carretera del río lo tendrían rodeado y lo atraparían. Doblar a la izquierda sería inútil, pues aquella carretera solo llegaba unos ochocientos metros más allá río arriba, para convertirse en una mera pista de tierra nativa.

—Mierda, mierda, mierda.

Se oían más explosiones en la dirección del aeropuerto. Bajó la ventanilla y se asomó, mirando hacia el camino por donde había venido. El cielo estaba en llamas.

Con la ventanilla todavía bajada, se detuvo y escuchó con atención. Conocía aquel sonido. Motores fueraborda, y muchos.

—¡Maldita sea! —susurró.

¡Venían río arriba! Miró por el parabrisas. Tenía delante la totalidad de la flota de guerra de Kukuanaland, una única lancha hinchable rígida armada de una vieja ametralladora rusa. Apenas se detuvo a pensar lo que hacía. Avanzó unos metros más hasta llegar a los muelles y empezó a bajar a tirones las maletas de la parte trasera del Range Rover para echarlas a la lancha patrullera, sin dejar de atender al posible ruido de otros motores fueraborda que vinieran por el otro lado.

Cuando llevaba trasladadas ocho maletas, ya sudaba, y los motores sonaban demasiado cerca. Abandonó el resto de las maletas, largó la amarra de la lancha que rodeaba el viejo bolardo de madera y pulsó el botón de encendido del motor. El motor tosió, volvió a toser y se apagó. Las lanchas a motor se acercaban río abajo.

—¡Vamos, desgraciado! —exclamó con rabia. Volvió a pulsar el botón; el motor soltó una nueva tos grasienta y arrancó por fin. Sonriendo, con el rostro empapado del sudor que le caía de la frente, Gash aceleró, viró el timón al máximo y dirigió la lancha río arriba. Hacia allí no había nada más que bosque y jungla. Se ocultaría allí una o dos noches y después bajaría discretamente por el río hacia la libertad. Empujó la palanca del acelerador para reducir la marcha y guió la embarcación a lo largo de una amplia curva del río, entre la noche oscura.

Y entonces vio una pesadilla. Tenía ante él, a menos de cien metros, un barco monstruoso con cabeza de dragón, que se le venía encima. Sus remos, como patas enormes de un insecto acuático sobrenatural, subían y bajaban con coordinación perfecta, y sobre la nave se hinchaba al viento una vela gigante adornada con una cruz.

—¡No! —exclamó, atónito. ¿Cómo era posible que estuviera allí, en aquel río, en aquel tiempo, nada menos que una nave vikinga? Era imposible. Y Gash supo en aquel momento que no iba a salir vivo de aquello.

El dardo de cola blanca le alcanzó en la base del cuello. La neurotoxina tardó dos segundos en llegarle al cerebro. Tuvo el tiempo justo de llevarse el Rolex a la cara antes de morir.

Gash no llegó a ver cómo trazaba majestuosamente la curva del río el Dragón Marino, ni tampoco vio a Edimburgo Vladimir Cabrera Alfonso, quien iba de pie en la proa, con su *Fidelito* terciado en los brazos y cantando en voz baja.

Holliday esperaba a su lado. Después de la curva, siguieron avanzando

velozmente río abajo, con los sesenta remos ya fuera del agua, impulsados solo por la corriente. Cuando asomaba a su espalda la primera luz rosada de la aurora, vieron ante ellos la llegada de las primeras Zodiacs. Eran veinte, dispuestas con arrogancia en una formación en arco que cubría el río casi de orilla a orilla. Loki, que manejaba la espadilla desde la plataforma del timonel del Dragón marino, gritó con fuerza una única orden.

—*Strybord!*

Los treinta remos de la banda de estribor cayeron al agua al unísono y se quedaron inmóviles; los hombres los sostenían con fuerza contra la corriente desde sus bancos mientras el Dragón Marino viraba para presentar la borda al frente de lanchas hinchables llenas de hombres bien armados.

Holliday y Eddie empezaron a disparar. El AK emitió su tableteo mortal característico, y el *Fidelito* sonaba como cincuenta portazos ruidosos.

—*Brand ambroster!* —gritó Loki.

Cada una de las enormes balistas disparó contra su objetivo a cincuenta metros de distancia. Los proyectiles alcanzaron de pleno a las Zodiacs y a sus ocupantes y hundieron treinta y cinco de las lanchas hinchables. La mayoría de los hombres llevaban pesadas mochilas que los arrastraron bajo las aguas negras, donde se ahogaron. Los cocodrilos se deslizaron al agua en silencio desde sus puestos de observación en las orillas para dar buena cuenta de los demás. El Dragón Marino embistió a las pocas Zodiacs que habían salido indemnes de la primera andanada, y las aplastó bajo su casco. Quedaron en el agua muy pocos soldados, que fueron rematados desde el barco con docenas de cerbatanas.

—Adiós, pioneros —susurró Eddie mientras extraía de la escopeta automática el cargador vacío.

Loki gritó una orden, los remos cayeron al agua y el Dragón Marino viró hacia la orilla.

Al principio, aquello había parecido una victoria fácil. En el aeropuerto no había quedado ningún superviviente, mientras que Lanz no había perdido ni a un solo hombre; pero estaba inquieto. Según las Zodiacs A y B, las dos lanchas hinchables que esperaban con los anfibios, todo había ido según el plan hasta el momento en el que se suponía que debía desembarcar la otra mitad de las fuerzas de Lanz para avanzar por tierra hasta el complejo presidencial. Se habían recibido algunos mensajes confusos, se habían oído algunos disparos, y por

último había llegado una transmisión que nadie entendía y que decía algo de un dragón vikingo.

Cuando Lanz y sus hombres llegaron al complejo, quedó claro que la situación estaba fuera de control. Algunos habitantes locales, enloquecidos, hablaban de fantasmas y de la muerte silenciosa; y en vez de tener que tomar el complejo presidencial al asalto con fuego de morteros, como habían esperado, sus defensores les abrieron las puertas de par en par y se entregaron como prisioneros sin más, para gran sorpresa de Lanz.

Este se encontró a Kolingba dormido en su cama, evidentemente drogado; y, a falta de órdenes por parte de Matheson, se limitó a esposar al dictador dormido a un poste de la cama.

Había intentado ponerse en contacto con el grupo de Nagoupandé, que venía en helicóptero desde Maiduguri, en el noreste de Nigeria; pero de momento no había podido localizarlos. Al final, se limitó a dejar en libertad a todos los miembros de la guarnición, después de haberlos despojados de sus armas; puso algunos piquetes, y se sentó a esperar la llegada de Matheson con el nuevo dictador de Kukuanaland.

A las cinco de la mañana seguía sin haber señales de los doscientos hombres que debían de haber llegado por el río, y su ausencia misteriosa empezaba a poner nerviosos a los hombres que estaban con él. Empezaban a hablar de retirarse al aeropuerto, lo que no era buena señal.

Media hora más tarde, Lanz empezó a recibir las primeras noticias que hablaban de muertes misteriosas, mientras sus primeros oficiales y él se ocupaban de extraer el resto del dinero de la pared del despacho de Kolingba y metérselo en las mochilas a modo de gratificación extraordinaria. Le dijeron que habían empezado a aparecer muertos los miembros de los piquetes que montaban guardia alrededor de la plaza, sin más heridas que las producidas por una especie de dardos de cerbatana grandes. Lanz no se lo creía al principio; pero uno de los pocos hombres que quedaban en el exterior del complejo le llevó un dardo para enseñárselo.

—¿Qué te parece, Pierre? —preguntó Lanz a su viejo amigo y colega Laframboise.

—¿Quieres que te dé mi opinión sincera, Konrad?

—Como siempre.

—Me parece que esto es cosa de tu fantasma, de Limbani. He enviado a una patrulla de seis hombres al río. Solo volvieron dos; uno estaba febril y

balbuciente por el efecto de una especie de dardo de cerbatana que le había rozado la pierna a través de los pantalones; el otro decía que había visto un barco dragón como los que tenían los vikingos.

—Eso es una locura —dijo Lanz.

—Dicen que en el río hay un barco vikingo y que nuestros equipos que venían en las Zodiacs han desaparecido. Dicen que hay fantasmas, brujos y hechiceros con máscaras, que están matando a nuestros hombres con dardos; y ahí lo tienes —concluyó, señalando el dardo que estaba sobre el escritorio que había sido de Kolingba.

—¿Y qué propones?

—¿Cuánto dinero has encontrado en esa pared? ¿Veinte o treinta millones?

—Una cosa así.

—Entonces, vámonos de aquí mientras podemos, los que hemos quedado. Preparamos una bandera blanca y salimos de este complejo, y con suerte no nos matarán por el camino.

—¿Y Matheson? ¿Y Nagoupandé?

—Es su guerra; que se ocupen ellos.

Cuando el helicóptero Sikorsky UH-60 Black Hawk aterrizó con precisión absoluta en el centro de lo que había sido el complejo presidencial y la guarnición militar de Fourandao, a las seis treinta de la mañana, no se veía un alma. Bajaron del helicóptero el general de brigada François Nagoupandé, de uniforme completo, y Sir James Matheson, seguidos de ocho miembros de Blackhawk Security armados hasta los dientes que les hacían de guardaespaldas.

Había papeles dispersos por el viento, entre ellos varias docenas de billetes de cien dólares estadounidenses. También había varios cadáveres tendidos en tierra; pero no se veía un solo ser humano vivo en ninguna parte.

—¡Enteraos de qué demonios pasa! —bramó Matheson al equipo de Blackhawk Security. Los hombres se dispersaron corriendo para inspeccionar los edificios. Uno de ellos regresó al poco rato.

—¿Sí? —le dijo Matheson, cortante.

—Ahí dentro hay un tipo grande, gordo, dormido, o puede que drogado. Está esposado a la cama.

—Ah. Enséñemelo —dijo Nagoupandé.

Siguió al hombre hasta el interior del edificio principal. Al cabo de unos

momentos sonó un único disparo.

Nagoupandé volvió a aparecer guardándose el Colt .45 en la pistolera que llevaba en el cinturón del uniforme. Tenía salpicaduras de sangre en la parte inferior del rostro y en la guerrera.

—El rey ha muerto —dijo.

—Viva el rey —dijo una voz desde la puerta principal del complejo, que estaba reventada. Había aparecido Limbani, que venía entre Holliday y Eddie. Los seguían Jean-Luc Saint-Sylvestre y media docena de miembros uniformados de la policía secreta de Kukuaneland. Cuando Nagoupandé vio a Limbani, intentó sacar la pistola de la funda. Saint-Sylvestre desenfundó antes.

—¡Haga usted algo! —chilló Nagoupandé a Matheson.

—Me temo que solo hago tratos con ganadores —dijo Matheson tranquilamente—. Y todavía está por ver quién es aquí el ganador.

Limbani se adelantó, mirando de arriba abajo a aquel hombre enfurecido vestido de general de brigada.

—Tienes un aspecto absurdo, François. Los ingleses dirían que pareces... un fante, ¿no se dice así, Sir James?

—¿Sabe usted quién soy? —dijo Matheson, impresionado.

—Por supuesto —asintió Limbani, apoyando una mano en el hombro de Saint-Sylvestre—. Mi sobrino me ha hablado mucho de usted y de lo que quiere hacer con mi país.

—¿Su sobrino? —repitió Matheson, atónito. En ese momento empezó a entender muchas cosas, con horror, y su expresión de desánimo fue patente.

—Por parte de su madre.

Nagoupandé se puso a chillar apretando los puños, como un niño que tiene una rabieta.

—¡No es su país, Limbani! ¡Es mío! ¡Yo soy el presidente de Kukuaneland!

—No; no lo eres —dijo Saint-Sylvestre, apoyando el cañón de su pistola Glock en la frente de Nagoupandé. Apretó el gatillo, y Nagoupandé se derrumbó en el suelo como un globo que se desinfla.

—Y bien —dijo Matheson, intentando volver a poner algo de alegría en la voz—. Es de suponer que tendré que cerrar tratos con usted, doctor Limbani.

—No —dijo Limbani—. Tendrá que tratar con mi ministro de Recursos Naturales, que también es mi ministro de Asuntos Exteriores, y que, casualmente, es mi sobrino.

»Lo primero que va a hacer usted —siguió diciendo Limbani— va a ser

volver a subirse a su helicóptero llevándose a sus desagradables amiguitos. Lo que hará a continuación, en cuanto llegue a Inglaterra, será establecer una ONG que se llamará Fondo Nacional de Kukuanaland y que dirigirá mi amigo el coronel Holliday, aquí presente, junto con su prima, la señorita Peggy Blackstock, y el marido de esta, el doctor Rafi Wanounou.

»La misión de esta ONG será desarrollar ideas para aplicar los trescientos millones de libras con que dotará usted el fondo para la mejora de vida de la población de Kukuanaland, sobre todo en cuanto a infraestructuras y educación. Si usted opta por no establecer el fondo, mi sobrino hará uso de toda la información muy concreta que tiene sobre usted, así como sobre varios de sus subordinados, relacionada con crímenes de guerra y quebrantamiento de legislación antimonopolios, y la dará a conocer a la prensa mundial como le parezca oportuno. Cuando usted haya establecido el fondo, podremos hablar de sus metales raros, ¿de acuerdo?

—Estaré en contacto —dijo Matheson con frialdad, con el rostro contraído por la ira como una máscara. Sin decir una sola palabra más, ordenó con un gesto a sus guardaespaldas que subieran al helicóptero, subió tras ellos y cerró la portezuela de golpe. Los reunidos en el complejo se apartaron del aparato cuando empezaron a girar los rotores, y a los pocos momentos el Black Hawk ascendió, viró hasta tomar el rumbo y se perdió de vista en el cielo de la mañana.

—¿Es sobrino suyo? —preguntó Holliday a Saint-Sylvestre.

—Un espía en la casa del amor, ¿no hay una novela que se llama así? —dijo el policía, encogiéndose de hombros—. A mi tío le hacía falta tener a alguien de su parte para igualar un poco las oportunidades.

Holliday empujó con la punta del pie el cadáver desmadejado de Nagoupandé, que sangraba sobre la tierra apisonada.

—Deberíamos limpiar todo esto.

—Y, cuando hayamos terminado, creo que vamos a tener un día precioso —dijo Peggy.

—Siempre tan optimista —dijo Rafi, dedicando a su esposa una sonrisa cariñosa.

—Lo contrario es mucho peor —dijo Peggy, contemplando el cadáver tendido en el suelo y encogiéndose de hombros.

EPÍLOGO

Eddie y Holliday pasaron casi tres meses con Peggy y con Rafi. Ya había llegado el otoño cuando se marcharon de Kukuanaland y el inigualable Mutwakil Osman, más conocido por Donny, los llevó a Jartum en su antiquísimo hidroavión Catalina. Ninguno de los dos hombres sabía dónde iría ni qué le depararía el porvenir; pero las pocas horas que habían pasado combatiendo por una causa habían impresionado profundamente a ambos y les habían despertado un extraño espíritu viajero que les parecía insaciable. Lo que estaba claro era que Holliday quería volverse a los Estados Unidos una temporada, donde quizá pensaría en ejercer de nuevo la enseñanza. Eddie, por su parte, aunque probablemente podría residir también en dicho país en calidad de refugiado, sobre todo si contaba con la garantía de Holliday, seguía sintiéndose lo bastante cubano como para no renunciar al pasaporte de su patria. Dijo a Holliday lo mismo que llevaba diciendo desde hacía años, aun sin creérselo él mismo: «Sin Fidel, puede que las cosas mejoren».

Estaban sentados en la sala de espera de salidas del Aeropuerto Internacional de Jartum, nuevecita, de vidrio y mármol blanco, y se tomaban un café cortesía del aeropuerto mientras esperaban sus vuelos respectivos. Holliday iba a Nueva York vía París, y Eddie se dirigía al Amazonas vía media docena de escalas intermedias.

—¿Crees de verdad que encontrarás trabajo allí? —le preguntó Holliday.

—Es un río, y yo soy piloto fluvial, mi amigo. Es mi oficio.

—Ahora pienso que quizá deberíamos habernos quedado un poco más de tiempo con Limbani y con su gente. Reconocerás que ha sido apasionante.

—Pero no para nosotros, Doc —dijo Eddie—. Son Peggy y Rafi los que tienen esa pasión; nosotros no. Allí tienen trabajo para años, quizá para el resto

de sus vidas.

—Quizá tú y yo nos estemos haciendo demasiado viejos para tener pasión —dijo Holliday.

—Decir eso es como el beso de la muerte —dijo Eddie.

—A mí me empiezan a doler estos huesos viejos —dijo Holliday, encogiéndose de hombros—. Quizá debiera retirarme sin más.

—¡Bah! —exclamó Eddie en son de burla—. Solo eres viejo si te sientes viejo.

—¡Pues la verdad es que me siento bastante viejo! —repuso Holliday con humor.

Hacía un rato que un hombre alto, de aspecto muy distinguido, rondaba por cerca de sus asientos en la sala de espera, y Holliday ya se preguntaba cuánto tiempo tardaría en abordarlos para pedirles unas monedas o unos billetes. Del cuello para arriba parecía un profesor de universidad, con sus gafas de montura de alambre y su corbata mal anudada. El resto de su persona le daba más aspecto de menesteroso; llevaba un traje azul barato a la moda de medio siglo atrás, con las solapas de los bolsillos y los bordes de las mangas deshilachados. Sus zapatos parecían casi de cartón.

El hombre se adelantó por fin.

—Dispense —dijo a Eddie en inglés con fuerte acento extranjero—. ¿No será usted cubano?

—Sí —respondió Eddie en español.

—Hablo muy poco español —dijo el hombre—. ¿Habla usted ruso, por casualidad?

—*Da* —dijo el cubano, asintiendo con la cabeza.

—*Otlichno!* —respondió el hombre con una gran sonrisa. Holliday supuso que aquello significaría «bueno» o «excelente». El hombre empezó a parlotear a una velocidad vertiginosa mientras tiraba a Eddie de la manga; por último, consiguió apartarlo unos pasos y le susurró algo al oído; después, sacó un papelito que plegó antes de metérselo a Eddie en la mano. Eddie parecía confundido al principio; pero terminó por encogerse de hombros, dio al hombre una palmadita en la espalda y volvió a sentarse junto a Holliday. El caballero que hablaba en ruso se los quedó mirando fijamente con inquietud.

—¿Y bien? ¿De qué se trataba?

—No lo he entendido todo. Me ha dicho que se llama Victor Ostrovsky y que es conservador del museo del Hermitage. Algo de las joyas de los Romanov

y de los huevos de Fabergé imperiales. Dice que ha sucedido algo terrible y se empeña en que nos vayamos con él inmediatamente, tú y yo.

—¿Los dos?

—Tú no hablas ruso. Según dice, yo te serviré de traductor. Me ha preguntado si confiaba en ti. Le he dicho que sí. Me ha preguntado si confiaba en ti ciegamente. Le he dicho que sí.

—Todo eso es muy bonito —dijo Holliday—; pero ¿dónde quiere que vayamos, exactamente?

—A una iglesia —dijo Eddie—. En Constantinopla.

—¿En Estambul? Eso es una locura —dijo Holliday—. Para empezar, en Estambul no se habla ruso.

—Ya me advirtió que dirías eso —asintió Eddie—. Me pidió que te diera esto.

Eddie entregó a Holliday el papelito. Este miró las palabras escritas con letra enmarañada, de viejo.

Helder Rodrigues.

Lo recordó todo en un instante. La sangre del moribundo en sus manos, la islita en las Azores, el cuaderno cuyas páginas ensangrentadas contenían mil años de secretos. ¿Qué era lo que le había dicho Rodrigues cuando moría en sus brazos? «Entonces la antorcha pasa a otras manos. *Alea jacta est. Vale, amici*». Es decir, «La suerte está echada. Adiós, amigos». Y después había pronunciado con su último aliento, antes de que lo abandonara la vida entre aquella tormenta terrible, aquellas palabras tan espantosas: «Demasiados secretos... demasiados secretos».

—Dijo que salía un vuelo dentro de veinte minutos —dijo Eddie, enarcando una ceja—. Y dijo otra cosa. Creo que está en latín. *Ferrum Polaris*.

Cielo santo. *Ferrum Polaris*. La Espada del Norte.

Holliday arrugó el papelito que tenía en la mano y se puso de pie.

—Podemos alcanzarlo si corremos —dijo.

NOTAS

[1] VVSI: Grado de calidad del diamante con inclusiones minúsculas («Very, very small inclusions»). (*N. del T.*) <<

ÍNDICE DE CONTENIDO

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Notas